
ROGUE ONE
A STAR WARS STORY
ALEXANDER FREED

A medida que las sombras del Imperio se hacen cada vez más grandes por toda la galaxia, también lo hacen unos rumores profundamente preocupantes. La Rebelión se enteró de un siniestro plan Imperial para poner de rodillas a mundos enteros. En lo profundo del espacio dominado por el Imperio, una máquina de poder destructivo inimaginable está a punto de completarse. Un arma demasiado aterradora para contemplar… y una amenaza que puede ser demasiado grande para superarla.

Si los mundos a merced del Imperio tienen alguna oportunidad, recae en un grupo poco probable de aliados: Jyn Erso, una joven ingeniosa que busca venganza; Cassian Andor, un comandante rebelde cansado de la guerra; Bodhi Rook, un desertor del ejército del Imperio; Chirrut Îmwe, un hombre creyente ciego y su compañero pistolero, Baze Malbus; y K-2SO, un mortal droide Imperial vuelto contra sus antiguos amos. En sus manos descansa la nueva esperanza que podría cambiar el rumbo hacia una victoria crucial de la Rebelión… si sólo pudieran capturar los planos de la nueva arma del Imperio.

Pero incluso mientras corren hacia su peligroso objetivo, el espectro de su enemigo final, un mundo monstruoso en sí mismo, oscurece los cielos. A la espera de anunciar el brutal reinado del Imperio con una explosión de aniquilación digna de su temible nombre: Estrella de la Muerte.



Rogue One

Una historia de Star Wars

Alexander Freed

Basada en una historia por John Knoll y Gary Whitta

Guión escrito por Chris Weitz y Tony Gilroy



NUEVO CANON

Esta historia forma parte del Nuevo Canon.

Título original: *Rogue One: A Star Wars Story.*

Autor: Alexander Freed.

Publicación del original: diciembre 2016

de 13 años a poco antes de la Batalla de Yavin.

Traducción: Armando Martínez Díaz

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

27.08.20

Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

PRÓLOGO

GALEN ERSO NO ERA UN BUEN GRANJERO. Ese era sólo uno de sus muchos defectos, pero era la razón por la que todavía estaba vivo.

Un hombre de talentos más diversos —un Galen diferente, un Galen que pudiera intuir qué cultivos coloniales prosperarían en el suelo de un mundo extraño, o que pudiera comprobar la putrefacción de un árbol marchito sin quitarle la corteza—, se habría aburrido. Si su mente quedaba ociosa en el campo, habría vuelto a los temas de los que había renegado. Ese Galen, conscientemente o por instinto, hubiera regresado al trabajo que lo había llevado al exilio. Hubiera observado los corazones de las estrellas y formulado teoremas de importancia cósmica.

Con el tiempo, habría *llamado la atención*. Sus obsesiones seguramente lo habrían matado.

Sin embargo, un agricultor no calificado estaba cualquier cosa, menos inactivo; así que el verdadero Galen, el que habitaba el reino de la realidad en lugar de la fantasía ociosa, no tuvo problemas para pasar sus días en Lah'mu sin sucumbir a la tentación. Tomó muestras de bacterias de los cantos rodados que dejaron los volcanes prehistóricos y miró con asombro el musgo, la hierba y las malas hierbas de hoja perenne que parecían brotar de todas las superficies. Inspeccionó las infinitas colinas torcidas de su dominio, y estaba agradecido de que aún no había dominado su nueva profesión.

Construyó estos pensamientos como una ecuación mientras miraba por la ventana, más allá de sus ordenadas hileras de maíz en ciernes y hacia el suelo negro de la playa. Una niña pequeña jugaba cerca de las filas, enviando a su trooper de juguete a aventuras en la tierra.

—¿Está cavando otra vez? Juro que ella no aprendió las palabras *minería a cielo abierto* de mí, pero tendremos hambre el próximo año si sigue así.

Las palabras rompieron la concentración de Galen lentamente. Cuando las escuchó, las entendió, sonrió y sacudió la cabeza.

—Los droides agrícolas repararán el daño. Déjala en paz.

—Oh, nunca planeé hacer nada. Esa niña es toda tuya.

Galen volteó. Los labios de Lyra se curvaron hasta que sonrió. Ella no había sonreído desde el día en que dejaron Coruscant.

Iba a responder hasta que de repente el cielo retumbó con un estallido diferente al de un trueno. Una parte de la mente de Galen redujo su enfoque y sólo se dio cuenta de su esposa antes que él, su hija en la playa. La otra parte procesó la situación con precisión mecánica. Caminaba sin intención consciente, pasando junto a Lyra, el comedor desordenado y el sofá gastado que apestaba a navaja de afeitar. Atravesó una puerta y alcanzó un dispositivo que pudo haber evolucionado en el depósito de chatarra de una civilización de máquinas… todas las pantallas rotas y cables sueltos, aptas para romperse con un toque. Ajustó un dial y estudió la imagen de video en la pantalla.

Un transbordador aterrizaba en su granja.

Específicamente, uno clase Delta T-3c, todos los ángulos eran agudos con metal desnudo. Emitía intensamente escaneos activos del paisaje mientras sus anchas alas se plegaban para aterrizar y sus motores sublumínicos reducían su empuje. Galen estudió las lecturas asociadas y dejó que las especificaciones se asentaran en su memoria… no porque pudieran ser útiles, sino porque quería distraerse por un momento. Para callar las implicaciones de lo que estaba viendo.

Cerró los ojos con fuerza y se dio *tres* segundos, *dos*, *uno*.

Entonces llegó el momento de aceptar que la vida de su familia en Lah'mu había terminado.

—Lyra —dijo. Supuso que ella estaba cerca, pero no volteó para comprobar.

—¿Es él? —preguntó ella. No sonaba aterrada, lo cual asustó a Galen más que nada.

—No lo sé. Pero tenemos que…

—Comenzaré —dijo ella.

Galen asintió sin mirar desde la consola.

Galen no era propenso al pánico. Sabía lo que tenía que hacer, lo había ensayado en esos días raros en que la granja se cuidaba sola o en esas noches menos raras en que el sueño lo eludía. Tales preparaciones fueron las únicas obsesiones que se permitió. Se volvió hacia otra máquina, introdujo un código y arrancó una serie de cables de la pared con rápidos tirones. Comenzó otra cuenta regresiva en su cabeza; si la purga de datos no se completaba en cinco minutos, tendría que destruir físicamente los componentes.

Oyó pasos en la puerta principal, rápidos y ligeros. Se giró para ver a Jyn entrar corriendo, con el cabello castaño enmarañado y la cara tocada con tierra. Había dejado su juguete en el campo. Galen sintió una punzada inesperada y temió —absurdamente, sabía—, que la pérdida de Stormy la angustiara una vez que ella estuviera lejos de la granja.

—Mamá…

Lyra se alejó del paquete de ropa, bases de datos y comidas portátiles que había apilado en una silla y se arrodilló ante la niña cuyas facciones pálidas y esbeltas reflejaban las de ella.

—Ya sabemos. Todo estará bien.

Galen se acercó a la pareja, esperó hasta que su hija lo viera. Habló en voz baja pero sombría.

—Jyn, recoge tus cosas. Es hora.

Ella lo entendió, por supuesto. Siempre lo hacía, cuando importaba. Pero Galen no tenía tiempo de estar orgulloso. Volvió a sus máquinas cuando Jyn corrió a su habitación. La purga de datos no se había completado. También tenía que manejar otros archivos, archivos que debió haber borrado en Coruscant pero que había llevado a Lah'mu (¿Por qué hizo eso? ¿Fue nostalgia? ¿Orgullo perdido?). Abrió un cajón lleno de repuestos de droides y retiró el brazo de una unidad agrícola. Abrió un pequeño panel, hundió la punta de los dedos entre los cables y extrajo un chip de datos.

—El codificador, por favor —dijo él.

Lyra le pasó una esfera de metal del tamaño de su palma. Insertó el chip de datos y —antes de que pudiera dudar de sí mismo—, presionó la palanca. El orbe se calentó y produjo un olor a quemado. Lo arrojó al cajón de basura y sintió una opresión en el estómago.

—Si hay algo más, que sea rápido —el tono de Lyra fue cortado. Una luz parpadeó más rápido en la consola del sensor.

—Establece la cita y toma a Jyn —dijo—. Terminaré aquí.

Lyra se detuvo abruptamente para volver a verificar su paquete de provisiones.

—Ese no era el plan, Galen.

—Nos vemos allí.

—Tienes que venir con nosotras.

Sus ojos endurecían. *Por favor sonríe*, pensó.

—Tengo que comprarte tiempo —dijo.

La luz del sensor se oscureció. Una falla parecía poco probable. Lyra sólo lo miró.

—Sólo yo puedo —dijo.

Era un argumento imposible de refutar. Lyra no lo intentó. Se dirigió a la cocina y llamó a la unidad de comunicación mientras Galen se dirigía a la habitación de Jyn. Captó solo un fragmento de las palabras de Lyra:

—Saw… soy Lyra, está ocurriendo. Vino por nosotros.

Jyn estaba de pie con su abultado bolso a sus pies. Galen examinó el contenido restante de la pequeña cámara: algunos juguetes, el catre. Suficientemente fácil de esconder. Suficiente para comprar unos minutos más. Empujó una muñeca fuera de la vista antes de regresar a la puerta.

—Jyn. Ven, hija.

Consideró lo que podría decir; consideró qué impresión quería dejar a Jyn si todo terminaba en desastre.

—Recuerda… —habló con un cuidado deliberado, esperando grabar las palabras en sus huesos—, que no importa lo que haga, es para protegerte. Di que lo entiendes.

—Sí, lo entiendo —dijo Jyn.

Y esta vez, por supuesto, ella no lo entendió. ¿Qué niño de ocho años podría hacerlo? Galen escuchó su propia tontería, su ego se hizo eco de su voz. La envolvió en sus brazos, sintió su cuerpo delgado y cálido contra él, y conoció un mejor recuerdo para dejarla.

—Te amo, Estrella.

—Y también yo, papá.

Eso sería suficiente.

Miró a su esposa, que estaba esperando.

—Galen —comenzó, toda la dureza se había ido.

—Corran —dijo.

Ella lo hizo, persuadiendo a Jyn con ella. Galen se permitió el lujo de mirar, escuchó a su hija ofrecer una última confusión:

—¿Papá?

Luego se fueron de la casa y él reanudó su trabajo.

Recogió objetos fuera de lugar —más juguetes, ropa de Lyra, platos sin lavar de la cocina—, y los guardó en nichos que él y Lyra habían preparado hace mucho tiempo. Revisó la purga de datos inacabada, volvió su atención a su cuenta regresiva mental. Unos segundos después de la fecha límite de cinco minutos. Eso significaba que podía mantenerse ocupado mientras esperaba a sus visitantes.

Cuando Galen escuchó voces apagadas acercándose a la granja, dos de sus unidades de procesamiento de datos caseras hincharon humo acre mientras sus circuitos se derretían. Salió por la puerta principal para saludar a los recién llegados bajo el cielo nublado. Una compañía en blanco blanquecino y negro brillante avanzó hacia la puerta. El líder era un hombre estrecho de la misma edad de Galen con un uniforme de oficial de marfil impecable, la cabeza alta y movimientos rígidos. La brisa no pudo perturbar el cabello arenoso debajo de su gorra. Sus cohortes vestían armaduras como el caparazón de un escarabajo, portaban pistolas y rifles como si estuvieran listos para la guerra. Los troopers dieron un paso cuando su líder dio un paso, igualando su ritmo; para Galen, parecían existir solo como extensiones de su superior. El hombre de blanco se detuvo a menos de tres metros de distancia.

—Eres difícil de encontrar, Galen —dijo, sin sonreír.

—Esa fue la idea —Galen tampoco sonrió, aunque pudo haberlo hecho. Podría haber dejado que la granja y el cielo se desvanecieran, dejar que los soldados se convirtieran en sombras y conjurar una oficina en Coruscant a su alrededor; se permitió creer que estaba entrenando nuevamente con su amigo y colega Orson Krennic.

Sin embargo, la nostalgia no tenía sentido. Orson seguramente lo sabía tan bien como él.

Orson tiraba de sus guantes mientras estudiaba los campos estirando exageradamente el cuello.

—Me sorprendes. ¿Una granja? ¿Para alguien con tu talento?

—Uno vive tranquilo —respondió Galen.

—Y solo, imagino.

Con esas palabras, Orson había declarado su juego y sus apuestas. No sorprendió a Galen.

—Desde que Lyra falleció —dijo Galen. La esquina de la boca de Orson se torció, como si estuviera desconcertado.

—Mis condolencias, no… —dijo, luego hizo un gesto a los troopers y habló con más severidad—, registren la casa. Apaguen todas las máquinas; queremos que las examinen los técnicos.

Cuatro de los troopers obedecieron, rápidamente, se dirigieron hacia la puerta. Galen se hizo a un lado para permitirles pasar.

—No me imagino —prosiguió Orson—, ¿has puesto alguna trampa? ¿Nada que pueda dañar a un patriota que cumple con su deber?

—No.

—No —estuvo de acuerdo Orson—. Siempre he encontrado tu perseverancia refrescante. Galen Erso es un hombre *honesto*, inalterado por el estrés o las circunstancias.

Los troopers se llamaban unos a otros en la casa detrás de Galen, y él sofocó el impulso de voltearse.

—Honesto, tal vez. Sigues siendo sólo un hombre.

Orson extendió sus manos, reconociendo el punto. Se movió como para unirse a los troopers en la casa, luego se detuvo.

—¿Cuándo murió ella? —preguntó.

—Dos, tres años, creo. Es un poco borroso.

—Ella era una mujer maravillosa. Fuerte. Sé que la amabas mucho.

—¿Para qué has venido?

Las palabras fueron un error. Galen apenas ocultó su mueca cuando se escuchó a sí mismo, reconoció el filo de su voz. Cuanto más jugaba, más tiempo tenían para escapar Lyra y Jyn. En cambio, se había impacientado.

Orson respondía descuidadamente, fingiendo la franca honestidad de un hombre demasiado cansado para mentir.

—El proyecto se estancó. Te necesito de vuelta.

—Tengo la máxima confianza en ti. En tu gente.

—No lo haces —espetó Orson—. Nunca fuiste tan humilde.

—Y tienes muy poca fe en tus propias habilidades —dijo Galen fácilmente—. Te lo dije cuando éramos prácticamente niños. Podrías hacer todo lo que hice, pero preferiste incursionar; para pastorear personas en lugar de nutrir la teoría. Siempre respeté tu decisión, pero no dejes que reduzca tu mundo.

Todo era verdad. Todo esto también estaba diseñado para lastimar a Orson, para entrometerse en sus inseguridades. Galen mantuvo su tono medido, casual. De modo exasperante, tal vez, pero la furia de Orson no lo asustaba. Temía el enfoque, la eficiencia, la velocidad; no la ira salvaje.

Orson sólo hizo una mueca, una sonrisa forzada que no adoptó.

—Volverás.

Hasta allí llegó ese desvío. Galen enderezó la espalda. Estaban llegando al final.

—No pienso hacerlo, Krennic. Aquí es donde pertenezco ahora.

—¿Rascando la tierra con una pala? Tan cerca estuvimos de la gloria. Así de cerca de brindar paz y seguridad a la galaxia.

Detrás de Galen llegó el sonido de la cerámica rompiéndose mientras los troopers continuaban su búsqueda. Catalogó mentalmente platos y jarrones ornamentales, luego descartó la lista. Nada en la casa importaba.

—Confundes la paz con el terror. Mentiste sobre lo que estábamos construyendo.

—Sólo porque estabas dispuesto a creerlo.

—Querías matar gente.

Orson se encogió de hombros, impasible ante la discusión.

—Bueno, por algo tienes que empezar.

Galen casi se rio. Recordó cuándo podía reírse con Orson, en lugar de sentir nada más que un vacío desafío.

Chasquidos de la casa. Se rompen los muebles, se revelan los escondites. Orson tendría su prueba momentáneamente.

—No puedo servirte, Krennic —*agujó él. Negando toda familiaridad*—. Mi mente ya no es lo que era. —Y ahora sólo podía hablar, no tratar de persuadir o enfurecer o hacer nada más que comprar unos segundos más, unos momentos preciosos para Lyra y Jyn—. Al principio pensé que era sólo el trabajo: me sentaba algunas noches y recordaba ecuaciones y teoremas, pero ya no podía mantenerlos en mi cabeza. Lo atribuí al agotamiento, a renunciar a los hábitos de un intelecto concentrado… —Sacudió la cabeza—. Pero es más que eso. Me cuesta recordar hasta lo más simple.

Orson entrelazó dedos enguantados, ojos brillantes con cruel diversión.

—¿Tu hija, por ejemplo? Galen, como científico eres excelente, pero no sabes mentir. Aunque admiro tu esfuerzo, en serio.

Orson no necesitaba que sus troopers reportaran una cama extra o un juguete dejado en el campo. No habría más demoras para Galen, ni esperanza de ocultar la presencia de su familia en Lah'mu.

Rezó para que a Lyra le fuera mejor. Ella nunca le había fallado antes.

Galen dejó de lado incluso ese pensamiento para imaginar a su hija en sus brazos.

Lyra corrió, sus dedos envolvieron la frágil muñeca de su hija. Tiró sin ternura. Escuchó a Jyn gemir de dolor, sintió a la niña tropezar a su lado y anheló levantarla en ambos brazos, llevarla a través de las rocas y abrazarla contra su pecho.

Anhelaba, pero no podía cargar a su hija y agacharse lo suficiente como para aprovechar las colinas que las ocultaban. No podía agregar otros veinticinco kilogramos a los suministros que llevaba en la espalda y aun así mantener su velocidad. Lyra amaba a su hija, pero el amor no las salvaría hoy.

Lyra siempre había sido la práctica en la familia.

Maldito seas, Galen, pensó, *por enviarnos lejos*.

Captó un destello de movimiento por el rabillo del ojo, volteó para confirmar que no era el viento y tiró de Jyn mientras se zambullía en el suelo húmedo. Su estómago ya le dolía por la carrera. La tierra fría se sentía bien en su cuerpo, pero su frente se erizó de sudor y miedo. Echó un vistazo alrededor de las rocas para ver media docena de figuras —troopers imperiales vestidos de negro y dirigidos por un oficial uniformado de blanco—, que avanzaban rápidamente hacia la granja.

No, no sólo era un oficial de blanco. Orson Krennic lideraba un escuadrón de la muerte a la granja. Hacia Galen.

—Mamá… —Jyn estaba susurrando, tirando de su mano—, conozco a ese hombre.

Eso tomó a Lyra por sorpresa. Pero Jyn tenía la mente de su padre, si no sus obsesiones. Su memoria era mejor que la de Lyra.

Ese es el mejor amigo de tu padre, Orson, quería decir. *Es un bastardo mentiroso que se cree un visionario*. En cambio, susurró:

—Shhh —y presionó dos dedos en los labios de Jyn antes de besarla en la frente—. Necesitamos seguir adelante. No dejes que te vean, ¿de acuerdo?

Jyn asintió con la cabeza. Pero parecía aterrada.

Se movieron juntas, tan rápido como Lyra pudo manejar mientras se ponía en cuclillas fuera de la vista. Le dolían las caderas cuando condujo a Jyn alrededor de la base de una antena de comunicaciones y se detuvo de nuevo para mirar hacia la granja. No podía distinguir a Krennic más allá de los troopers, no podía ver si Galen había salido, pero el grupo se había detenido cerca de la puerta principal. Lyra de repente se imaginó las figuras en armadura levantando llamas, reduciendo la casa a cenizas y metal carbonizado mientras su marido gritaba adentro…

Ella sabía que no era así. Mientras Krennic tuviera el control, Galen se mantendría con vida mucho después de que el resto de ellos estuvieran muertos. No tendría más remedio que trabajar para ese hombre hasta que fuera viejo y débil, hasta que su intelecto comenzara a fallarle y el Imperio determinara que ya no era útil.

Lyra se dio cuenta de que había tomado una decisión.

Desenganchó su bolso, buscó en el contenido hasta que encontró lo que necesitaba. Puso un bulto de ropa en la hierba y colocó sus manos sobre los hombros de Jyn. La niña temblaba. Se encontró con la mirada de su madre.

—¿Recuerdas a dónde ir? —preguntó Lyra—. Espérame allí. No salgas por *nadie* más que por mí.

Jyn no respondió. Lyra vio la humedad en sus ojos. Una voz le dijo a Lyra: *si la dejas ahora, se habrá terminado. Le has quitado toda su fuerza*.

Pero Lyra se había comprometido con un camino. Su esposo la necesitaba más que su hija.

Se apresuró a alcanzar su propia garganta, alejando la tela gruesa hasta que sus dedos atraparon una cuerda deshilachada. Se quitó el collar y observó cómo el colgante se balanceaba con la brisa. El cristal irregular y turbio estaba grabado con una escritura en un lado. Suavemente, puso el collar sobre la cabeza de Jyn. La niña no se movió.

—Confía en la Fuerza —dijo Lyra, y se hizo sonreír.

—Mamá.

—Estaré allí —susurró Lyra—. Ahora ve.

Envolvió a Jyn en sus brazos… *No la abraces demasiado, no le des tiempo para pensar…* y giró a la niña, la apartó. Lyra vio a su hija tropezar entre las rocas, desapareciendo de la vista.

Era hora de reenfocarse. Jyn estaría a salvo. Más segura si Lyra hiciera esto, aún más segura si tuviera éxito, pero segura de cualquier manera. Miró hacia la granja y el grupo

se reunió alrededor de la puerta, levantó el bulto de ropa y regresó por donde había venido. Mantuvo su cuerpo bajo, aceleró al ver a cuatro troopers entrar a la casa y revelar a Galen y Krennic parados juntos. Ella escuchó sus voces, débilmente. Krennic declaraba untuosamente:

—*Bueno, por algo tienes que empezar*.

No había esperado ver un asedio tan rápido. Había querido más tiempo para planificar. Pero no había garantía de que atrapara a Krennic con menos guardaespaldas en el corto plazo. Se enderezó y se apresuró, mantuvo el bulto cerca. Krennic la vio primero, aunque sólo habló con Galen.

—¡Pero si es Lyra! Que volvió a la vida. Es un milagro.

Galen volteó en su dirección. Rara vez había visto tanto dolor en su rostro.

—Lyra…

Pero él estaba mirando más allá de ella, buscando en los campos a Jyn.

Lyra casi quería sonreír.

Los troopers vestidos de negro levantaron sus armas.

—¡No disparen! —espetó Krennic.

Lyra dejó caer la ropa de sus brazos y levantó el bláster que había escondido debajo de la pila. Apuntó el cañón a Krennic, sintió el frío metal del gatillo debajo de su dedo. No miró a los troopers. Si la mataban, todo lo que tenía que hacer era contraerse.

Los troopers mantuvieron sus armas bajas. Krennic sonrió a Lyra.

—¡Ay, Lyra! Siempre das problemas.

—No te lo llevarás —dijo Lyra.

—Ay no, eso jamás. Me llevaré a todos. Estarán juntos. Tú, tu hija. Vivirán con comodidad.

—Pero siendo rehenes.

Ella había vivido esa vida antes, o lo suficientemente cerca. No tenía ganas de vivirla de nuevo.

Krennic parecía imperturbable.

—Siendo héroes del Imperio.

Lyra escuchó la voz de Galen a un lado.

—Lyra. Bájala ya.

La preocupación en su tono se sintió como un peso en su brazo, una mano en su muñeca. Ella mantuvo el bláster de todos modos, ignorando a su esposo.

Krennic ya no sonreía. Lyra dejó que las palabras, las amenazas, se extendieran. Lo había imaginado antes, había pronunciado discursos en su mente sobre el hombre que había arruinado su vida una y otra vez, y la realidad, a su vez, parecía de ensueño.

—Nos vas a dejar ir —dijo—. Lo vas a hacer porque eres un cobarde ególatra. Y estoy segura de que, si tus superiores te dejan vivir, vendrás por nosotros otra vez, y eso está bien. Pero *ahora* somos libres. ¿Lo entiendes?

Krennic simplemente asintió y dijo:

—Es mejor que lo pienses.

Sintió que los troopers se tensaban. Sabía, de alguna manera, que Galen la estaba mirando horrorizado. Y de repente se dio cuenta de que había juzgado mal la cobardía de Orson Krennic, que había cambiado en los años transcurridos desde que lo conocía, o que nunca lo había entendido ni en los viejos tiempos.

Jyn aún estaría a salvo.

Quizás todavía podría salvar a su marido.

—Jamás vas a ganar —dijo.

Krennic ladeó la cabeza. Un gesto condescendiente a un oponente superado.

—Háganlo —dijo.

Lyra apretó el gatillo, sintió que el bláster saltaba incluso cuando la luz centelleaba cerca y los pulsos calientes devastaban su pecho. Escuchó los disparos de los troopers sólo después de sentir el dolor: pinchazos sordos, casi insensibles, arriba y abajo de su cuerpo, cada uno rodeado por un halo de dolor. Sus músculos parecían vibrar como cuerdas rasgadas. Galen estaba gritando su nombre, corriendo hacia ella mientras caía, pero no podía verlo. Todo lo que vio fue a Krennic, agarrando un hombro negro y humeante mientras gruñía de dolor.

Si Lyra hubiera podido gritar, habría gritado no en agonía, sino en rabia. Sin embargo, no podía gritar, y se fue a la oscuridad con amargura.

Su último pensamiento fue: *desearía que Galen no estuviera aquí para verlo*.

Lo último que escuchó fue a Galen gritando su nombre y una voz furiosa que gritaba:

—Tienen una hija. ¡Búsquenla!

Pero ella estaba demasiado lejos para entender las palabras.

Jyn no era una niña mala. A Jyn no le gustaba portarse mal. Cuando sus padres le decían que hiciera algo, ella casi siempre lo hacía. No rápido, pero eventualmente (*casi siempre eventualmente*). Ella no merecía ser castigada.

Sabía que no debió haberse quedado para ver a su madre hablar con Papá y el hombre de blanco. Pero ella no podría saber lo que sucedería. No podría haber sabido lo que harían los troopers…

¿Habían estado hablando de ella? ¿Fue culpa suya?

Mamá no se movía. Papá la sostuvo en sus brazos. Jyn no pudo evitar llorar, pero contuvo un grito porque tenía que ser valiente. Tenía que *serlo*.

Había visto lo asustada que había estado mamá. Quienquiera que fueran los extraños, Jyn sabía que también la lastimarían.

Y sabía lo que se suponía que debía hacer. Necesitaba comportarse ahora. Ella necesitaba mejorar las cosas.

Tenía problemas para respirar mientras corría. Su nariz y ojos chorreaban, y su garganta se sentía hinchada y obstruida. Escuchó voces a lo lejos, voces electrónicas como droides o comunicaciones confusas. Los troopers la perseguían.

Estaba jadeando con un sonido agudo que la delataría. Sentía que le ardía la cara lo suficiente como para notarse a kilómetros. Sin embargo, ella sabía a dónde iba. Papá había tratado de fingir que era un juego, todas esas veces que le pidió que corriera y encontrara el escondite, pero ella sabía que no lo era. Se lo había preguntado a mamá una vez; ella tomó la mano de Jyn y sonrió y dijo: *«Sólo finge que es un juego de todos modos. Hará que tu padre se sienta mejor»*.

Ella quería fingir ahora, pero fue difícil.

Encontró el lugar que papá le había mostrado entre las rocas apiladas. Abrió la tapa de la escotilla incrustada en la ladera, casi temblando demasiado como para liberarla. En el interior, una escalera conducía al compartimento inferior, pero Jyn se quedó junto a la tapa y la cerró. Una astilla de luz escapó por la escotilla, iluminando la penumbra polvorienta.

Se puso las rodillas sobre el pecho y cantó una de las canciones de su madre, balanceándose de un lado a otro, ignorando su rostro con lágrimas y sus manos sucias. Esto también era parte de fingir. Todo lo que tenía que hacer era esperar. Eso era todo lo que le habían dicho que hiciera en el escondite.

Mamá o papá vendrían por ella.

Olía a humo, y el humo le picaba los ojos peor que las lágrimas. Podía ver las formas de los troopers moviéndose entre las rocas, pero a pesar de que iban y venían de un lado a otro, nunca notaron la escotilla. Nunca vieron su refugio. Cuando la luz del día comenzó a desvanecerse, se fueron y Jyn bajó la escalera.

El compartimento inferior era demasiado pequeño para la comodidad, apretado por las reservas de alimentos, máquinas y contenedores, pero podía sentarse. Encontró una linterna y observó cómo su débil luz crecía y menguaba durante la noche mientras escuchaba el ruido de una tormenta afuera y el chapoteo del agua de lluvia que bajaba la colina. Intentó dormir, pero nunca durmió por mucho tiempo… las gotas de lluvia se deslizaban por la cueva y le golpeaban la frente y las mangas sin importar cómo se acomodara.

Incluso sus sueños eran sobre ese golpeteo insistente. Esos golpes eran húmedos y aleatorios. En sus sueños, a veces mamá se caía cuando las gotas de lluvia golpeaban a Jyn.

Cuando amaneció, se despertó con el sonido del metal raspando sobre ella. Por un instante confundió los sueños con la realidad y pensó que mamá o papá habían llegado por fin… creía que lo que había visto el día anterior era una pesadilla, y que este era otro de los juegos de papá.

Pero solo por un instante.

Ella buscó. La escotilla se abrió y, recortada sobre ella, había una figura en armadura con una cara oscura grabada con cicatrices. El hombre miró a Jyn con ojos que brillaban a la luz de la linterna y habló con voz de mando:

—Mi niña, ven. Tenemos un largo viaje por delante.

Orson Krennic observó a Galen a bordo del transbordador y se preguntó cuándo el hombre finalmente se levantaría de la camilla donde se extendía el cadáver de su esposa.

—La llevaremos a casa —dijo Krennic—. Lo prometo.

Galen no dijo nada y acarició la mano de su esposa.

¿Qué más quiere?, se preguntó Krennic.

Lyra habría sobrevivido de no ser por su propia tontería. Krennic había arriesgado su vida por Galen y su familia, dándole a Lyra todas las oportunidades de retirarse en lugar de indicar inmediatamente a sus troopers que dispararan. Esa habría sido la apuesta más segura… sus élites de death troopers eran hombres desagradables que, dados sus esfuerzos, habrían terminado el enfrentamiento con mucha menos misericordia.

¡Ella le había disparado!

Había tratado de salvar a Lyra por la comodidad de Galen, entendiendo que el genio funcionaba mejor sin distracciones… y sí, por el deseo de honrar la cordialidad, si no la amistad, que él y Galen habían compartido una vez. Sin embargo, el exilio autoimpuesto había cambiado a Galen: ya no era un hombre de contemplación desapasionada, capaz de interpretar los hechos sin prejuicios. Lo que sea que Krennic dijo, cada acción que tomó, debía ser interpretada por Galen como la estratagema implacable de un intrigante traficante de poder.

Esto irritaba a Krennic —por supuesto que le molestaba, tener la relación de años tan descaradamente descartada—, pero podía darle *uso*. Si Galen se negaba a reajustar (¿tal vez un hombre que cambió tan rápidamente una vez podría cambiar rápidamente otra vez?), entonces Krennic podría interpretar el papel de monstruo para asegurar su cooperación.

El vendaje alrededor de su hombro dejó su brazo inmóvil. Necesitaría semanas, si no meses para recuperarse por completo, con quién sabe cuántas horas inmerso en tanques de bacta medicinales. El dolor sería considerable una vez que los analgésicos desaparecieran, pero podía soportar eso; pero no la pérdida de tiempo.

Cualquier deuda que le debía a Galen ahora se había pagado.

—Encontraremos a la niña —dijo, más insistente.

Galen no apartó la mirada del cuerpo de Lyra (otro regalo de Krennic, ¿quién más la habría llevado a casa para un funeral apropiado?).

—Creo que si aún no la han encontrado —murmuró Galen—, es muy poco probable que tengan éxito.

Krennic se erizó, pero había verdad en las palabras. Jyn claramente había recibido ayuda externa —la señal enviada desde la granja lo sugería—, y Krennic no estaba preparado para subestimar la competencia de su salvador. Esperaba que la investigación de las estaciones de comunicación, por mucho que Galen las hubiera dañado, revelara los detalles; los resultados determinarían cómo volvería la situación a su favor.

Si Galen no estaba seguro del destino de su hija —si había enviado una llamada de auxilio general u ofrecido una recompensa por recuperarlo a cada contrabandista o cazarrecompensas en el rango de recepción—, entonces la persecución ordenada de Krennic de la niña incentivaría a Galen a cooperar. Galen nunca lo admitiría, por supuesto, pero se sentiría tranquilo al saber que su hija estaba en manos imperiales.

Por el contrario, si Galen sabía *exactamente* quién había rescatado a Jyn, entonces tal vez era mejor dejarlo en paz y usar la amenaza de interferencia imperial como ímpetu para la cooperación.

Todo lo cual, Krennic se dio cuenta con un sobresalto, era una preocupación para otro día. Su misión lo había consumido tanto que no había podido apreciar su propia victoria.

Después de una larga búsqueda, Galen volvía a estar en sus manos. Los reveses científicos, los problemas de ingeniería que plagaban a los equipos de Krennic pronto desaparecerían. La punzada constante de hombres como Wilhuff Tarkin —burócratas sin ningún sentido verdadero por el alcance de los logros de Krennic—, pronto terminaría. Estas eran verdades que valía la pena celebrar.

Krennic le sonrió a Galen y sacudió la cabeza con cariño.

—Tu esposa será honrada. Tendremos el servicio tan pronto como lleguemos a Coruscant. Pero mientras tanto… ¿deberíamos discutir el trabajo?

Galen finalmente volteó y miró a Krennic con odio.

Luego, casi imperceptiblemente, asintió.

DATOS SUPLEMENTARIOS: ACTUALIZACIÓN DE INTELIGENCIA DE LA ALIANZA REBELDE

[Documento #NI3814 («Análisis de la situación con respecto a Jedha, y otros»), Fechado aproximadamente trece años después del reclutamiento de Galen Erso por Orson Krennic; de los archivos personales de Mon Mothma.]

No hay evidencia sólida de un proyecto de ingeniería interplanetaria que consuma recursos imperiales (vivos, financieros y materiales) a gran escala. Esa sigue siendo la conclusión, como lo ha sido desde que comenzó nuestra investigación.

Sin embargo, como antes, consideramos que esta declaración es insuficiente y nuestra situación grave.

Los despliegues tácticos importantes de las fuerzas imperiales en mundos estratégicamente insignificantes continúan en Jedha, Patriim, Eadu, Horuz y otros doce notables. Los apagones de comunicaciones frecuentes hacen que el análisis de estas implementaciones sea extremadamente difícil, y sospechamos que nuestra lista no es precisa ni completa. No obstante, sabemos que la mayoría de los mundos en cuestión contienen instalaciones para la recolección de recursos, fabricación o investigación y desarrollo científico. Más recientemente, hemos averiguado que varios de estos mundos comparten un conjunto de protocolos de seguridad no estándar que superan con creces la norma Imperial.

Hemos interceptado múltiples comunicados enviados a Orson Krennic, el director de investigación avanzada de armas del Imperio, desde estos mundos. Todavía no podemos descifrarlos.

Hemos interceptado múltiples comunicados enviados a un «Galen Erso» desde estos mundos. Todavía no podemos descifrarlos o confirmar que el «Galen Erso» al que se hace referencia es el ex jefe de múltiples proyectos de investigación de alta energía (incluido «Poder celestial», ver notas) una vez alojado en Coruscant.

Hemos interceptado múltiples comunicados que hacen referencia a una futura prueba de armas de escala indeterminada.

Nuestros intentos de vigilar las actividades Imperiales relacionadas con este asunto han resultado en la pérdida de varios operativos. Solicitamos personal adicional. Los intentos de obtener la cooperación de Saw Gerrera en Jedha han terminado por recomendación del general Jan Dodonna.

Entendemos que nuestras preocupaciones se consideran discutidas dentro del liderazgo del consejo de la Alianza. No discutimos que los recursos de inteligencia deberían centrarse en el Senado si hay alguna esperanza de una solución política pacífica a la lucha más amplia. Varios analistas se han negado a adjuntar sus nombres a este documento por temor a darle «credibilidad indebida».

Pero esta no es una teoría de conspiración, y la ignorancia no nos protegerá de lo que sea que esté construyendo el Imperio Galáctico.

Se adjunta el informe completo.



EL ANILLO DE KAFRENE ERA un tramo monumental de duracero y plastoide anclado por un par de planetoides malformados dentro del cinturón de asteroides Kafrene. Había sido fundada como una colonia minera por la nobleza de la Antigua República, construida con el propósito de despojar cada roca dentro de los diez millones de kilómetros de cualquier recurso mineral que la galaxia pudiera codiciar; la decepción de sus fundadores, al darse cuenta de que los minerales tan valiosos eran escasos en el cinturón de Kafrene, le valió el eslogan no oficial que surgió sobre su muelle de popa en grafiti fosforescente y espeluznante: DONDE LOS BUENOS SUEÑOS SE HACEN MALOS.

Ahora, el Anillo de Kafrene era un puesto comercial en el espacio profundo y una escala para los viajeros más desesperados del sector. Cassian Andor se contaba entre ese número.

Él ya estaba retrasado y sabía que, si no había llamado la atención durante el desembarco, ciertamente lo estaba haciendo ahora. Avanzó demasiado rápido por el camino, dejando a un lado a hombres y mujeres y no humanos de género indeterminado que poseían el andar adecuado y pesado de las personas condenadas a vivir en un lugar como Kafrene. Entre el camino y los lejanos caserones de rocas había mil chozas de chapa metálica y viviendas prefabricadas de mala calidad recicladas de colonias extranjeras; fuera de las vías principales no había esquema alguno, ni un diseño que no cambiara casi a diario, e incluso los trabajadores que regresaban a casa en el crepúsculo artificial preferían a las arterias principales. Cassian trató de moderar su ritmo, de seguir el impulso de la multitud en lugar de aplicar la fuerza. Fracasó e imaginó la decepción de su mentor: *La Alianza Rebelde te enseñó a hacerlo mejor*.

Pero había estado viajando demasiado tiempo, de Coruscant a Corulag y más adelante, tirando de los hilos sueltos de un elaborado tapiz que estaba fuera del alcance de su visión. Había pagado un alto precio en tiempo, créditos y sangre por un pequeño informe precioso, por la reiteración de los hechos que ya había confirmado. Había gastado demasiado como para regresar a la Base Uno con las manos vacías. Su frustración comenzaba a notarse.

Cruzó la calle y olió el amoníaco que flotaba desde un conducto de ventilación… el escape de un complejo de viviendas extraterrestres. Reprimió la tos y se adentró en la brecha entre una vivienda y otra, abriéndose camino a través de un laberinto de pasillos hasta llegar a un callejón sin salida apenas más ancho que su brazo.

—Estuve a punto de irme —dijo una voz, llena de irritación nerviosa. El orador emergió de las sombras: un humano con una cara redonda, suave y ojos endurecidos,

vestido con atuendos manchados y desvaídos. Su brazo derecho colgaba sin fuerzas en una eslinga. La mirada de Cassian se clavó en el hombre mientras revisaba los sonidos distantes de la calle: voces, ruidos de mercancías, algo chisporroteante, alguien gritando. Pero sin conmoción, sin chillidos de comunicadores.

Eso era suficientemente bueno.

Si había stormtroopers cazándolo, no estaban listos para disparar.

—En cuanto pude vine corriendo —justificó Cassian.

Escondió su paranoia en la parte posterior de su cerebro… fuera del camino, pero al alcance de la mano.

Tivik se dirigió hacia Cassian y la boca del callejón, secándose una palma en la cadera.

—Tengo que volver a bordo. Camina conmigo.

—¿Hacia dónde se dirige tu nave? —preguntó Cassian—. ¿De vuelta a Jedha?

Tivik no dejó de moverse. En algún momento, tendría que pasar a Cassian para continuar.

—¡Van a irse sin mí! —dijo—. Estamos aquí robando muni…

Cassian cambió su peso y amplió su postura, bloqueando el camino de Tivik; no era un hombre grande, pero sabía fingir presencia. Tivik se estremeció y dio un brusco paso hacia atrás.

Entre los informantes, Tivik era uno de los más enloquecedores con los que Cassian había trabajado: era, a pesar de todos sus defectos, un verdadero creyente; también era un cobarde abyecto, siempre buscando escapar de las responsabilidades morales que él mismo se había asignado. Él respondía bien a la presión. Y después de los últimos días, después de apresurarse a salir de Corulag basándose en el oblicuo mensaje de Tivik, Cassian estaba de humor para presionar.

—¡Tranquilo! Dame noticias de Jedha —gruñó él—. Dime… crucé la galaxia por esto.

Tivik se encontró con la mirada de Cassian y luego cedió.

—Un piloto imperial. Un conductor de un navío de carga de pronto desertó ayer.

—¿Entonces? —los desertores de bajo nivel del Imperio no eran poco frecuentes. Formaban la mitad de los soldados de infantería de la Rebelión, más o menos. Tivik lo sabía tan bien como Cassian.

—Dice que sabe de qué se trata la operación minera de Jedha. Ha dicho a varios que fabrican un arma —Tivik escupió las palabras como una corteza amarga—. Y que para eso reúnen los cristales Kyber. Ha traído un mensaje, dice que tiene pruebas…

Cassian analizó el aluvión de información, hizo una referencia cruzada contra lo que ya sabía y priorizó sus preocupaciones. Por eso había venido, pero no era lo que esperaba. Ha habido pistas sobre un *arma* antes, y cada una —en Adalog, en la Guarida de Zemiah—, había resultado ser chatarra.

Su pulso se estaba acelerando. Tal vez no volvería a la Base Uno con las manos vacías después de todo.

—¿Qué clase de arma? —preguntó. Las voces se alzaron en la calle, distorsionadas por los ecos de los callejones. Tivik se encogió de alguna manera, el hombre pequeño se hizo más pequeño.

—¡Tengo que irme! ¡Lo siento!

—Tú *me* llamaste. Sabías que esto era importante…

—¡No debiste llegar tarde! —espetó Tivik. Sus ojos estaban vidriosos por la angustia.

Cassian levantó a Tivik por debajo de ambos brazos, hundió los dedos en la eslinga, la tela áspera y la carne suave. El aliento del hombre tenía el aroma de la canela.

—¡Dime qué tipo de arma! —Cassian repitió, más fuerte de lo que pretendía.

—¡Un devastador de planetas! —gritó Tivik—. Eso es lo que dijo.

El frío se deslizó por la columna de Cassian.

Trató de recordar viejos informes, documentos de inteligencia especulativos, lecturas tecnológicas, cualquier cosa que pudiera desmentir a las palabras de Tivik. Un devastador de planetas era un mito, una *fantasía*, una obscenidad soñada por fanáticos que veían al Emperador como una deidad iracunda en lugar de un tirano corrupto.

Junto con el frío vino una vergonzosa mezcla de emoción y repulsión. Quizás por esta información, *cualquier* precio estaría justificado.

Bajó a Tivik tan gentilmente como pudo.

—¿«Un devastador» dijiste?

—Un hombre llamado Erso lo envió. Un viejo amigo de Saw.

Eso encaja en el rompecabezas.

—¿Galen Erso? —preguntó Cassian, tratando de reducir su propia intensidad—. ¿Era él?

—¡No lo sé! Ni siquiera debí decirte esto —Tivik sacudió la cabeza—. El piloto, los tipos que lo encontraron, aún buscaban a Saw cuando nos fuimos.

Saw Gerrera. Un piloto desertor. Jedha. Los cristales Kyber. Un arma. Un devastador de planetas. Galen Erso. Cassian los examinó y descubrió que era demasiado difícil de manejar, una mano construida con demasiadas cartas de juego. Tivik estaba a punto de salir corriendo, y Cassian no tuvo tiempo de resolver las preguntas correctas.

—¿Y alguien más sabe esto? —preguntó.

—¡No tengo idea! —Tivik se inclinó, su aliento de canela se convirtió en pequeñas ráfagas rápidas—. Todo se está derrumbando. Saw tiene razón: ustedes siguen hablando, deteniéndose y negociando, y estamos echando humo por todas partes, hay espías en todas partes…

Tivik no terminó la queja. Mientras miraba más allá del hombro de Cassian, este escuchó un movimiento detrás de él y se volvió hacia la boca del callejón. Colocados para bloquear la entrada, como Cassian había bloqueado a Tivik, había dos figuras con armadura blanca y cascos cual calaveras estilizadas: stormtroopers imperiales, rifles izados casualmente y apuntando en la dirección de Cassian.

Cassian maldijo en silencio y se obligó a sonreír.

—¿Qué hacen aquí? —la voz del stormtrooper zumbó con distorsión. Era brusco, autoritario, pero no asustado. Cassian podría usar eso.

—Hola —dijo Cassian, y se encogió de hombros exageradamente—. Sólo mi amigo y yo. Si estamos molestando a alguien, nos iremos del callejón…

—No irán a ninguna parte —el segundo stormtrooper habló ahora, impaciente—. Rápido, quiero ver sus documentos.

Cassian mantuvo sus ojos fuera de Tivik. No había nada que pudiera hacer para convencer al hombre para que siguiera jugando, para instarlo a *no hacer ningún movimiento*. Él seguía sonriendo con su pequeña sonrisa tranquilizadora a los stormtroopers, incluso cuando su sangre bombeaba ferozmente con la promesa de un *arma, un devastador de planetas*.

—Sí, enseguida —dijo—. Es que… mis guantes.

Indicó un bolsillo con un gesto. Los stormtroopers no se opusieron. Los ladrones eran comunes en Kafrene, y sin duda ya habían visto escondites extraños.

Ninguno de los stormtroopers reaccionó a tiempo cuando Cassian se agachó y tocó el frío metal de la empuñadura de su pistola. Apenas movió la muñeca y apretó el gatillo dos veces, desviando la mirada lo suficiente como para evitar el resplandor de la descarga de energía. El ruido eléctrico era bajo y enfermizo, amortiguado por un dispositivo silenciador ilegal que era *casi* efectivo.

Un momento después, los stormtroopers yacían muertos en el callejón. Cassian pensó que era un milagro que los rayos láser silenciados hubieran penetrado en su armadura. En un mundo más justo, él sería el que estaría sucio con un agujero ardiente en lugar de un corazón.

—No… —Tivik sacudía la cabeza—. ¿Qué hiciste?

Cassian vislumbró más blanco, oyó una voz confusa más allá de la boca del callejón. Habría más troopers, *muchos* más, y la próxima vez no dudarían en disparar. Agarró a Tivik por el codo, se apresuró a adentrarse en el callejón y escaneó las paredes. No había salidas, ni pozos de aire ni puertas traseras, pero los tejados no estaban a más de un metro o dos fuera del alcance. La escalada sin ayuda no era su especialidad; aun así, podría trepar y escapar por arriba en segundos, y desaparecería en las laberínticas profundidades del Anillo de Kafrene.

Tivik reconoció su intención.

—¿Estás loco? No tengo forma de trepar —se apartó del apretón de Cassian—. Cassian lo soltó después de un momento —y ajustó su honda—, mi brazo… —Giró su cuerpo torpemente para mirar la entrada del callejón.

Cassian escuchó pasos y un grito distante y distorsionado. Miró a Tivik de arriba abajo y se dio cuenta de que, con toda probabilidad, el hombre tenía razón: realmente no podía llegar a la pared, no sin ayuda y menos rápidamente. En el mejor de los casos, cuando él y Cassian estuvieran en los tejados, los stormtroopers ya los habrían identificado e iniciado una búsqueda.

—Oye —dijo Cassian, y tocó el hombro de Tivik, suavemente ahora, su voz despojada de toda fuerza—. Cálmate. Cálmate. Lo hiciste bien, todo lo que me dijiste, ¿es verdad?

—Es verdad —dijo Tivik. Su voz era la voz de un niño confundido.

Un pago más.

—Todo va a arreglarse, ¿hum? —dijo Cassian. Y por tercera vez ese día, apretó el gatillo de su bláster. Oyó el graznido eléctrico enfermizo, olía a fibras quemadas y peor cuando Tivik cayó al suelo. El informante dejó escapar un último gemido, como si hubiera tenido problemas para dormir, y se quedó quieto.

Te habrían atrapado, Tivik. Te habrían quebrado. Hubieras muerto. Y ninguno de nosotros entregaría tu mensaje.

Las manos de Cassian temblaban mientras se levantaba sobre la pared, agarrando los asideros a lo largo de las tuberías y los umbrales manchados, pateando la superficie de apoyo. Escuchó a los stormtroopers detrás de él contando cuerpos y se apresuró, con el pecho plano contra la azotea.

Menos de una hora después, estaba en un transbordador que partía del Anillo de Kafrene. Su cara y barba estaban goteando donde las había limpiado con una esponja fría en la estación de limpieza… no sólo para ocultar el sudor en su frente, sino para volver a enfocarse. Su mente tenía mucho que trabajar, y mucho más por recorrer antes de poder transmitirlo a Draven y a la Inteligencia de la Alianza.

Cerró los ojos y ordenó las cartas en su mano:

Jedha. La luna de los peregrinos. Un mundo baldío íntimamente vinculado a un vasto proyecto imperial solo visible a través de sus efectos dominó.

Los cristales Kyber. El único recurso natural de Jedha de algún valor. El Imperio había estado enviando cristales fuera del mundo, su destino final desconocido.

Un piloto desertor llevando un mensaje a Saw Gerrera. Posiblemente confiable, posiblemente no.

Saw Gerrera. Nominalmente parte de la Rebelión. En la práctica, no tan fácil de clasificar.

Galen Erso. El científico legendario, conectado —nuevamente—, con el megaproyecto imperial sobre cuya existencia la Alianza sólo podía especular. El hombre cuyo mensaje supuestamente llevó el piloto.

Y el arma. El *devastador de planetas*. La pesadilla de la galaxia, diseñada y construida y pulida para brillar por Erso y sus compinches.

Era más de lo que Cassian había esperado traer de esta misión; un tesoro de hechos, especulaciones y posibles conexiones, suficiente para mantener a los analistas ocupados durante semanas, meses o años.

Si tenía suerte, incluso sería suficiente para evitar que repita —una y otra vez en su cabeza, en el largo viaje en transbordador a un lugar seguro—, el último gemido moribundo del hombre que había asesinado.

Bodhi Rook siempre había dudado de sí mismo, y hoy no fue la excepción.

Sus captores no lo habían lastimado. Lo amenazaron, sí; le rechazaron la comida, el agua y lo dejaron con un dolor de cabeza que parecía apretar su cráneo alrededor de su cerebro hinchado, sí; pero lo trataron más como un objeto que como un hombre. Raramente hablaban mientras lo arrastraron por el helado desierto de Jedha, agarrándolo por los brazos y marchando a un ritmo que él —aislado por el traje de vuelo imperial que llevaba debajo de un caftán suelto—, no podía igualar. Sus suelas tocaban arena dos veces por cada tres pasos que daban sus captores; y cada tres pasos volaba, y su agarre se hizo dolorosamente fuerte.

Podría sobrevivir a esto, se dijo. Había elegido *bien*, encontrando a las personas adecuadas. Y cuando entregara su mensaje, todos lo entenderían. Lo aceptarían como un buen hombre, un hombre valiente.

Solo podía esperar que todo fuera cierto.

—¿Cuánto más falta? —preguntó.

Sus captores se mantuvieron cerca de él, tan cerca que no podía ver gran parte del páramo: solo el sol pálido y helado, las montañas bajas que formaban las fronteras del valle y el monolito desmoronado ocasional de una de las grandes estatuas de Jedha… la cabeza de un humanoide severo con labios alisados durante milenios, o un par de piernas rotas incrustadas en el suelo agrietado y oxidado del valle. Cuando se levantó el viento, mechones sueltos de cabello largo y oscuro se deslizaron ante sus ojos.

—Sé que están siendo cuidadosos —dijo, luchando por sonar razonable—. Sé que es algo inteligente: creen que podría ser un espía, y los espías tienen que ser una preocupación para personas como ustedes.

¡No les hagas pensar en espías! Se dijo eso, incluso cuando otra parte de su cerebro le aseguró: *no escondas nada. Sólo la honestidad te salvará*.

Luchó para recuperar su hilo de pensamiento.

—¡Pe-pero! —escupió aire a través de labios secos—. También tienen que darme una oportunidad. No por mi bien, sino por el de ustedes. Quiero ayudarles…

Sus captores —cinco revolucionarios con atuendos locales harapientos, cada uno armado con un rifle bláster—, lo empujaron con fuerza y él se arrastró sobre el polvo. Nadie se encontró con su mirada. En su lugar los rostros sucios y con cicatrices miraban las manos atadas de Bodhi o el desierto interminable.

Pasó un tiempo interminable antes de que volviera a hablar.

—¿Tienes familia? —le preguntó a un hombre alto con una espada medio oculta en su bota.

Con todo su esfuerzo, recibió la más breve de las miradas.

—*Tengo* una familia —dijo Bodhi, aunque sólo era algo cierto.

Los revolucionarios comenzaron a separarse, cambiando la formación sin palabras para poner a Bodhi en el centro de un amplio semicírculo. Con su campo de visión

recientemente expandido, Bodhi ahora vio un segundo grupo de pie delante de ellos en los desechos… pequeñas figuras oscuras en un horizonte brillante.

—Es él, ¿verdad? —preguntó Bodhi, sin recibir respuesta—. Es algo diferente de lo que imaginé.

El semicírculo cerró la distancia a la segunda banda. Los recién llegados se parecían a los captores de Bodhi, pero llevaban su artillería de manera más llamativa: un gigorano de piel blanca alzó un cañón giratorio, mientras que los humanos usaban bandoleras y cinturones detonadores. A la cabeza de los recién llegados había un tognath: una figura larguirucha vestida con pieles oscuras, cuya cabeza pálida, con forma de calavera, estaba sujeta al tornillo de banco de un respirador mecánico. El tognath giró sus órbitas hacia Bodhi y dijo en un dialecto de fuerte acento:

—Es el piloto… el desertor.

El tognath hizo un gesto una vez, y las dos bandas se fusionaron con una precisión rápida y militar. Bodhi se estremeció bajo el ceño fruncido del gigorano y sintió un rubor de vergüenza; los no humanos no lo habían puesto nervioso antes de firmar con el Imperio.

Se obligó a concentrarse.

—Okay, ¿t-tú eres… Saw Gerrera? —preguntó, más en esperanza que en creencia genuina.

Alguien se rio. El tognath examinó a Bodhi con una expresión que podía ser desdeñosa.

—¿No? —Bodhi sacudió la cabeza—. Oigan, estamos perdiendo tiempo que no tenemos. ¡Tengo que hablar con Saw Gerrera! De verdad o va a ser… —levantó un hombro hacia uno de sus captores originales—, demasiado tarde.

Le pareció oír otra risita. Pudo haber sido el viento jugando en la arena, pero fue suficiente para despertar su ira.

Ellos te necesitan. Necesitas hacerles entender.

—Estamos en medio de la nada. Hay que ir a la ciudad Jedha… —su voz se elevó a un grito, lleno de frustración—. ¿Qué parte de «mensaje urgente» no les ha quedado claro? Es…

Vio la sombra sobre él, luego sintió que una tela gruesa le cubría el cabello, se ponía las gafas protegidas en la frente y se deslizaba con fuerza contra la nariz, el bigote y la barba. Vio el resplandor del sol a través de la costura del saco sobre su cabeza.

—¡Hey! —dijo, tratando de no morder la tela—. Estamos del mismo lado, si ven más allá del uniforme por un momento, puedo darles…

¡Siempre abres la boca!, le había dicho su madre, *¡pero dices tan poco! Aprende a escuchar, Bodhi Rook.*

Hablar era todo lo que podía hacer ahora.

—Tengo que hablar con Saw Gerrera —gritó. Estaba suplicando cuando un par de manos soltaron sus brazos y nuevas manos, las manos terriblemente fuertes del gigorano,

tomaron su lugar—. ¿Sabsn qué? Sólo dile, dile lo que te dije, y luego querrá hablar conmigo.

Dejé todo para venir aquí. ¡Estoy aquí para ayudar!

Alguien apretó el saco alrededor de su cuello. Le raspaba la garganta cuando respiraba.

Bodhi Rook pensó en la razón por la que había regresado a Jedha y se encontró odiando a Galen Erso.

Jyn había estado a merced del Imperio antes. A veces incluso se merecía sus problemas… no podía culpar a algún dictador mezquino por haber ordenado que la sacaran a la calle y la encerraran en una celda cuando realmente, verdaderamente planeaba volar su nave y robarle sus armas. Le habían apuntado con rifles, había sentido los aturdidores dando sacudidas en su columna y, en general, había sufrido lo peor que un stormtrooper estaba autorizado a repartir.

Lo que hizo que sus circunstancias fueran diferentes *ahora* era que, por primera vez, Jyn no tenía una ruta de escape. No había socios fuera de los muros de la prisión esperando derribar las puertas; no podía hablar en privado con algún codicioso oficial de seguridad al que pudiera prometer (mintiera o no) pagar; ni siquiera un cuchillo que pudiera esconder donde los guardias no lo encontrarían.

Se había quedado sin *amigos*. Había venido sola al campo de trabajos forzados de Wobani. Esperaba morir allí de esa manera y, muy probablemente, no tomaría mucho tiempo.

Abrió los ojos, apartó sus pensamientos cuando una gota de agua sucia golpeó su frente y tomó una ruta tortuosa por el costado de su nariz. Se la untó con la palma de la mano y miró sobre su celda como si hubiera cambiado desde que se apagaron las luces. Pero no había un hueco en la pared, ningún bláster escondido discretamente al lado de su losa. El bulto cubierto de mantas de su compañera de celda gimió y jadeó, lo suficientemente fuerte como para despertar a Jyn incluso si lograba dormir.

Esperó a que el stormtrooper patrulla pasara por su puerta, contó hasta cinco, luego se puso de pie y se arrastró hasta los barrotes. Afuera había una marcha interminable de más puertas de celda, más prisioneros durmiendo o, en algunos casos, alimentando a sus propios demonios privados… arañando sus brazos o dibujando mandalas invisibles en el piso. A Wobani no le importaba más el tratamiento o la rehabilitación que el castigo. El orden y la obediencia eran la prioridad; todo lo demás se dejaba pudrir.

—¿Malos sueños? —los gemidos y sibilancias se habían detenido. La voz sonaba como garras en una pizarra.

—En realidad no —dijo Jyn.

—Entonces no deberías levantarte —resopló su compañera de celda. Los tentáculos que sobresalían de su cara pellizcada y parecida a un gusano se retorcieron de irritación.

La mujer se hacía llamar Nail. Los otros prisioneros en Wobani la llamaban Kennel, por los parásitos que albergaba en la sucia chaqueta de tela que cubría la mitad de su pecho coriáceo. Solo los guardias la llamaban por su nombre real, que —junto con su especie y género real—, Jyn no se había molestado en aprender.

Ambas guardaron silencio cuando la patrulla volvió a dar la vuelta. Jyn regresó a la losa que servía como cama, consideró levantarse por segunda vez únicamente para irritar a Kennel, luego decidió no hacerlo. Si ella habría de comenzar una pelea, mejor estar despierta lo suficiente como para disfrutarla.

—¿Quieres una advertencia? —preguntó Kennel—. ¿Antes de hacerlo?

—En realidad no —repitió Jyn.

Kennel gruñó y rodó de un lado a otro.

—Te daré una de todos modos. Siguiente equipo de trabajo en el que estaremos juntas. Te mataré entonces.

Jyn se rio sin aliento y sin humor.

—¿Quién te va a hacer compañía?

—Me gusta una celda tranquila —dijo Kennel.

—¿Qué pasa si te mato primero? —preguntó Jyn.

—Entonces espero que *te* guste una celda tranquila, Liana Hallik.

Liana Hallik. No es el nombre favorito de Jyn, pero probablemente el último. Ella torció sus labios en una sonrisa que su compañera de celda no vería.

—¿Siempre fuiste así? —preguntó después de que el stormtrooper hubiese pasado—. ¿Antes de Wobani? ¿Hasta cuando eras niña?

—Sí —respondió Kennel.

—Yo también —dijo Jyn.

Ninguna de las dos volvió a hablar. Jyn yacía sobre su losa y no dormía y jugueteaba con el collar escondido debajo de su camisa, el cristal que había logrado conservar, introducido de contrabando en la prisión cuando debería haberse preocupado por las armas o un comunicador. No pensaba mucho en su posible asesino, sabiendo que, si Kennel no la mataba, otra cosa lo haría.

Nadie sobrevivía a Wobani por mucho tiempo. Se suponía que Jyn cumpliría veinte años, pero cualquier cosa más de cinco eran una sentencia de muerte. Todo lo que podía hacer era tratar de elegir el final más interesante posible.

A la mañana siguiente, los stormtroopers reunieron a los equipos de trabajo, seleccionando prisioneros al azar (supuestamente al azar, aunque todos sabían que los guardias tenían *favoritos*) para su día en las granjas. Jyn prefería trabajar a estar sentada en su celda —manejaba los músculos tensos y temblorosos más que el aburrimiento agonizante—, y casi había perdido la esperanza cuando un guardia agitaba un rifle en la puerta de su celda. Poco tiempo después, ella y Kennel fueron encadenadas por los brazos a un asiento en la parte trasera de un turbo tanque oxidado, rebotando y balanceándose con otros tres convictos mientras un trío de stormtroopers miraban desde el frente.

Ninguno de los prisioneros se miró el uno al otro. Jyn lo tomó como una buena señal: si Kennel planeaba matarla, al menos no tenía aliados.

El transporte se detuvo tan repentinamente que Jyn se adelantó, el metal de sus grilletes rastrilló la carne de sus muñecas. Había gritos afuera. La curiosidad se abrió paso en el cerebro de Jyn; habían estado en tránsito muy poco tiempo para estar en las granjas. Los otros prisioneros se movieron inquietos, mirando a los stormtroopers y la puerta delantera.

—¿Ahora qué? —se quejó uno de los troopers.

—No sé, tal vez otra recolección —respondió uno de sus compañeros.

—Creí que ya teníamos a todos —un trooper se chasqueó. Sus dos compañeros tenían sus armas en alto. Los tres se volvieron hacia el frente.

Jyn escuchó el *sonido* sordo de algo metálico y un leve y agudo gemido. Uno de los otros prisioneros estaba mirando hacia arriba, sonriendo con entusiasmo como si lo hubiera descubierto todo.

Entonces la parte delantera del transporte explotó.

El rugido de la granada detonante —*tenía* que ser una granada, Jyn conocía el ruido demasiado bien—, hizo que sus oídos latieran y convirtió los gritos, alaridos y los disparos láser que siguieron en un zumbido metálico e incomprensible. El humo que transportaba el olor a ceniza y los circuitos ardientes inundó el compartimento trasero, picando los ojos y las fosas nasales de Jyn. Trató de observar lo que estaba sucediendo, seguir los movimientos de los stormtroopers, pero le dolía mirar y tuvo que pestañear. Mantuvo la mirada en el suelo. En su visión periférica, vio a los stormtroopers morir uno por uno, derribados por un aluvión de rayos de partículas que quemaron su armadura y chispearon contra las paredes del transporte.

—¡Hallik! —llamó una voz apagada, apenas audible por encima del zumbido en sus oídos.

Jyn levantó la barbilla con una sacudida y se volvió hacia el frente del turbo tanque. Tres figuras armadas con atuendo manchado de batalla se abrieron paso entre los cuerpos. No llevaban insignias, pero ella los conocía por sus movimientos, por su uniformidad de modales y sus ceños fruncidos.

Eran profesionales. Soldados.

No estaban con el Imperio; eso los hacía rebeldes.

La habían *encontrado*.

Ella no pudo detener el pensamiento. Saltó a su cabeza, exigió que luchara, que *corriera*. Pero no tenía sentido. ¿Por qué irían a buscarla? Tal vez era una coincidencia, tal vez iban tras un prisionero diferente y ella había escuchado mal…

—¡Liana Hallik! —el líder, un hombre tan completamente cubierto de ropa que su cara expuesta parecía fuera de lugar entre la tela y el cuero, volvió a llamar.

Jyn bajó lentamente la mirada hacia las cadenas alrededor de sus muñecas. Le temblaban las manos. Ella agarró su asiento para hacer que se detuvieran.

—Es ella —dijo otro rebelde, e hizo un gesto en dirección a Jyn.

Su sordera estaba disminuyendo. Esperó, casi esperando un rayo láser en la cabeza. Se preguntó cómo se sentiría. La gente moría rápido por los rayos láser; ella ya lo había visto lo suficiente. No pensó que dolería mucho.

—¿Quieres salir de aquí? —preguntó el líder rebelde. Su tono era neutral, cauteloso, como si fuera tan cauteloso con Jyn como lo era con él.

Jyn trató de imaginar lo que les había traído a los rebeldes. ¿Saw había decidido traerla de vuelta? ¿Alguno de los suyos había decidido que ella sabía demasiado?

Asintió con la cabeza al hombre, sin ninguna opción mejor.

Uno de los infantes rebeldes toqueteó sus grilletes y finalmente los desbloqueó con una llave del cadáver de un stormtrooper. Jyn se enderezó, mareada por el humo y la sangre corriendo hacia su cabeza, pero decidida a no mostrarlo. Su salvador comenzó a decir algo cuando, desde el otro lado del transporte, un prisionero gritó:

—¿Y yo? ¿Van a dejarme?

El rebelde parado sobre ella se dio la vuelta. Jyn lo reconoció como una oportunidad.

Estaba a la mitad del piso del transporte en un segundo, su pie se clavaba firmemente en las tripas del líder para golpearlo contra la pared. En el acto mantuvo a Jyn en posición vertical mientras giraba hacia un segundo cuerpo que se acercaba. Ella agitó un puño, golpeó con fuerza el rostro del recién llegado y sintió sus dientes a través de su mejilla. Se tambaleó hacia adelante, todavía aturdida, y agarró la primera arma que pudo encontrar entre las herramientas agrícolas almacenadas cerca: una pala, sólida y lo suficientemente larga como para poder alcanzarla. Había visto el daño que una pala podía causar en las manos de un prisionero.

Dejó que el peso de la pala la llevara a través de su primer golpe, dio un golpe fuerte y *carnoso* al líder cuando el hombre se recuperó de donde lo había pateado contra la pared. Ella giró de nuevo para golpear al rebelde que la había destrabado cuando él apareció por detrás. Jyn vio un camino despejado hacia la parte delantera del transporte y corrió hacia las puertas retorcidas y rotas.

El mundo estaba borroso, pero ella estaba afuera, los pies golpeando el camino de grava.

Podría encontrar un camino fuera de Wobani. Conseguir nuevos documentos. Retirar a Liana Hallik y comenzar de nuevo, elegir el nombre que quisiera, uno que al Imperio no le importara y que la Alianza Rebelde nunca encontra…

—Te estamos rescatando —dijo una voz. Estaba distorsionada electrónicamente, pero demasiado aguda para ser un stormtrooper. Una mano fría de metal se enganchó en su cuello, alzando a Jyn hasta que se retorció medio metro en el aire. Ante ella se alzaba el chasis delgado de un droide de seguridad iluminado por el sol, negro como la noche, salvo por la insignia imperial en sus placas de hombro y las bombillas blancas de sus ojos—. Felicitaciones.

El droide sacudió su brazo y la arrojó al suelo. El dolor brilló en la columna de Jyn, atravesó su cráneo. Echó la cabeza hacia atrás y vio a un rebelde enojado con la boca ensangrentada apuntando con un rifle a su pecho.

Maldito sea Saw Gerrera de todas formas. Maldita sea toda la Alianza Rebelde.



EN ALGÚN LUGAR DENTRO DEL CEREBRO DE JYN HABÍA una cueva sellada por una escotilla de metal pesado. La cueva no era para su protección. En cambio, era donde encerraba las cosas con las que había *terminado*, pero que no podía olvidar por completo: La Rebelión. Saw Gerrera. Gente y lugares enterrados en la oscuridad durante tanto tiempo que apenas reconocía sus nombres como algo más que impulsos crueles e hirientes.

Odiaba la cueva y todo lo que había dentro. Todos los que la *conocían*. No era real, por supuesto, aunque se la había descrito a alguien una vez —alguien en quien confiaba—, y admitió lo que la imagen significaba para ella. Inmediatamente se arrepintió y juró mantenerla oculta para siempre. Ahora la granada que había arruinado el transporte de prisioneros había expuesto la escotilla, destruyó el suelo oculto y la dejó a la vista de Jyn y del mundo.

En el largo y desgarrador vuelo desde Wobani, la computadora de navegación del U-wing no funcionó correctamente, lo que obligó a sus rescatadores a llamar a una flota de cazas de la Rebelión en busca de ayuda. Aunque los X-wing estaban destinados a defenderlos, Jyn se sintió atrapada entre los rebeldes armados que la rodeaban y la escotilla dentro de su mente.

Una vez más, no tenía escapatoria.

Una película húmeda envolvió a Jyn mientras desembarcaba en la luna selvática de un gigante de gas rojo. Las brisas cálidas llevaban el aroma de la vegetación podrida del suelo del bosque, enmascarando el hedor más sutil del moho. La sombra y el refugio de un gran templo de piedra solo proporcionaban una apariencia de alivio, lo suficiente como para recordarle a una persona cuán penetrante era realmente el calor, la humedad y el hedor.

No era el puesto rebelde más incómodo que Jyn había visitado. Pero fue el primero que vio mientras estaba bajo guardia armada o sin saber dónde estaba. Tal vez el sistema estelar era demasiado oscuro para siquiera tener un nombre.

—Sigue caminando —el hombre que había dirigido la incursión en Wobani llevó marchando a Jyn por el asfalto al aire libre y al suelo de piedra pulida del hangar improvisado del templo. El hombre se llamaba Ruescott Melshi. No se había molestado en presentarse, pero ella lo había escuchado hablar con el piloto.

—Todavía estás enojado, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Acerca de…?

—Ser golpeado con una pala.

Melshi gruñó.

—Están esperando —dijo, y ella no preguntó *«¿Quién?»* porque sabía que era lo que él esperaba.

Si era Saw quien estaba esperando, ella sabía cómo tratar con él.

Caminaron juntos, pasaron los pilotos en monos charlando con técnicos; antiguos cazas estelares, cargueros y transportes sentados en filas ordenadas. Era más de lo que un *puesto de avanzada* rebelde debería tener. Dondequiera que estuviera Jyn, era importante. Incluso sin saber en qué sistema habían llegado, sospechaba que había visto demasiado para poder recuperar su libertad.

Ella fantaseaba con hacer tropezar a Melshi en la piedra mojada, golpear su cara contra la roca, agarrar su arma, arrastrarlo de regreso a la entrada del hangar y usarlo como escudo humano. Los rebeldes no la dejarían salir del mundo, pero ella podría escapar a la selva, donde ella haría… ¿qué?

¿Envenenarse tratando de vivir de la flora local?

Dejó que Melshi la guiara más profundamente en el templo.

Se le ocurrió un pensamiento inquietante: *Saw nunca dejaría que un prisionero viera todo esto.*

Los rebeldes no habían construido el templo. Eso era obvio. Pero lo habían hecho propio, tendiendo cables a través de grabados antiguos y colocando consolas intermitentes como ofrendas en las losas de los altares. Melshi parecía impasible; Jyn recordó el amor de su madre por la historia con el menor dolor y desterró el recuerdo. Cuando llegaron a una cámara muy por debajo de la superficie —un búnker tal vez, fortificado para resistir un ataque mientras el templo se derrumba sobre él—, Melshi le indicó que entrara.

—Si pruebas lo que intentaste en Wobani… —comenzó.

Ella terminó por él.

—… será mejor que tenga éxito.

El búnker estaba débilmente iluminado y subdividido por una mesa de conferencias. Melshi condujo a Jyn a una silla y examinó los rostros dispuestos contra ella: dos hombres con la insignia de los generales rebeldes… uno de edad avanzada, pálido y de ojos suaves; el segundo era más joven que el primero, por una década o más, con el ceño perpetuo bajo el pelo como óxido. Un tercer hombre, de cabello oscuro, bigote, más cercano a la edad de Jyn, estaba a un lado como si no le preocupara el papel que le habían asignado en el drama de los rebeldes. Miró a Jyn con una expresión de curiosidad desapasionada.

Saw Gerrera no estaba presente.

—Actualmente te haces llamar… —el general de pelo oxidado dio un paso adelante, mirando deliberadamente entre Jyn y el datapad en su mano—, Liana Hallik. ¿Es correcto?

Se paró delante de ella como si pudiera intimidarla. Jyn esperó. *Déjalo intentarlo*.

—Posesión de armas ilegales, falsificación de documentos imperiales, agresión con agravantes, escapar de prisión, resistirse al arresto… —Bajó el datapad y ladeó la cabeza con aire de suficiencia—. Imagina si la autoridad imperial hubiera averiguado quién eres en realidad, Jyn Erso. Es tu verdadero nombre, ¿o no?

Ella se estremeció. Sintió tanto como vio la sonrisa del general ante su insignificante victoria. Nada de sus palabras la sorprendió —los rebeldes no secuestrarían a *Liana*—, pero escuchar a *Jyn Erso* en voz alta por primera vez en años se sintió como una violación. El general había llevado una antorcha cortante a la escotilla en su cerebro, tratando de quemar la barrera.

El siguió hablando.

—Jyn Erso. Hija de Galen Erso. Un conocido colaborador imperial en el desarrollo de armas.

Ella podría haberlo golpeado una vez, tal vez dos veces, para evitar que dijera *«Erso, Erso»*. La mención de Galen dejó una grieta negra y carbonizada a través de la escotilla, y sintió que su pulso se aceleraba en respuesta.

Sin embargo, antes de que Jyn pudiera actuar, vio movimiento desde la lejana entrada del búnker. Una mujer vestida de blanco salió de las sombras, a la vez cansada y dura. Su cara estaba arrugada y su cabello cobrizo con un estilo impecable… no como el de un soldado o el de un general. Los hombres, casi al unísono, se alejaron medio paso cuando ella reclamó la cabecera de la mesa.

—¿Qué es esto? —Jyn siseó ante la recién llegada.

—Es tu oportunidad de volver a empezar —dijo la mujer—. Quizá puedas brindarnos tu apoyo.

Las palabras eran suaves, pero su voz era implacable.

—¿Quién eres tú?

—Tú *sabes* bien quién es ella. —El general de pelo oxidado otra vez. Una mancha de saliva tocó la frente de Jyn, pero mantuvo su atención donde estaba. La mujer hizo un gesto al general, y él se calló.

—Mi nombre es Mon Mothma —dijo la mujer—. Lidero en el consejo del Alto Mando de la Alianza, y aprobé tu extracción de Wobani.

Mothma. La jefa de estado de la Alianza. Eso hacía del templo el cuartel general rebelde. El lugar donde se tomaban las decisiones, donde se daban órdenes mientras la gente de lejos moría…

¿Por qué estaba ella *aquí*? ¿Dónde estaba Saw?

—Hay una recompensa por tu cabeza —dijo Jyn, porque era mejor que no hablar; porque había descubierto una vulnerabilidad que podía golpear como un ojo desprotegido.

Mon Mothma no se rio, pero Jyn la sorprendió sonriendo antes de señalar al tercer hombre.

—Él es el capitán Cassian Andor —dijo Mothma—, de Inteligencia Rebelde.

Cassian se movió hacia Jyn, pero fingió una distancia respetuosa… una que también le daría espacio para maniobrar si ella se lanzaba. El general de cabello oxidado se retiró al borde de la habitación con un movimiento de cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que contactaste a tu padre? —preguntó Cassian.

Jyn no se inmutó esta vez. Una segunda grieta se extendió por la escotilla. Salieron chispas del soplete de corte.

—Fue hace quince años —dijo. Era una suposición, pero lo suficientemente cerca.

—¿Tienes idea de dónde pasó ese tiempo? —mientras que el general había tratado de intimidar, el tono de Cassian era casual y sus ojos eran agudos. Como si estas fueran preguntas que haría durante la cena para demostrar que estaba *interesado en ti como persona*.

—Quiero creer que ya no existe —dijo Jyn—. Facilita las cosas.

—Facilita las cosas —hizo eco Cassian—. ¿Ah sí? ¿Qué cosas? ¿Que es parte de la máquina de guerra imperial? —A pesar de la carnada, mantuvo el mismo tono informal.

—No tuve el lujo de una opinión política.

Jyn vio otro rastro de una sonrisa de Mothma. Pero Cassian se volvió más severo.

—¿En serio? ¿Cuándo fue tu último contacto con Saw Gerrera?

¿No deberías saberlo?

Si Saw no estaba aquí… si Saw no ayudó a los rebeldes a encontrarla, ¿de qué se trataba todo esto?

—Hace bastante tiempo —contestó.

La calidez de Cassian se había agotado. Su interés era el de un interrogador.

—Pero él jamás se olvidó de ti, ¿o no? Tal vez acceda a verte si lo buscas como amiga.

Jyn abrió la boca para discutir, para maldecir, pero no dijo nada. Necesitaba tiempo para descubrir un enfoque, tiempo para decidir a quién estaba dispuesta a traicionar para salvarse.

—Estamos contra el reloj aquí, niña —gruñó el general de pelo oxidado—. Si no tienes nada de qué hablarnos, volverás a esa prisión.

De acuerdo. La respuesta simple, la honesta. La que ya conoces.

—Yo era una niña —dijo—, Saw Gerrera salvó mi vida. Él me crió. Pero no sé en dónde esté. No lo he visto en muchos años.

El general mayor asintió como si esto confirmara algo que había sospechado. Intercambió una mirada con Mothma, pero Cassian fue quien habló después.

—Sabemos dónde encontrarlo —dijo Cassian—. Ese no es el problema. Lo que necesitamos es alguien que nos ayude a entrar sin que nos maten.

Jyn luchó por sonreír.

—Todos son rebeldes, ¿no es cierto?

—Sí, pero Saw Gerrera es un extremista. Combate solo desde que se separó de la Rebelión —dijo Mothma—. Su militancia le ha causado a la Alianza muchos problemas. Ya sólo nos queda la opción de enmendar la confianza deshecha.

¿Entonces eso era todo? Incluso cuando Jyn conoció a Saw, había estado al margen de la Rebelión. Si se había separado de la Alianza por completo, significaba que su curso se había mantenido estable. Y ahora los rebeldes la habían secuestrado del campo de trabajo para usarla como una ofrenda de paz.

Sólo que eso no explicaba todo.

Se clavó las uñas en las palmas y formuló la pregunta que no quería que le respondieran.

—¿Esto qué tiene que ver con mi padre?

Mon Mothma le dirigió a Cassian una mirada incitante.

—Hay un desertor imperial en Jedha. Un piloto. Capturado por Saw Gerrera —Cassian hizo una pausa, buscó los ojos de Jyn como para enfatizar la gravedad de lo que dijo a continuación—. Asevera que el Emperador está creando un arma con el poder de destruir todo un planeta.

Esta vez, Jyn no pudo evitar reírse.

—Esa es una mentira *terrible* —dijo.

Esperaba que Mon Mothma le ofreciera otra sonrisa pálida. En cambio, la mujer miró a Jyn por un largo tiempo antes de decir:

—Creo que es la verdad. Puedo estar equivocada, y rezo por estarlo… pero creo que un arma que asesina mundos es la culminación natural de todo lo que el Emperador ha hecho.

Todos están locos, quiso decir Jyn. No obstante, se contuvo.

—Sin embargo, tienes razón —continuó Mothma—. Si se tratara de Saw Gerrera, tendríamos otros enfoques.

Cassian reanudó, aparentemente sin problemas por la interrupción y la burla de Jyn.

—El piloto —dijo él—, el que Gerrera tiene bajo custodia.

—¿Qué hay de él? —preguntó Jyn.

—Dice que fue enviado por tu padre.

La escotilla dentro de la mente de Jyn se hizo añicos como arcilla cocida. Las cosas dentro de la cueva, húmedas y sucias por la oscuridad, se filtraron indeseadas en su cerebro. Los pensamientos extraños se extendieron como manchas, oscureciendo todo lo demás: *mi padre está vivo. Mi padre es un traidor. Mi padre está construyendo un arma para destruir mundos.*

Mi padre es un héroe. Mi padre es un cobarde. Mi padre es un bastardo.

Galen Erso no es mi padre. Galen Erso no me crio…

Sus palmas estaban sangrando donde se había clavado las uñas. Se limpió las manos en las caderas, miró alrededor de la habitación repentinamente vertiginosa, apenas oyó a Mothma decir:

—Hay que detener esta arma antes de que esté lista. —O el tono condescendiente del general de cabello oxidado:

—El capitán tiene la misión de ir ahí y corroborar la historia y, si es posible, hallar a tu padre.

Era demasiado. Demasiado para pensar ahora, tal vez demasiado para pensar alguna vez. Pero los otros la estaban mirando. Jyn se concentró en la sensación de su respiración, su piel húmeda contra la silla de metal, el horrible aire apestoso y húmedo. Alejó su mirada de la escotilla rota sobre la cueva, forzó el asco, el odio y la duda como la bilis.

Mon Mothma estaba hablando de nuevo.

—Según parece ha sido vital en la elaboración de esta superarma. Dada la gravedad de la situación y tu historia con Saw, buscamos su ayuda para localizar a tu padre y regresarlo al Senado para dar testimonio.

—¿Y si los ayudo? —preguntó Jyn. Escupió las palabras con amargura, aunque no las escuchó.

—Entonces veremos que quedes libre —dijo Mon Mothma.

Era la mejor respuesta que Jyn podía esperar.

No estaba tranquila cuando salió del hangar y se dirigió al asfalto, pero estaba calmada. Su cuerpo se sentía magullado y dolorido, como la mañana después de una pelea, pero respiraba sin lucha. Si no pensaba en ello —la misión, el significado *detrás* de esta—, estaría bien.

Y cuando todo terminara, ella podría volver a su antigua vida. Hacer una nueva vida. Encontrar un lugar alejado de la Alianza Rebelde, lejos de Saw Gerrera y Galen Erso y…

Simplemente no pienses en eso.

—¡Capitán Andor! —llamó una voz.

Cassian se detuvo a medio camino al lado de Jyn, miró hacia el hangar y vio la fuente del grito… el general de pelo oxidado del búnker, que había sido todo un comentario sarcástico y gruñido en lugar de una senilidad muda como su compañera.

—General Draven —murmuró Cassian—. Dame un momento.

—No hay prisa —dijo Jyn.

Cassian se precipitó hacia la rampa de embarque de un maltratado transporte U-wing, se quitó la bolsa que llevaba sobre su hombro y luego se apresuró a regresar en dirección a Draven. Jyn siguió su camino hacia la nave, dándole un vistazo superficial. Mientras que la base en su conjunto era más grande, más ocupada y mejor equipada que cualquier cosa que hubiera visto antes en la Alianza Rebelde, el U-wing estaba en línea con sus expectativas. Como el que la había recuperado de Wobani, parecía un conjunto de motores con una bahía de carga atada, mantenida y reparada a lo largo de los años por un droide con pistones por manos.

Ella había estado a bordo de naves peores.

—¡Jyn Erso! ¡Alias Liana Hallik, prisionera seis-dos-nueve-cinco-alfa!

Se estremeció —de nuevo—, al oír su nombre. Tendría que acostumbrarse.

Miró por la rampa de embarque hacia la cabina principal. Elevándose sobre la consola de comunicaciones se encontraba el droide de seguridad adornado con símbolos imperiales que la había capturado en Wobani.

—Soy Key-Tuesso —continuó, con una alegría que Jyn solo podía interpretar como amenazante—. Soy un droide imperial reprogramado.

—Sí, nos vimos antes —dijo.

Había escuchado historias sobre droides reprogramados que *fallaban*… sobre resguardos que se reafirmaban, sobre códigos antiguos que resurgían repentinamente por razones que nadie podía explicar. Ella no estaba demasiado preocupada; si K-2SO volviera a operar, los miembros de rango de la Alianza Rebelde serían su máxima prioridad. Jyn, una convicta fugitiva reclutada en la misión, no sería estrangulada hasta el segundo o el tercero, al menos.

—Veo que el Consejo te enviará con nosotros a Jedha —continuó el droide. Una declaración, no una pregunta.

—Parece que sí.

—Esa es una mala idea. Es lo que creo y Cassian también. ¿Pero qué voy a saber? Me especializo en análisis de estrategia.

Jyn apenas escuchaba. Se había alejado del droide, mirando a través del hangar hacia donde Draven y Cassian se acurrucaban juntos. Se pararon demasiado cerca el uno del otro, inclinándose para evitar ser escuchados por los pilotos y técnicos que pasaban.

Para su sorpresa, Jyn se dio cuenta de que confiaba en Draven: era un imbécil, pero eso lo hacía predecible. Cassian —el *agente de inteligencia*, el espía, el mentiroso casual—, podría ser un problema.

—¿Puedes decirme lo que están diciendo? —le preguntó a K-2SO, con una mirada sobre su hombro.

—Sí —dijo el droide, y se retiró a la cabina.

Bastante justo, pensó. Al quedarse sola en la cabina, aprovechó la oportunidad para examinar la bolsa de Cassian y su contenido: nada más que equipo. Armas, medpacs portátiles y amplificadores de señal. Ni la holoimagen de una esposa obediente, ni una manta de seguridad infantil andrajosa. Empacaba impersonal y empacaba ligero.

Jyn sacó una pistola bláster, probó su peso y agarre, y se la ató a la cadera. Una BlasTech A-180 no era su arma preferida, pero era robusta y de bajo perfil. Cuando Cassian se volvió hacia el U-wing, Jyn se estaba moviendo para mirar a la cabina ella misma. El droide, ajustando una configuración u otra en la consola de vuelo, la ignoró.

Escuchó la puerta exterior cerrarse y sellarse.

—¿Conociste a Key-Tu? —preguntó Cassian.

—Es un amor —dijo Jyn.

Cassian levantó los hombros de una manera juvenil, ¿qué puedes hacer?, se encogió de hombros.

—Tiende a decir lo que le viene en los circuitos. Es un efecto de la reprogramación.

El vocabulador del droide aumentó de volumen, lo suficientemente alto como para escucharlo en la cabina.

—¿Por qué a ella le dan un bláster —preguntó—, y a mí no?

Jyn mantuvo su mano fuera de su arma, pero cambió su peso a una posición defensiva cuando Cassian le lanzó una mirada.

—¿Qué?

—Ay, sí sé utilizarlo —dijo Jyn.

—Eso es lo que me da miedo —respondió Cassian. Jyn observó el humor, el calor, evaporarse en un instante. La expresión del espía calculador surgió. Ella sintió cierta satisfacción—. Entrégamelo.

—Me guías a Jedha. Es una zona de guerra. ¿Quieres que arriesgue mi vida para ayudar a encontrar a Saw? —ella se encogió de hombros—. Los dos tenemos que confiar.

Cassian la miró un momento más. La apariencia de cálculo también desapareció, y Jyn ya no podía leerlo en absoluto. Él le devolvió el encogimiento de hombros y se metió en la cabina.

Fue un gran comienzo, pensó Jyn, y fue a buscar una litera o, en el peor de los casos, una superficie medio cómoda. No había dormido desde Wobani, la noche en que su compañera de celda había prometido matarla.

—¿Dejarás que lo conserve? ¿El bláster?

Cassian Andor se sentó en el asiento del piloto del U-wing —desgastado, ligeramente acolchado, manchado por el sudor de una docena de especies—, y pasó una mano sobre los controles, refamiliarizándose lo mejor que pudo. Había pasado un tiempo desde que había volado en un transporte.

K-2 esperó una respuesta que no llegó, luego preguntó:

—¿Quieres saber la probabilidad de que lo use en tu contra?

La humedad había empañado la ventana de la cabina, dejando a la jungla como una mancha verde. Cassian dibujó un curso en su cabeza. El control de vuelo recomendaba bordear el dosel brevemente antes de intentar el ascenso completo desde la luna de Yavin 4, un intento poco entusiasta de disfrazar la ubicación exacta de la Base Uno de cualquier sonda imperial.

—Es alta —dijo el droide. Cassian sacudió la cabeza.

—Es hora de irnos.

—Es muy alta.

No sabes ni la mitad, casi dijo Cassian.

Recordó su conversación con el general Draven en el hangar. Las garantías de confianza, de confianza en el juicio de Cassian, fueron arrastradas rápidamente a los remolinos amorfos de su memoria, pero las órdenes de Draven estaban grabadas en acero:

Galen Erso es vital para el programa de armamento imperial. Olvida lo que escuchaste ahí. No habrá ningún «rescate».

Encuéntralo, y liquídalo. Sin dudar.

Draven no estaba equivocado al querer que Galen Erso muriera. Sería un asesinato justo y práctico, la ejecución de un hombre seguramente responsable de la muerte de innumerables civiles. Los años de Erso dentro de la máquina de guerra imperial no podrían tener un resultado inocente. Si matar a Erso salva una sola vida, entonces eso es motivo de celebración, pero si no, su asesinato no estaba menos justificado.

La contradicción entre las órdenes de Mon Mothma y las del general Draven tampoco molestó a Cassian. La idea de llevar a Galen Erso a una audiencia en el Senado —de exponer al devastador de planetas del Imperio, de crear tal alboroto dentro del gobierno civil que el Senado se movería abiertamente contra el Emperador Galáctico—, era absurda.

Mothma deseaba una distensión apalancada —una solución política posible gracias a la acción militar rebelde—, que era, para Draven y Cassian, evidentemente imposible. El ejército imperial era leal a sus comandantes, y sus comandantes creían que ellos, en lugar del Senado, ya habían efectuado un control completo sobre el Imperio. Tenían razón. No podría ocurrir una transferencia pacífica del poder.

No obstante, Mothma era una idealista. Cassian sospechaba que quería una audiencia en el Senado no porque pensara que funcionaría, sino porque se sentía obligada a *intentarlo*.

Cassian admiraba a Mothma. El asesinato de Galen Erso la liberaría de la obligación de un condenado esfuerzo de paz.

Y, sin embargo, Cassian estaba preocupado.

Estaba escoltando a una niña no mucho mayor que una adolescente para ver al padre que ella creía que había perdido. Una chica que —a pesar de la genética—, había heredado claramente la furia ardiente y la competencia helada de Saw Gerrera. La necesidad en sus ojos asustó a Cassian.

¿Lo habían visto los demás? ¿Lo habrían imaginado?

No estaba seguro de qué lo preocupaba más: lo que estaba haciendo a Jyn Erso, o qué le haría ella si alguna vez averiguaba la verdad.



BODHI CREÍA QUE SU SUFRIMIENTO terminaría pronto. Que Saw Gerrera lo escucharía y lo liberaría. Que las llagas en sus pies serían tratadas, sus muñecas serían liberadas y que la capucha de tela gruesa le sería arrancada de la cara para que pudiera ver, oír y *respirar* nuevamente.

Si no creyera en estas cosas, sabía que se volvería loco.

Había marchado con los rebeldes la mayor parte del día, solo seguro del paso del tiempo en virtud de la luz del sol que atravesaba la tela de su capucha. Desde el desierto habían entrado en un refugio de algún tipo… un edificio o una cueva donde el débil calor del sol se desvaneció. Ahora se arrodillaba en un áspero piso de piedra y esperaba. Oía cuerpos arrastrarse cerca, pasos distantes, voces en habitaciones contiguas. No trató de hablar. Tenía la boca reseca.

Estos no eran los rebeldes que Galen Erso había descrito: hombres y mujeres valientes cuyos corazones rectos los llevaron a oponerse a los horrores que Bodhi había visto, los hechos en los que había sido cómplice. En cambio, estos eran los rebeldes que el Imperio siempre había advertido: los asesinos, los criminales y los terroristas que ocultaban su crueldad en una envoltura patriótica. Los que veían las muertes involucradas en los bombardeos del puerto espacial como un pequeño costo para victorias más pequeñas.

Sin embargo, Saw Gerrera sería diferente. *Tenía* que ser diferente.

—¡Mentiras!

El ronco y fantasmal bramido resonó en la cámara. Junto con la voz llegó un sonido metálico rítmico, como el disparo de un pistón.

—¡Engaños!

No había nada más que furia en la voz.

—Enséñenme.

Una demanda, siseada desde terribles profundidades.

Bodhi escuchó más movimientos y raspaduras, estiró el cuello y se esforzó por ver algo más que siluetas y costuras.

—Bodhi Rook. Piloto de carga —de repente, las manos agarraron a Bodhi y lo pusieron de pie. Se habría caído si las manos no hubieran sujetado sus hombros—. Eres de por aquí —se burló el fantasma—. ¿Algo más?

—Encontramos esto —una segunda voz en otro idioma. Bodhi reconoció al hablante como el tognath con el respirador—. Un holochip. No encriptado. Fue encontrado en su bota cuando fue capturado.

Bodhi se sacudió hacia adelante en las manos que lo sostenían, no para escapar, sino para exigir atención.

—¡Oigan! ¡Puedo escucharlos! Estoy asustado, pero no me capturaron, vine *por mi cuenta* —no podía decir si lo entendían a través de la tela—, porque deserté. —Exclamó con la boca llena de tela—. ¡Yo *deserté*!

—Mentiras —repitió el fantasma—. Cada día, más mentiras.

—¿Mentiras? —Bodhi estaba casi gritando ahora, aspirando violentamente el aliento a través del saco para darle fuerza a su furia—. ¿Arriesgaría mi vida por una mentira? ¡No hay tiempo para esto! Debo hablar con Saw Gerrera o será muy tarde para…

Alguien agarró el saco y *tiró*, tirando de la capucha y raspando las gafas de trabajo en el cuero cabelludo de Bodhi.

Bodhi pudo ver de nuevo. Casi deseó seguir ciego. Estaba en una habitación —no en una cueva, sino en una cámara tallada en piedra antigua y escasamente designada como espacio vital. Tres de sus captores estaban parados cerca, mientras que un cuarto hombre, un extraño, estaba delante de él. Este hombre—, el fantasma, asumió Bodhi, la voz ronca y escalofriante —tenía el cabello salvaje y canoso y una cara anudada con cicatrices. Se apoyaba en un bastón grueso y de metal para soportar el peso que su pierna artificial no podía.

—Okay… usted es… ¿Saw Gerrera? —preguntó Bodhi.

Esta vez nadie se rio.

Saw sujetaba un holochip entre dos dedos. Bodhi asintió con la cabeza.

—Es para usted —dijo. Se escuchó a sí mismo balbuceando, protestando, no pudo detener la avalancha de palabras—. Y no lo *hallaron*. Yo vine a ofrecerlo, lo traje. Galen Erso me dijo que lo buscara.

Saw Gerrera dejó su bastón a un lado y agarró una máscara de oxígeno unida a su placa blindada en el pecho. Sin dejar de mirar a Bodhi, se llevó la máscara a la cara, inhaló y la devolvió a su lugar.

Por favor créeme, pensó Bodhi. O tal vez lo dijo en voz alta; no estaba del todo seguro.

Hice esto por ti. Hice esto para hacer algo bueno.

Saw volvió la cabeza para señalar al tognath.

—Bor Gullet —dijo Saw.

—¿Bor Gullet? —preguntó Bodhi.

Luego la tela raspó nuevamente su frente, nariz y labios, y los brazos lo arrastraron hacia atrás, alejándolo de Saw, lejos del hombre que había sido enviado a buscar, lejos de la salvación, la vindicación y la redención.

—¡Galen Erso me envió! —gritó a través del saco—. ¡Me dijo que lo buscara! —lo dijo, y cosas similares, una y otra vez, y no le sirvió de nada.

Orson Krennic, director de investigación de armas avanzadas del primer Imperio Galáctico, nunca había recibido el respeto que se le debía.

Esto no era un accidente del destino, ni un síntoma de alguna debilidad personal. Si bien Krennic podía reconocer que carecía de la habilidad científica de un hombre como Galen Erso, incluso los investigadores más arrogantes bajo su mando aceptaban en gran medida que el genio, cuando estaba vinculado a la visión de Krennic, lograba más de lo que el genio podría hacer sólo. Fue Krennic quien, durante dos décadas, había dirigido miles de mentes brillantes como un maestro con su sinfonía; Krennic, el que había centrado las energías de un millón de científicos, ingenieros, estrategas y trabajadores en una creación singular; y todo esto mientras jugaba los juegos del Consejo de Gobierno del Emperador, al mismo tiempo que aliviaba los mezquinos celos de los almirantes y los jefes conjuntos.

Orson Krennic había construido la *Estrella de la Muerte*… el mayor logro tecnológico en la historia galáctica, una hazaña de ingeniería que rivalizaba con la transformación de la ciudad-mundo de Coruscant o la invención del hiperimpulsor; su logro tanto como el de cualquiera. Si esa aventura extraordinaria y que todo lo consumía lo había dejado vulnerable, no había fallado de su parte.

En cambio, la responsabilidad de sus circunstancias recaía directamente en un hombre… el mismo hombre que lo había convocado para encontrarse a bordo del Destructor Estelar *Executrix*.

El Gran Moff Wilhuff Tarkin era la verdadera ruina de Krennic. Mientras Krennic *creaba*, Tarkin luchaba para evitar que Krennic se elevara por encima de su estación. De llamar la atención del propio Emperador.

El viejo gobernador le daba la espalda a Krennic cuando este entró en el puente del *Executrix*. Detrás de Krennic vino una escolta de sus troopers personales; una táctica de intimidación perdida en Tarkin que miraba por una ventana hacia la enorme estación de combate de la Estrella de la Muerte.

Hoy, estaba programado el acoplamiento del conjunto de disparo del arma principal de la estación. Seis mil propulsores desmontables estaban maniobrando el plato colosal sobre la superestructura esférica de la estación, donde esperaban droides, técnicos y conjuntos mecánicos; una vez que el plato descendiera, lo bloquearían permanentemente en su lugar. La operación tomó meses de planificación y requirió el cierre de muchos de los sistemas de energía de la Estrella de la Muerte para eliminar cualquier riesgo de un aumento de energía. Krennic *debió haber* estado allí, sellado con un traje de ambiente completo en los pasillos temporalmente sin aire de la estación de combate, para supervisar y observar las etapas finales.

—Fue muy desafortunada la infracción a seguridad en Jedha, director Krennic —dijo Tarkin, y finalmente volvió su frágil cuerpo. No dirigió una mirada a la escolta de death troopers de Krennic, y reservó su mirada más fulminante hacia el borde de la capa blanca de Krennic.

—Me temo que no estoy seguro de a qué se refiere —mintió Krennic, con una expresión burlona.

¿Crees que soy un tonto, Tarkin? Quería decir. *¿Crees que no tengo a mi propia gente dentro de tus filas, avisándome de todo lo que te dicen?*

Pero si Tarkin lo consideraba un tonto, lo mejor era interpretar el papel.

El gobernador siguió hablando.

—Luego de tantos contratiempos y retrasos… y ahora esto. Oímos varios rumores que circulan en la ciudad. Un piloto al que le gusta charlar, según dicen, desapareció.

—¿Y qué sabe un piloto de carga de lo que es importante para nosotros? —Preguntó Krennic, tan levemente como pudo—. Usted mismo reconoció que el secreto se estaba convirtiendo en un impedimento para el progreso hace algún tiempo. Los rumores estaban destinados a difundirse…

—Los rumores no son la preocupación. La preocupación es la prueba. Si el Senado se entera de nuestro proyecto —Tarkin habló con desprecio destilado—, cientos de sistemas se unirán a la Rebelión.

Krennic respondió instintivamente.

—Cuando terminemos la estación de combate, gobernador Tarkin, el Senado no volverá a contrariarnos.

Los labios de Tarkin parecían tan cincelados como una grieta en un acantilado, y con igual buen humor.

—Cuándo se ha vuelto ahora, director Krennic. El Emperador no va a tolerar más retrasos… ha transformado al tiempo en aliado de la Rebelión.

Como si hablaras con la voz del Emperador.

—Sugiero —dijo Tarkin—, resolver ambos problemas simultáneamente con un inmediato ensayo del arma. Si falla, deberá explicar por qué a espectadores menos tolerantes.

Krennic estaba desconcertado. No era la forma en que la conversación debió haber ido.

¿Un ensayo inmediato?

Busca la trampa. Tarkin no exige nada que no le sirva.

Pero el viejo gobernador estaba esperando una respuesta. Si Krennic parecía menos seguro de las capacidades de la Estrella de la Muerte, eso también se volvería en su contra.

—No voy a fallar —dijo—. Una prueba del arma limpiará a Jedha.

En un mundo mejor, habría podido decir tal cosa con triunfo y anticipación. Ver la estación de combate completamente funcional sería algo glorioso; y Tarkin había encontrado una manera de envenenarlo.

Tarkin se apartó con desdén y desinterés.

Más tarde, de vuelta a bordo de la Estrella de la Muerte, Krennic recorrió los voluminosos corredores que colmaban la enorme estación, inspeccionando los resultados del trabajo del día. Los pisos negros estaban pulidos con un brillo de espejo, y el reflejo

del uniforme blanco de Krennic brillaba como un faro guía. Aunque hizo un show interrogando a ingenieros y droides, de escanear personalmente los conductos para detectar microfracturas, sabía que no había nada significativo que pudiera descubrir que no aparecería en los informes de actividad diaria. Caminaba porque le ayudaba a concentrarse; porque el ejercicio vigoroso le daba una salida a sus frustraciones. Su reunión a bordo del *Executrix* planteó demasiadas preguntas, y analizó y aclaró las circunstancias y los riesgos con cada paso apresurado.

Plantéalo como lo harías con un nuevo equipo de desarrollo. Resuelve el problema.

¿Tarkin creía que la Estrella de la Muerte no estaba lista para ser probada? ¿Que el arma principal fallaría?

Revelar la Estrella de la Muerte como impotente sobre Jedha conllevaba un riesgo considerable: sería humillante, tanto para Tarkin como para Krennic. No obstante, Krennic había escuchado rumores de que la mano derecha del Emperador —el propio Darth Vader—, mantenía a Tarkin como un aliado cercano.

¿Era concebible que Tarkin buscara usar a Vader como escudo?

Un hombre audaz, Tarkin. Lo suficientemente audaz y arrogante como para orquestar un fracaso público y desviar la responsabilidad.

Lo que planteaba otra pregunta: ¿por qué Tarkin creía que el ensayo fracasaría? Durante mucho tiempo había menospreciado la propia habilidad de Krennic, se burló de cada recitación de Krennic de los desafíos de ingeniería ante ellos, por lo que tal vez su desdén lo había cegado al éxito, pero construir un plan arriesgado sobre una suposición sin fundamento parecía imprudente incluso para Tarkin.

¿Era mera coincidencia que Tarkin hubiera convocado a Krennic mientras se colocaba el conjunto de disparo?

¿Tarkin iría tan lejos como para sabotear la instalación?

Krennic se detuvo en su caminata, se dio la vuelta y se dirigió hacia las cubiertas exteriores donde el conjunto de disparo había sido encajado en su lugar. Su pulso se aceleró y su sangre ardió con ira. Se apropió de un turboascensor de mantenimiento y despidió a sus ocupantes con un gesto; solo cuando llegó al campo de fuerza bloqueando un corredor aún sin aire, comenzó a calmarse. Detrás del campo reluciente había dos stormtroopers equipados con tanques de oxígeno, tan vigilantes como siempre.

Por supuesto, había otros cien puntos de entrada a las áreas de construcción que un saboteador podría tomar. Incluso los stormtroopers podrían ser empleados de Tarkin. Pero la escena era lo suficientemente tranquila como para agotar la ira de Krennic.

Sabotaje. La posibilidad lo irritaba, pero podía adaptarse. Se acercaría a sus contactos dentro del círculo íntimo de Tarkin, averiguaría qué —si acaso—, sabían.

Mientras tanto, tenía un día, tal vez dos, hasta que se completara la evacuación de los activos imperiales de Jedha. En ese momento, podría ordenar cada diagnóstico imaginable para cada lente de enfoque, cristal Kyber y conducto en la matriz de disparo. Si hubiera sabotaje, su gente lo encontraría.

Nada a bordo de la Estrella de la Muerte podría ocultarse a Krennic. Él solo —o como mucho él y otro—, podría comprender su magnificencia como una obra de invención mortal.

Con esos pensamientos para consolarlo, Orson Krennic terminó su recorrido y regresó a sus aposentos escasamente elegantes, su hogar, más que cualquier planeta o luna. Se sentó en su escritorio y bebió vino, distribuyó pedidos y leyó sus informes. Su confianza fue renovada. La Estrella de la Muerte pronto estaría completa… hasta la última palanca operativa y cada placa del casco pulida. La prueba en Jedha sería un triunfo en lugar de un fracaso, y vería a la galaxia responder con asombro y terror.

Nadie —específicamente Wilhuff Tarkin—, negaría a Krennic ese placer.

En el sueño, Jyn tenía cinco años —o tal vez cuatro, o tal vez seis; fue hace mucho tiempo—, y ella yacía en la cama más cómoda que jamás hubiera conocido en su vida. Agarró a Beeny (su juguete favorito, su mejor amigo) contra su cara, tan cerca que el pelaje de Beeny estaba húmedo por el aliento de Jyn. Sostuvo a Beeny con fuerza y *escuchó*.

—Cualesquiera que sean las atrocidades que buscan cometer, no tienen movimiento, ni organización. Esa es la ventaja de tener a los anarquistas como enemigos.

Jyn no entendió las palabras. A ella no le gustó eso. A veces era agradable estar acostada en la oscuridad (no tenía miedo de la oscuridad en absoluto) escuchando hablar a los adultos, pero esta noche no era agradable. Estaban hablando de pelear.

—Incluso los separatistas querían más que sólo destrucción —la voz de mamá—. Y si se ha llegado tan lejos, ¿cómo va a ganar un Imperio nuevo y brillante? Estamos hablando de…

—Estamos hablando de un momento muy delicado en nuestra historia —la primera voz de nuevo. Jyn se dio la vuelta, mirando por la puerta a la reunión en la sala de estar: Mamá con su bonita capa, Papá con su uniforme gris y el amigo de Papá de blanco. Estaban reunidos alrededor de la mesa de postres, y el hombre de blanco estaba sirviendo una bebida, ofreciendo llenar vasos mientras hablaba—. Si la gente cree en el Imperio, la victoria militar sobre los separatistas y los descontentos será inevitable. Si la gente pierde la fe… —Mamá intentaba interrumpirlo; el hombre la detuvo—, bueno, sabes sobre Malpaz. Coruscant estará bien, por supuesto, pero todos nos sentiremos culpables disfrutando de estas comidas mientras el terrorismo florece en el Borde Exterior…

Mamá se rio. No era una risa real, el tipo de risa tranquila que usaba cuando se *suponía* que debía reír, pero realmente no quería hacerlo.

Papá miró la habitación de Jyn, a *Jyn*, y ella vio que él sabía que estaba mirando.

Mamá volvió a hablar mientras Papá se levantaba y caminaba hacia Jyn. Jyn levantó las rodillas y se recostó en la cama, como si pudiera esconderse. Ella no quería que Papá

cerrara la puerta. No porque temiera a la oscuridad (¡no temía a la oscuridad!), sino porque quería seguir escuchando, *merecía* seguir escuchando…

Papá no cerró la puerta. En cambio, entró y se sentó junto a Jyn en su cama. Sintió que el colchón se hundía debajo de ella.

—¿Qué te pasa, Jyn? ¿Tienes miedo? —dijo, y apartó un mechón de su cabello. Olía a su uniforme, agrio y limpio.

—Yo siempre te protegeré —murmuró.

Entonces el sueño cambió.

El cuerpo de Papá que se cernía sobre Jyn no era más que una sombra. Jyn estaba sola en una cueva, cerrando una escotilla, atrapándose en la oscuridad. Mamá era un cadáver en la tierra junto a la granja, y Jyn no tenía nada. Incluso su canción no saldría de sus labios… no podía hablar y sus pulmones estaban llenos de humo, cenizas y tierra.

—¿Por qué la gente pelea? —preguntó, y estaba de vuelta en su habitación otra vez, olvidando los horrores de su futuro.

Papá tardó mucho en responder. Cuando finalmente habló, lo hizo como si estuviera pensando en eso por primera vez.

—Esa es una buena pregunta —dijo—. Mi amigo Orson dice que algunas personas simplemente pelean porque están enojadas. Pero creo que… —Dejó de hablar y entrecerró los ojos. Las voces en la otra habitación continuaron—, creo que, por lo general, las personas están infelices y no están de acuerdo en cómo mejorar las cosas.

Jyn miró a su padre, trató de decirle lo que pensaba de esa idea.

—¿No se pondrían de acuerdo si dejaran de pelear primero?

Papá la miró amablemente. Jyn pensó que lo había sorprendido, en el buen sentido.

—Mi Estrella. Nunca cambies.

Se inclinó para besarla en la frente. Ella envolvió sus brazos alrededor de él, sintió su uniforme suave y maloliente presionar contra ella.

—No lo haré —prometió. Luego, más suave—. Te amo, papá. Eres un buen hombre.

Papá le devolvió el abrazo, en su habitación en la ciudad y en su habitación en Lah'mu, ambos a la vez. Con la barbilla sobre su hombro, Jyn miró más allá de su padre hacia la puerta de su habitación. Mamá estaba parada en la sala de estar, mirándolos. Ella sonrió muy gentilmente. Detrás de ella estaba el hombre de blanco.

Los brazos alrededor de los hombros de Jyn se volvieron delgados y ásperos como una cuerda. Ahora mamá estaba justo frente a ella, colocando su collar de cristal alrededor del cuello de Jyn.

La escotilla se abrió y Saw Gerrera miró hacia abajo.

Cuando Jyn despertó, ya no era una niña y ya no estaba en una cama cómoda en un departamento en Coruscant. Su madre, su padre y Beeny ya se habían ido. (Beeny había sido la primera víctima de su guerra privada, ni siquiera llegó tan lejos como Lah'mu).

La escotilla, ella sabía, estaba irreparablemente rota.

El U-wing tembló cuando Jyn, en la oscuridad de la cabina de la nave, buscó a tientas el collar de cristal de su madre contra su pecho.

DATOS SUPLEMENTARIOS: ESTACIÓN DE COMBATE EM-1

[Documento #YT5368 («Declaración Oficial sobre la Directiva General de la Estación de Combate EM-1»), con sello de tiempo aproximadamente dos años antes de la Operación Fractura, enviada desde la oficina del Gran Moff Wilhuff Tarkin.]

Al director Krennic:

Encuentro este tipo de comunicados un tanto desagradables, pero dado que evidentemente necesita recordatorios por escrito de su deber, me siento obligado a ello. Corresponde a todos los involucrados en la construcción de la estación de combate (de nivel de autorización EM/30 y superior) compartir una visión unificada de las tecnologías involucradas y, a su vez, nuestra doctrina de uso.

El tiempo para la minuciosa compartimentación de las células en desarrollo ha pasado. Mentirles a sus equipos de ingeniería sobre nuestro objetivo final le permite reclutar investigadores de energía y expertos en materiales más interesados en revitalizar la infraestructura coruscanti que en construir un arma; por esto, le doy crédito. Pero *estamos* construyendo un arma, una con un propósito específico que no debe comprometerse.

Simplemente, es hora de dejar de jugar.

Un proyecto de este alcance nunca antes se había intentado. No me importa lo que motive a sus ingenieros, pero es imperativo que comprendan nuestras prioridades. En una estación de combate con ocho mil millones de componentes, incluso un puñado de malas decisiones podrían comprometer nuestra efectividad final.

¿Debería especificar? No tendría que tener que hacerlo, pero a saber:

La estación de combate no es una fuerza militar en sí misma. Es parte de un sistema, y los elementos individuales deben fabricarse según los estándares Imperiales. Si hay *incompatibilidades* con la flota de Destructores Estelares, se deben remediar.

La estación de combate no es un banco de pruebas para nuevas tecnologías. Promoverle oportunidades de innovación a su personal fue un error. Actualice sólo donde sea necesario, y si debemos agregar cien reactores confiables y probados en lugar de desarrollar uno nuevo, que así sea.

La estación de combate ciertamente no es *simbólica*, sólo para demostrar el poder del Imperio en ejecuciones planetarias ceremoniales. El arma principal debe ser construida para disparar repetidamente dentro de un corto lapso, como

podría ocurrir durante el curso de una única batalla de flota. Tanto los mecanismos como el esquema de control *deben apoyar esta práctica*.

Estamos construyendo un arma no para evitar una guerra, sino para terminarla. Una y otra vez hemos visto a la galaxia disolverse en inestabilidad y caos, y el surgimiento del movimiento terrorista rebelde es sólo la última iteración de un ciclo. Los rebeldes no tienen ninguna posibilidad de derrocarnos, pero no obstante amenazan nuestro orden.

La Estrella de la Muerte no pondrá fin a la traición. Sin embargo, nunca más un conflicto consumirá nuestra galaxia como lo hizo la Guerra de los Clones. Cuando un enemigo se levante, atacaremos con vehemencia decapitante. Si un golpe no es suficiente, repetiremos el proceso y quemaremos planetas hasta que nuestro enemigo sea aniquilado o la galaxia esté tan aterrorizada que haga que una mayor resistencia sea impensable.

La nueva paz durará hasta que el ciclo comience nuevamente. En ese momento, la estación de combate se volverá a desplegar. La interrupción de la estabilidad será breve e *iluminadora*.

¿Tenemos las mismas ideas ahora, director? La Estrella de la Muerte es el arma definitiva de la guerra. No tiene otro propósito. No es un monumento a la destreza científica de sus trabajadores o la piedra angular de una nueva armada diseñada para su ideal personal. *Tosco pero funcional* es una consigna aceptable.

Ocúpese de su personal de inmediato.

[Documento # YT5368A («Respuesta a la Declaración Oficial sobre la Directiva General de la Estación de Combate EM-1»), enviado desde la oficina de Orson Krennic, director de investigación avanzada de armas.]

Respetuosamente, Gobernador, solicito claridad.

Tengo entendido que el proyecto de la estación de combate se inició a un nivel superior a cualquiera de nosotros. Sé que tiene el oído del Emperador; ¿podría confirmar que la visión que ha elaborado proviene directamente de él?

Odiaría ver que surgiera algo de su mente descrito como *crudo pero funcional*. De hecho, me esfuerzo por superar sus expectativas.

[No se encontraron documentos de respuesta.]



SI JEDHA HABÍA SIDO MÁS QUE una luna de roca estéril, algunos años o siglos atrás, Jyn no podía verlo ahora. No había nada que ver desde el espacio… ni grandes océanos, ni nubes agitadas. No hay ciudades brillantes de metal y vidrio que se extiendan por los continentes como el moho. Solo polvo de ámbar y frío desierto.

—Es Jedha —anunció Cassian—. O lo poco que queda.

Los vientos golpearon el U-wing cuando rompió la atmósfera, sacudió la nave y causó que Jyn se balanceara en la puerta de la cabina. Fue suficiente para dejarla con náuseas —Cassian y el droide parecían imperturbables—, y se retiró a la cabina para el aterrizaje. Imágenes no deseadas de Saw Gerrera, de Galen Erso (*Mi padre está vivo. Mi padre es un bastardo…*) se deslizaron en su mente, saliendo de la escotilla y arrastrándose detrás de sus ojos como parásitos.

No podía permitirse sentarse y pensar. Se volvería loca. *Ignora las náuseas y haz algo útil*, se dijo.

Cuando el transporte llegó a una meseta agrietada del desierto, Jyn ya había revisado todo lo que podría necesitar en la superficie de la luna: capas térmicas —guantes, chaqueta y capucha—, para protegerse del frío; un par de porras de combate para batallas a corta distancia; una cartera llena de descifradores de códigos y paquetes de raciones y mapas, pues los había encontrado en el U-wing y tenía una cartera vacía que llenar. Mientras Cassian y K-2SO aún estaban en la cabina, ella abandonó la nave y encontró un asiento en una roca como un cuchillo helado.

Desde ahí, miró hacia el valle y hacia las paredes distantes de la ciudad… la Ciudad Sagrada, la Ciudad Jedha, NiJedha, según el banco de datos que haya verificado. El polvo y el humo ocultaban torres y barreras debidamente pintadas, antiguas plazas de piedra y mansiones cubiertas de oro. Desde tan lejos, el asentamiento parecía una pintura manchada de una historia que Jyn no reconocía. Todo lo que pudo distinguir con certeza fue el transbordador a la deriva como moscas cerca del vientre de un Destructor Estelar Imperial flotando en lo alto. Donde la ciudad era accidentada y deteriorada, el Destructor era elegante e impermeable.

Cassian y el droide emergieron del U-wing detrás de ella, enviando pequeños guijarros por el costado de la meseta.

—¿Qué hace ahí el destructor? —preguntó ella.

—Es por tu viejo amigo, Saw Gerrera. Están atacando las naves de carga —dijo Cassian.

Eso no sorprendió a Jyn. *No se podía parar a Saw Gerrera con algunos TIE fighters adicionales*. Se preguntaba si estaba orgullosa o simplemente resignada a la obstinación de Saw.

—¿Qué están metiendo ahí? —preguntó.

—No «¿qué es lo que están sacando?». —Cassian le pasó un conjunto de quadnocs a Jyn. Se los llevó a los ojos, examinó el horizonte, dejó que los sistemas de seguimiento automático se fijaran y ampliaran uno de los transbordadores. Vio media docena de cajas de carga de color naranja peligroso atadas al tren de aterrizaje, pero no detectó ninguna marca.

—Cristal Kyber —continuó Cassian—. Todos los que pueden. No sabíamos por qué desmantelaban el templo. Ya sabemos. Es el combustible del arma.

—¿El destructor de planetas? —ella sonaba más sarcástica de lo que se sentía.

—¿No crees que es real?

Jyn se encogió de hombros y devolvió los quadnocs.

—Podría ser. Tu jefa tenía razón cuando dijo que parece el tipo de cosas que haría el Imperio…

—*«La culminación natural de todo lo que el Emperador ha hecho»*, —corrigió Cassian. Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—De cualquier manera. No es sorprendente que el Imperio quiera un destructor de planetas. Sería sorprendente si *funciona*.

El droide habló alegremente.

—Puede que no. No queda mucho cristal en este punto.

Jyn miró a K-2 y se encontró mirando sus marcas imperiales.

—¿Y si mejor dejamos al *tiro al blanco* en la nave?

—¿Te refieres a mí? —preguntó el droide.

Cassian se enderezó y se ajustó la chaqueta mientras el viento soplaba.

—Tiene razón —dijo—. Hay que aparentar. Quédate en la nave.

—Yo puedo aparentar, soy un droide imperial —respondió K-2SO. No fue tanto una protesta como una declaración—. La ciudad está bajo ocupación del Imperio.

Jyn resopló.

—¿Con las fuerzas de Saw? ¿O los imperiales? Oye, media población quiere reprogramarte. El resto quiere abrir un hoyo en tu cráneo.

—Me sorprende que te preocupe tanto mi seguridad.

Jyn se volvió hacia la ciudad y el valle, tratando de adivinar la distancia que tendrían que cubrir. *Empacaste demasiado*, decidió, y arrojó su cartera a K-2SO.

—No me preocupa —dijo—. Me preocupa que puedan fallar y darme.

Cassian ya había comenzado a caminar. Jyn lo siguió. Cuando el droide llamó:

—A mí sí me agrada la idea —fingió no escuchar.

Bodhi Rook no podía ver a la criatura en la cueva. Cuando estiraba el cuello, intentaba soltarse de las ataduras o apartarse de la silla, las sombras de la cueva parecían arrastrarse —*retorciéndose*, como las criaturas del océano que había visto en un acuario cuando era niño. Las sombras se retorcían y jugaban en largos mechones y trozos obtusos—, pero cuando trató de concentrarse en ellos, para ver un sólo tentáculo a la vista desde la oscuridad, no vio nada. Sin movimiento, sólo el parpadeo de las linternas en su visión periférica.

—Bor Gullet *siente* tus pensamientos —dijo el fantasma.

Saw Gerrera observaba. Estaba fuera de la cueva, dela celda que contenía a Bodhi y la criatura. Seguro. Pero observando.

—No haga esto —dijo Bodhi, apenas lo suficientemente fuerte como para escuchar—. No haga esto, por favor. —Murmuraba cosas, cosas incoherentes, suplicando cosas, porque era todo lo que sabía hacer.

Las llagas en los pies, el escalofrío en los dedos, la deshidratación y los moretones… eran molestias que podía sobrevivir. Eran molestias que él entendía. Había sufrido antes, pasó por falta de sueño durante el entrenamiento de piloto. Tenía miedo al dolor, sí; pero la cosa en las sombras lo repelía, lo agraviaba en un nivel demasiado íntimo para ponerlo en palabras.

—Ninguna mentira te salva —dijo Saw Gerrera.

Las sombras se arrastraban hacia Bodhi ahora, girando alrededor de la base de su silla. Olían empalagosas como flores florecientes. Contuvo el aliento, intentó encogerse en su asiento.

—¿Qué me has traído en *realidad*, piloto de carga? Bor Gullet hallará la verdad.

Bodhi sintió un toque en sus hombros, en su cuello, ligero como una pluma y casi gentil. Sin embargo, cuando tembló, el contacto se volvió doloroso, como si le pincharan la carne en una prensa. Pensó que estaba diciendo: *nunca te mentí. ¡Yo nunca mentí!* Pero no pudo escuchar su voz.

Los tentáculos encontraron su frente. Sintió su cabello apretarse contra su cráneo cuando algo lo envolvió. Cerró los ojos. Su cuerpo se sentía frío y húmedo por el sudor, estaba demasiado deshidratado para exudar, y le ardían punzadas de fuego en las sienes.

Estas son algunas de las cosas que Bodhi vio:

Su madre, con las manos sobre la suya, le muestra cómo cortar un tallo de vegetales con un cuchillo en la cocina de la familia. Su madre nunca dejó que Bodhi manejara cuchillos, pero esta vez fue diferente porque sentía pena por él y él no podía recordar *por qué*. Estaba seguro de que la razón le rompería el corazón. Había algo que había perdido. Habría llorado si no hubiera empezado a ver…

A Misurno, su maestro, su copiloto en la carrera de Fentersohn, quien pasaría el viaje hablando de sus años disparando a piratas, rebeldes y escondites separatistas en un caza estelar; cuyo aliento apestaba y quien bromeaba en voz alta sobre lo mal que había tratado a los cadetes, pero quien borracho había llamado a Bodhi su mejor amigo, su *único* amigo.

Galen Erso, que no se parecía en nada a Misurno, y le dijo a Bodhi:

—*«No hay ninguna valentía en la obediencia ciega. El droide más sencillo hace lo que se le dice… sin cuestionar o decidir. Si quieres saber qué estamos construyendo, Bodhi Rook, sólo tienes que preguntar» —y no había preguntado, no en ese entonces, todavía no*.

Su transbordador de carga en llamas, sus manos ardiendo mientras trabajaba los controles, tratando de ganar altitud, para mantenerse alejado de las corrientes de saetas de partículas del suelo mientras los rebeldes le disparaban. Alguien estaba gritando en el compartimento de popa, pero no podía *hacer* nada, sólo volar, solo esperar que los stormtroopers o los TIE fighters intervinieran…

Bodhi no estaba seguro de si estas cosas habían sucedido en absoluto. Ya no podía recordar cómo respirar y sintió la tensión en los pulmones.

—La lamentable consecuencia —dijo la voz fantasma de Saw Gerrera—, es que uno siempre tiende a perder la cabeza.

Desde la distancia, la ciudad parecía tan silenciosa como el desierto: su desolación se rompía solo por el retumbar de las naves espaciales como el viento. Pero de cerca, las calles estaban inundadas con los sonidos de la vida cotidiana en Jedha: el ruido del tráfico peatonal, los gritos y el traqueteo de los comerciantes, el canto monótono de los peregrinos y el zumbido de la maquinaria. Entre estos ruidos se oían los sonidos de la ocupación: voces distorsionadas de stormtroopers que exigían documentos en los puntos de control, el rugido de incendios incontrolados en sectores en disputa y el eco de voleas de bláster distantes y esporádicas.

Jyn conocía bien los sonidos de la ocupación. Eran los sonidos del hogar.

—Nos quedan unas pocas horas de luz del día —dijo Cassian. Jyn lo siguió a través de una cortina y entró en un callejón convertido en una sala de estar en busca de una colonia de kubaz; los dos ignoraron a los extraterrestres de hocico largo y se abrieron paso alrededor de las mantas y las chimeneas mientras caminaban—. Probablemente las necesitemos. Hay un toque de queda al atardecer, y no me gusta caminar por el desierto después del anochecer.

—¿Sin hacer turismo, entonces?

—Sin hacer turismo.

Cuando doblaron una esquina y salieron de una segunda cortina, se encontraron con una multitud apretada por una calle estrecha. Jyn rozó a un transeúnte, luego sintió una sacudida cuando alguien la empujó a un lado. Su mano se metió debajo de su chaqueta, buscó su porra, mientras su asaltante gruñía:

—¡Oye! ¡Mira por dónde vas!

Busca pelea. Su mirada captó la cara del hombre —un hombre apenas humano distorsionado por quemaduras o cicatrices—, y se movió hacia un segundo individuo —

aqualish, todo colmillo y ojos negros bulbosos, detrás de él. Ella podría ocuparse de los dos. Su corazón se aceleró de repente.

Sonrió fríamente.

—No, no… —Cassian la agarró del brazo, tiró de ella hacia el flujo de la multitud—. Perdón. No queremos problemas. Perdón.

La oleada de adrenalina la abandonó. Sin una distracción a mano, su mente regresó, sin previo aviso, a la imagen de la cara de su padre, una cara casi quince años desactualizada, pero aún la cara del hombre que la había abandonado para servir al Imperio. Pateó el polvo, sacudió la cabeza cuando Cassian comenzó a hablar.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

Si notó su incomodidad, no lo demostró. *Bien por él*, pensó.

—Teníamos un contacto —dijo—. Un rebelde de Saw, pero desapareció. Su hermana lo debe estar buscando.

—Dulce familia.

—El templo fue destruido, pero ella estará allí. Hay suficientes peregrinos alrededor para convertirlo en un lugar decente para esconderse a la vista, usarlo como punto de entrega. Le daremos su nombre y espero que eso nos lleve con Saw.

—¿Esperas? —miró a Cassian dudosa—. ¿Es eso lo mejor que Inteligencia Rebelde puede hacer?

Cassian bien podría haberse encogido de hombros.

—Sí. Las rebeliones empiezan con esperanza —dijo.

La multitud disminuyó una calle más allá. Jyn se subió la capucha cuando pasaron junto a un escuadrón de stormtroopers que llamaban a las puertas y maltrataban a los residentes. Ella no buscó un arma esta vez; estaría demasiado tentada a usarla. En lugar de eso, ignoró las súplicas de los ciudadanos de Jedha y se concentró en las palabras de un holograma de propaganda imperial que brillaba cerca. Algo sobre un fugitivo armado con un traje de vuelo imperial robado.

Ella esperó hasta que estuvieron fuera del alcance del oído de los troopers y luego preguntó:

—¿Todo esto es debido a su piloto?

Cassian no se molestó en responder la pregunta.

—Espérame —dijo, y desapareció entre la masa de cuerpos.

Jyn gruñó un asentimiento y comenzó una lenta órbita de un apretado grupo de puestos mercantes. Hizo un gesto de girar la cabeza para estudiar el contenido de las tiendas —telas tejidas a mano, frutas tan marrones y manchadas que tenían que cultivarse localmente, fragmentos de piedra aparentemente de santuarios sobre las tierras baldías—, y evitar el contacto visual con los vendedores ambulantes. Todavía podía escuchar el holograma de propaganda en la distancia («se llama *Bodhi Rook*»), pero el canto de un peregrino aumentó en volumen hasta que ahogó casi todo lo demás. Una y otra vez, un simple estribillo:

—Que la Fuerza de otros te acompañe.

Ella tomó un calentador del tamaño de una palma que un comerciante rápidamente le puso en la mano. Su mente comenzó a moverse y temió volver a pensar en Saw, en Galen Erso, pero el canto resonó dentro de su cráneo. Lo siguió mientras caminaba, hasta que estuvo segura de que el peregrino responsable había caído detrás de ella.

Echó un vistazo por encima del hombro. El canto terminó. A espaldas de Jyn había una mujer anciana con las manos marchitas, actualmente regateando sobre el calentador que Jyn había dejado. No su cantor.

—¿Cambiarías ese collar por una mirada a tu futuro?

La voz del peregrino. Jyn frunció el ceño y dio otro paso adelante, tratando de localizar la fuente.

—Sí, te hablo a ti —sin la monótona sobriedad del canto, la voz parecía tener un toque de gentil humor.

Finalmente encontró al hablante, sentado en el suelo a unos pocos pasos de la línea de puestos. Estaba vestido de manera simple, con una camisa oscura y una túnica de carbón al estilo local, y su piel suave luchó como un jugador contra los años que infectaron sus palabras. Sus ojos eran lechosos y desenfocados, y a su lado había un bastón de madera resistente en el polvo *¿Quedan árboles en Jedha?* Se preguntó Jyn.

—¿Tu collar? —repitió el hombre.

Jyn sintió el cristal contra su piel. Su collar todavía estaba oculto, enterrado bajo capas de tela.

Y el hombre era ciego.

—Soy Chirrut Îmwe —dijo el hombre.

—¿Quién te dijo que llevo un collar? —preguntó Jyn, y se sintió como una tonta, como una *señal*, incluso mientras hablaba.

Las siguientes palabras de Chirrut solo confirmaron su instinto.

—Para decirte debes pagar.

Era la respuesta de un estafador. Jyn desvió su atención de Chirrut para buscar a su pareja (*debe* tener una pareja, una que había visto su collar de alguna manera) e inmediatamente encontró su presa: un hombre enorme con un cabello tan salvaje como el de Chirrut era prolijo, en un mugroso traje de vuelo civil y armadura plastoide roja maltratada medio oculta bajo una lona de vestir. En su espalda había una unidad generadora conectada al cañón bláster que sostenía casualmente en una mano. Se puso de pie con la estoica confianza de un guardaespaldas, sin miedo a los ladrones o stormtroopers.

—¿Cómo *sabías* que llevaba un collar? —Jyn le preguntó al segundo hombre, quien sacudió la cabeza lentamente y resopló. En otras circunstancias, ella podría haber admirado su arma. Ahora ella no quería darle la satisfacción.

—¿Qué sabes de los cristales Kyber? —preguntó Chirrut. Su tono era paciente, incitante.

Ella debió darse la vuelta. Se negó a ser atraída. Sin embargo, la voz de Chirrut pareció resonar como su canto y exigía una respuesta.

—Mi padre dijo —dijo finalmente, y sabía menos amargo de lo que esperaba—, que daban poder a los sables de luz de los jedi.

Chirrut asintió con aprobación. Jyn entreabrió los labios y trató de hablar antes de que la voz del ciego pudiera volver a entrar en su cráneo, pero otro sonido rompió el hechizo.

—*Jyn* —Cassian, afilado y bajo—. Rápido. Vámonos.

Se apartó de Chirrut, dio tres pasos al lado de Cassian antes de que las siguientes palabras del peregrino la encontraran:

—Las estrellas fuertes tienen corazón de Kyber.

Su collar parecía arder en el frío.

—*Vámonos* —instó Cassian.

Ella no pudo evitar mirar hacia atrás una vez al peregrino (o al estafador) y a su compañero. Pero se soltó de la mano guía de Cassian y lo siguió de buena gana por la calle.

—No venimos aquí a hacer amigos —murmuró—. No con esos tipos.

—¿Quiénes son?

—Los guardianes de los Whills. Protectores del Templo de Kyber. Ya no hay nada por proteger, así que ahora sólo le causan problemas a los demás.

Ella frunció.

—¿Qué tipo de problemas?

Cassian giró la cabeza en un arco lento como si buscara persecución.

—Para los Guardianes, cualquiera que no sea un peregrino se entromete en terreno sagrado. El Imperio los llama extraviados… solían ser domesticados, todavía rogaban sobras, pero realmente se han vuelto salvajes. Míralos mal y te morderán la mano en un segundo.

—Harás que me agraden —dijo Jyn. Ella trató de sacar sus rostros, la voz de Chirrut, fuera de su cerebro. Probablemente eran estafadores, incluso si alguna vez habían sido fanáticos. Más allá de eso, ella no sabía lo suficiente sobre las religiones locales para especular; los peregrinos de un centenar de religiones llegaban a la luna desde el otro lado de la galaxia, y todos se unieron en el mismo culto patético, cantando, gimiendo y retorciéndose bajo la bota del Imperio.

Cassian no respondió. Su ritmo se aceleró.

—De pronto te siento demasiado tenso —dijo—. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Descubrí a un viejo asociado. No tenía una mejor línea sobre Saw Gerrera, pero ha estado escuchando rumores.

—¿Qué *tipo* de rumores?

Se estaban acercando al Barrio Santo, y el carácter de las calles estaba cambiando. Los caminos se ensancharon, igual de antiguas, pero que ya no fueron tocadas por los siglos de expansión, de la capa de edificio en edificio por residentes y comerciantes. Los vendedores y sus clientes eran menos, reemplazados por peregrinos en caftanes de color rojo brillante, capuchas y chales.

—Están buscando al piloto —dijo Cassian—. Hay inspecciones de puerta en puerta… hubo tiroteos anoche, una pareja de ancianos muertos en su casa, otros civiles detenidos. Nadie está seguro de si eran inocentes o si sabían algo sobre el desertor, pero se sabe que Saw Gerrera está planeando represalias.

—Eso no suena como Saw —dijo Jyn. Cassian le lanzó una mirada escéptica, y ella rápidamente explicó—. No es que él no organizaría ataques de venganza, pero si fuera *tan* fácil de atrapar lo habrían capturado hace mucho tiempo.

Cassian frunció el ceño pensando y pareció procesar las palabras.

—Podría ser que mi asociado estaba equivocado —dijo—. Podría ser que una de las personas de Saw organiza el ataque sin la supervisión del propio Saw; o podría ser que Saw piensa que el Imperio es vulnerable en este momento, distraído por la búsqueda o algo más que no sabemos. Hay que apresurarnos. Esta ciudad está casi hirviendo.

Pasaron un mural, los colores se desvanecieron hace mucho tiempo hasta convertirse en un indescifrable fango. Jyn vio astillas en la piedra y un fragmento de granada alojado en la pared. Ella se rio guturalmente.

—Llegamos un poco tarde para eso —dijo, aunque no desaceleró el paso.

Llegaron a una calle de nivel superior con vistas a una gran plaza. La sombra de una lanzadera de carga imperial descendente se extendió sobre ella mientras un escuadrón de stormtroopers agitaban figuras dormidas fuera de las puertas y las arrojaban de cabeza a las calles vecinas, apuntaban rifles láser contra los peregrinos y les gritaban órdenes. Jyn se sorprendió por la agresión… de cerca, un escuadrón no pudo reprimir un motín, hasta que vio el tanque de asalto retumbando en una esquina para unirse a las fuerzas imperiales. Sus cañones bláster podrían haber nivelado una manzana. Jyn no dudó que sus pilotos estaban ansiosos por un desafío.

Asegurados en la parte trasera del tanque estaban las mismas cajas de carga naranja que había visto mientras espiaba la ciudad desde lejos. Los cristales Kyber, extraídos del suelo o robados de lugares sagrados.

Las estrellas fuertes tienen corazón de Kyber.

Le indicó las cajas a Cassian con un movimiento de cabeza. Su atención estaba en otra parte. Estaba escaneando los tejados, su mirada volviendo periódicamente a los civiles alineados a lo largo del borde de la plaza. Hasta la última persona, los espectadores estaban vestidos con capas y abrigos gruesos y voluminosos.

Cuando Jyn reconoció lo que estaba sucediendo, se sorprendió de que los stormtroopers aún no hubieran abierto fuego. Pero los imperiales parecían completamente —casi lamentablemente—, distraídos.

—¿Qué tan lejos está tu contacto? ¿La hermana del hombre de Saw? —preguntó ella, apenas más fuerte que un suspiro.

—Media docena de cuadras más —murmuró Cassian—. Pero no creo que se vaya a quedar.

Un duros arrugado corrió escaleras arriba desde el nivel inferior y pasó junto a Jyn y Cassian, ojos de escarabajo rojo evitando el transbordador ahora en tierra, el tanque y todas las criaturas vivientes cercanas.

—Dime que tienes un plan de apoyo —dijo Jyn—. ¿Quieres tocar a uno de estos tipos en el hombro, preguntar si pueden dar algún consejo antes de que comience el tiroteo?

—Tenemos que salir de aquí —Cassian pronunció las palabras como una maldición.

Jyn no vio quién lanzó la primera granada. Ella la escuchó golpear el pavimento a pesar del ruido de los vehículos, reconoció el sonido a pesar del murmullo desde los tejados y los agudos comandos de los stormtroopers. Un destello de luz solar atrajo su atención hacia la esfera de metal y la vio rebotar una vez, rodar medio metro en dirección al tanque, luego desaparecer en una erupción de fragmentos de calles, humo y metralla. Sintió el *boom* resonante en sus dientes. Oyó que una docena de capas y abrigos se arrojaban al unísono, y luego el ruido sordo de las pistolas y los rifles.

El aire se volvió brillante con el resplandor arterial de cien rayos de partículas.

Las chispas estallaron en los antiguos muros de piedra. El olor nocivo de la armadura plastoidea quemada y el ozono de la atmósfera vaporizada de Jedha picaron las fosas nasales de Jyn. Una ráfaga de fuego bláster atravesó el nivel superior de la plaza —originado por un stormtrooper o un insurgente, Jyn no estaba segura—, y Jyn reaccionó instintivamente, corriendo con Cassian hacia el endeble refugio de un marco de puerta y apretándose contra él.

—Los rebeldes de Saw. Los hallamos —dijo. Su bláster estaba en su mano. Su dedo en el gatillo.

Si Cassian respondió, Jyn perdió las palabras en el alboroto. Ella trató de leer el campo de batalla, señalar a cada combatiente y encontró el caos abrumador. Este ya no era su tipo de pelea; había demasiada gente en cada lado desplegando tácticas en las que no había pensado en demasiado tiempo. Todo el entrenamiento de Saw, los largos meses mirando la carnicería holográfica y los años de emboscadas con sus soldados, se agitaban salvajemente en su cerebro. Sólo espió unos *momentos*: un stormtrooper disparó en la visera mientras intercambiaba paquetes de bláster; un rebelde sangrando en las escaleras y buscando desesperadamente refugio; Las armas del tanque se elevaban, apuntando hacia una tienda cuyo techo sostenía a un trío de atacantes rebeldes.

Debajo del toldo de la tienda había una niña, de ocho años como máximo. *Probablemente una peregrina*, pensó Jyn. La niña temblaba, mirando la batalla. Completamente paralizada.

Jyn dejó el refugio de la puerta y corrió hacia la tienda. Cassian la llamó por su nombre, pero no significaba nada.

Jyn no vio el tanque abrir fuego. Agarró a la niña, recogió su cuerpo demasiado liviano y no dejó de correr cuando la piedra estalló y chispas salpicaron su espalda como la lluvia. La furia la impulsó hacia adelante, una repentina repulsión que había quedado

enterrada y olvidada bajo la escotilla en su cerebro: un horror violento contra Saw Gerrera y su gente, y el costo de sus tácticas.

Jyn pudo haber pateado a la mujer que se adelantó para interceptarla si la niña que llevaba no se moviera y se retorciera, casi saltó a los brazos extendidos de la mujer. Jyn dejó ir a la niña, ignoró el balbuceo de la mujer y le hizo gesto de que se fuera.

Te agrupas, *te mueres*, pensó. El viejo entrenamiento estaba resurgiendo después de todo.

Estaba demasiado expuesta. Lo sabía. Buscó en la plaza cobertura y a Cassian. Lo vio fuera del refugio del marco de la puerta, estúpidamente, *peligrosamente* cerca del tanque, y se dio cuenta de que ya la había visto. Él sacó su propio bláster y disparó un conjunto de disparos apretados sobre su cabeza. Estiró el cuello a tiempo para ver el objetivo de Cassian: un rebelde estacionado en otro tejado detrás de ella.

Un instante después, el objetivo de Cassian y sus camaradas rebeldes desaparecieron en la ardiente floración de una granada. Jyn solo podía adivinar que uno de los rebeldes había estado apuntando el explosivo en su dirección.

Cassian le había disparado a uno de los rebeldes de Saw para salvarle la vida. Jyn supuso que debería haber estado angustiada, desgarrada ante la idea.

No lo estaba.

Corrió hacia Cassian. Agruparlos los *mataría*, pero no planeaba quedarse en la plaza y no le gustaba la idea de escapar de Jedha por su cuenta. Se lanzó contra Cassian cuando otra granada impactó el tanque. Ella lo arrojó al suelo y lo protegió mientras el metal destrozaba el aire.

Cassian la arrastró a sus pies y pronunció un sin aliento.

—¡Vamos! —no le dio las gracias y Jyn se lo agradeció.

Llegaron a cincuenta metros de la plaza antes de golpear a otro escuadrón de stormtroopers. Media docena de troopers obstruyeron el callejón que Jyn y Cassian habían rechazado, avanzando con cautela por el Barrio Sagrado como si esperaran que las calles estuvieran minadas.

Jyn maldijo para sí misma. Cassian se dio la vuelta, pero los stormtroopers reaccionaron más rápido, girando sus rifles hacia el hombre. Uno podría fallar; juntos lo perforarían en segundos. Jyn gritó el nombre de Cassian y avanzó, sacando sus porras de su abrigo.

La batalla en la plaza había adormecido sus sentidos. Su cuerpo se había aclimatado al rugido de las explosiones, el resplandor de los rayos de partículas, el calor de las llamas y las explosiones de piedra demolida en su rostro. El breve respiro del combate la había hecho *sentir* de nuevo, y ahora sus mejillas se erizaron y sus piernas palpitaron de fatiga. Apretaba sus porras con demasiada fuerza, temerosa de perder una mientras golpeaba las varillas de metal en las articulaciones de la armadura de stormtrooper.

Apuntó a las gargantas y detrás de las rodillas, sintió el cojín de los trajes debajo del revestimiento de los troopers y golpeó una y *otra vez*, aplastándose las uñas ensangrentadas por la presión de su agarre. Apartó los rifles con los hombros y se metió en la refriega para negarles a sus oponentes la oportunidad de apuntar. Dejó que sus golpes determinaran su equilibrio, se movió de golpe en golpe e ignoró el *garrotazo* plano de la culata de un rifle contra su caja torácica. Cuando su porra encontró aire, cuando ningún enemigo estaba a su alcance, tropezó contra la pared del callejón e intercambió una porra por un bláster.

Disparó dos tiros, despachó a dos troopers más que le apuntaron con sus armas. Ella pateó a uno de los hombres que había dejado en el suelo y se giró a tiempo para ver a Cassian ejecutar a su último oponente erguido.

Estaba lista para caer del cansancio. El garrotazo en las costillas la hizo querer vomitar. Pero vio una larga y delgada sombra que se extendía a lo largo del callejón y se obligó a sí misma a girar. En la estela de los stormtroopers llegó el cuerpo de metal negro de un droide de seguridad imperial, que marchaba sobre unas delgadas piernas de titanio.

Dejó caer su segunda porra, agarró su bláster con ambas manos y sintió que su puntería flaqueaba mientras disparaba. A pesar de sus manos inestables, el disparo dio en el blanco. El pecho del droide se encendió y algo interno explotó. Cayó al suelo, solo para revelar un segundo droide idéntico marchando detrás de él.

El segundo droide se detuvo arrastrando los pies. El calor del cañón bláster calentó los dedos fríos de Jyn. Ella apuntó. El segundo droide inclinó la cabeza para estudiar a su compañero caído.

—¿Ya sabías que no era yo? —preguntó.

Jyn buscó furiosamente en su memoria y reconoció la voz de K-2SO.

—¡Claro! —espetó.

Cassian se unió a ellos mientras guardaba su bláster y recuperaba su porra.

—Te ordené que te quedaras en la nave —gruñó.

—Es verdad —respondió K-2SO—. Pero se me hizo aburrido, y estaban en problemas. Oí muchas explosiones para dos personas aparentando.

Una serie de explosiones cortas y resonantes resonó desde la dirección de la plaza. Una nueva columna de humo, hilos azules mezclados con el negro, flotaban sobre los tejados *¿Otro tanque de asalto?* Se preguntó Jyn *¿Tal vez un caminante?*

—Podríamos encontrar a una de las personas de Saw —dijo Cassian. Jyn notó que estaba sudando a pesar del frío; a pesar de su tono de hecho—. Preferiblemente alguien moribundo, pero aun respirando. Tal vez podría ayudarnos.

—Si quieres sacar a alguien de esa trampa mortal —Jyn señaló con un pulgar hacia la plaza—, eres bienvenido a intentarlo. Pero supongo que los rebeldes aquí no se sienten *confiados* en este momento.

—Sólo mantente atenta —dijo Cassian.

K-2SO volteó la cabeza. Jyn no podía decir si estaba escuchando algo, concentrándose en cualquier tipo de frecuencia que un droide de seguridad imperial pudiera captar, o mirando de reojo a Cassian.

—Las fuerzas imperiales están convergiendo en nuestra ubicación actual —dijo K-2SO.

La cabeza del droide se sacudió nuevamente, y Jyn siguió la mirada de la máquina hacia los stormtroopers que quedaron desparramados en el suelo. Un trooper se había puesto de rodillas, con un pequeño cilindro metálico en la mano izquierda. Arrojó la granada sin fuerzas; antes de que Jyn pudiera moverse, mientras se tensaba para saltar, K-2 extendió un brazo inhumanamente largo y atrapó el cilindro con una mano. Un momento después, la granada volvió sobre su arco perfectamente.

Jyn hizo una mueca y se alejó de la explosión. Una voz fría dentro de ella dijo: *No más testigos*.

—Sugiero que nos vayamos inmediatamente —declaró K-2, y se fueron.

Por primera vez desde que cruzó el desierto hasta la Ciudad Sagrada, Cassian notó el frío. La presión aislante de los cuerpos en la calle lo había mantenido caliente la mayor parte del día; luego, durante la pelea, el frío no se había registrado en absoluto. Ahora que se acercaba la puesta de sol y su camiseta estaba empapada de sudor, se encontró temblando y observando su aliento salir de sus labios.

Si fuera tan malo para él, no podría imaginar cómo Jyn todavía estaba de pie.

La *necesidad* en sus ojos había sido subsumida por una ira casi salvaje, un instinto de supervivencia que la guiaba con una seguridad aterradora a través del caos. Pero, aunque él no dudaba de su estado de alerta, ella estaba disminuyendo físicamente. Las contusiones que había sufrido peleando con los stormtroopers la hacían estremecerse con cada paso. Cassian también se preguntó si había sufrido una conmoción cerebral cuando le había salvado la vida en la plaza: la granada se había disparado con una fuerza deslumbrante y lo había protegido de la peor parte del golpe.

Ella necesitaba un droide médico. Una oportunidad para recuperarse. En cambio, ella viajó con Cassian y K-2 a través del laberinto del Barrio Sagrado, con la cabeza baja y la respiración agitada.

—Encontraremos refugio pronto —dijo él. Mantuvo los ojos desviados y su tono de hecho. Dudaba que ella respondiera bien a la lástima.

Aun así, ella no discutió.

A Cassian le pareció una mala señal. Intentó centrarse en los aspectos prácticos. Tenían que escapar del Barrio Santo antes de que fuera acordonado. Tendrían que comunicarse con Saw Gerrera —y el piloto—, sin la ayuda del contacto de Cassian. Y aunque Jyn tenía razón en que la gente de Saw no estaría *confiando* en este momento, Cassian no podía ver ninguna otra pista.

¿Podría Saw Gerrera dejar a un lado la mala sangre frente a un devastador de planetas? Parecía una locura tener que preguntar. Pero según todos los informes, la brecha entre Saw y la Alianza era profunda, alimentada por años de amargura que se habían convertido en violencia; y Saw Gerrera no era un hombre que supiera perdonar.

Se lo había heredado a su hija adoptiva. O tal vez ella se lo había enseñado.

Jyn bloqueó el camino de Cassian con un brazo extendido. Desde un pasadizo demasiado estrecho para ser llamado callejón, vieron a una docena de stormtroopers pasar por una intersección.

Cassian reconoció una calle lateral al otro lado del camino.

—Eso debería sacarnos del barrio —dijo.

Jyn esperó a que la patrulla avanzara, luego rápidamente corrió por la encrucijada. Cassian y K-2 la siguieron, solo para detenerse cuando Jyn se detuvo abruptamente. Bloqueando la calle lateral, anidado en una pila de escombros, estaba el naufragio polvoriento de un caza estelar X-wing.

Cassian maldijo. No sería difícil cruzar, pero los dejaría expuestos durante preciosos según…

—¡Alto! ¡Deténganse!

El trío se giró hacia la voz. Los stormtroopers que habían pasado ahora estaban dispersos para bloquear su retirada.

Demasiados para luchar, pensó Cassian, y su mano se desvió hacia su bláster de todos modos. Su paquete de energía estaba casi vacío, pero no tenía sentido ahorrar sus tiros. Los hombros de Jyn se hundieron, sin embargo, miró a los stormtroopers como si estuviera ansiosa por entrar en la refriega, contenta de no tener a dónde correr.

El líder del escuadrón asintió a K-2SO.

—¿A dónde llevas a los prisioneros?

Cassian sintió algo muy similar a la esperanza.

El droide le devolvió la mirada al líder del escuadrón como si luchara por procesar una respuesta.

—Son prisioneros —dijo.

Cassian hizo una mueca. El sentimiento de esperanza se evaporó.

Hojeó un mazo de posibilidades. Tal vez K-2 estaba tratando de acceder a la programación de comportamiento imperial y se estaba quedando corto. Quizás los protocolos de lealtad imperiales sobrescritos volvieron a la vida, gracias al daño de hardware o alguna memoria personal del líder del escuadrón.

Lo más probable y lo peor de todo: K-2 era *terrible* mintiendo. Siempre lo había sido, desde la reprogramación. La honestidad implacable era su estado natural.

—Sí —dijo el líder del escuadrón—. ¿A dónde los llevas?

—Voy a… —K-2 habló con cuidado—, llevarlos a aprisionarlos. En prisión.

Cassian canalizó su irritación en un gruñido de ira… un sonido que rezó se parecía a algo que un cautivo desafiante podría hacer.

—Nos está llevando a…

El droide balanceó un brazo de metal a la cara de Cassian.

—¡Silencio! —La bofetada casi quitó a Cassian de sus pies y le dejó la nariz y la barbilla palpitando dolorosamente y le picaron los labios. K-2 se cernía sobre él—. ¡Y tengo otra igual si hablas otra vez!

—Yo los llevo —el líder del escuadrón otra vez. Cassian intentó reenfocarse cuando los stormtroopers se acercaron al trío. Mantuvieron sus armas fuera, mantuvieron una formación apretada, demostraron toda la disciplina que se suponía que debían ejecutar los troopers imperiales. Mientras uno recuperaba dos juegos de esposas paralizantes, los otros observaban a Jyn, Cassian y al droide.

K-2 estaba balbuceando ahora.

—No hay problema. Si me indican la dirección correcta yo puedo llevarlos, estoy seguro. Ya los traje hasta aquí…

Jyn miró a Cassian y buscó sus porras mientras el trooper con las esposas se acercaba. Cassian sacudió la cabeza. *Espera una oportunidad*, articuló, y Jyn parecía lista para atacar cuando el trooper le colocó las esposas paralizantes en las muñecas. Unos segundos más tarde, Cassian también fue esposado.

—Espere —murmuró—, droide.

Cualesquiera que fueran las sospechas de los troopers, claramente no creían que K-2 hubiera sido subvertido. Si Cassian pudiera dar a conocer sus intenciones, el droide podría ubicarlos en espera, acceder a la base de datos Imperial para liberarlos.

No era un *buen* plan, pero era un plan.

—Llévenselos —llamó el líder del escuadrón. Los stormtroopers dieron vueltas y se movieron al unísono. Cassian sintió que un cañón de rifle le empujaba la espalda.

—¡No pueden llevárselos! —K-2 protestó.

—Tú, quédate aquí —dijo el líder del escuadrón—. Revisaremos tu diagnóstico.

—¿Mi diagnóstico? Con todo respeto yo puedo realizar mi propio diagnóstico, muchas gracias.

No discutas, Cassian quería decirle. Le dio al droide una mirada tan intensa como se atrevió, pero K-2 estaba demasiado involucrado en su debate con el líder del escuadrón. Un stormtrooper empujó a Cassian por detrás y él tropezó hacia adelante.

Si fueran llevados cautivos y se descubría la reprogramación de K-2, entonces realmente no tenían salida. Podrían afirmar que eran residentes de la Ciudad de Jedha, pero eso se vendría abajo en una investigación superficial. Podrían decir que eran desertores de la banda de Saw, pero no ganarían clemencia.

Te equivocaste demasiado, se dijo Cassian. Esta vez, *pagarás el precio tú mismo*.

Luego, una voz gritó, firme y dominante, y todos —stormtroopers, cautivos y droide—, se detuvieron para mirar.

—¡Déjenlos pasar en paz!

Chirrut Îmwe estaba parado en un arco mirando a los stormtroopers con los ojos ciegos. Jyn quería reír.

Cassian lo había llamado Guardián de los Whills, lo que sea que eso realmente significara. Había jugado con Jyn para intentar comprarle el collar. Y ahora que estaba, ¿qué? ¿Se hará mártir a sí mismo?

Quizás era más fanático que estafador después de todo.

—Déjenlos pasar en paz —dijo de nuevo, apoyándose ligeramente en su bastón. Los stormtroopers se estaban reposicionando, desplegándose para defenderse de Chirrut u otra emboscada rebelde.

Chirrut comenzó a cantar, y las palabras palpitaron en el dolorido cráneo de Jyn:

—La Fuerza me acompaña, y soy uno con la Fuerza —salió del arco, avanzó hacia los stormtroopers. Ahora estaba en el medio de la calle, separando a la mayoría del escuadrón de Jyn, Cassian y K-2SO—. Y no temo a nada, pues todo aquí es voluntad de la Fuerza.

—¡Oye! ¡Detente ahí! —la voz del líder del escuadrón estaba enojada. *No acostumbrado a ser ignorado por los civiles,* pensó Jyn, y sonrió sombríamente.

—Está ciego —llamó un segundo trooper.

—¿También sordo? —preguntó el líder del escuadrón—. ¡Dije que te detengas!

Chirrut levantó un pie del pavimento, y el líder del escuadrón disparó un solo tiro. Era demasiado tarde para gritar una advertencia, demasiado tarde para que alguien interviniera, y Jyn sintió un dolor inesperado, una punzada de culpa por la muerte de un hombre que había tratado de salvarlos.

Pero Chirrut no estaba muerto. El rayo había sido apuntado con precisión, pero Chirrut *no estaba muerto*. La mera sacudida de su cabeza, una mirada a un lado, lo había salvado y había enviado la energía a los cautivos y por encima del hombro de Cassian.

Los stormtroopers que previamente habían dudado en dispararle a un ciego ajustaron sus armas con manos nerviosas y un renovado sentido del deber. Jyn movió sus muñecas en sus esposas, mirando a los dos stormtroopers que permanecían a su alcance.

Chirrut estaba dentro del grueso del escuadrón en dos zancadas. Su bastón se puso de repente en movimiento, barriendo detrás de las piernas y retorciendo los brazos de forma antinatural. Jyn se sintió torpe y sin gracia… donde había arrojado todo su cuerpo en cada golpe con sus porras, Chirrut dejó caer a los stormtroopers con un delicado remolino, un movimiento de su muñeca.

Se estaba burlando de ellos ahora, con una voz llena de gentil alegría.

—¿Tu pie está bien? —como un bailarín, dio un paso a un lado mientras otro stormtrooper disparaba su rifle. El rayo encontró a uno de los escuadrones de troopers compañeros, y Chirrut solo sacudió la cabeza con tristeza.

Los dos stormtroopers de Jyn miraban el combate cuerpo a cuerpo, como si debatieran si unirse a su escuadrón. Jyn eligió su momento y metió las manos esposadas en el casco del trooper más cercano. El metal mordió ferozmente sus muñecas mientras impactaba. Sin gracia o no, exhausta, fría y dolorosa o no, haría lo que pudiera.

Había pillado al stormtrooper por sorpresa. Ella aprovechó la conmoción del hombre arrojando su hombro contra su pecho, obligándolo a ponerse de rodillas. También escuchó a Cassian y K-2SO pelear, escuchó gritos continuos desde la dirección de Chirrut, pero se enfocó en su propio oponente. Ella bajó los grilletes en la parte posterior de la cabeza del trooper, golpeó su casco, lo empujó hacia abajo… empujó el plastoide contra su cráneo una y otra vez, hasta que finalmente cayó al suelo. Si hubiera estado segura de su inconsciencia, Jyn podría haberse detenido allí; en cambio, lo pateó ferozmente, viciosamente, tres veces, hasta que estuvo segura de que no podía levantarse.

Cassian y el oponente de K-2SO también cayeron. Chirrut se paró tranquilamente sobre una pila de cuerpos. Jyn rodó sus adoloridos hombros y sintió sangre en sus muñecas en carne viva.

Pero la pelea no había terminado. Un segundo escuadrón de stormtroopers —refuerzos, quizás, o simplemente atraídos por el ruido—, se apresuró desde la intersección. Chirrut estaba demasiado lejos para interceptarlos antes de que pudieran apuntar. Jyn buscó cobertura, no vio ninguna a su alcance y se preparó para caer al polvo.

Escuchó el chasquido de un rayo de partículas, pero ninguno de los stormtroopers había descargado su arma. Uno colapsó, luego otro, cuando el fuego de francotiradores los golpeó más rápido de lo que Jyn hubiera creído posible. Cuando el último estaba muerto, el tirador emergió del otro lado del camino.

Jyn lo reconoció: el compañero silencioso de Chirrut del callejón, el que tenía el pelo salvaje y la armadura roja. En una mano, llevaba su cañón repetidor. En la otra había una ballesta con adornos dorados en desacuerdo con su equipo maltratado y práctico; el hombre pasó a Chirrut.

—Oye, ¿disparaste hacia mí? —dijo Chirrut.

—De nada —respondió su compañero. Sin mirar, disparó un rayo a la cabeza de un stormtrooper que se arrastraba cerca.

Entonces el compañero de Chirrut se volvió hacia Jyn y Cassian. Levantó su cañón, con expresión cautelosa pero no totalmente hostil. Chirrut miraba con los ojos ciegos. *Ambos nos salvaron, pensó Jyn. No nos matarán ahora*.

—Libre de enemigos —anunció K-2SO, avanzando para examinar los restos de la batalla.

Inmediatamente, el compañero de Chirrut apuntó al droide. K-2SO se detuvo y corrigió:

—¡Un enemigo!

—¡Está con nosotros! —exclamó Jyn.

—Déjalos —Chirrut le habló a su compañero gentilmente—. Está bien.

El hombre con armadura roja volvió a bajar su arma. Jyn pensó que parecía decepcionado.

Jyn se cuidó las muñecas raspadas y flexionó los dedos, contenta de estar libre de las esposas. Había pasado demasiado tiempo con restricciones, se había tomado demasiados problemas para garantizar su libertad. Incluso unos pocos minutos fueron más de lo que ella quería soportar.

K-2SO estaba liberando a Cassian mientras Chirrut y su compañero miraban.

—Cassian, perdón por la bofetada.

—Vuelve a la nave —le dijo Cassian—. Espera mi llamada.

—Estás desperdiciando tu recurso más valioso —respondió el droide, pero se alejó obedientemente. Jyn miró a Cassian en busca de una explicación. Todavía estaban en peligro, y aunque el droide atraía atención no deseada, también demostró ser útil. No le gustaba mucho K-2; seguía siendo más confiable que sus nuevos aliados.

Cassian, evidentemente, tenía otras cosas en mente. Observó al compañero de Chirrut.

—¿Es un jedi? —preguntó, con la silenciosa duda de un hombre al borde de un gran descubrimiento.

Jyn pensó en el bastón giratorio, en la elegante danza de batalla de Chirrut. ¿Era así como eran los jedi? Su madre le había contado sus historias: los guerreros místicos y guardianes de la República en los siglos anteriores al Imperio, creyentes en una Fuerza que guiaba a las criaturas vivientes.

Nunca había creído realmente en las historias. Los *jedi*, sí, pero no las *leyendas*.

—Ya no hay más jedis en estos parajes —dijo el compañero de Chirrut—. Sólo soñadores como este tonto.

Chirrut se encogió levemente de hombros.

—La Fuerza me protegió bien.

—*Yo* te protegí —respondió su compañero.

Si Cassian estaba decepcionado por su respuesta, Jyn no podría decirlo. Estaba dispuesta a aceptar la palabra de la pareja de Chirrut; es más fácil creer en lo que existía ahora que en lo que pudo haber sido *hace mucho* tiempo.

Ella reprimió sus siguientes palabras, saboreó el sabor agrio antes de preguntar:

—¿Nos pueden llevar con Saw Gerrera? —ella ya se había comprometido con la misión. *También podría verlo a través*.

Ni Chirrut ni su compañero tuvieron la oportunidad de responder antes de que alguien llamara:

—¡Manos en el aire!

Combatientes rebeldes emergieron de callejones y tejados. Jyn reconoció a varios de la plaza. Quería gritar de rabia: durante horas, al parecer, no había hecho nada más que luchar, y su cuerpo había sido debilitado por cada ergio de fuerza; se había convertido en nada más que una colección de contusiones y músculos doloridos.

Cassian fue el primero en soltar su arma. Jyn hizo lo mismo. Cassian pronunció algo para ella:

—*No son el enemigo*.

—¿No se dan cuenta que no somos amigos del Imperio? —preguntó Chirrut. Había puesto su bastón en el polvo. Incluso su compañero había abandonado su cañón.

Un rebelde dio un paso adelante: un tognath delgado, con cara de calavera y piel que respiraba a través de un respirador mecánico, hablaba en su dialecto nativo.

—Dile eso al que mató a nuestros hombres.

Jyn miró a Cassian. En su mente, lo vio disparar su bláster en la plaza, sintió la granada explotar sobre su cabeza. Recordaba la sensación fría y sin culpa que la había invadido entonces; la vergüenza la encontró ahora, se apoderó de su corazón y ella lo atravesó con ira.

Esta era la gente de Saw. Si Saw estaba vivo, sabía cómo tratar con ellos.

—Quien me haga daño o a mis amigos responde ante Saw Gerrera —dijo.

Los rebeldes se arrastraron, murmuraron entre sí. Uno de ellos se rio con voz ronca. El tognath ladeó la cabeza, como si tratara de reconocer la cara de Jyn.

—¿Y por qué es eso? —preguntó.

—Porque Saw me *conoce* —dijo—. Porque lo *conozco*. Porque estaba luchando a su lado cuando la mayoría de ustedes todavía lloraba en sus camas en lugar de defenderse.

Había comenzado eligiendo sus palabras con cuidado, pero ahora se derramaron de sus labios sin ser deseadas.

—He visto a ese hombre en su peor momento. Sé exactamente lo que hace cuando se siente traicionado, y todavía estoy *viva*.

La escotilla rota hizo que fuera fácil tropezar con recuerdos no deseados. La batalla en la plaza ya había desenterrado un centenar de conflictos sangrientos que apenas había sobrevivido, a los trece o catorce o quince años y que ya le confiaban un bláster. Ahora recordaba las *miradas* de sus compañeros rebeldes, los susurros a sus espaldas. Las cosas que se preguntaban sobre ella. Las cosas que creían.

—Porque —terminó—, soy la hija de Galen Erso.

El tognath la observó por un largo momento. Todos, amigos y enemigos, estaban quietos.

—Llévenlos —dijo el tognath.

Dos rebeldes agarraron a Jyn. Ella no peleó. Una tela gruesa le raspó la nariz, y luchó por respirar a través del saco que se aferraba a su rostro. Escuchó a Cassian gemir cerca, un gruñido del compañero de Chirrut, y luego la propia voz de Chirrut:

—¿Es una broma? ¡Soy ciego!

DATOS SUPLEMENTARIOS: PEREGRINOS DE JEDHA

[Documento #DN4624 («Fe y la Fuerza de Otros»), fragmento extraído de los archivos de la Orden del Pulsar Esotérico; autor desconocido.]

¿Qué es la Fuerza de Otros? Para hacer esto, debes hacerte una pregunta y unas mil.

A un cultista del Huiyui-Tni, debes preguntar: «¿Cuál es la exhalación del verdadero dios anfibio?». A un jedi, debes preguntar: «¿Qué es lo que une y define toda la vida?». A un hijo del Pulsar Esotérico, debes preguntar: «Muéstrame las páginas secretas del Libro de las Estrellas». A un infiel, debes preguntar: «¿Qué poder permite la profecía y la brujería en un mundo controlado por la lógica y la ley?».

Estas mil preguntas obtendrán mil respuestas, todas apuntando hacia la misma verdad.

Ahora pregúntate: «*¿Dónde* está la Fuerza de Otros?» y una respuesta se vuelve inevitable: la amable y fría luna de Jedha. Porque mil religiones ven la verdad en los misterios de Jedha, sin importar que sus historias difieran; no importa que ni una sola historia del Templo de Kyber pueda explicar cada ladrillo en sus cimientos, o que nuestras leyendas se entrelacen y formen parte de una paradoja.

Te pido que creas que Jedha es un nexo para la fe, la vida y la Fuerza de Otros en todas sus formas. Si la Fuerza puede encarnarse en una visión o una criatura viviente, ¿por qué no un lugar? ¿O por qué no una *idea*? ¿Por qué la *peregrinación* no puede ser Jedha, y Jedha no puede *ser* la Fuerza?

Te pido que creas esto no porque sea *cierto*, sino porque es un comienzo.

Imagínate estas cosas y concluir que cada visita a Jedha es una peregrinación… que cada visita a Jedha es una expresión de fe y una búsqueda de la verdad, intencionada o no. Cuando un ladrón viene a Jedha para aprovecharse de los vendedores en los mercados, lo hace de acuerdo con su naturaleza; engañará, mentirá y robará, y si no *engaña*, miente o roba, su fe y naturaleza son completamente diferentes.

Tú dirías: «¿Por qué un ladrón? ¿Por qué una conjetura tan cínica?». A lo que respondería: «¿No te preguntas por qué los Guardianes de los Whills protegen su templo así? ¿Por qué los jedi llevan sus crueles sables de luz, incluso aquí?». Es porque nuestras peregrinaciones *están* de acuerdo con nuestras creencias, y la fe puede traer conflictos terribles. Un ladrón es el mejor ejemplo que puedo ofrecer.

Jedha no da respuestas a aquellos que no saben qué respuestas buscan. Jedha no armoniza las cosas que no pueden armonizar. Jedha no expresa la fe y la Fuerza a través de sus peregrinos; Los peregrinos expresan la fe y la Fuerza a través de Jedha.

Los peregrinos expresan la fe y la Fuerza a través de la vida.

¿Para qué es la vida sino para la peregrinación? ¿Y qué es la vida sino el conflicto?

Ha habido mundos y tiranos que han tratado de evitar que su gente viaje a Jedha. Pero tal cosa no se puede detener. Los seres vivos siempre encontrarán su camino hacia la luna amable y fría, como siempre lo han hecho. A través de la Fuerza y Jedha, actuarán como deben, para bien y para mal.

Y los conoceremos por sus acciones ahí.



CASSIAN ESTABA CIEGO BAJO SU saco, pero, aunque carecía de los sentidos sobrenaturales de Chirrut, sabía *escuchar*.

Durante la larga marcha desde la Ciudad Sagrada, escuchó a sus captores. Escuchó las palabras clave que murmuraron a los aliados invisibles que les concedieron el paso del asentamiento al desierto. Escuchó su confusión, los vítores de corta duración y luego el silencio sombrío, mientras el Destructor Estelar sobre Jedha se encogía en el cielo crepuscular. Escuchó la declaración del tognath con frialdad:

—Saw sabrá lo que significa.

Escuchó el canto interminable de Chirrut (*soy uno con la Fuerza. La Fuerza me acompaña*), amortiguado por el saco de tela. El efecto combinado parecía a la vez profundo y absurdo.

Sobre todo, escuchó buscando a Jyn. Escucharla forcejeando. Escuchar su voz. Tratar de determinar qué pisada firme sobre la arena era la suya.

Por todo lo que Cassian escuchó, ella podría haber desaparecido de la faz de Jedha.

¿Era la preocupación lo que lo hacía obsesionarse con ella? Su misión era encontrar a Saw y, a través de Saw, encontrar al piloto; encontrar pruebas de un arma imperial que podría mutilar la galaxia. De ser posible, también debía encontrar y eliminar a Galen Erso… un hombre muy probablemente culpable en la creación de esa arma. Jyn era ante todo un medio para encontrar a Saw. Ella ya había cumplido ese propósito, lo que significaba que ahora era prescindible.

Ella dominaba su pensamiento, no obstante. Cassian creía que ni la piedad ni el pragmatismo lo explicaban.

Había sacrificado a Tivik sin dudarlo.

Tal vez era la *necesidad* que había visto en Jyn, el fuego que la había llevado a través de la lucha en el Barrio Santo. Parecía obsceno dejar esa necesidad sin respuesta, abandonada al polvo.

Era tarde en la noche cuando la banda abandonó el desierto por las pendientes rocosas de la ladera de una montaña, luego de la montaña a los corredores de un refugio de piedra. Cassian reconoció la pisada más pesada del compañero de Chirrut a su lado y arriesgó un murmullo bajo.

—Estamos a medio día de viaje. ¿Un santuario?

—Un monasterio —dijo el hombre—. Las Catacumbas de Cadera, entre los muertos.

El nombre no significaba nada para Cassian.

Trató de contar las voces rebeldes en la distancia, pero rápidamente perdió la noción. Habían llegado a una base de algún tipo: las armas retumbaban y los calentadores zumbaban, las pesadas puertas se abrieron y se cerraron de golpe. Los gritos de triunfo y el clic de las piezas de juego de madera sugirieron la presencia de guardias aburridos o soldados fuera de servicio. Sin preludio, el saco de Cassian fue arrancado y recibió una fuerte patada en la espalda baja. Giró a tiempo para ver la sombra borrosa de la puerta de una celda cerrarse de golpe. Parpadeó furiosamente para adaptarse a la tenue luz.

La celda era poco más que un hueco estrecho en la roca. Chirrut y su compañero compartían el espacio con Cassian. El primer hombre cantaba suavemente (*soy uno con la Fuerza…*) en una esquina, mientras que el segundo estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando la oscuridad de la caverna más allá de la puerta.

Jyn estaba desaparecida.

—¡Oigan! —llamó Cassian. Corrió hacia los barrotes y gritó—. ¡Jyn Erso! ¿Dónde está?

Nadie respondió.

Eres un tonto, se dijo Cassian. *No te responderán. Pero intentarán detectar tu debilidad.*

Se calmó con el dudoso placer de inhalar aire rancio sin la carga de un saco. Las paredes de las catacumbas estaban incrustadas con cráneos humanoides —miles de ellos de lo que debieron ser generaciones de monjes—, y cubiertos con cables de alimentación que iban desde generadores hasta calentadores y estaciones de comunicaciones. Un puñado de guardias rebeldes se sentaban en taburetes achaparrados cerca, no muy lejos de donde el equipo del grupo se había extendido sobre una mesa. Había otras celdas vecinas a las de Cassian, silenciosas y oscuras.

Dirigió su atención a la propia puerta y se empujó contra los barrotes para mirar su panel de control externo. La cerradura era mecánica, pero estaba conectada a los sistemas del escondite rebelde. Definitivamente podía alcanzarla, sospechaba que podría abrirla, pero no sin activar una alarma.

—¿De verdad? —preguntó el compañero de Chirrut.

Cassian se volvió para encontrar al hombre que le hablaba a Chirrut que todavía cantaba.

—¿Rezas? —dijo el hombre, y soltó una carcajada. Miró a Cassian—. Reza para que se abra la puerta.

—Oren para que tenga la oportunidad de trabajar —murmuró Cassian, pero ambos hombres parecían ignorarlo. Chirrut detuvo su canto abruptamente.

—Le molesta —dijo—, porque le consta que es posible.

El compañero de Chirrut volvió a reír. El sonido fue breve y feo, pero Chirrut solo se encogió de hombros y le dijo a Cassian:

—Baze Malbus era uno de los más devotos Guardianes que se haya visto.

Baze Malbus. Cassian pasó el nombre por su base de datos mental y salió vacío.

—¿Ahora es sólo tu tutor? —preguntó.

Ninguno de los dos mordió el anzuelo. Cassian se pasó las manos por la cara y se rascó la barba. Ambos Guardianes eran luchadores formidables, sin duda; y Chirrut, jedi o no, medio loco, demasiado celoso o sincero, era el eco de una era que el Imperio casi había borrado.

Incluso los líderes de la Rebelión rara vez hablaban de los jedi. ¿Habían sido comunes los hombres como Chirrut? ¿Hombres tan seguros en su fe que la empuñaban como un escudo? ¿Hombres tan disciplinados que, incluso ciegos, podrían derribar a una docena de stormtroopers con nada más que un palo?

¿Cuántas personas estaban vivas para recordarlo?

Antes del surgimiento del Imperio, Cassian habría considerado a los jedi como sus enemigos. Pero era *muy* joven, demasiado joven para entender contra quién habían estado luchando o *por* quién habían estado luchando. Ahora los separatistas estaban tan olvidados como sus enemigos jedi.

—¿Por qué nos salvaste? —preguntó.

—Quizás sólo la salvé a ella —dijo Chirrut. Cassian gruñó.

—Empiezo a creer que la Fuerza y yo tenemos diferentes prioridades.

—Relájate, capitán, Hemos visto peores jaulas que esta.

—Esta es la primera para mí.

—Hay más de una clase de prisión, capitán. Siento que cargas la tuya en donde quiera que estés.

Baze volvió a reír, pero esta vez no hubo bullicio, sólo un sonido áspero y hueco.

Cassian frunció el ceño y se volvió hacia la cerradura y la caverna. Unos minutos más tarde se dio cuenta de que nadie le había dicho a Chirrut que era un *capitán*.

Jyn reconoció a los soldados en el monasterio, aunque nunca había conocido a la mayoría de ellos. Ella conocía sus cicatrices: las marcas de quemaduras en las palmas de las pistolas sobrecalentadas, las líneas cortas e irregulares en las mejillas y el cuello dibujadas por astillas de metralla. Conocía su porte: la forma orgullosa y compacta que mantenían que los preparaba para recibir o devolver un golpe. Reconoció estas cosas, reconoció a los soldados no solo como rebeldes sino también como los rebeldes de *Saw*, entrenados a su imagen, e instintivamente reflejó su postura, reflejó sus miradas de desconfianza.

Todos estos años después, ella seguía siendo una de ellos… y la odiaban por eso.

Realmente no podía culparlos. Estaban llorando bajas en la Ciudad Sagrada por ella. Estaban de luto por sus hermanos y hermanas, muertos a su lado (o lo suficientemente cerca).

Esperó en la cámara central del monasterio, un lugar repleto de catres y estaciones de cocina atendidas por la gente de Saw. El tognath la había dejado allí después de alejarla de Cassian, sin saco y con las manos atadas. La pregunta de dónde podría estar Cassian

ahora no era más que una distracción distante para Jyn… como el sonido de una rata que se desliza por las vigas.

Tenía otras preocupaciones en mente. Saw Gerrera estaba en algún lugar cercano. Casi podía oler el aceite de su rifle favorito. Durante años, había anticipado, *fantaseado* con confrontarlo; escogió palabras hirientes y se preparó para la ira del *primer, último y único guerrero verdadero que se enfrentó al Imperio*.

Esa confrontación nunca había llegado, y ella había dejado morir la fantasía. Ahora no estaba segura de estar lista para la pelea.

—Te recuerdo.

Jyn se volvió para ver a una mujer que se acercaba. Era pálida, casi de piel de tiza, pero humana, vestida con una chaqueta blindada dos tallas más grande. Hablaba arrastrando las palabras. Uno de sus brazos colgaba flácido.

—¿Estabas en Fashinder Prime? —la mujer preguntó, como si tratara de encontrar un conocido.

—No —dijo Jyn, y frunció el ceño—. Debe haber sido después de mi tiempo.

Jyn trató de recordar la cara de la mujer y captó otros recuerdos en su lugar. Vio camaradas en los que no había pensado en toda una vida.

—¿Staven sigue vivo? —preguntó Jyn.

Staven, quien la había reprendido durante horas una noche por cablear mal un detonador. Staven, quien le dio a Jyn su primer sorbo de leche fermentada de bantha y la dejó sentarse con los adultos contando chistes sucios antes que nadie.

—No —dijo la mujer.

—¿Qué hay de Codo?

Codo, que le había enseñado a Jyn a nadar en el fango que habían llamado gruta. Codo, que había tratado de besarla y que no quería hablar con ella después de que ella se negara.

En respuesta, la mujer levantó su mano buena, se puso una pistola imaginaria en la cabeza y apretó el gatillo.

—¿Maia? —preguntó Jyn. Pero eso fue estúpido; ahora recordaba que había *estado ahí* cuando Maia murió. Jyn había sido la que heredó (y rápidamente perdió) los guantes de piel sintética de Maia, los guantes que habían sido tan suaves y olían a carbono.

La gente no hablaba mucho sobre los muertos entre los rebeldes de Saw. Facilitaba el olvidar cuando alguien se iba.

La mujer gruñó y se alejó. El tognath salió de una puerta y regresó al lado de Jyn. Con un movimiento rápido y cruel, él cortó los lazos alrededor de sus muñecas.

—Te verá ahora —dijo el tognath.

No más distracciones, pensó Jyn.

Saw Gerrera había reclutado soldados duros y los había vuelto desalmados. Staven, Codo y Maia, todo lo que Jyn había amado y odiado de ellos, todo era sombra a la luz ardiente de Saw.

Ella apagó un temblor y se armó de valor para encontrarse con el hombre que la había salvado de la cueva.

—Allí —dijo el tognath, e hizo un gesto hacia una puerta con cortinas. Jyn atravesó la tela irregular, que se partió como una telaraña. El tognath no la siguió.

La pequeña cámara más allá era una sala de estar espartana construida para un abad solitario. Se asomaba al valle de la Ciudad Sagrada a través de una ventana en la roca. Un amanecer gris pálido se había deslizado detrás del horizonte, y Jyn se dio cuenta de que ya no estaba cansada; en algún momento de la noche, durante la marcha a través del desierto, había perdido la capacidad del agotamiento ordinario y había adquirido un cansancio más profundo.

Oyó un fuerte sonido metálico. Cambió su peso instintivamente, lista para tomar una postura de lucha.

—¡Jyn! —habló una voz ronca—. ¿En serio eres tú?

Estaba lista, se dijo a sí misma.

Jyn volvió la cabeza y miró a Saw Gerrera.

La ruina que había *sido* Saw Gerrera.

Donde alguna vez había conocido a un soldado, marcado pero fuerte, ahora vio a un anciano unido por el andamio de armaduras y aparatos ortopédicos. Su cabello oscuro estaba cubierto de blanco, crecido salvaje y descuidado sobre su rostro. Sus ojos estaban tan agudos como siempre, pero estaban atrapados dentro de una jaula oxidada.

Saw Gerrera había sido la persona más fuerte que Jyn había conocido. Incluso sellado dentro de la escotilla en su mente, enterrado en la oscuridad, había gritado para ser escuchado.

Ella lo odiaba por muchas razones. Había estado preparada para pelear. Al verlo así, ella quería llorar.

—Es imposible —susurró—, Jyn… —Él caminó hacia ella, el ritmo metálico de su pierna resonando en la cámara.

—Debes estar sorprendido —dijo. Ella habló con la voz de la Jyn que quería una batalla. Era la voz de un soldado, la voz que aterrorizaba a los prisioneros y exigía una retribución fría y despiadada.

Se suponía que era la voz de Saw.

Pero no había aspereza en su tono.

—¿No somos aún amigos? —preguntó.

—La última vez juntos —pronunció Jyn, tan casual como si estuviera matando a una rata en un asador—, me armaste con un cuchillo y un bláster para esperarte en el búnker hasta el alba.

—Yo te dejé a salvo —dijo Saw. Sonaba *herido*.

—Tú me abandonaste.

—Jyn, ya eras el mejor soldado de mi guardia. —Saw sacudió la cabeza—. Estabas lista, y lo vi, incluso si tú no lo hacías.

Sus palabras llegaron demasiado rápido, demasiado calientes.

—Tenía *dieciséis*.

—Quise protegerte —su error pareció darle fuerza a Saw. Su raspado se hizo más agudo, una rápida palmada de corrección.

—¡Te fuiste sin mí! —gritó Jyn, pero no fue mucho más que una exclamación. Ella había llegado llena de salvajismo, lista para lanzar su fuego contra el de él; en cambio, él le había robado el calor, y todo lo que tenían ahora era chispas.

—Eras la hija de un científico del Imperio —dijo Saw. Habló más gentilmente de lo que Jyn podía soportar—. La gente empezaba a darse cuenta. Gente que habría querido usarte como rehén… ni un sólo día pasa, sin que te recuerde…

—Detente —dijo. Ella no quería esto. El *amable* Saw Gerrera, el gentil Saw Gerrera, que podía darse el lujo de mirar a la niña que crio y compadecerse de ella. *Pelea conmigo*, quería rogar ella.

Entonces Saw entrecerró los ojos y Jyn vio al guerrero que conocía.

—¿Pero que justo llegaras *hoy*? —preguntó. Dio otro paso adelante, la miró sin pestañear—. Es una trampa, ¿verdad?

—¿Qué?

El soldado *estaba* en algún lugar en los restos del hombre, dentro de la armadura y los aparatos ortopédicos, jadeando desafío contra su cuerpo moribundo.

—¡El piloto! —dijo Saw, con impotente urgencia—. El mensaje. Todo. —Se agarró a la máscara de oxígeno incorporada en su armadura, se la llevó a la cara y aspiró una bocanada de aire antes de reanudar—. ¿Ellos te han enviado… a asesinarme? —No había humor en su voz cuando agregó—. Ya no queda mucho de mí que matar.

Jyn sacudió la cabeza lentamente. Las palabras flotaban como motas de polvo, como cenizas, y ella comenzó a comprender. Éste *seguía* siendo el Saw Gerrera que ella conocía, aunque debilitado y agotado. Este era el hombre que conocía la compasión, que se preocupaba por Jyn como su propia hija, siempre y cuando no hubiera una batalla que pelear; ninguna fantasía paranoica de traidores o conspiraciones imperiales para atraerlo por mal camino.

—No me importas lo suficiente como para matarte, Saw —dijo.

—Entonces, ¿qué pasa, Jyn? ¿Por qué venir a Jedha en nombre de la Alianza Rebelde?

Había hecho su investigación, aparentemente. ¿Quería hablar sobre su misión? ¿Sobre el piloto? *Bien*.

—La Alianza quiere a mi padre —dijo—. Creen que te dio un mensaje sobre un arma. Supongo que… creen que si viene de mí les brindarás tu apoyo.

—¿*Quién* te envió? —preguntó, como si la hubiera pillado mintiendo—. ¿Fue Draven?

—El general Draven, Mon Mothma, todo el maldito consejo —espetó Jyn—. No los conozco, Saw. Estoy haciendo este trabajo porque tengo que hacerlo.

Saw se volvió, agarró un bastón y se apoyó fuertemente contra él. Le temblaba la mano.

—¿Y qué es lo que *tú* quieres, Jyn? ¿Esperabas que pudiera darte la bienvenida? ¿Ignorar las muertes en la ciudad?

Ella casi se rio. Ella lo sostuvo, sonrió amargamente.

—Quiero que me dejen en paz. Querían llegar a ti y lo consiguieron, deberías hablar con tus prisioneros, no conmigo —de nuevo, ese pensamiento distante y distraído de Cassian—. Ahora me voy. Ustedes hagan lo que deseen.

El bastón se tambaleó en la mano de Saw. Ella lo vio tambalearse, recuperarse.

—¿Y ya no te importa la causa?

Jyn trató de encontrar palabras para responder *¿Crees que me estás probando? ¿Crees que te he estado ocultando algo?*

—¿La causa? —finalmente se las arregló—. ¿Es en serio?

—Eras el mejor soldado de mi guardia —siseó Saw—. No por tu habilidad, sino porque *creías* —el bastón se levantó y volvió al suelo, el sonido rugió a través de la habitación—. Porque conocías a nuestro enemigo tanto como yo. Porque estabas dispuesta a morir por nuestra causa y nuestro ejército.

Ella lo había creído. Saw tenía razón en eso. Pero esa creencia no se había conservado en la oscura cueva en su mente. Se había marchitado allí, secado, agrietado y convertido en polvo.

—¿La Alianza? —dijo ella—. ¿Los rebeldes? ¿O como sea que se hagan llamar ahora? Dolor es lo que me han provocado.

La garganta de Saw trabajó con esfuerzo. Sus fosas nasales se dilataron. No alcanzó la máscara de oxígeno.

—¿Soportarías que la bandera imperial ondeara en toda la galaxia? —preguntó.

Jyn se encogió de hombros.

Ella pudo haberse marchado entonces; darle la espalda a la sombra del hombre que había conocido, entrar en el desierto y poner fin a sus obligaciones.

Pero Saw la había lastimado.

—No es un problema si no alzas los ojos —dijo.

Había visto a Saw Gerrera enfrentarse a la deslealtad antes. Ella lo había visto derramar sangre por peores ofensas que la suya, verlo atar y vendar los ojos a un posible desertor y arrojarlo desde un airspeeder frente a un cuartel imperial. También sabía que él le había ocultado lo peor… métodos secretos de tormento e interrogatorio que no había deseado mostrarle a una niña de quince años.

Quería lastimarlo.

Quería recuperar su viejo fuego, con la esperanza de que pudiera reavivar el suyo. Ella había entrado en su habitación preparada para pelear y se encontró sofocada, su ira

pereciendo sin combustible. El agotamiento de la caminata de la noche, de la batalla en el Barrio Santo, se levantó para reclamarla después de todo.

Me enseñaste a sobrevivir.

Pero Saw solo tomó un trago de su máscara de oxígeno y cerró los ojos. El temblor del bastón cesó. Cuando la miró de nuevo, parecía haber encontrado una nueva claridad.

—Quiero que veas una cosa —dijo—. Ven.

Orson Krennic pensó que *muchas cosas podrían salir mal*, pero en el momento anterior a la acción —en el instante en que tanto el triunfo como la derrota seguían siendo posibles—, la galaxia parecía maravillosa.

Observó la evacuación de Jedha en una docena de pantallas de visualización a través del puente de la Estrella de la Muerte. La nave más pequeña, los traslados personales de oficiales de alto rango y los transportes de unidades especializadas de stormtroopers, fueron los últimos en despegar. El Destructor Estelar *Dauntless*, una vez estacionado sobre la Ciudad Jedha, ya se había reposicionado a cierta distancia de la luna. A pesar de las protestas de los comandantes de la guarnición local, las fuerzas asignadas a Jedha estarían a salvo de lo que seguiría.

Uno de los oficiales del puente anunció un número: 97 por ciento. Krennic modificó el pensamiento: el *97 por ciento* de las fuerzas militares asignadas de Jedha estarían a salvo.

Eso bastaría. Jedha era una picadora de carne. Una pérdida del 3 por ciento a cambio de la victoria total ganaría a cualquier general una recomendación.

—Ya es hora, director —la voz untuosa provenía de la dirección del turboascensor.

Krennic giró sobre sus talones y le dirigió una amplia y *respetuosa* sonrisa a Wilhuff Tarkin mientras el viejo observaba el bullicio de oficiales y técnicos.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Krennic, e inclinó la cabeza—, pero dadas las circunstancias, parece preciso esperar la orden del Emperador.

—El Emperador aguarda *mi* reporte —respondió Tarkin.

La sonrisa de Krennic se desvaneció sólo con un toque.

—Supondría que él y Lord Vader habrían de venir a un evento tan grande.

La voz de Tarkin estaba llena de irritación y fingida exasperación.

—Consideré prudente ahorrarle de sufrir una humillación.

¿Mi humillación o la tuya?

El objetivo de Tarkin era transparente: el hombre creía (con la típica certeza grandiosa) que una manifestación sobre Jedha disminuiría, en lugar de mejorar el status de Krennic. Sin embargo, *por qué* seguía siendo una pregunta abierta. Krennic no había encontrado evidencia de sabotaje; ni sus contactos cercanos a Tarkin revelaron nada útil con respecto al complot del gobernador. Y aunque el desdén de Tarkin por Krennic era

supremo, seguramente habría dispuesto que el Emperador atestiguara si asumía que la «incompetencia» de Krennic resultaría en el fracaso de la estación.

No. La posibilidad más probable era que las precauciones de Krennic contra el sabotaje o el fracaso habían sacudido la confianza de Tarkin. El hombre ahora estaba cubriendo sus apuestas. Si Krennic lograba aniquilar a Jedha, Tarkin intentaría tomar crédito a los ojos del Emperador. Si Krennic fallaba, mucho mejor.

Pero Krennic no fallaría. La Estrella de la Muerte estaba lista. Una vez que Jedha fuera destruida, recibiría su audiencia privada con el Emperador Palpatine… y confiaba en poder persuadir al Emperador de que era él, no Tarkin, quien merecía los elogios.

Incluso resultaba ser cierto.

—Su inquietud es innecesaria —dijo Krennic—. Los mejores científicos e ingenieros del Imperio han dedicado sus vidas a este proyecto. No encontrará nuestra fe en ellos fuera de lugar.

—Si con sólo decirlo fuera cierto —murmuró Tarkin, lo suficientemente fuerte como para que los oficiales lo oyeran por encima del ruido. Krennic apenas retuvo un gruñido.

—Todas las fuerzas imperiales —anunció, caminando a lo largo de las estaciones de comando—, ya fueron evacuadas, y con dar la orden destruiré la luna completa.

Los oficiales lo enfrentaron, mostrando su atención uniformemente; los técnicos disminuyeron la velocidad, pero no dejaron de trabajar, como Krennic había indicado anteriormente.

—Lo que hacemos hoy era una vez inconcebible… una herejía científica. No obstante, nuestro Imperio y nuestro Emperador han asegurado nuestro éxito y nos han otorgado la autoridad moral necesaria para dar este paso hacia la paz. La muerte de un mundo… —se detuvo ante el fuerte aplauso de Tarkin.

—Inspirador —dijo—, pero es totalmente innecesario. Va a dar un aviso, no un manifiesto.

La sonrisa de Krennic se convirtió en una mueca.

—¿Qué es lo que sugiere? —preguntó. Tarkin se encogió de hombros.

—La Ciudad Sagrada es suficiente por hoy.

Krennic tiró de sus guantes y sintió el sudor en las palmas de sus manos a medida que crecía su ira. Su evaluación de Tarkin había sido incompleta: el anciano se estaba protegiendo tanto del éxito *como* del fracaso, asegurándose de que incluso una actuación perfecta sería poco espectacular en el mejor de los casos.

¿Podría subvertir las órdenes de Tarkin? ¿Organizar la destrucción de la luna independientemente y afirmar que el poder absoluto de la estación no se había previsto? Miró desde una consola de control a Tarkin y viceversa.

No con él *mirando*. No a corto plazo.

Encontraría otro camino.

—Apunten a Ciudad Jedha —espetó—. Preparen ignición de un sólo reactor.

Krennic ocultó su resentimiento, se calmó con el sonido de su aliento y la marea del reactor de la estación. No era así como se había imaginado la culminación del trabajo de

veinte años —un ataque disminuido, el juego de poder de un gran moff—, pero era la realidad con la que tenía que lidiar.

—Señor, estamos en posición —le avisó un oficial.

—¡Fuego! —su voz era firme. Se había ganado su orgullo, sin importar el resultado.



CASSIAN TENÍA UN PLAN. HABÍA probado el mecanismo de bloqueo de la puerta de la celda mientras los guardias estaban fijos en un juego de dejarik, presionando contra el metal con el pulgar y probando los límites de su alarma de manipulación. Había fingido fatiga, apoyado contra los barrotes de la puerta para poder inspeccionar visualmente la cerradura y encontrar su marca y modelo. Catalogó mentalmente las púas ocultas en su bota y seleccionó las herramientas que pretendía usar. Supuso que podría escapar de la celda en menos de tres minutos.

Tan pronto como los guardias se fueran, de cualquier forma. Pero los guardias no se movían, y ahora estaba atrapado con dos pensamientos en los que no deseaba detenerse:

¿Matar a la gente de Saw Gerrera había arruinado cualquier posibilidad de reconciliación con la Alianza Rebelde? ¿Incluso contra la amenaza de un destructor de planetas? ¿Y dónde estaba Jyn?

—¿Quién está en la celda de al lado?

Cassian apartó los ojos de los guardias y miró a Chirrut. Era la primera vez que el ciego había hablado durante casi una hora.

Baze gruñó y se puso en pie arrastrando los pies.

—¿Qué? ¿Dónde? —cruzó la hornacina, empujando ligeramente a Cassian a un lado para dejar espacio en la puerta. Miró hacia la oscuridad de la celda al otro lado del camino; todo lo que Cassian pudo ver fueron sombras, pero Baze se apartó abruptamente, gruñendo—. Es un piloto imperial.

Cassian frunció el ceño y se inclinó, tratando de ver lo que Baze veía.

—¿Qué piloto?

—Imperial —Baze se encogió de hombros, entrecerró los ojos, pareció evaluar la distancia entre él y el montón irregular que Cassian estaba empezando a discernir—. ¡Voy a acabar con él!

Cassian trató de interponer su cuerpo entre Baze y la puerta de la celda mientras el Guardián se enderezaba con un propósito.

—¡No, no, no! ¡Déjalo! —*malditos locos religiosos*. No estaba seguro de lo que Baze podía hacer tras las rejas, y no estaba interesado en averiguarlo—. ¡Atrás! ¡Déjalo! —Golpeó el pecho del hombre más grande con las manos, trató de parecer insistente sin comenzar una pelea. Baze empujó a Cassian una vez, pero luego regresó a su esquina y se echó al suelo.

Cassian se agachó en los barrotes. La pila irregular se movió torpemente. Las sombras se cristalizaron en extremidades, cabello, una cara cubierta de suciedad y un

uniforme maltratado con marcas imperiales en los brazos. El hombre no parecía ver a Cassian, mirando entre sus rodillas, acurrucado como con miedo a la oscuridad y al frío.

Incluso desde unos metros de distancia, apestaba a sudor y suciedad.

¿Es esto lo que Saw hace a los prisioneros?

¿Es esto lo que le está haciendo a Jyn?

—¿Eres el piloto? —llamó Cassian. El hombre no levantó la vista—. Hey, hey, ¿eres el piloto?, ¿el de carga?

El hombre parpadeó. Cassian vio luces tenues de la cámara de los guardias brillar en los ojos húmedos. Entonces el hombre hizo un ruido, un gemido, que Cassian tuvo problemas para interpretar como una palabra:

—¿Piloto?

Chirrut habló en voz baja.

—¿Qué le sucede?

Cassian sacudió la cabeza y trató de recordar las palabras de los hologramas imperiales en la ciudad.

—¿Bodhi Rook? —preguntó.

El hombre cerró los ojos y retrocedió. Cassian maldijo para sí mismo.

Si está roto, de todos modos, no es bueno para nosotros.

—Galen Erso —intentó Cassian. Tenía la intención de sonar amable, pero escuchó la urgencia deslizarse en su voz—. ¿Has oído ese nombre?

El hombre siseó y giró la mejilla como si le hubieran dado una bofetada. Su respiración se aceleró, rápido y fuerte como el jadeo de un sabueso.

Cassian se quedó quieto.

Vamos…

El hombre volvió a abrir los ojos. Su respiración se ralentizó.

—Compartí el mensaje —dijo—. Soy el piloto.

Luego, con sorpresa, horror y esperanza:

—Soy el piloto. *Soy el piloto*.

Saw Gerrera apretó una mano temblorosa alrededor del borde de su consola. La otra mano se movió con seguridad, insertando un holochip en la unidad de comunicación y tocando un comando.

—Este es el mensaje que me enviaron —dijo—. Por lo que vale, el piloto creía que era real.

La garganta de Jyn pareció apretarse. Se balanceó medio paso hacia atrás, como para retirarse de la cámara. No había querido ver a Saw. No quería ver esto.

Por razones que no podía justificar, se quedó quieta y observó.

El holoproyector se encendió y un hombre que no reconoció apareció grabado con luz de zafiro. Estaba trasnochado, pero no demacrado, como alguien que muere bajo el

cuidado más gentil, y sus ojos miraban más allá de la grabadora en lugar de mirarla. Su rostro agitó algo en Jyn que ella no podía verbalizar… un recuerdo primordial deformado por el peso de los años.

Cuando habló, reconoció su voz.

—Saw, si estás viendo esto —dijo Galen Erso—, tal vez haya ocasión de salvar la Alianza. —Las palabras tenían el aire de una confesión en el lecho de muerte.

Mi padre está vivo. Mi padre es un cobarde. Mi padre es un bastardo.

Galen Erso no es mi padre. Galen Erso no me crio…

Jyn quería (locamente, infantilmente) correr al lado de Saw, aferrarse a él para protegerse. Quería clavar su puño en el holoproyector, sangrar de los fragmentos incrustados en sus nudillos y luego arrancar el holochip y aplastarlo bajo su talón.

Ella se quedó y escuchó.

—Tal vez haya ocasión de explicar mi motivación y, aunque ya no tengo mucha esperanza de salvar a Jyn, si está con vida, si te es posible hallarla… —se detuvo, sacudió la cabeza rápidamente—, quiero decirle que… mi amor por ella no disminuye y que me ha hecho mucha falta.

De la ruina de la escotilla, de la cueva en su mente llegaron imágenes, sonidos, olores: el padre de Jyn la sostenía, declarando «*te amo*», con un olor tan agrio como su uniforme imperial.

Ella quería gritarle al holograma *¿Tu amor? ¿A quién le importa un comino tu amor? Me dejaste con Saw.*

Dejaste morir a mi madre.

Me hiciste esto.

Ella no dijo nada, y la grabación siguió hablando.

—Jyn, mi Estrella, no quiero imaginar lo que piensas de mí. Cuando me apresaron, enfrenté una cruel realidad. Me dijeron que, tarde o temprano, Krennic te atraparía también. Así jugó conmigo; durante meses, pretendía olvidarte, y luego actuaba en una conversación como si se hubiera equivocado… mencionaba una nueva pista sobre ti o Saw. Una parte de mí anhelaba esas menciones. Ahora me doy cuenta de que era una especie de tortura. Con el paso del tiempo, comprendí que, o habías muerto, o estabas tan bien oculta que él nunca te hallaría. Sabía que, si me negaba a trabajar, si me quitaba la vida en muy poco tiempo, probablemente Krennic entendería que no requería de mí para completar el proyecto.

Pronunció estas palabras rápidamente, casi arrastrándolas con prisa. En el silencio que siguió, su boca trabajó sin ruido. Luego comenzó de nuevo.

—Puedes pensar que es una excusa. Que tenía miedo y que debí haber muerto. En interés de la objetividad… —aquí, por primera vez, sonrió. Fue una cosa fea y difícil—, debo admitir la posibilidad. La historia me perdonará o me denigrará, según corresponda. Sólo desearía que me olvidara.

Jyn escuchó las explicaciones de su padre —sus *justificaciones*— mientras se acumulaban, una tras otra. Demasiadas para considerar, demasiadas para argumentar,

años de análisis personales y auto-recriminaciones de Galen escupidas en el espacio de segundos. Él estaba tratando de responder a todas sus preguntas, anticipar cada respuesta, y el torrente le negó cualquier oportunidad de lógica o furia.

¿Cómo podría no odiarlo?

¿Cómo podría su corazón no romperse?

Ella necesitaba sentarse. Sus piernas se balanceaban debajo de ella, tan inestables como el bastón de Saw.

Ella se levantó y miró.

—Así que hice lo que no esperaba nadie: los engañé —su voz se hizo más firme, como si aquí estuviera parado en terreno seguro—. *Aprendí* a mentir. Yo asumí el papel del hombre derrotado, resignado a refugiarse en su trabajo. Me volví indispensable para ellos, y todo ese tiempo cimenté las bases de mi venganza. Puede que ya hayas escuchado rumores, filtraciones sobre una estación de combate que integra un prototipo láser avanzado. La estación de combate es real. Su arma principal ha sido construida para penetrar en la corteza de un cuerpo celeste, para verter energía en un mundo hasta que los enlaces de la materia se rompan y colisionen. El resultado final, creemos, sería la destrucción violenta del planeta. Nada sobreviviría. Nada podría ser reconstruido. A esta estación de combate… le dicen La Estrella de la Muerte. No hay un nombre mejor.

Jyn escuchó los horrores que describió su padre, pero fue sólo su tono hechizado lo que le permitió darse cuenta; sus pensamientos estaban fijos en su simple presencia, su historia de años de desesperación, trabajo y dudas.

Mi padre está vivo. Mi padre es un traidor. Mi padre está construyendo un arma para destruir mundos.

Galen Erso no es mi padre. Galen Erso no me crio…

Miró en vano a Saw, buscó la compasión que había ridiculizado y desafió minutos antes. Sin embargo, él también estaba mirando el mensaje, su expresión fría y sombría… como si por primera vez estuviera escuchando las palabras de Galen y reflexionando sobre sus implicaciones en lugar de buscar una trampa.

—Mis colegas —dijo Galen—, muchos de ellos se han engañado a sí mismos al pensar que están creando algo tan terrible y poderoso que nunca se utilizará. Pero están equivocados. Nunca se ha dejado ningún arma en el estante. Y se aproxima el día en que liberarán su poder.

Su cabeza se apartó de la grabadora como si lo que dijo a continuación, más que nada, temiera decir en voz alta.

—Instalé un defecto en el fondo del sistema. Una falla tan pequeña y poderosa que jamás la encontrarán.

Jyn sabía que las palabras importaban. Su padre hablaba con la agonía sin aliento de un hombre descubriendo su alma. No era lo que ella necesitaba escuchar. Ahora no. Ya no sentía el balanceo de sus piernas. La oscuridad se deslizó por los bordes de su visión, como si la escotilla en su mente y la cueva donde había estado la escotilla se elevaran

para envolverla. Como si estuviera descendiendo, cayendo, para encerrarse en su propio cráneo con todo lo que había negado.

Galen se estremeció como un hombre que muere bajo la lluvia helada. La confesión parecía haber sido demasiado.

—Pero Jyn. Jyn, si estás escuchando… —estaba arrastrando los pies otra vez, tropezando y urgente—, mi amada flor, he desperdiciado gran parte de mi vida. Trato de pensar en ti sólo cuando me siento fuerte, porque el dolor de no tenerte a mi lado… a tu madre. *Nuestra familia*. —Hizo una pausa, parecía tratar de reenfocarse con efecto limitado—. Haberlas perdido es tan abrumador que desfallezco incluso ahora. Es tan difícil no pensar en ustedes. Imaginar dónde estás. Asumo lógicamente, racionalmente, que luchas con la Rebelión. Es difícil imaginar a Saw dirigiéndote de otra manera, ya que siempre tuviste el mismo coraje… —Sonrió por segunda vez. Aquí no fue forzado, sin burla ni amargura—, el mismo *insistente sentido* de justicia que tu madre. Me asusta imaginar que creciste, de alguna manera trabajando para oponerte a la injusticia en la galaxia, ya sea desde un laboratorio o un caza estelar; me asusta y creo que la Rebelión no podría pedir un mejor aliado. ¿Y si no es así? Si me equivoco y dejaste atrás la Rebelión y a Saw, ¿pero este mensaje aún te encuentra? No me haces menos orgulloso, Jyn. Si encuentras un lugar en la galaxia que no ha sido afectado por la guerra, una vida tranquila, tal vez con una familia… si eres *feliz*, Jyn, entonces eso es más que suficiente.

A Jyn le dolía la mandíbula, cerrada para contener sus gritos. No podía tragar, apenas podía respirar. Las paredes de la cueva se levantaron a su alrededor hasta que la única luz en la oscuridad fue el resplandor de zafiro del holograma.

Si eres feliz, Jyn…

Galen volvió a enfocarse, ya no vacilante ni suave.

—Saw, el módulo del reactor es la clave. En ese punto tendí mi trampa. Está bien oculto e inestable. Un impacto en cualquier parte de él destruirá la estación entera.

Ella estaba perdiendo el equilibrio. Le temblaban las piernas y la cabeza le daba vueltas. Las palabras de Galen se desvanecían tras un rugido, como el torrente de sangre en sus oídos. Trató de concentrarse en su voz como si fuera un salvavidas para sacarla del olvido.

—Necesitas los planos, los planos estructurales de la Estrella de la Muerte para hallar el reactor. El sabotaje desde adentro es imposible: Krennic es demasiado paranoico. Pero he pensado en esto, Saw, preparé todo lo que pude para ti.

El rugido se hacía cada vez más fuerte. La piedra pareció temblar y Jyn cayó de rodillas, una descarga de dolor hizo retroceder la oscuridad de la cueva el tiempo suficiente para darse cuenta de que Saw también estaba temblando. Su bastón golpeó rápidamente el suelo.

—Sé que hay un archivo de ingeniería oculto en una bóveda de datos en la Torre de la Ciudadela en Scarif. Usa lo que te he dicho, ejecuta el análisis y podrás planificar tu ataque. Cualquier impacto explosivo al reactor en el módulo causará una reacción en cadena que destruirá toda la estación…

Sin preludio, el holograma desapareció. Ni siquiera las luces de control en la consola aún brillaban. La voz se fue. Saw Gerrera gritaba algo mientras el monasterio se tambaleaba y una ola de polvo se hinchaba por la ventana.

Algo terrible estaba sucediendo en Jedha. Jyn lo sabía.

Pero ella había perdido a su padre. La cueva debajo de la escotilla arruinada la tragó, la envolvió en la noche.



KRENNIC PASÓ EL PUENTE SUPERIOR BAJO la vigilancia de Tarkin, observando a los técnicos y haciendo referencia a cada paso contra los protocolos de control que había memorizado hace mucho tiempo. Se voltearon las palancas, girando las lentes de enfoque profundamente dentro del núcleo de la estación. Los ingenieros ajustaron los deflectores de radiación y las bombas de ventilación cuando el reactor principal tembló con esfuerzo y su rugido reconfortante se convirtió en un espeluznante grito. Krennic vio más de una mano temblando, más de una cara enrojecida o sudada. Pero sus oficiales sabían su deber. Harían todo lo necesario para destruir la Ciudad Jedha a instancias de su comandante.

Obediencia y habilidad, por supuesto, podrían no ser suficiente.

Ocho generadores de manojos separados se conectaron en el corazón de la Estrella de la Muerte. Aquí el proceso se volvió demasiado para que Krennic lo observara en su totalidad… sólo una docena de oficiales en el puente elevado charlaban por sus comunicadores, transmitiendo información a través de una docena más de equipos responsables de monitorear y controlar el encendido final del arma principal. Krennic volteó a los técnicos a las pantallas de los monitores, vio que las lecturas se elevaban suavemente cuando los ocho manojos alcanzaron una coherencia mínima.

Desde el plato de enfoque en la cubierta exterior de la estación, los rayos de luz y las partículas cargadas se vertieron en un sólo vértice controlado y suspendido por los campos de Kyber. La pantalla principal del puente elevado ardía con fuego verde contra el vacío del espacio, y Krennic dio un paso adelante, mirando con asombro la conflagración. El resplandor de la pantalla salpicaba su uniforme blanco, los cascos negros de los técnicos, la cara cadavérica de Tarkin y dejaba la habitación tallada en esmeralda.

Por un momento, el ardiente nexo de energía colgó en el vacío. Krennic se tensó involuntariamente. Este fue el momento en que tantas pruebas y simulaciones por computadora le habían fallado. Había visto al nexo chisporrotear y morir, o expandirse para consumir la estación misma. Había visto colapsar los cálculos bajo su propio peso cuando las predicciones dieron paso a conjeturas al azar. También había visto éxitos, pero ahora no le daban confianza.

Luego se activó la última etapa: desde el centro del plato de enfoque vino otro haz de partículas, invisible para el ojo humano. Tallado a través del nexo y tunelizando un camino para la liberación de energía, canalizó la conflagración lejos de la estación de batalla y hacia la esfera marrón óxido de la luna de Jedha.

La atmósfera pareció estallar donde golpeó el rayo. Krennic trató de imaginar la incineración de la Ciudad Sagrada y la consiguiente onda expansiva. Dedujo que su mente le falló.

Seguramente nadie podría imaginar tal cosa.

Había aniquilado a una ciudad.

Él podría aniquilar a un mundo.

Todas las mañanas, Meggone desayunaba antes de la ceremonia del humo. Según ciertas costumbres antiguas, este era un acto de herejía; pero lo había hecho todos los días durante sesenta y tantos años y ningún poder cósmico había quebrado los huevos de sus manos marchitas ni había convertido el agua de su cantimplora en sangre.

Además, a Meggone le pareció que una porción de herejía evitaba que una persona se enredara demasiado en los detalles de la tradición.

—Las ceremonias de humo y las peregrinaciones no ponen a nadie en contacto con la Fuerza —le dijo una vez a un visitante decepcionado de su santuario—. Lo mejor que pueden hacer es enfocar la cabeza y el corazón.

Fue mientras preparaba el desayuno sobre su estufa portátil, a las afueras de su pequeño santuario en las montañas más allá de la ciudad, que Meggone notó la silueta oscura en el cielo. No era más que una mancha en sus ojos reumáticos, y trató de quitarlo de su visión con los nudillos. Permaneció a pesar de sus esfuerzos, una mancha en el cielo gris oscuro.

Ella tembló mientras ajustaba el calor de la estufa. Su cuerpo le había estado fallando más y más últimamente. El dolor sordo en los tobillos había empeorado en las últimas semanas, y el lunar que podía sentir en la nuca se había agrandado.

—Admítelo, Meggone —murmuró—, finalmente te estás haciendo vieja.

Volvió a mirar la mancha en el cielo. Llevaba un halo de fuego ahora, y el mundo parecía más oscuro, como si la mancha hubiera eclipsado al sol mismo. Mezclado con su confusión estaba el pensamiento eufórico: *tal vez no es mi vista después de todo*. Luego, la mancha brilló con un esmeralda brillante, y su visión se vio como si hubiera estado mirando al fuego.

Meggone sintió el calor sobre su cuerpo, pero no sintió dolor. Se encendió en un estallido incandescente de aire ardiente, convertido en cenizas y menos que cenizas en un instante.

A la edad de noventa y tres años, no estaba lista para morir.

Pendra estaba haciendo pucheros. Larn rezaba para que el puchero no se agrietara y se convirtiera en un berrinche en toda regla. Amaba a su hija, pero la había visto gritar durante una hora seguida y ya llegaba tarde al trabajo.

—Hoy te quedarás con tía Jola —dijo—. Ella tiene esos juguetes que te gustan, ¿recuerdas? ¿Los que pertenecían al primo Ked?

Larn sabía muy bien que su hija había ignorado los modelos de naves de juguete la última vez que se habían reunido en casa de Jola. Aun así, si mentía con una voz lo suficientemente suave, siempre existía la posibilidad de que Pendra le creyera.

En cambio, su hija ignoró sus palabras mientras él le ajustaba las botas.

—Quiero ir con mamá —gimió.

Yo también, pensó Larn, luego maldijo en voz alta mientras intentaba ponerse de pie y se golpeó los hombros contra la mesa de la cocina. Pendra continuaba sus protestas, pero ya no la escuchaba. Él la levantó en ambos brazos, mirando alrededor del estrecho departamento para asegurarse de que no había olvidado nada.

Hasta donde podía ver, Pendra no recordaba la pelea en el Barrio Santo. No recordaba casi morir y ser salvada por el capricho de… ¿quién había sido? No era rebelde ni imperial, pero, según Huika, una mujer atrapada en el fuego cruzado.

¿Cuándo se había convertido Jedha en una trampa mortal? No siempre había sido así. Y ahora iban a trabajar, a hacer sus compras, como si nada hubiera pasado. Tal vez, pensó Larn, podría hablar con Huika. Tal vez tenía razón acerca de encontrar una forma de irse del mundo…

Pero no esta noche. Esta noche sólo quería que su casa estuviera a salvo.

Larn y Pendra Sillu no vieron la luz esmeralda ni escucharon el trueno antes de morir. Pendra nunca dejó los brazos de su padre.

La orden de evacuación había llegado mientras JN-093 estaba en las afueras haciendo reconocimiento en presuntos escondites rebeldes. Todo lo que ella y su escuadrón habían encontrado era una cueva poco profunda llena de cajas de suministros vacías. Ahora estaba esperando la extracción; tan lejos de la ciudad, nunca volverían a pie a tiempo para el despegue.

—¿Sabes *por qué* nos están trasladando fuera del mundo? —preguntó JN-092. Estaba caminando torpemente por el borde del lecho de un lago largo y seco, ocasionalmente cavando la punta de su bota en el polvo.

—No lo sé —dijo JN-093, aunque dudaba que le hubiera dicho a Dos si lo supiera. Era un stormtrooper; debería saber que no debía preguntar.

JK-027 se rio en el comunicador con su bajo resonante. Estaba casi fuera de la vista, escaneando el horizonte desde lo alto de una roca.

—¿Te estás poniendo cómodo aquí? ¿Tienes miedo de irte?

Dos murmuró algo insultante que no atravesó la estática. JN-093 sacudió la cabeza con irritación. Había algo entre Key y Dos… no estaba segura de qué, pero comenzó después de que volvieran de una noche en la cantina. Hizo una nota para preguntarles si no se reconciliaban pronto; ella no necesitaba que los miembros de su escuadrón estuvieran uno sobre la garganta del otro.

¿Dónde estaba la maldita extracción, de todos modos?

Key estaba mirando el cielo ahora. JN-093 sintió una sombra caer sobre el valle, permitió que el visor de su casco compensara automáticamente. Ella frunció el ceño mientras trataba de contactar al control de transporte. Las comunicaciones parecían estar funcionando, pero nadie respondía.

Dos se quitó el casco y lo arrojó al suelo. Él también estiró el cuello para mirar hacia el cielo. JN-093 se preparó para regañarlo cuando una voz sorprendida finalmente llegó:

—Jotaene-Cero-Nueve-Tres, por favor confirme. ¿Su escuadrón todavía está en el terreno?

¿Nos olvidó?, ella quiso preguntar.

—Afirmativo —dijo—. Todavía estoy esperando la extracción.

—Lo siento, Cero-Nueve-Tres. Puede que te quedes atrapada por un tiempo. Acabo de… —una pausa—, lo siento mucho.

La voz se cortó. El comunicador siseó. JN-093 pateó la tierra. Key y Dos estaban parados juntos al lado del lecho del lago, ambos sin casco, sin dejar de mirar el cielo. Ella comenzó a caminar hacia ellos. *Tal vez se están besando*, pensó, y Dos se echó a reír cuando el cielo se volvió esmeralda.

JN-093 fue arrojada a la tierra cuando el suelo se sacudió y un vendaval azotó el valle. En dirección a la ciudad de Jedha, el horizonte brillaba como si saliera un nuevo sol… un sol de fuego blanco y verde que se hinchó y estalló, derramando destrucción. JN-093 instintivamente gritó órdenes en su comunicador, aunque nadie estaba escuchando. Se empujó para arrastrarse hacia su equipo cuando la tormenta se hizo más fuerte y las nubes negras se levantaron y cubrieron el fuego distante.

Luchó contra el viento y el polvo por lo que parecieron minutos. La próxima vez que pudo pensar y ver, estaba detrás de una cresta de rocas arrastrando a Dos por un brazo. Estaba tosiendo y quitándose arena de la cara. Una pared de ruina agitada llenaba el horizonte, acercándose rápidamente. Key no estaba a la vista.

JN-093 finalmente pensó en mirar la sombra en el cielo. Miró fijamente la estructura, indefiniblemente grande y eclipsando al sol.

Reconocía un arma cuando la veía, no importaba cuán incomprensible se veía.

—Lo hicieron —murmuró ella—. Los rebeldes finalmente lo hicieron.

Dos escupió una risa débil.

—No creo que sean los rebeldes —dijo.

Cuando el frente de tormenta los golpeó, la armadura de JN-093 la protegió el tiempo suficiente para que su muerte fuera dolorosa. En su último parpadeo de actividad cerebral, sintió que había fallado a su escuadrón.

Saw Gerrera miró desde la ventana del Monasterio de Cadera y vio su muerte en el horizonte.

La Ciudad Sagrada se había ido. En su lugar había una tormenta de arena y fuego, como el trabajo de una deidad primitiva. El lecho del valle fluía como un océano, salvo donde las fisuras se abrieron y atrajeron la tierra hacia sí. El viento lo golpeó, ardiendo de calor y apestando a ozono; Inhaló una bocanada de polvo abrasador y luego se puso la máscara de oxígeno en la cara.

Se encontró paralizado por la monstruosidad ante él. Saw había visto muchas armas terribles a lo largo de los años: rayos disruptores que desintegraban a los soldados; gritos que dejaban a los residentes de bloques enteros alucinando y sangrando de sus oídos; virus que se propagaban por el viento y se adaptaban a todas las especies imaginables. Había *utilizado* esas mismas armas y se había adormecido ante la indignación de la Alianza Rebelde. Por otra parte, ahora veía algo más allá de todos sus sueños oscuros, y recordó el miedo.

No. *No te mientas a ti mismo. Has temido tu muerte durante mucho tiempo, y más cada día.*

Se apartó de la ventana, tropezó y vio que su consola chispeaba con una última oleada de energía. Pensó en sus soldados en las catacumbas, consideró qué orden dar. Pero seguramente ya estaban evacuando. Sus lugartenientes conocían la próxima cita, y sabían su deber.

¿Lo suficientemente bien como para saber que sólo los retrasaría?

Imaginó arrastrar su cuerpo fallido, atrapado en su armadura difícil de manejar, por los corredores colapsados del monasterio con el apoyo de un guerrero debajo de cada brazo. Era una humillación. Era una fantasía.

Es hora, Saw. Ya pasó la hora.

Sólo estaba Jyn, entonces. La niña estaba de rodillas, sin dejar de mirar el holoproyector muerto. Saw sintió una sacudida de ira y vergüenza (¿se había vuelto *suave*, después de todos estos años?), que eliminó de su mente. Sin importar lo que le hubiera pasado a Jyn, ella todavía era de los *suyos*. Seguía siendo su mejor soldado.

Seguía siendo su única familia.

El piso saltó y la punta de su bastón se deslizó por debajo de él. Saw cayó al suelo cuando astillas de piedra lo arrojaron desde el techo. Su armadura lo amortiguó de lo peor del golpe; el dolor vino, como siempre, con el acto de *movimiento*, al levantarse de nuevo y trepar al lado de Jyn.

Intentó hablar, maldijo sus pulmones enervados y el ataque de tos que siguió. Aspiró la máscara de oxígeno y observó a Jyn levantarse reflexivamente con las manos sin apartarse del proyector.

Ella podía hacerlo mejor que esto. Mejor que comportarse como un piloto imperial devastado por Bor Gullet.

Encontró su comunicador, pidió ayuda en su tono áspero y no escuchó ninguna respuesta sino estática. No podía contar con nadie más para rescatar a Jyn.

Saw tenía que hacerla recordar. Recordar que era su mejor soldado. Recordar que tenía una misión que completar, una guerra que combatir, una Estrella de la Muerte que destruir y un Emperador que ejecutar por todos los crímenes de una nación.

La agarró por el hombro lo más fuerte que pudo y escupió su nombre.

—*¡Jyn!* —gritó—. *¡Mi niña!*

Pero Jyn no pareció escuchar.



—¿CUÁL FUE EL MENSAJE? —PREGUNTÓ Cassian—. ¿Puedes decirme el mensaje?

Baze gruñó detrás de él. El piloto se negó a mirar directamente a Cassian. Ya habían dado dos rondas, Cassian hacía preguntas y el hombre roto respondía con palabras confusas y murmuraba. Había indicios de perspicacia —Cassian había escuchado las palabras *devastador de planetas* más de una vez—, pero poco más. Quería arrancarle las respuestas corporales al hombre que había llegado tan lejos para encontrarle.

Esto tenía que valer la pena. El mensaje, la misión, tenía que valer la pena.

—Traje el mensaje —dijo finalmente el piloto—. Se lo traje de Galen. Lo traje de Eadu.

Eadu.

Recordaba vagamente el nombre de un archivo de Inteligencia de la Alianza… un planeta en algún lugar del Borde Exterior. Ese era un hilo que Cassian podía seguir.

Entonces las catacumbas comenzaron a retumbar.

Fuera de la celda, los cráneos se deslizaron de sus nichos en las paredes y se hicieron añicos en el piso de piedra. Las luces parpadearon y los guardias se apresuraron a salir de la cámara exterior. Un instinto absurdo y obsesivo en Cassian lo instó a ignorar el terremoto, a mantener al piloto hablando, pero contuvo la compulsión lo suficiente como para reconocer la oportunidad que se le había brindado.

—Bombas de protones —dijo Baze, volviendo la vista hacia el techo.

Chirrut sacudió la cabeza.

—No —pero no se aventuraba a ninguna otra opción.

Cassian liberó su kit de seguridad de su bota y comenzó a trabajar en la cerradura de la celda, recortando cables y cambiando los interruptores. La fuerza del terremoto aumentó constantemente, haciendo que sus manos se sacudieran y resbalaran. Finalmente, la cerradura hizo un clic satisfactorio y la puerta se abrió; apenas tuvo tiempo de sacar los brazos de los barrotes. Corrió hacia la mesa donde había guardado el equipo del grupo cuando Baze tiró de Chirrut después.

—¡Vamos! —espetó Baze.

Cassian agarró su bláster con una mano, buscó su comunicador con la otra y señaló.

—¿Key-Tu? Key-Tu, ¿dónde estás?

Por favor, que estés en la nave. Por favor no digas que me seguiste. Estamos tan cerca aquí…

El comunicador crujió con estática y una voz casi incomprensible respondió:

—¡Ay! ¡Al fin! Estoy esperando como lo ordenaste. Aunque hay un problema en el horizonte.

—¿Qué problema? —escupió Cassian.

—No hay horizonte. En una nota positiva, pude encontrar a nuestro devastador de planetas.

Las catacumbas se estremecieron y se sacudieron, casi arrojando a Cassian de rodillas. No fue hasta que recuperó el equilibrio que entendió de qué estaba hablando el droide.

¿Qué estaba pasando en la superficie?

¿Y eso importa? El destructor de planetas era *real*.

Está aquí.

Sintió una emoción al darse cuenta de lo que habían encontrado; dándose cuenta de que volvería a la Rebelión no solo con éxito, sino también salvajemente, con un relato de testigo ocular del monstruo que enfrentaban. Al darse cuenta de que estaba en peligro por una amenaza desconocida en la historia galáctica, y que sobreviviría o no según su propia habilidad. La emoción fue detenida por el escalofrío que le recorrió la espalda y el sudor en la frente.

—Ubica nuestra posición —dijo—. ¡Trae aquí la nave! ¡Ahora!

—Cinco minutos para la extracción —respondió el droide—, si es que no hay incidentes.

Cassian miró de reojo a Baze, que estaba inspeccionando o acariciando su cañón láser. *Cinco minutos*. No era lo suficientemente rápido, y demasiado rápido para lo que él quería.

Jyn seguía desaparecida, en manos de Saw o de los torturadores que Saw había usado en Bodhi Rook. Ella ahora era prescindible: Cassian ya no necesitaba a Saw, y Bodhi podría llevar a los rebeldes a Galen Erso por su cuenta.

Peor que prescindible, se dijo a sí mismo. *Ella intentará detener lo que viene después.*

Todo lo que Cassian tenía que hacer era olvidar la *necesidad* en sus ojos. Dejarla atrás, como había *dejado* a Tivik en el Anillo de Kafrene. Como había dejado atrás hombres en Eiloroseint y Chemvau…

—¿A dónde irás? —gritó Chirrut.

Cassian ya estaba a medio camino de la salida de la caverna.

—Iré a buscar a Jyn —dijo—. ¡Ah! El piloto. Lo necesitamos. Así que, si quieren un aventón fuera de aquí, encuéntrenme arriba.

Era tanto una amenaza como una oferta.

Apenas había suficiente luz para navegar por las catacumbas. Cassian siguió los destellos de las lámparas colgantes que se balanceaban y, cuando los alcanzó, los dispositivos portátiles llevados por los soldados de Saw que huían. Todos los rebeldes recorrían el mismo camino, y Cassian corrió escaleras arriba y alrededor de las esquinas a su paso. Nadie pareció notar a un prisionero solitario que lo perseguía.

Subió los escalones hasta el piso principal del monasterio y escuchó nuevos ruidos sobre el retumbar de la montaña y los gritos de los rebeldes que evacuaban: los motores de las naves espaciales y, más allá, un terrible viento aullando como los huracanes de Squarr. Los soldados se dispersaron desde una cámara central, con el equipo ya sea colgando sobre los hombros o abandonado en el suelo. Cassian se preguntó si alguno de ellos sobreviviría para ver las estrellas.

Cuando un rebelde twi’lek pasó corriendo, Cassian atrapó al hombre por sus lekkus cian y lo arrojó contra la pared.

—¿Dónde está Jyn Erso? —preguntó—. ¿A dónde se la llevaron?

El twi’lek retrocedió instintivamente. Era joven y delgado, lo suficientemente delgado como para que Cassian lo hubiera subestimado, pero seguía siendo un luchador, uno de los de Saw. Golpeó con el puño las costillas de Cassian. Cassian recibió el siguiente golpe y obligó a su oponente nuevamente contra la pared.

—No estoy aquí para pelear. ¿Cuál es tu nombre? —gruñó. El chico lo miró sin comprender—. ¿Cuál es tu nombre?

—Rai’sodan —dijo el chico.

—Rai’sodan.

Hacerlo enojar no te ayudará. Mantenlo tranquilo.

—Podemos golpearnos mientras este lugar se desmorona, o puedes decirme a dónde llevaron a Jyn Erso. La prisionera de antes. La que estaba separada del resto.

El chico apenas se tomó un momento para decidir.

—En los aposentos de Saw. El nivel superior. Pero no la he visto desde…

Cassian se volvió y salió corriendo. Saw había dejado atrás al piloto. Tal vez —si Cassian tenía suerte—, también fue lo suficientemente cruel como para dejar a Jyn.

Subió otra escalera dos escalones a la vez. El monasterio hizo un ruido como un trueno cuando una parte de la estructura se derrumbó por completo. Cassian se vio obligado a cubrirse la boca y la nariz con la manga para no asfixiarse con el polvo. Los cables de alimentación lo llevaron a una puerta llena de una cortina hecha jirones, donde tropezó con algo blando: el montón de un cuerpo rebelde, una joven con un rifle más largo que su brazo.

Sin marcas de bláster, pensó Cassian. *La pobre niña debe haber venido a por Saw y haberse fracturado el cráneo durante uno de los temblores*.

Podría estar viva, pero no era su preocupación.

Llamó a Jyn, empujó las cortinas y encontró lo que estaba buscando.

Jyn estaba en cuclillas en el piso de la cámara, con los hombros caídos y los brazos flácidos. Con cada estremecimiento del monasterio, ella cambiaba de peso, se enderezaba para evitar caerse, pero esos eran los únicos movimientos que hacía. Estaba mirando sin ver a través de la habitación. Ella no parecía notar la figura blindada agachada delante de ella.

Saw Gerrera. Más viejo, mucho más viejo que las imágenes que Cassian había visto en el dossier de la Base Uno, pero que sin lugar a dudas era Saw.

¿Qué fue lo que hizo?

Saw levantó la cabeza. Los ojos inyectados en sangre se encontraron con los de Cassian. El hombre entrecerró los ojos para pensar, luego raspó, como si leyera la ira y la pregunta en el rostro de Cassian:

—Esto no fue cosa mía. Ella no estaba lista para lo que vio.

Cassian quería gritar: *¿Qué es lo que significa eso?* Pero Saw volvió a hablar en una voz que desafiaba la interrupción.

—Si puedes salvarla —dijo con amargura—, llévatela.

El monasterio se estaba desmoronando. Si K-2 llegaba, llegaría en cualquier momento. No habría tiempo; la respuesta de Saw debería ser lo suficientemente buena.

Cassian se arrodilló junto a Jyn. Sus ojos estaban vidriosos, desenfocados.

—Hora de irnos —dijo, suave y severo.

Ella se estremeció ante el sonido. Nada más. Cassian maldijo para sí mismo.

Déjala atrás.

Sería más fácil de lo que esperaba. La *necesidad* había desaparecido de los ojos de ella. El instinto salvaje de sobrevivir había sido enterrado a kilómetros de profundidad. No dejaría más que una cáscara vacía…

—Sé dónde está tu padre, Jyn —dijo.

Jyn parpadeó. Sus ojos se volvieron hacia Cassian.

—¡Ve con él, Jyn! —la voz de Saw, dominante incluso en su fragilidad—. Tienes que ir.

Jyn se puso de pie con las piernas temblorosas. Su aliento siseó entre los labios apenas separados. Giró una cara en blanco para mirar por encima de la habitación, por encima de Cassian y Saw, y extendió la mano para agarrar el brazo de su mentor.

Algo pasó entre Jyn y Saw que Cassian no pudo comenzar a leer. Saw habló simplemente, suavemente:

—*Tú* debes salvarte. Por favor.

El rostro de Jyn pareció brillar de ira. Pero sus dedos se soltaron de Saw, y Cassian agarró su otro brazo, tirando de ella hacia la puerta.

—Vamos —dijo, y ella tropezó un paso, luego dos.

—¡Corre! —Saw la instó, de alguna manera más fuerte ahora, su voz competía contra las rocas que resonaban más allá de la ventana de la cámara. Jyn dio otro paso, pero su mirada permaneció en el viejo rebelde.

—Ya no hay tiempo —espetó Cassian. Tiró de ella nuevamente y ahora ella se movía, inestable pero rápida, yendo hacia el pasillo al lado de Cassian.

El bramido de Saw pareció romper la piedra detrás de ellos y empequeñecía incluso el rugido del cataclismo:

—¡Salva la Rebelión! —gritó—. ¡Que el sueño este a salvo!

Bodhi Rook entendía la distinción entre pasado y presente, entre recuerdo y realidad; él ya no estaba seguro de cuál era cuál.

Bor Gullet había tomado todo lo que Bodhi era —cada pensamiento y sueño íntimo, cada recuerdo apreciado o abandonado—, y lo rompió con tentáculos como escalpelos. Un trozo del *primer beso* flotaba, rasgado y empapado, en una pila a la derecha; una cinta de *cristales Kyber* flotaba hacia la pila a la izquierda, presionada y conservada para un examen más detallado.

Cuando Bor Gullet y Saw completaron su investigación, Bodhi había intentado volver a recordar cada memoria. Estaba seguro de que no todo encajaba bien.

—*¡Soy el piloto!*

¿A quién le había dicho eso? Alguien lo había escuchado por fin. ¿O fue un recuerdo de hace mucho tiempo?

¿Seguía en la jaula con Bor Gullet?

No. Pero él estaba en otra jaula. Olía a su propio olor pútrido. Su traje de vuelo irritaba su carne helada, le irritaba las llagas y le raspaba tierra en las heridas.

El mundo entero retumbaba como una nave alzando el vuelo *¿Seguramente eso*, pensó Bodhi, *era un recuerdo?*

—*Piloto* —dijo una voz, baja y llena de desprecio.

Se concentró en la fuente y vio a través de los barrotes de su jaula a un hombre de cabello oscuro y salvaje. Detrás de él estaba un hombre más delgado que llevaba un bastón.

El primer hombre —el nombre *Baze* apareció en el cerebro de Bodhi, aunque Bodhi no podría haber adivinado dónde lo había escuchado—, levantó un cañón bláster y apuntó al pecho de Bodhi.

El pánico ayudó a Bodhi a encontrar palabras.

—¡No! —gritó—. No…

Se puso de pie, se preparó para el dolor de la muerte. Escuchó el disparo del bláster y no sintió nada.

La puerta de su celda se abrió. Baze lo miraba ceñudo, apuntando con su arma al panel de control quemado y chispeante.

—¡Vamos! —llamó el segundo hombre. *Se llama Chirrut*.

—¡Nos vamos! —anunció Baze.

¿Era esto realidad?

¿Era un *rescate*?

Bodhi casi se torció un tobillo en su primer paso. El suelo se sacudió a su segundo. Luego estaba corriendo, persiguiendo a Baze y Chirrut y rezando para que por fin hubiera encontrado su salvación; encontró la bienvenida que Galen Erso le había prometido cuando le había dicho que buscara la Rebelión, *que hiciera las paces*.

Tal vez, pensó Bodhi, *tal vez su tormento había terminado.*

Reconoció algunas de las caras que corrían con él. Había multitudes enteras más allá de Baze y Chirrut, que traqueteaban por los pasillos de piedra con rifles y bolsas colgadas

sobre sus hombros. Entre ellos estaban los captores de Bodhi, los hombres y mujeres que lo ataron, lo cegaron y lo llevaron a punta de pistola por el desierto cuando él simplemente rogó ayudarlos. No lo miraban ahora, no parecían verlo. Empujó las piernas doloridas y los pulmones fríos con más fuerza para mantener el ritmo.

—Nos matarán —le susurró a Baze—. No conoces a estas personas.

Baze se rio tan fuerte que Bodhi estaba aterrorizado de que los rebeldes miraran hacia atrás. Siguieron corriendo.

—Perdona a mi amigo —dijo Chirrut—. También pensarías que es gracioso, si supieras que *él* te quería muerto, sobre todo.

Bodhi no lo encontró divertido en lo más mínimo. Pero un rescate era un rescate.

Salieron corriendo de las catacumbas, subieron los antiguos escalones desgastados durante siglos, y estalló en el frío amanecer. La luz del sol cortó los ojos de Bodhi con cortes azules, verdes y plateados. No podía recordar cuándo había *visto* la luz del sol por última vez, aunque Bor Gullet lo habría sabido.

Se detuvo tambaleándose detrás de Baze y Chirrut, de pie en una amplia repisa de la montaña con vistas a un valle. Los rebeldes se habían ido, dispersos… en algún lugar. En el valle no había nada más que polvo: una tormenta de arena ondulante y floreciente, que se expandía hacia afuera en todas las direcciones y rodaba por el suelo del valle.

Los labios de Baze se separaron sin palabras. Se veía como un hombre en estado de shock.

—¿Qué *ves*? —le preguntó Chirrut a Baze.

Bodhi parpadeó las cicatrices de la luz. Cuando sus ojos se ajustaron, se dio cuenta de que el valle ahora estaba *demasiado* oscuro. Levantó su rígido cuello, miró hacia el cielo y vio una sombra como una luna eclipsando al sol.

—¿Qué *ves*? —preguntó de nuevo Chirrut.

Las comprensiones chocaron. Bodhi estaba en Jedha, nunca había salido de Jedha, y estaba mirando hacia el valle donde había estado la Ciudad Sagrada. Y encima de él, en el cielo…

—No —susurró—. No.

Esto no era un rescate. Era un truco de Bor Gullet. Esta era la razón por la que dejó el Imperio, abandonó a sus amigos, confió en las palabras de Galen Erso, sufrió tormentos y humillaciones… para detener la estación de combate, evitar que el destructor de planetas cobrara vida. Lo que vio no era real. No podía *serlo*.

—No se suponía que sucediera todavía —susurró, aunque nadie escuchó.

Llegó demasiado tarde. Esto era su culpa.

El viento hirviendo atravesó el frío y casi lo derribó. La tormenta de polvo se acercaba.

Entonces oyó otro ruido, un *boom* de gritos separado del estruendoso trueno de la tormenta. Descendiendo hacia la montaña había una nave: un transporte UT-60D U-wing. Se sumergió torpemente en el viento, tratando de igualar el nivel del tsunami de tierra.

Baze rodeó a Chirrut con un brazo y se dirigió hacia la nave.

—¡Chirrut, vámonos!

¿Qué sentido tenía? Se preguntó Bodhi. *Ya habían perdido.*

Una palma abierta golpeó a Bodhi entre los hombros.

—¡Rápido! ¡Hay que salir de aquí! —un hombre llamó. Pasó corriendo, tirando de la mano de una mujer. Bodhi había visto al hombre antes, pensó; recordaba una voz suave, casi compasiva.

¿Qué sentido tenía?

No quería morir.

Siguió al hombre, siguió a Baze y a Chirrut, a través del aire que se hacía cada vez más espeso con el polvo. La arena golpeó su carne y rastrilló su cabello. No podía oír descender la rampa de embarque del U-wing, pero vio la abertura, una ventana en la tormenta. Los otros estaban delante de él, corriendo hacia adentro, haciendo el salto final con aparente facilidad. Bodhi saltó, pero sus temblorosas piernas le fallaron. Estaba cayendo de la rampa cuando una mano lo atrapó y lo tiró violentamente hacia adelante un instante antes de que se cerrara la puerta de la cabina.

No vio quién fue el que le salvó la vida.

—¡Sácanos de aquí! —gritó una voz—. ¡Despega!

La cabina se tambaleó y se balanceó. Baze, Chirrut y la mujer se aferraron a los asientos, a los puntales de apoyo, para evitar ser golpeados contra las paredes. Pero incluso con el suelo inestable debajo de él, incluso con el gemido metálico del viento contra el mamparo, Bodhi se sintió reconfortado. Estaba en una nave ahora. Él *conocía* las naves.

El casco chilló cuando algo pesado rebotó en la parte superior del U-wing. La cubierta cayó, envió a Bodhi sobre sus manos y rodillas y le clavó punzadas de dolor en las muñecas. Se deslizó mientras la nave se inclinaba. Reconoció el sonido del motor (una reconstrucción de Incom Corporation de su 9XR, en espera…) mientras se esforzaba contra la tormenta.

Bodhi se arrastró hacia adelante y trepó a la cabina. Nunca había visto una cabina de U-wing antes.

Sentados a los controles había un droide y el hombre que había pasado antes junto a él (*¿Cassian?* ¿Ese era su nombre?). Estaban ajustando el empuje locamente, tratando de cabalgar sobre las olas de la tormenta de polvo, tratando de alejar la nave del epicentro y maniobrar a través de las montañas mientras se resquebrajaban.

Bodhi no interrumpió. Observó sus manos jugar sobre los controles. Leyó los instrumentos y los escáneres (casi inútiles, nunca destinados a estas condiciones). Sintió que el U-wing se alzaba sobre la cresta de la tormenta, estremeciéndose por completo mientras intentaba igualar la velocidad, y vio una sombra arrastrarse sobre la cabina cuando una nube más pesada y más caliente corrió por encima y comenzó a caer.

Iba a morir después de todo. Su rescate había terminado. Y era su propia culpa. Si hubiera sido más rápido, los rebeldes podrían haber detenido al destructor de planetas.

—Lo siento —susurró.

Cassian y el droide no lo escucharon.

Comprendió que Bor Gullet había desaparecido de su mente. Sin embargo, el recuerdo que lo agarró era tan vívido como los que la criatura había demostrado. Bodhi miró por la ventana y vio, en lugar de la tormenta de polvo, los tonos esmeralda y turquesa de las nubes de gas titánico. Las descargas de rayos como bailarines alienígenas saltaban de una nube a la siguiente, haciendo que cada una se incendiara y explotara. Bodhi se reía mientras su lanzadera, un transporte de clase *Nu* apenas viable para las carreras de entrenamiento, rebotaba y giraba, y sus compañeros de clase lo vitoreaban…

Era un recuerdo de absoluta serenidad. Luego, su vuelo a través del gigante gaseoso de Bamayar IX terminó y volvió a mirar la tormenta de polvo cuando la oscuridad se cerró alrededor del U-wing.

—¡Miren! —gritó y extendió la mano hacia el ventanal (hacia un punto de luz, una puerta de entrada a través del polvo) que se derrumbó cuando la ola sobre ellos se derrumbó.

Cassian no volteó hacia Bodhi. Tal vez no lo había escuchado. Pero el rebelde gruñó.

—¡Empújala!

—No he terminado mis cálculos —contestó el droide.

—Yo los termino por ti —cuando volvió a desviar el poder, instó a la nave a atravesar ese punto de luz mientras el olvido se desataba a su alrededor. Y el cielo se volvió azul, luego negro, y la ventana se llenó de estrellas.

El U-wing saltó al hiperespacio, y Bodhi se echó a reír en el suelo de la cabina con alegría vertiginosa.



EL PUENTE DE LA ESTRELLA DE LA MUERTE ESTABA oscuro, excepto por las filas iluminadas de instrumentos y el brillo de la pantalla principal. Dominando esa vasta pantalla estaba lo que quedaba del valle de la Ciudad Sagrada de Jedha: una tormenta de arena y fragmentos de roca que giraban, se agitaban y ardían. El aire, ionizado por la energía del arma de la Estrella de la Muerte, brilló con un relámpago. En el epicentro de la tormenta, el cráter de la ciudad incinerada ardió donde el rayo había sublimado la capa más externa de la corteza lunar.

Este no era el destino que Krennic había imaginado para Jedha. La Estrella de la Muerte estaba diseñada para destruir mundos, no para mutilarlos. Sin embargo, se preguntó si la luna se recuperaría de un ataque de ese tipo, o si los efectos en cascada de una atmósfera ardiente y la corteza rota provocarían una muerte tortuosa durante milenios. Sintió en sus huesos que su arma había expuesto algo profundo —sobre la naturaleza de los mundos, sobre su sangre vital y su agonía—, aunque no podría expresarlo en palabras. *Tal vez*, pensó, *para eso están los poetas*.

—¡Ah! Es precioso —murmuró, rompiendo minutos de casi silencio en el puente. Incluso Tarkin había respetado el asombro compartido de los miembros de la tripulación mientras hablaban en susurros y amortiguaban las teclas.

—Le debo una disculpa al parecer, director Krennic —respondió Tarkin—. Su labor excede toda expectativa.

Krennic hizo todo lo posible para ocultar su sorpresa.

—¿Le dirá al Emperador también? —*demasiado ansioso*. Moderó su tono; podía permitirse la humildad si eso consolaba a Tarkin—. Después de todo, este es *su* triunfo, el triunfo de su perspicacia y voluntad, más que cualquier otro único hombre —*Eso. Lo suficiente como para salvar la cara, pero no lo suficiente como para negarme crédito.*

Tarkin cortó el aire con un gesto despectivo.

—El Emperador desea hechos, no halagos. Su permanencia en este proyecto ha estado plagada de contratiempos, reveses que al parecer ha podido superar. Le diré que su paciencia ante sus desaciertos se ve premiada con un arma que al fin va a exterminar a toda la Rebelión.

—Es demasiado amable, gobernador —*bastardo condescendiente*—. Pero también expresa mis esperanzas. Hemos visto que la Estrella de la Muerte podría destruir una ciudad o una base rebelde sin obstáculos de escudos planetarios o rejillas de defensa. ¿Y de qué fue testigo hoy? Ese fue sólo un indicio de su destructividad potencial…

El mismo gesto que antes: una demanda de silencio. Sonriendo ácidamente, arrepentido, Krennic calló.

—Y le diré —dijo Tarkin—, que voy a tomar el control completo del arma de la que le hablé hace años… con efecto inmediato.

¿Tomar el control?

Krennic curvó los dedos enguantados en puños y miró alrededor del puente elevado mientras sofocaba su primera y más cruel respuesta. Los oficiales de servicio no estaban viendo la confrontación; permanecieron ocupados en sus estaciones, verificando y volviendo a verificar el estado del arma principal de la Estrella de la Muerte y escaneando el sistema en busca de sobrevivientes.

Ese fue un consuelo muy pequeño.

Krennic se acercó tanto como se atrevió a Wilhuff Tarkin y espetó:

—Este increíble logro fue gracias a mí, ¡no usted! —forzó su voz a un siseo—. Mi gente es leal. Y *mi gente* es la única capaz de operar esta estación.

Sabía que era imprudente amenazar a Tarkin abiertamente. Podía reprender a un subordinado sin repercusiones, pero no al gran moff. Y no había un escenario inminente en el que Krennic pudiera eliminar o reemplazar a Tarkin; necesitaría sufrir la existencia del hombre durante algún tiempo por venir.

Pero Krennic no era un hombre que fuera a sonreír mansamente para siempre.

Tarkin se encogió de hombros como si no hubiera escuchado la amenaza; como si estuviera seguro de que la *lealtad* de los oficiales era demasiado maleable para ser un problema. Podría tener razón.

—Temo que las recientes fallas de seguridad han mostrado su incompetencia como director militar. Su lugar, creo, está entre los ingenieros; hay muchas iniciativas que podrían beneficiarse de sus habilidades organizativas…

—Las brechas ya fueron selladas —replicó Krennic—. Jedha ya fue silenciada.

También había un defecto en ese argumento, Krennic lo sabía. El encendido del arma y la tormenta resultante habían dejado los sensores de la Estrella de la Muerte momentáneamente ciegos. Era concebible que los sobrevivientes hubieran escapado de la luna; concebible, pero poco probable.

Tarkin tenía un movimiento diferente en mente.

—¿Cree que este piloto actuó solo? —soltó una risa sibilante—. Fue enviado desde las instalaciones de Eadu. Las instalaciones de Galen Erso.

Galen Erso.

Galen Erso.

La ira hizo a Krennic hacer el ridículo. Esta vez, no pudo ocultar su sorpresa.

—Yo me ocupo de esto —gruñó, y se volvió para salir del puente.

El general Davits Draven era la ruina de sus compañeros y un héroe para sus subordinados. No era el papel que quería jugar, pero creía que era necesario.

Como organización, la Alianza Rebelde se mantenía unida más por presión externa que por lazos internos. Mon Mothma estaba casi en la necesidad patológica de hacer gestiones políticas hacia la paz, independientemente de su éxito —era un mal partido para la política de ataques encubiertos del general Jan Dodonna que minimizaba la atención del Imperio y su Senado. El enfoque de Dodonna, a su vez, era incompatible con el deseo de Bail Organa de intervenir rápidamente dondequiera que ocurrieran las atrocidades imperiales. Saw Gerrera se había retirado efectivamente de la Alianza por desacuerdos estratégicos; pero hubo otros miembros del consejo que compartían su agenda más agresiva. Si no fuera por la fuerza abrumadora del Imperio—, si no fuera por la necesidad de que los rebeldes trabajaran juntos para *sobrevivir* —la Alianza se habría fracturado en cuestión de meses.

Si no fuera por la fuerza del Imperio… y si no fuera por el general Draven.

Mientras sus colegas discutían y trazaban los caminos hacia una victoria definitiva imaginaria, Draven mantenía un enfoque singular en proteger a la propia Alianza, en defender despiadadamente a la organización y su gente mientras corregían sus errores. Si eso le valió una reputación de arrogancia o intrusión, era un pequeño precio a pagar.

En el asunto del supuesto destructor de planetas, Draven temía que no hubiera *más* que errores para corregir. Algunos de esos errores fueron incluso suyos. Sin embargo, no tenía intención de eludir sus deberes.

Entró en el centro de comunicaciones en Yavin 4 con la cabeza en alto y los hombros rígidos, como los soldados imaginaban a un general. Esperaba que los rebeldes de guardia perdonaran el sudor en su frente por el calor de la jungla.

—¿Qué tienen? —demandó.

El cabo Weems se puso de pie de un salto.

—Mensaje en código del capitán Andor, señor —dijo.

Eso fue rápido. Andor era inteligente, minucioso y no estaba particularmente inclinado a hacer contacto durante el curso de una misión. Esta vez, también tuvo que lidiar con la chica Erso. Draven no había esperado saber de él durante una semana, en el mejor de los casos.

—¿Qué tiene para nosotros? —preguntó Draven.

Weems leyó en el tono deliberado de un hombre que finge no ver lo que estaba observando.

—Arma confirmada. Jedha destruida. Objetivo ubicado en Eadu. Espero instrucciones.

—*¿Destruida?* —Draven hizo eco. Weems sólo asintió.

El destructor de planetas es real.

La duda siguió instantáneamente a raíz de ese pensamiento. Andor era un buen agente, pero no perfecto. Su mensaje era vago. La transmisión podría ser interceptada y

alterada en el camino. Había mil razones por las cuales el *arma* confirmada podría no ser una confirmación en absoluto.

Pero Draven había visto a demasiados comandantes usar la duda como excusa para negar lo obvio.

No había creído realmente en el destructor de planetas antes… no racionalmente, no en la parte fría y estratégica de su mente que era (podría admitir, si no fuera a nadie más que a sí mismo) su único valor verdadero para la Alianza Rebelde. Si el arma estaba activa, entonces el marco estratégico de toda la galaxia estaba cambiando. Todo lo que la Rebelión había construido, cada plan de cada miembro del consejo tendría que adaptarse.

Pero primero debían tomarse decisiones urgentes.

El mensaje de Andor no contenía nada nuevo sobre Galen Erso. Esas suposiciones permanecieron intactas, y si Erso fue instrumental en el proyecto del destructor de planetas, entonces Draven podría darle espacio a la Alianza para respirar. Una oportunidad de evolucionar antes de que mundos en lugar de ciudades comenzaran a morir.

—Prosigan —le dijo a Weems—. Dile que mis órdenes no se alteran. Que debe proceder con premura y apegarse al plan. No sabemos qué esté construyendo para el Imperio… hay que matar a Galen Erso mientras haya oportunidad.

La primera vez que Jyn quedó huérfana fue en una granja en la costa del planeta Lah'mu. Había visto a un escuadrón de la muerte disparar a su madre y vio a su padre rendirse ante el hombre responsable, abandonarla a un soldado que apenas conocía.

La segunda vez había sido en los desiertos de Jedha, cuando vio al hombre que la crio —el hombre que le había enseñado todo, a quien odiaba *más* que a nadie—, enterrado bajo una montaña después de ser nada más que amable. O tan amable como él sabía ser.

Quizás nunca había quedado huérfana en absoluto, sin embargo. Galen Erso estaba vivo. No el granjero gentil que recordaba; ni el cobarde y el monstruo que la había dejado atrás para convertirse en un armador imperial, ganando años de rencor. Ambos hombres *también* habían muerto en Jedha.

Había otro Galen Erso. Todo lo que sabía de él era una luz de zafiro en la cueva en su mente —la cueva donde vivía ahora—, repitiendo las mismas palabras una y otra vez. Palabras sobre amor, felicidad y soledad. Excusas por hechos de hace mucho tiempo. Planes y mentiras sobre una Estrella de la Muerte, un destructor de planetas…

Mi amor por ella no disminuye.

Ella no pudo detener las palabras. Cada una la desgarró, y se aferró a ellas en busca de consuelo.

Se sentó en la cabina del U-wing y miró a sus compañeros desde las profundidades de la cueva. Observó sus rostros a través de la lejana punta de la escotilla rota. Una parte muy pequeña de ella era consciente de cómo debía haberse visto —una criatura

desaliñada, maltratada e incrustada de suciedad, casi catatónica mientras observaba la habitación en blanco—, y se odiaba a sí misma por su debilidad.

—Baze, dime —la voz de Chirrut. El guardián ciego de los Whills que le había salvado la vida—. ¿Todo estalló? ¿Toda la ciudad?

Baze. El compañero de Chirrut tenía un nombre. Se sentó junto al ciego con los ojos en el mamparo. La luz estroboscópica azul-blanca del hiperespacio salpicaba sus mejillas desde la cabina.

—Ya dime —dijo Chirrut de nuevo.

—Toda la ciudad —respondió Baze, breve y amargado.

La Ciudad de Jedha se ha ido. Jyn examinó el pensamiento aturdido. La muerte de Ciudad Jedha significaba la muerte de Saw; la muerte de muchos o todos sus soldados; la muerte de peregrinos vestidos de rojo y vendedores ambulantes de agua. Significaba la muerte de la niña que había abrazado durante los combates en la plaza… la muerte brutal e inútil de la única persona a la que había ayudado desde que comenzó esta misión…

Le dicen La Estrella de la Muerte. No hay un nombre mejor.

El destructor de planetas era real. Se había burlado de ello, se había burlado de la Alianza por creer en ella, y era *real*.

Si ella hubiera creído antes, si hubiera tenido fe en su padre, ¿algo habría sido diferente? ¿Habrían encontrado a Saw más rápido, actuado a tiempo para hacer… qué?

¿Era Ciudad Jedha su culpa? ¿Al menos un poco?

—Entendido —era Cassian hablando ahora, un murmullo en la unidad de comunicación. Luego, ordenaba al droide en la cabina—. Dirige nuestro curso a Eadu.

Jyn repitió la frase de Cassian en su cabeza, trató de escucharla sobre las palabras de su padre en la oscuridad de la cueva.

—¿Eadu? —preguntó ella. Su voz sonaba gruesa y ronca.

—El mundo es un terrón empapado, según los archivos —dijo Cassian. La miró con un toque de sorpresa, rápidamente oculto—. Pequeña población nativa, en su mayoría pastores rurales. Oficialmente, el Imperio designa al planeta para la investigación y el procesamiento químico.

—¿Ahí está mi padre entonces? —Jyn levantó la barbilla e intentó expulsar la ronquera. Ella trató de imaginar la reunión.

Intentó imaginar conocer al hombre en el holograma por primera vez y decirle quién era ella. Diciéndole *vi tu mensaje*. Ella debería sentir alegría por la idea. Su padre era un héroe.

Pero *quien ella era realmente*, era Liana Hallik, Tanith Ponta y Kestrel Dawn, una luchadora manchada de sangre, una ladrona y prisionera que había pasado casi quince años *detestando* a Galen. Lo había encerrado en una prisión de desprecio hasta que, cuando él la necesitaba, ella no había creído en absoluto sus advertencias sobre la Estrella de la Muerte. También tendría que decirle eso. El pensamiento sacó bilis de su estómago.

¿Pudo ser otra persona, si sólo hubiera sabido?

Pensar en ti sólo cuando me siento fuerte.

—No tuve mucho tiempo para interrogar a nuestro amigo Bodhi —dijo Cassian. Hizo un gesto hacia el quinto ocupante de la cabina: un hombre de pelo largo vestido con un traje de vuelo imperial manchado y con gafas maltratadas, tejiendo y desenredando sus dedos. Ocasionalmente, el piloto susurraba algo sin levantar la vista—. Pero Eadu es de donde dijo que vino su mensaje. Entonces, ¿está tu padre allí? Creo que sí.

Jyn asintió distante. Los susurros de Bodhi se hicieron más fuertes: una serie de sonidos tartamudeados e indescifrables. Luego se inclinó hacia delante en su asiento, totalmente concentrado en Jyn.

—¿Eres la hija de Galen? —preguntó.

Parecía que no había dormido en días. Como si esperara que todo lo que había cerca —Baze, los asientos, el mamparo—, apretara unas mandíbulas alrededor de sucuello si se atrevía a parpadear. Parecía casi tan patético como ella.

—¿Lo conoces? —preguntó ella.

¿Qué pensaba del extraño en su holograma?

—Sí.

Jyn tenía cien preguntas, no quería las respuestas a ninguna de ellas.

—¿Te dijo algo?

—Él dijo… —Bodhi agachó la cabeza—, dijo que yo podía hacer lo correcto. Dijo que aún era posible cambiar… que podía corregir las cosas si tenía el valor para sólo escuchar a mi corazón, y hacer algo al respecto. —Sus labios trabajaron, una y otra vez, formando y tragando oraciones completas antes de que se calmara—. Ahora ya es tarde —dijo al fin.

Ciudad Jedha se había ido. Saw se había ido. Su gente se había ido. La niña se había ido.

—Aún no es tarde —dijo. Al menos el piloto lo había *intentado*.

—Yo pienso que ya no hay tiempo —gruñó Baze.

En el silencio de la cabina de pasajeros, en la oscuridad de la cueva, Jyn escuchó la grabación de su padre. *Ese es el lugar donde he puesto mi trampa…*

El aullido moribundo de Saw resonó: *¡Que el sueño este a salvo!*

Galen y Saw la destrozaban juntos ahora, preguntando por lo que ya les había rechazado, exigiendo una recompensa por cada forma en que les había fallado y cada día que Liana, Tanith y Kestrel habían vivido sus propias existencias gloriosas y mezquinas. Pero no tenía nada que darles: estaba vacía, e incluso lo que había guardado en la cueva se perdió en la oscuridad. Todo lo que le quedaba era la voz de un holograma.

Sin embargo, ella se rompió de todos modos. Cedió a las demandas, porque su vergüenza era demasiado grande para hacer lo contrario.

—No —susurró. La sola palabra exigió la atención de la nave—. Podemos vencer a las personas que hicieron esto. Podemos acabar al fin con ellos.

Ella haría un trato con el holograma de Galen Erso. Obedecería su demanda, y él —si no la perdonaba—, dejaría de recordarle sus fracasos, su culpa y su odio.

Y para cuando conociera al verdadero Galen Erso en Eadu, tendría algo que mostrar.

Ella habló de manera uniforme, lentamente, enunciando cada palabra como si estuviera afilando una cuchilla.

—El mensaje de mi padre —dijo—, lo vi. Le dicen La Estrella de la Muerte. Pero no imaginan que haya un modo de destruirla.

La tensión en la expresión de Cassian se disipó cuando se puso la cara de espía, su cara inocentemente cerebral. Jyn lo reconoció y supo exactamente lo que significaba.

—Se equivocan respecto a mi padre —dijo—. Creen que todavía trabaja para el Imperio.

—Él la fabricó —dijo Cassian. Como si ese hecho cambiara todo, y sólo él tuviera los ojos claros como para verlo.

—Porque lo harían con o sin él, y lo sabía —contuvo el aliento entre los dientes y esperó a que Cassian volviera a objetar. Puede que no conociera al verdadero Galen Erso, pero habló con la voz del holograma; se hizo eco de sus afirmaciones en sumisión a su causa. Por la causa de Saw—. Mi padre tomó una decisión —dijo, estabilizando su entonación—, y sacrificó su vida por la Rebelión. Colocó una trampa en el interior, dentro de la Estrella de la Muerte.

Ahora sólo hablaba con Bodhi.

—Por eso te envió. Ese es el mensaje.

—¿Dónde está? —preguntó Cassian. Todos voltearon para mirarlo—. ¿Dónde está el mensaje?

—Era un holograma —dijo Jyn, afilada y frágil como el cristal. Cassian no retrocedió.

—Dime que sí tienes el mensaje.

—¿Qué te parece? —espetó ella. Él sabía lo que le había pasado a ella; había sido testigo de su estado en las cámaras de Saw. Quería lanzarse a través de la cabina, golpearlo contra el mamparo, forzar la calma de su comportamiento. Quería abrirse el cráneo, dejar que la luz y el sonido del holograma fluyeran de la cueva—. Todo fue muy rápido. ¡Pero lo acabo de ver! —Ella escuchó su propia insistencia irregular como petulante. Infantil. *Estabas mejor catatónica*.

Cassian miró a Bodhi ahora.

—¿Lo viste? —el piloto sacudió la cabeza y evitó la mirada de Cassian.

—No me crees, ¿verdad? —dijo Jyn.

Cassian casi se rio.

—A mí no me tienes que convencer. No soy yo quien puede autorizar un ataque contra una Estrella de la Muerte porque *quizá* tenga una debilidad. Tal vez Mon Mothma…

—Yo sí le creo —intervino Chirrut.

Cassian sacudió la cabeza en una muestra de exasperación.

—Hey, gracias, ¿eh? Tampoco eres parte de la Alianza.

Durante todo el intercambio, Baze se había desplomado hacia adelante, como si se estuviera ahogando. Ahora se enderezó, habló más allá de Cassian y Chirrut.

—¿Qué clase de trampa? —preguntó—. Dijiste que tu padre puso una trampa.

—El reactor —acerca de este punto, Jyn estaba completamente segura—. Ahí plantó un defecto. Lo ocultó por años. Dijo que si hacen explotar el reactor, el módulo, todo el sistema se destruye.

Fijó su mirada en Cassian.

—Tienes que avisar a la Alianza —dijo.

—Ya lo *hice*.

Ella dijo las palabras que el holograma necesitaba que dijera, reforzó su voz con su propio celo.

—Que sepan que hay un modo de destruir esta cosa. Mi padre dijo que podríamos encontrar la debilidad en los planos estructurales…

—No tenemos esos —firme pero gentil. *Protector*.

—Dijo que podemos encontrar los planos —insistió—, que están en una bóveda de datos en el planeta Scarif. Dile a la Alianza: tienen que ir a Scarif y obtener los planos.

Cassian guardó silencio el tiempo suficiente para que Jyn pensara que tenía una oportunidad.

—Eso es muy arriesgado —respondió al fin—. Incluso si todo lo que dices es verdad, estamos en el centro del territorio imperial. Si el mensaje fuera interceptado, toda la flota de la Alianza podría caer en una trampa.

Podría haber estado mintiendo, hasta donde Jyn sabía. Evitando más discusiones al plantear una amenaza que no podía refutar y no podía contrarrestar.

En la oscuridad de la cueva, Jyn escuchó la grabación de su padre repetirse. *Si está con vida, si te es posible hallarla…*

—¿Todavía quieres ir a Eadu? —preguntó ella.

—Sí —contestó Cassian.

No habría redención, entonces. Sin mejorar sus elecciones ni esconder sus pecados. Después de todo, le diría al Galen Erso que nunca había conocido exactamente quién era y qué había hecho exactamente la Estrella de la Muerte. El único bálsamo sería lo que haría después; lo que sea que ambos lograran, con cualquier trato que lograran.

Eso tendría que ser suficiente para mantener la cordura en la oscuridad.

No tenía nada que la guiara excepto el holograma de zafiro. Todo lo demás se había ido.

—Iremos por él —dijo—, por mi padre. Y lo rescataremos, y que les diga en persona.

Habló con una convicción que no sentía. Cassian asintió, pero llevaba la cara de espía y Jyn no podía leerlo en absoluto.

Orson Krennic recorrió los pasillos de la Estrella de la Muerte como lo había hecho tantas veces antes. Escuchó el rugido amortiguado del reactor principal, como el flujo y reflujo de la marea de un océano distante; sintió los suaves temblores en la cubierta mientras la

estación se reconfiguraba para el transporte hiperespacial; incluso podía rastrear los acoplamientos de poder a través de las paredes, imaginar sus puntos finales en vastas cavernas artificiales.

Caminó y no pudo concentrarse. Tarkin estaba *tomando el control* de su obra maestra.

Quizás era lo mejor. Quizás Krennic había pasado demasiado tiempo encadenado a un sólo lugar, un sólo proyecto. Dejen que Tarkin tenga la Estrella de la Muerte… pronto encontrará la responsabilidad abrumadora y no podrá captar el sutil potencial de la estación de combate. Mientras tanto, liberado del gigante, Krennic tendría una flexibilidad de la que antes carecía. Cien pequeñas victorias en el transcurso de un año podrían ser preferibles a un gran trabajo durante décadas. Tendría su audiencia con el Emperador pronto.

Pero este escenario más prometedor sólo era posible porque Tarkin lo había superado por encima de Jedha.

Y Tarkin lo había superado gracias a la traición de Galen Erso.

Que el gran moff se hubiera dado cuenta de la traición de Erso antes que Krennic, era imperdonable. Krennic ya había determinado cómo su gente dentro de la organización de Tarkin había sido mantenida en la oscuridad; las fugas y la ofuscación eran la naturaleza del juego. Pero, ¿cómo no había visto *personalmente* la traición en Galen? A pesar de todas las fallas de Galen, él nunca ha sido un engañador. Tampoco había fallado en enorgullecerse de su propio genio.

¿Que él interrumpiera el trabajo… interrumpiera *su* trabajo todo lo que habían construido en las últimas décadas? ¿Que hubiera ocultado de alguna manera sus motivos a Krennic, quien lo conocía tan bien? ¿Cómo fue posible?

¿Había calculado mal? ¿Podría otro científico en el laboratorio de Eadu ser responsable en su lugar?

¿Me he quedado ciego?

Pero no. Aunque Galen era una anomalía, Krennic no había fallado en detectar la codicia de Tarkin; sólo no pudo anticipar su manifestación precisa, gracias a la interferencia de Galen. Por lo tanto, Galen era la prioridad y necesitaba ser tratado rápidamente. Por mucho que Krennic detestara abandonar la Estrella de la Muerte ahora, no podía permitirse el lujo de dejar que sus problemas se acumularan. Los eliminaría en secuencia, dejando a Tarkin para el final.

Ya había encontrado armas que podría usar contra Tarkin. Sólo necesitaba una oportunidad.

Abordó su lanzadera, acompañado por sus death troopers, justo después de la hora de la estación de medianoche. Se había acomodado en su asiento con una copa de vino y un datapad cuando salieron de la bahía de despegue.

—Nos dirigimos a Eadu, señor —anunció su piloto.

Krennic apenas oyó.

Galen Erso.

Galen Erso, a quien le había dado todas las oportunidades. Galen Erso, por quien casi había muerto una vez en ese triste pedazo de tierra de cultivo.

—Pensé que habíamos superado esto —susurró Krennic para sí mismo, con una sonrisa amarga. Y su pulgar se clavó en la pantalla de su datapad hasta que la superficie se agrietó y comenzó a sangrar.

DATOS SUPLEMENTARIOS: «SIN CONFIRMACIÓN»

[Documento #RJ9002C («Consulta en Jedha»), sello de tiempo falsificado ilegible; la marca de tiempo real se presume concurrente con la crisis de Jedha. Enviado desde Mon Mothma al General Draven y otros seis destinatarios («Supervisión de Operación Fractura»).]

Acabo de recibir un mensaje preocupante de un contacto en el Senado. Afirma que se ha producido una evacuación total de las fuerzas imperiales en Jedha y que hay rumores de una explosión masiva de energía en órbita. Su fuente indica minería ilegal de asteroides en el extremo más alejado de la heliosfera de Jedha, y enfatiza que el «error de instrumento» es una posibilidad.

Sin embargo, está buscando información adicional de mí. Si ella sabe más de lo que está compartiendo y qué es exactamente lo que sospecha, no estoy segura.

¿Podemos confirmar estos datos? ¿Tenemos una actualización sobre Operación Fractura?

[Documento #RJ9002D («Respuesta a Consulta en Jedha»), enviado desde el general Ria a Supervisión de Operación Fractura.]

No tengo ninguna información nueva, pero puede aclarar: ¿le dijo a este contacto sobre los rumores de un destructor de planetas?

Si no, esta podría ser una expedición de pesca del Imperio. Es posible que ella quiera ver cómo reacciona usted ante una historia falsa.

[Documento #RJ9002E («Respuesta a Consulta en Jedha»), enviado desde Mon Mothma a Supervisión de Operación Fractura.]

Algunos antecedentes breves: mi contacto se niega a ayudar a la Alianza directamente, pero se ha mantenido en contacto conmigo desde mi partida del Senado. Si puede ser convencida, podría ser importante para nuestra estrategia política. No creo que esté sirviendo a los intereses militares imperiales.

No he compartido nada sobre el destructor de planetas con ella. Sin embargo, si no podemos confirmar sus datos, me gustaría abordar el tema con criterio. Puede servirnos tanto a corto como a largo plazo.

[Documento #RJ9002F («Respuesta a Consulta en Jedha»), enviado por el almirante Raddus a Supervisión de Operación Fractura.]

Tenemos una nave de carga equipada para escaneos de largo alcance a cuatro paradas por el hiperplano más cercano desde Jedha. Está destinada a otra operación, pero puedo desviarla si el capitán Andor no se presenta pronto.

Encuentro la posibilidad de que el destructor de planetas esté en Jedha extremadamente preocupante.

[Documento #RJ9002G («Respuesta a Consulta en Jedha»), enviado del general Draven a Supervisión de Operación Fractura.]

Estoy trabajando mientras hablamos para obtener información sólida sobre Jedha. Por ahora, no hay confirmación de ninguna actividad imperial inusual. Recomendamos encarecidamente que *no* compartamos nuestro conocimiento y *no* iniciemos nuevas investigaciones.

Actualizaré al grupo sobre la Operación Fractura y el estado del capitán Andor cuando tenga información confiable que pueda compartirse de manera segura. Hasta entonces, sugiero que cerremos esta conversación como precaución.



CASSIAN ANDOR HABÍA COMETIDO UN error. Como una fractura capilar en un cañón bláster, era casi invisible en una inspección superficial. Sin embargo, cuando se manifestaban sus repercusiones, lo harían con un efecto devastador… Cassian probablemente moriría, aunque eso no era lo que más le molestaba.

Ahora sabía que debió dejar a Jyn Erso en Jedha. Mejor aún, nunca debió sacarla de Yavin 4.

—Estás mostrando indicios de estrés —declaró K-2. Se sentó junto a Cassian en la cabina, vigilando los instrumentos—. Debes tener cuidado, eres un muy mal piloto cuando estás estresado.

Cassian le ofreció una sonrisa pálida.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Corriges en exceso el control del acelerador.

No es lo que quise decir, pensó, pero no aclaró su pregunta. A pesar de la disfunción social de K-2 (o tal vez su desinterés en la socialización orgánica… ¿quién podría entender la mente de un droide?), conocía a Cassian mejor que nadie. Había visto a Cassian cometer actos que incluso Draven no conocía.

En Jenoport, había encontrado a Cassian mirando su bláster con lágrimas en la cara. K-2 se había ofrecido como voluntario para borrar la memoria en caso de que la «continua dignidad y servicio de Cassian lo exigieran».

Cassian sabía que K-2 sometería con gusto a Jyn Erso y la encerraría en un lugar seguro. Si los Guardianes de los Whills no estuvieran a bordo, Cassian podría tener la tentación de intentarlo.

—Nos acercamos a Eadu —dijo el droide—. Salimos del hiperespacio en cuatro minutos.

—Establece nuestro vector de aproximación y trae a Bodhi aquí. Quiero sus ojos en la zona de aterrizaje.

Mientras K-2 obedecía, Cassian volvió a sus pensamientos. El fervor de Jyn en la cabina había sido casi inspirador. Tal vez *había* inspirado a Chirrut, Baze y Bodhi —ninguno de los cuales él realmente conocía, en ninguno de los cuales podía confiar—, justo cuando su fuego se había extendido hacia él, lo hizo verla con asombro en el Barrio Sagrado de Jedha. Pero lo que estaba en juego ahora era diferente: el destructor de planetas, la Estrella de la Muerte, era real. El general Draven había determinado que eliminar a su creador era la mejor manera de asegurar la supervivencia de la Alianza

Rebelde. Si Cassian podía detener un incidente más como Ciudad Jedha, su deber era obvio.

Jyn habría argumentado que su padre ya había proporcionado otra manera; que su sabotaje le daba a la Rebelión la oportunidad de detener la Estrella de la Muerte *ahora*, aunque con un riesgo terrible. El juicio de Jyn, sin embargo, estaba comprometido.

Su fuego los quemaría a todos.

Cuando Cassian la encontró en los aposentos de Saw Gerrera, se había perdido en el olvido, esperando su propia muerte. No podía imaginar las fuerzas que la habían formado en la vida. No dudaba que ella fuera una mujer de extraordinaria fuerza, pero cualquier mensaje que Saw le hubiera mostrado la había roto por completo.

Ella estaba fingiendo fuerza ahora. Se aferró a las instrucciones de su padre por razones completamente ajenas a la galaxia o la Alianza. Si esas instrucciones la llevaban a ella y a todos a su alrededor a su destino, ¿se daría cuenta? ¿A ella le importaría?

Su terrible *necesidad* había regresado. No podía terminar en nada más que en un desastre, no importa cuán bellamente lo vistiera con la ropa de la Rebelión.

¿Y si Cassian le negaba lo que quería? ¿Y si asesinaba a Galen Erso?

Seguramente sería el doble de peligrosa.

Eadu era un mundo nocturno incluso durante el día, envuelto en nubes de tormenta tan espesas que Cassian se vio obligado a confiar en los escáneres mientras descendían a través de la troposfera. Desde lo alto, no había nada que ver más que tormentas y destellos de luz gris pizarra; el panorama era casi pacífico. Pero en el momento en que el U-wing atravesó la capa de nubes, los vendavales golpearon la nave mientras el agua golpeaba el casco y bajaba por la ventana.

—Desciende —siseó Bodhi, agarrando el respaldo del asiento de Cassian. Estaba recién lavado y vendado, y olía distraídamente a productos de limpieza y desinfectantes baratos. Su voz antes distante y aterrada sonaba casi humana otra vez—. ¡Desciende!

Cassian se inclinó hacia abajo tanto como se atrevió. Se imaginó el agua de lluvia retorciéndose por cien costuras metálicas abiertas durante la tormenta de arena de Jedha; las gotas arrastrándose entre los componentes electrónicos expuestos y haciendo cortocircuitos en los sistemas críticos.

—¿Esta nave no está hecha para volar así? —observó K-2.

El U-wing emergió de un banco de niebla para revelar el paisaje de abajo: un centenar de formaciones rocosas irregulares, mesetas anchas y agujas estrechas, que se alzaban desde un terreno irregular. Un estrecho cañón se alzaba entre las crestas mortales, sus límites eran apenas perceptibles en la tormenta.

—Tienen sensores de aterrizaje —dijo Bodhi—. Patrullan el área. Tienes que quedarte en el cañón y volar bajo.

Cassian asintió, ajustó su altitud y revisó sus escáneres en busca de TIE fighters. No encontró nada, aunque se preguntó si las naves tan pequeñas aparecerían en la vorágine. K-2 aumentó el empuje cuando el viento bajó momentáneamente; el U-wing se tambaleó y los dientes de Cassian se golpearon.

—Probabilidad de fallar —dijo K-2—: 26 por ciento.

—¿Cuánto más falta? —Cassian le preguntó a Bodhi.

—No sé —dijo Bodhi—. No estoy muy seguro, nunca vine por este camino…

Lo imaginé, pensó Cassian. Estaban rozando una aguja, a no más de diez metros sobre la cima.

—Pero es cerca. Muy cerca, lo sé.

—Probabilidad de fallar: treinta y cinco por ciento —intervino K-2.

Cassian encendió las luces de aterrizaje. Cualquier escuadrón de patrulla los detectaría fácilmente, pero su visibilidad era nula.

—No quiero saber —dijo, sin mirar al droide—. Gracias.

—Sí, entiendo —dijo K-2—. Yo mismo preferiría la ignorancia.

La aguja cayó debajo de ellos y Cassian descendió más adentro del cañón. Las paredes quebradas se curvaron en un sentido y luego en otro, siguiendo el curso de una docena de arroyos retorcidos. Las rocas estaban demasiado cerca, subían demasiado rápido, pero si Cassian reducía más la velocidad, estarían a merced de la tormenta.

—*¡Ahora!* —gritó Bodhi y golpeó con la mano el respaldo de Cassian—. ¡Baja aquí!, ¡ahora!

—El viento… —K-2 comenzó, pero Bodhi estaba apretando entre los asientos, señalando algo a través de la lluvia.

—Si sigues avanzando, irrumpirás en la terminal de transporte. ¡Bájalo ahora!

Cassian maldijo. Bodhi tenía razón… lo que había confundido con la refracción de las gotas de lluvia en la ventana era una serie de reflectores distantes. Una plataforma de aterrizaje para naves espaciales imperiales.

Cortó la velocidad de la nave. Casi de inmediato, el viento atrapado debajo del ala de estribor envió al U-wing hacia el costado del cañón. K-2 trató de inclinarse, pero una cresta de piedra negra apareció demasiado rápido incluso para los reflejos de una máquina; una repisa cortó el U-wing y Cassian se estrelló hacia adelante con sus restricciones, gritando cuando la nave se desparramó por las chispas y cayó en picada. El tablero de instrumentos se puso rojo con luces de advertencia.

—¡Sujétense! —gritó Cassian—. ¡El golpe será fuerte!

Si alguien en la cabina lo escuchó en el tumulto, no podía adivinar.

K-2 extendió el tren de aterrizaje y activó los retrocohetes en un intento inútil de amortiguar su velocidad. Cuando golpearon la superficie del planeta, el bajo vientre del U-wing chirrió violentamente contra el barro y la piedra mientras el impulso los llevaba hacia adelante. Durante casi medio minuto continuaron mientras el casco de la nave amenazaba con romperse.

Cuando el U-wing finalmente se detuvo, la cabina se quebró, medio enterrada en grava y lodo, Cassian estaba seguro de que la nave no volvería a volar.

La lluvia se había reducido a una llovizna fría y cruel cuando Cassian terminó una inspección superficial del daño. Su evaluación inicial había sido correcta: el U-wing estaba en gran parte intacta, pero el motor de babor se había estrellado contra las rocas y estaba irreparable. La mayoría de los otros componentes —incluidas las comunicaciones de largo y corto alcance—, eran rescatables, pero no funcionales.

Todavía podía completar su misión. Aún podía matar a Galen Erso. Pero no había planeado terminar el día varado en Eadu. Se imaginó abriéndose paso a través de los cañones, perseguido por los stormtroopers y Jyn.

Estaba de mal humor cuando regresó a la cabina de pasajeros. Miró los rostros que tenía delante —los fanáticos, el desertor, la loca y K-2— y sintió una nueva oleada de ira. Habían tenido opiniones sobre la misión hasta que se fue al diablo; ahora esperaban una solución de él.

El único en el que confiaba era en el droide imperial.

—Bodhi —espetó. El agua de lluvia le caía por la frente hasta el suelo de la cabina—, ¿el laboratorio?

Bodhi se enderezó y dio un paso incómodo hacia adelante, como si llamaran la atención a un soldado.

—¿El centro de investigación?

—Sí, el lugar donde hiciste entregas y conociste a Galen Erso *¿Dónde está?*

Bodhi tembló por un momento. Cassian debatió si presionar más o mimar al hombre; pero luego el piloto se calmó y dijo bruscamente:

—Está pasando esa cresta.

—Y hay una terminal de transporte justo al frente, ¿seguro?

—Así es —dijo Bodhi. Hubiera sido preferible una imagen de satélite, pero Cassian había trabajado con algo peor que la palabra de un traidor asustado.

—Sólo esperemos que quede alguna nave imperial que robar. El U-wing es chatarra.

Nadie parecía sorprendido. Baze sonrió sardónicamente.

—Tomen cualquier cosa que pueda ser útil —continuó—. K-2 quemará cualquier cosa sensible. —Las naves de la Alianza estaban programadas para no mantener naviregistros, y toda la identificación había sido borrada hace mucho tiempo. La limpieza no sería difícil—. Les diré qué hacer.

Esperó una discusión que no llegó. Bodhi seguía en pie de atención. Baze miraba a Cassian como si lo estuviera juzgando en el juicio. Chirrut parecía distraído, ladeando la cabeza como si escuchara la lluvia.

¿Y Jyn? Jyn parecía pálida y demacrada en comparación con la mujer que había conocido en Yavin. Incluso su celo momentáneo después de dejar Jedha había

desaparecido, revelado como un pretexto para arrastrarlos a su locura. Ella lo miró sombríamente, tristemente, como si estuviera segura de que la decepcionaría.

Probablemente tenía razón en eso.

—Con suerte —dijo—, la tormenta continúa y nos mantiene ocultos aquí. Bodhi, tú vienes conmigo. Y veremos qué hay detrás de esa cresta, y revisaremos el *centro de investigación*.

—Yo voy con ustedes —dijo Jyn.

Eso no tardó mucho. Pero lo había planeado.

—No —dijo—. El mensaje de tu padre… no lo arriesgaré. Eres la mensajera.

Jyn frunció el ceño.

—Eso es ridículo. Ya les di el mensaje. Todos aquí lo escucharon.

K-2 habló por primera vez.

—*«Un impacto al módulo del reactor y todo el sistema se destruye»*. Así lo dijiste. *«Todo el sistema se destruye»*.

—*Tú* —Cassian señaló hacia K-2— repara el intercomunicador. —Se obligó a moderar su voz, a sonar *razonable*, antes de regresar a Jyn—. Lo único que quiero ahora es darme una idea de qué es lo que enfrentamos. E incluso si estuviera listo para extraer a tu padre, no sería tan estúpido como para intentarlo por mi cuenta. Te necesito para la potencia de fuego; y en *este* momento, necesito que protejas la nave.

Ella volvió a esa mirada intensa y sombría. *Suficientemente bueno*.

—Seremos dos —dijo, y asintió con la cabeza a Bodhi—, los que subiremos a la cima con precaución a echar un vistazo. Ahora vamos.

No hubo preguntas, y Cassian mantuvo los ojos en sus aparatos mientras revisaba su equipo y reconfiguraba su bláster, colocando la mira y extendiendo el cañón en su lugar con movimientos rápidos y familiares. *Al menos*, pensó, *el armamento sobrevivió al accidente*. Escuchó los pasos de Bodhi detrás de él mientras salía a la lluvia y el barro, sus suelas chupaban ruidosamente el suelo empapado.

—¿Necesito una también? —llamó Bodhi. Cassian echó una mirada hacia atrás al hombre mientras bajaba por la rampa de embarque—. ¿Un arma?

—Suenas como mi droide —dijo Cassian. Luego gruñó y sacudió la cabeza—. No tardaremos mucho. Estarás bien.

Probablemente era cierto. Y había un beneficio adicional: si Bodhi se ponía del lado de Jyn en lugar del de Cassian, significaba una persona menos que podría dispararle por la espalda.

Jyn no había hablado con los demás durante el viaje desde Jedha. Cuando Bodhi se acercó a ella e intentó preguntarle por Galen, ella logró sonreír gentilmente antes de despedirlo. Chirrut y Baze sabían que era mejor no intentar hablar; o tal vez ellos, como Jyn, luchaban con verdades demasiado difíciles de expresar con palabras.

Así que ella había escuchado el holograma de su padre en su mente y vio la oscuridad de la cueva convertirse en la oscuridad de Eadu.

El hecho de que no tuviera forma de abandonar el planeta yacía descartado en su conciencia, intacto e irrelevante.

—¿Tiene cara de asesino?

Ella estaba viendo a Cassian y Bodhi descender en el barro cuando escuchó la voz de Chirrut. Se giró para mirar y vio que estaba hablando con Baze.

—No —dijo Baze, después de un momento de reflexión—. Tiene la cara de un amigo.

—¿De quién están hablando? —preguntó Jyn.

Baze la miró con gesto evaluador.

—Del capitán Andor —dijo, plano.

Debería estar irritada por la breve explicación. En cambio, solo podía reunir una vaga confusión.

—¿Por qué dices eso? —dijo, mirando a Chirrut ahora—. ¿A qué te refieres con *«cara de asesino»*?

—La Fuerza se vuelve oscura cerca de una criatura que piensa matar —respondió Chirrut. Podría agregar, *tan simple como eso*.

—Fascinante —llamó K-2SO, dirigiéndose a la cabina—. Su arma *estaba* en el modo de francotirador.

Jyn se imaginó a Cassian armando su arma y saliendo de la nave. Recordó la primera vez que sostuvo un rifle de francotirador, mirando por la mira bajo la dirección de Saw Gerrera, midiendo su aliento para poder matar a un hombre con seguridad y tranquilidad a un kilómetro de distancia.

Puede que no haya significado nada.

Los latidos de su corazón se aceleraron. Se giró hacia la rampa de embarque y se adentró en el barro. El frío se deslizó por sus botas, subió por sus piernas y su columna vertebral. No podía ver el camino que Cassian y Bodhi habían tomado, no podía oírlos sobre la lluvia constante, pero podía ver la luz tenue y distante del complejo imperial.

Ahí, ella encontraría a su padre.

Baze Malbus observó una ráfaga de viento salpicando gotas de lluvia sobre el piso de la cabina, decolorando el metal en mil puntos como estrellas sombrías en un cielo gris. La lluvia olía a tierra fecunda con un trasfondo de olor acre.

Baze no era un hombre joven. Había visto lluvia antes. Pero las lluvias de Jedha —torrentes raros y poderosos que eran motivo de celebración, de los que había disfrutado tanto cuando era niño—, nunca habían olido así.

Pronto, pensó Baze, *olvidaría por completo el olor de la lluvia de Jedha*.

Chirrut se levantó abruptamente, barrió su bastón delante de él y marchó hacia la rampa de embarque.

—¿A dónde vas? —gruñó Baze.

Chirrut hizo una pausa, pero le dio la espalda a Baze.

—Acompañaré a Jyn. Su camino es claro.

—¿Tú solo? —preguntó Baze. La palabra era volátil con significado—. Buena suerte.

Estaba seguro de que Chirrut entendió su advertencia. Pero el hombre ciego, una vez hermano de Baze entre los Guardianes de los Whills y ahora el tonto al que Baze estaba condenado a entretener, comenzó a avanzar nuevamente.

—No la necesito —dijo Chirrut—. Te tengo a ti.

Baze observó a Chirrut descender por la rampa. Escuchó la punta del bastón golpear metal. Cuando terminaron los golpes y Chirrut pisó el suelo blando, Baze se puso de pie. Sin mirar a la cabina, siguió a su hermano a la tormenta de un mundo extraño.

La tragedia de la existencia de K-2SO era esta: las habilidades que más apreciaba eran las habilidades que sus amos rebeldes desdeñaban; y las habilidades que él consideraba rudimentarias y triviales eran habilidades que sus amos no podían aprender.

Por lo tanto, sus circunstancias actuales: en lugar de viajar al laboratorio de investigación para manipular, capturar, restringir y extraer al científico Galen Erso… una misión que prácticamente *requería* los talentos de un droide de seguridad imperial y que podría (si se manejaba con delicadeza), permitir el ejercicio de múltiples procedimientos subutilizados codificados en K-2SO: estaba reconectando una matriz de comunicaciones y localizando fallas en cada uno de los ochenta y cuatro conectores al tacto.

Dicha tarea requería un mínimo de potencia computacional. K-2SO tenía más que suficiente para escuchar lo que sucedía en la cabina y observar el paisaje desde la ventana de la cabina medio enterrada.

Vio a Jyn partir con desinterés. La mujer siempre le había faltado el respeto. Observó a Baze y Chirrut partir con una desaprobación más fuerte. Postuló una serie de escenarios que implicaban su separación del U-wing, pocos de los cuales terminaron en su bienestar continuo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó bruscamente.

K-2SO no era un droide de protocolo, pero fue diseñado para la interacción biológica. Encontraba que la discusión verbal, incluso consigo mismo, estimulaba su creatividad.

Pronto llegó a una solución con la que estuvo satisfecho.

—Si Cassian regresa —dijo—, nos vamos sin ellos.



EL CAPITÁN CASSIAN ANDOR HABÍA FALLADO. Esa era la suposición que Draven tenía que hacer.

Había activado la luz de referencia a bordo del U-wing de Andor inmediatamente después de recibir la supuesta confirmación de su agente del destructor de planetas. El faro era un riesgo, pero uno menor —su señal se disfrazaba de radiación de púlsar y se transmitía a través de una docena de puestos rebeldes sin personal antes de llegar a la Base Uno—, y bajo las circunstancias, Draven pensó que era prudente vigilar a Andor.

Tenía el mayor respeto por su agente —por *Cassian*— pero sólo un tonto arriesgaría el destino de la Alianza en un sólo hombre. Por mucho que Draven detestara el hecho, esta misión había adquirido proporciones tan improbables.

—Retransmite —dijo.

Se paró detrás del cabo Weems en la sala de comunicaciones, mirando por encima del hombro del hombre mientras tocaba la consola. Dos de los capitanes de Draven estaban con él… oficiales en los que confiaba tanto como Andor, aunque por diferentes razones.

—Ya retransmití, señor —dijo Weems—. Ya no encuentro señal.

—Dígame lo que cree. ¿*Por qué*? —volteó hacia sus capitanes. Es mejor acabar con la especulación.

—Sabemos que Andor llegó al sistema estelar Eadu —fue la capitana Nioma quien habló primero: analista y asesora técnica de Inteligencia de la Alianza, una genio murmurante que no había dormido desde que escuchó por primera vez los rumores sobre el destructor de planetas—. Pudo ser derribado. Pudo recibir un disparo, aunque la baliza es lo suficientemente resistente como para sobrevivir a muchos daños. Sin embargo, no tenemos mucha información sobre Eadu, por lo que sabemos que la señal podría estar bloqueada por una termosfera de alta energía…

—¿Qué tan probable es eso? —preguntó Draven.

—No es probable.

Gruñó, apoyó su peso contra el respaldo de la silla de Weems.

—Digamos que queremos enviar al Escuadrón Azul, ¿cuánto tiempo para llegar a Eadu?

El capitán Vienaris había sido, de todas las cosas, un oficial de control del puerto espacial antes de unirse a la Rebelión. Tenía a mano los números de media docena de rutas hiperespaciales; factorizó en condiciones atmosféricas variables y rápidamente corrió por el lote con Draven.

—Versión corta: estamos en rango de ataque, pero si el Imperio ha comenzado a evacuar, no los atraparemos. En el mejor de los casos, el Escuadrón Azul llega justo a tiempo para ver saltar a los Imperiales.

¿Pero se molestaría el Imperio en evacuar? Draven trató de ponerse en la mente del comandante a cargo de la guarnición de Eadu. *Acabo de tomar un transporte, un U-wing de Inteligencia de la Alianza Rebelde, haciendo un reconocimiento sobre mi base. Disparé a la nave e incluso tomé prisioneros…*

Era sólo una nave. Era una amenaza para la seguridad operativa, pero no era motivo de pánico. Si la Alianza supiera con certeza lo que había en Eadu, vendrían en masa. Y el trabajo realizado en Eadu era vital; si se tomara la decisión de desarraigar, el científico principal de la base tendría que ser el último en irse para garantizar que todo se reubicara de manera segura. No podías confiar en los stormtroopers con el delicado equipo.

Entonces Galen Erso todavía estaba en el sitio. El destructor de planetas podría no morir con él, pero —si Erso realmente fuera responsable de su arma principal—, sería mucho más difícil mantenerla operativa después de que él se fuera.

—Atención, escuadrón —dijo Draven—. Diríjanse a Eadu. Debemos eliminar a Galen Erso si tenemos la oportunidad.

El capitán Vienaris salió corriendo de la habitación, hablando por su comunicador casi antes de que Draven terminara. Nioma lo miraba con ojos inyectados en sangre.

—¿Tiene autorización? —preguntó ella—. Un ataque a gran escala en una importante instalación imperial…

Cualquier otra persona, Draven se la habría llevado a un lado y reprendido por interrogarlo en público. Pero Nioma nunca había tenido una mentalidad militar, y parecía que se convertiría en polvo ante una palabra severa.

—La misión está bajo mi departamento —dijo—. No necesito la aprobación del consejo.

Eso era verdad. Lo que no le dijo a Nioma fue que, autorizada o no, la misión se había alejado mucho de los parámetros previstos por el consejo.

Había estado esperando retener el informe de Andor sobre el destructor de planetas sobre Jedha hasta después de interrogar al capitán; revelar la verdad (si es que *era* verdad) a los miembros del consejo sin contexto sólo los alentaría a perseguir sus propias pistas, activar sus propias contingencias, todo sin coordinación o estrategia. La mitad de la Alianza correría y se escondería mientras que la otra mitad tomaría la ofensiva. Se correría la voz fuera del consejo en cuestión de horas, incitando al pánico. Se perdería cualquier esperanza de utilizar el conocimiento del destructor de planetas como una forma de *apalancamiento*… para manipular un voto en el Senado, para traer de vuelta a los fanáticos de Saw Gerrera.

Draven trabajaba para Inteligencia de la Alianza. Su trabajo no era compartir todos los secretos que encontraba. Era para explicar lo que significaban los secretos, siempre y cuando era seguro compartirlos. No podía hacer eso todavía.

Pero el consejo iba a enterarse sobre su activación del Escuadrón Azul. Mon Mothma querrá saber cuándo se había convertido la misión en asesinato y no en rescate.

El Escuadrón Azul estaría en camino a Eadu en cuestión de minutos. Draven tenía hasta que llegaran para prepararse para la conversación.

—No, no, no —llamó Bodhi, ríos de agua de lluvia goteaban de su cabello y barba—. Hay que subir. No hay mucho que ver desde abajo.

Cassian le frunció el ceño a Bodhi, luego miró por la ladera del cañón fangoso al brillo distante de las luces del laboratorio. Podría interrogar al piloto, pero su estado de ánimo aún era agrio y no le veía utilidad. O Bodhi conocía la topografía o no; o estaba mintiendo o no.

Se encogió de hombros y siguió a Bodhi por la pendiente rocosa y resbaladiza. Al menos los sacó de lo peor del lodo. Mientras caminaban por la cresta, Bodhi hablaba sobre su tiempo en Eadu. Cassian escuchó a medias las historias del pilotos sobre vuelos de carga, entregando cristal Kyber de Jedha a los científicos locales. Bodhi apenas había sido autorizado (afirmó) para acceder al comedor mientras estaba en el lugar, para refrescarse y repostar antes de regresar a Jedha.

—Si no hubiera comenzado una conversación con Galen en la fila de la comida, le hubiera preguntado de qué droide debería tomar un bocado, tal vez nunca me hubiera preguntado qué estaba pasando aquí. En lo que estaban *trabajando*…

Sonaba demasiado como una mentira para que Cassian realmente lo creyera. Pero también sonaba como una mentira para beneficio de Bodhi, no para Cassian. Si esa era la historia que quería contar sobre conocer a Galen, que así fuera. Si Bodhi tenía *miedo* de Cassian, desesperado por convencerlo de que su deserción era genuina, eso también estaba bien para Cassian.

Finalmente, Bodhi dejó de hablar a medida que el camino se estrechaba. Cassian vio al piloto tropezar y notó la rigidez en las piernas del hombre… la forma en que doblaba las rodillas lo menos posible, más cuanto más se prolongaba la caminata. También notó los moretones oscuros, la carne cruda y raspada en la base del cuello de Bodhi. Estos estaban en gran parte ocultos por el cuello de su traje de vuelo, pero la lluvia había aplastado el traje y los había dejado más evidentes que antes.

—¿Cuánto tiempo te retuvo la gente de Saw Gerrera? —llamó Cassian.

Bodhi se estremeció, pero siguió caminando.

—¿Qué?

Cassian repitió su pregunta.

—Unos días, tal vez —dijo Bodhi, sin mirar atrás.

Cassian pensó en el montón arrugado de hombre que había encontrado en las catacumbas, desnutrido, maltratado y trastornado por el trauma. Menos de un día después, el hombre que lo guiaba por los cañones de Eadu estaba transparentemente

aterrorizado y demasiado ansioso por conversar; pero también estaba haciendo todo lo posible para fingir normalidad en lo que parecía ser una misión suicida. Incluso estaba haciendo un trabajo decente.

Cassian se echó a reír. Fue un sonido breve y gutural que pareció ahogado bajo la lluvia. Bodhi miró hacia atrás ahora, sorprendido y un toque alarmado.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —dijo Cassian. Luego agregó, contundente y casi humillado—. Han sido unos días infernales.

Bodhi sonrió —sólo un movimiento de sus labios—, por primera vez desde que Cassian lo conocía.

Subieron más alto. Cassian podía ahora distinguir una plataforma a través de un valle estrecho… una plataforma de aterrizaje elevada separada del depósito de transbordadores. Pero el camino por la cresta se estaba volviendo cada vez más traicionero. Pronto casi desapareció por completo, y Bodhi se apoyó contra la pared de roca mientras la pantalla brotaba de debajo de sus pies.

—Voy detrás de ti —dijo Cassian, con tanta tranquilidad como pudo reunir. Bodhi parecía enfermo, pero asintió—. Sigue.

Cruzaron el siguiente cambio con agonizante cuidado. Más allá, el camino se ensanchó de nuevo, y después de un ascenso final llegaron a la cima y miraron hacia la instalación Imperial desde arriba. El barrido plano y metálico de la plataforma de aterrizaje colindaba con una serie de viviendas de uso militar y estaciones de laboratorio. Cassian reconoció los diseños prefabricados, pero los laboratorios, al menos, parecían muy personalizados… vio franjas enteras de equipos de antena y generadores desconocidos.

Se arrastró hacia adelante y se arrodilló detrás de una roca, sintió el frío golpe de piedras húmedas contra sus rodillas. Luego, tiró de Bodhi a su lado y sacó sus quadnocs, ampliando y examinando la instalación. Había actividad en la plataforma de aterrizaje: stormtroopers que emergían en formación de uno de los edificios, seguidos de figuras con uniformes de ingeniería azul y blanco. Cassian le tendió los quadnocs a Bodhi sin quitar sus propios ojos de la plataforma.

—Echa un vistazo —dijo—. ¿Ves a Erso allá afuera?

Bodhi levantó los quadnocs, sacudió la cabeza gradualmente y luego se quedó quieto.

—Es él —dijo después de un momento—. Ese hombre es Galen, el del traje oscuro…

Su voz se entrecortaba de emoción. Cassian agarró los quadnocs y volvió a escanear la plataforma. Entre los ingenieros había un hombre de gris y azul, con una cara afilada y angular, y un cuero cabelludo cubierto de mechones de cabello escarchado. Cassian buscó una semejanza con Jyn y la encontró en los ojos del hombre, profundos y fijos.

Galen estaba hablando con los otros ingenieros. La lluvia hizo que todos parecieran empapados y demacrados, disgustados por haber sido llevados afuera tan tarde.

Cassian frunció el ceño. ¿Por qué *estaban* allí? ¿Habían él y Bodhi disparado alguna alarma? ¿Estaban esperando la evacuación?

Casi no se dio cuenta del ruido en la distancia, lo descartó como parte de la tormenta. Pero el sonido era demasiado parejo y se volvió más fuerte demasiado rápidamente. Envolvió un brazo alrededor de Bodhi y tiró del piloto al suelo mientras un transbordador imperial de alas anchas se abalanzaba hacia la plataforma.

—¿Alguna vez sacan a los ingenieros para las entregas? —Cassian siseó.

Bodhi tosió cuando el agua de lluvia se le metió en las fosas nasales, luego sacudió la cabeza vigorosamente.

—Así no. No a esta hora de la noche.

Entonces algo está mal. Tal vez no estaba relacionado con la llegada del U-wing. Tal vez estaba conectado a Jedha… el Imperio limpiando sus instalaciones de producción ahora que la Estrella de la Muerte estaba operativa. El transbordador era un modelo de largo alcance de clase Delta, utilizado para pasajeros más que para carga. Lo que sea que sucediera, ahora podría ser la única oportunidad para actuar.

Cassian dejó los quadnocs a un lado y descolgó su rifle. Comprobó su configuración, la equilibró en las rocas y cambió de posición mientras hablaba con Bodhi.

—Regresa —dijo—, y búscanos una nave en qué huir ¿entendido?

—¿Qué *vas* a hacer?

Cassian echó un vistazo a la mira del rifle, no vio nada más que un desenfoque sobre la plataforma. Ajustó su aumento y filtros, dejó que la computadora interna compensara las capas de lluvia.

—Ya me oíste —dijo. Hizo que su voz se endureciera, trató de borrar cualquier calor que se hubiera desatado entre él y el piloto. No podía permitirse una discusión ahora.

—Pero dijiste que sólo subiríamos a mirar —respondió Bodhi.

Miéntele. Dile que necesitas mantener vivo a Galen y en Eadu, y no que sabe lo que podría significar ese transbordador.

—Ya subí —dijo Cassian—. Es lo que hago. Vete.

La plataforma se cristalizó. Más imperiales emergían de los edificios. Ajustó su puntería y comenzó a buscar la cara de Galen Erso. Escuchó la respiración suave y rápida de Bodhi a su lado.

—¡Corre! —gruñó Cassian.

Las botas de Bodhi arrojaron fragmentos de piedra sobre la chaqueta de Cassian mientras corría.

Durante el vuelo a Eadu, Krennic había avivado la furia en su corazón. Impulsado por la indignación y la humillación, su fuego ardió lo suficientemente brillante como para calentarlo en el frío que barría el transbordador; para evitar el hielo de las gotas de lluvia que lo asaltaron cuando descendió la rampa de embarque hacia la plataforma de aterrizaje.

Las botas de su escuadrón de la muerte chirriaron contra el metal mojado cuando se detuvo y examinó la variedad de stormtroopers, oficiales e ingenieros que tenía delante. Los troopers acorralaron a los ingenieros —miserables como sabuesos mojados, parados en un grupo suelto e indecoroso—, en un extremo, mientras los oficiales superiores de la instalación estaban alineados con el transbordador, haciendo todo lo posible para ignorar su indignidad en presencia de su director. El comandante de la guarnición se adelantó para darle la bienvenida, pero Krennic la rechazó. No tenía interés en retrasar lo que había venido a hacer.

Los ingenieros se miraron nerviosos el uno al otro. Krennic observó a cada uno a su vez, recordó su nombre, estudió su postura. A la mayoría no los conocía demasiado bien. Había seleccionado a Uyohn del Programa Futuros Brentaal —el mismo programa que Krennic y Galen habían completado juntos—, y desde entonces se había sentido ligeramente decepcionado con los resultados. Uyohn estaba de pie, con la expresión vacilante entre el miedo y la ilusión, la desesperada esperanza. Onopin, por el contrario, parecía listo para maldecir en voz alta por la *interferencia burocrática* y enterrar su evidente preocupación bajo una fina capa de orgullo profesional. A Krennic le gustaba Onopin, pero esperaba que permaneciera en silencio esta vez.

Ninguno de ellos mostró ningún indicio de *desafío.*

Krennic miró a Galen Erso. El hombre dio un paso adelante, parpadeando las gotas de lluvia de sus ojos. Se contuvo como si la presencia de Krennic no lo sorprendiera ni le preocupara.

—Excelentes noticias, Galen —dijo Krennic—. La estación de batalla está terminada. Debes estar orgulloso.

—Más de lo que imaginas, Krennic.

Era falsa humildad, por supuesto. Krennic estaba seguro de eso.

—Reúne a tus ingenieros —dijo—, daré un aviso.

Galen apenas hizo un gesto. Los ingenieros se desplazaron, como manadas, de un lado de la plataforma al otro hasta que se pararon ante Krennic y Galen juntos. Se acurrucaron como para compartir calor en la tormenta y evitar su temor colectivo.

—¿Ya están todos? —preguntó Krennic, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí —dijo Galen.

Krennic sonrió con acidez y dijo con cuidado las palabras que había seleccionado a bordo del transbordador:

—Caballeros. Uno de ustedes traicionó al Imperio. Uno de ustedes conspiró con un piloto para enviar un mensaje a la Rebelión. Insto ahora al traidor a pasar al frente.

En el momento justo, el escuadrón de la muerte de Krennic tomó posición y apuntó sus armas a los ingenieros.

Había demasiada gente en la pista de aterrizaje. Cassian mantuvo su rifle apoyado contra la piedra, ignoró el goteo de la lluvia como sudor por su columna y trató de atraer una gota sobre Galen. Pero había stormtroopers en el camino ahora, y su mira no se hizo más clara una vez que el transbordador aterrizó y la multitud se reconfiguró. Se juró a sí mismo y esperó.

Escarbó en su memoria para tratar de identificar al oficial de capa blanca y encontró el nombre de Orson Krennic, una especie de director de un proyecto aparentemente vinculado al destructor de planetas. Si por algún milagro Cassian lograba un segundo disparo, decidió que Krennic sería un excelente objetivo. El Imperio estaría mejor con la pérdida de otro fanfarrón de alto rango.

Pero eso sería un extra. Tenía su misión. Sólo necesitaba que unos pocos stormtroopers e ingenieros inconvenientes *salieran del camino*.

Al menos Bodhi se había ido. Nadie iba a presenciar lo que sucederá después.

Krennic y Galen estaban hablando.

Todavía hay demasiadas personas en la línea de fuego. Cassian necesitaría una historia para Jyn. Lo sabía. Ella no le creería sin importar lo *que* le dijera, pero si él le ofrecía algo plausible y Bodhi respaldaba las partes de su historia que eran ciertas, ella podría no actuar precipitadamente. Sospecharía de Cassian en el fondo de su mente, y él necesitaría cuidarse mientras estuvieran juntos; pero la incertidumbre podría ser suficiente para arrastrarla hacia abajo. Sin su padre y sin un objetivo, su obsesión y necesidad la abandonarían como pus.

Si lograban escapar de Eadu, si ella sobrevivía para regresar a Yavin, él terminaría con ella entonces. Incluso con el fuego apagado, estaría mejor que en la cárcel.

Galen estaba gesticulando. La multitud se reconfiguraba nuevamente, los otros ingenieros se adelantaron. Todavía no hay tiro.

Destruir a Jyn —*eso es lo que sería, puedes admitirlo*— era su mejor opción. Si ella se *daba* cuenta de lo que había hecho, volvería esa necesidad salvaje contra él. Lo querría muerto, probablemente también influiría en los Guardianes de los Whills y Bodhi contra él.

Los ingenieros estaban dispuestos frente a Krennic y Galen. El séquito de troopers vestidos de negro de Krennic se desplegó. Unos pocos pasos más…

Tal vez esa no sería una forma tan terrible de hacerlo. Había asesinado a mejores hombres que Galen, un colaborador imperial… el hombre que había construido un destructor de planetas, condenado sea el remordimiento. Y si Jyn venía por Cassian, moriría por sus crímenes. Había peores muertes.

¿Era eso a lo que había llegado?

Galen dio un paso adelante. Cassian tenía el tiro. Pero ahora respiraba demasiado fuerte. El rifle se levantó y cayó. Sujetó una mano sobre el cañón y lo alojó firmemente contra las rocas.

Estaba cansado de crímenes por los que nunca respondía.

La Estrella de la Muerte es tu respuesta. Termina esta misión, y todo estará perdonado.

Miró a Galen Erso a través de su mira y vio los ojos de su hija.

Con un grito ronco y desigual, apartó el rifle de las rocas y lo dejó en el barro a su lado.

Ninguno de los ingenieros respondió a la acusación de Krennic. Realmente no había esperado que lo hicieran.

—¿Ninguno? —preguntó—. El traidor será ejecutado de todos modos, pero al menos puede morir haciendo una resistencia. Tal vez convierta a alguien aquí… —se pasó una mano enguantada por la plataforma—… con sus últimas palabras.

Onopin estaba abriendo y cerrando la boca, como si estuviera atrapado entre pedirle al traidor que se adelantara e intentar una muestra de indignación silenciosa. Dos de los otros ingenieros miraban a sus compañeros con atención, como si frenéticamente realizaran sus propias investigaciones.

Galen, de pie junto a Krennic, dio un paso adelante y no hizo nada más.

—Muy bien —dijo Krennic—, lo consideraré un esfuerzo en equipo.

Las palabras fueron crueles y dulces. Krennic no sintió vergüenza en obtener satisfacción de la justicia aplicada sin piedad.

—¡Listos! —anunció, y sus troopers comprobaron la configuración de sus rifles con un clic metálico—. Apunten —dijo, y el escuadrón de la muerte apuntó—. ¡Fue…!

Galen tomó medidas al fin.

Se lanzó entre Krennic y los ingenieros, se dio la vuelta y casi resbaló en la plataforma mojada.

—¡No! —gritó, una y otra vez, extendiendo los brazos como si pudiera bloquear los disparos de los soldados—. Alto, Krennic. No disparen. *Yo* lo envié… yo lo envié. Ellos no tienen nada que ver.

Krennic miró a la cara al hombre con el que se había hecho amigo hace mucho tiempo. Esperó.

—Perdónalos —dijo Galen. Empapado, cansado y con los ojos desorbitados, parecía un hombre cuyo genio lo había abandonado.

Krennic torció un dedo hacia Galen. Como reacio, el hombre suplicante dio un paso atrás hacia Krennic.

—Fuego —escupió Krennic.

No vio cómo los rayos carmesí destellaban desde los rifles de sus soldados, no se molestó en mirar los cuerpos de los ingenieros que caían al suelo y chisporroteaban bajo la lluvia. Sus ojos estaban puestos en Galen, y vio la explosión de conmoción y furia en la cara del científico: lo vio tratar de ocultarlo al siguiente instante detrás de una máscara de hierro.

Pero habían pasado mucho tiempo escondiendo cosas, y Galen debía haber sabido que no funcionaría. Krennic agitó su puño en un arco apretado y sintió el dorso de su mano golpear la mejilla y la barbilla de Galen. Galen se tambaleó y cayó de rodillas.

—Disparé tu arma —dijo Krennic—. Jedha. Saw Gerrera. Su banda de fanáticos. Su Ciudad Sagrada. El último remanente de los jedi… —pausó—, se ha ido. Un planeta entero será el próximo.

Galen levantó la vista y, sin temblar ni gritar.

—Jamás van a ganar —dijo suavemente.

Un engaño tan perfecto. Era casi hermoso.

—*¿Dónde oí eso antes?* —preguntó Krennic—. Me pregunto.

En algún lugar en el barro, la lluvia y la oscuridad, Jyn había perdido el rastro de Cassian y Bodhi. Eso no era importante; ella había encontrado su camino por el cañón a la luz de las instalaciones de investigación y hacia la base de una plataforma de aterrizaje. Era donde necesitaba estar, donde su misión de encontrar a su padre la había guiado. Era la respuesta a la grabación que se reproducía en la oscuridad de su mente, y las palabras de Galen Erso se hicieron más claras y más fuertes con cada paso.

Había necesitado tiempo para encontrar un camino hacia arriba —no había un camino sin protección para llegar a la plataforma o las estructuras colindantes desde el fondo del cañón—, pero había localizado una escalera de servicio construida contra la pared del cañón y comenzó a subir. Los peldaños estaban medio resbaladizos con agua rociada contra ellos por la brisa, y donde no podía agarrarla con fuerza, enganchó su brazo sobre el metal y tiró, forzando los hombros y pateando hasta que encontró apoyo. Hizo esto una y otra vez, impulsando el pensamiento, la esperanza y la desesperación benditamente de su mente, hasta que ella fue sólo el cuerpo de Jyn, quien subiría a la cima o caería. No regresó a sí misma hasta que la plataforma estuvo al alcance y escuchó voces suaves amortiguadas por el golpeteo de la lluvia.

No dudó en ascender a la plataforma. No era una elección segura, pero sus manos enguantadas se habían adormecido y había comenzado a resbalar un poco más con cada peldaño. Prefería morir en movimiento que morir por precaución.

El frío metal de la plataforma se sintió reconfortante contra su cuerpo boca abajo. Sin embargo, no tuvo tiempo de descansar. Un par de botas blancas se pararon frente a ella y el cañón de un rifle bajó hasta su cabeza. Levantó la mano para apartar el bláster, se abalanzó para arrebatarlo del alcance del stormtrooper. Con un sólo movimiento se levantó y giró, barriendo al trooper del borde de la plataforma y enviándolo al abismo. Su cabeza golpeó la pared de roca al instante. Nunca gritó.

Jyn acomodó el rifle debajo de su brazo y miró a su alrededor. Todavía podía escuchar voces, pero había tenido suerte; había ascendido detrás de una fila de cajas de

carga, y su escaramuza había pasado desapercibida. Se arrastró hacia adelante, con la cabeza baja, y miró alrededor de una caja a la reunión en la plataforma.

Lo que vio fue esto:

Stormtroopers de blanco, extendidos por la plataforma y observando los procedimientos con sus armas a los lados.

Oficiales imperiales de varios rangos, de pie infelizmente bajo la lluvia.

Media docena de cadáveres, recién asesinados con heridas aún humeantes.

Stormtroopers de negro, como los que habían ejecutado a su madre en Lah'mu.

El hombre de blanco que había ordenado la ejecución de su madre.

Y su padre, arrodillado ante el hombre de blanco y mirando hacia arriba con piedad.

Era una escena fuera de su memoria interpretada en un nuevo escenario: una recreación imposible de pesadilla en beneficio de la niña que había corrido a la cueva.

Pero esa niña fue enterrada en la tierra húmeda debajo de la escotilla en la mente de Jyn. Sus gemidos de angustia y terror fueron silenciados.

Con manos temblorosas, Jyn levantó su rifle y apuntó al hombre de blanco.

Cassian se sentó entre las rocas en la cresta y observó.

Había *elegido* mirar. Al dejar a un lado su rifle, había perdido su misión, traicionado sus juramentos, hablados e implícitos, a Draven e Inteligencia de la Alianza. En otras circunstancias, tal traición podría sentirse liberadora. Tal como estaban las cosas, no pudo hacer nada mientras el hombre que había perdonado estaba listo para la ejecución.

Había sido incapaz de detener la matanza de los ingenieros. Si hubiera disparado contra la multitud, podría haber acabado con un stormtrooper, pero no habría hecho ningún bien duradero. No es que la intervención fuera necesariamente de su interés… las vidas de los investigadores imperiales no eran vidas que despertaran emoción en su pecho.

Pero parecía obsceno que el destino o la Fuerza o los antiguos dioses de Eadu mataran a Galen Erso tan pronto después de que Cassian hubiera tomado su decisión. Observó la escena en la plataforma a través de sus quadnocs, examinó el escenario en busca de algo que pudiera interrumpir lo que parecía que iba suceder después.

Lo que encontró para su sorpresa fue a Jyn… alzándose sobre el borde de la plataforma y arrojando a un stormtrooper a su fin.

¿Qué estaba ella *haciendo*a ahí?

Adivinó la respuesta en el momento en que hizo la pregunta.

No tuvo tiempo de considerar cómo podría actuar sobre la información antes de que su comunicador silbara con estática y se escuchara la voz urgente de K-2.

—Cassian, ¿puedes oírme?

Tomó el comunicador con una mano y se lo llevó a la boca.

—Aquí estoy —intentó vigilar a Jyn mientras ella se arrastraba por las cajas de carga apiladas a un lado de la plataforma—. Lo reparaste.

—Afirmativo, sí. ¡Bueno hay un problema! Se acerca un escuadrón de la Alianza.

Cassian luchó por escuchar las palabras a través de la distorsión y la lluvia.

—¡Despeja el área!

Su cerebro filtró el significado del ruido un segundo después.

—No —escupió—. No, no, no, ¡que no vayan a atacar todavía! ¡Jyn está en esa plataforma!

Si Draven había enviado un escuadrón de cazas, lo había hecho para completar la misión: eliminar a Galen Erso nivelando las instalaciones de investigación y ocuparse de cualquier objetivo blando en el terreno.

Los pilotos no sabrían sobre Cassian y los demás. Draven probablemente no se hubiera molestado en informarles; no los habría enviado si pensara que Cassian todavía estaba vivo.

Cassian miró la plataforma, la figura sombría de Jyn, y pensó para sí mismo: *nos he matado a todos*.

La cuenta regresiva de Draven se estaba acercando a cero. Se extendían rumores alrededor de la Base Uno de que *algo* había sucedido en Jedha, y si los rumores se extendían sobre Yavin, ciertamente se habrían arrastrado a regiones más civilizadas de la galaxia. Tenía que informar al Consejo del Alto Mando de la Alianza sobre el destructor de planetas y la misión a Eadu.

Más precisamente, tenía que informar a Mon Mothma. No tenía tiempo para el consejo en su conjunto, y Mothma —por mucho que Draven no estuviera de acuerdo con sus estrategias—, podía ser brutalmente directa cuando estaba arrinconada. La ex-senadora y actual jefa de estado de la Alianza no estaba por encima de jugar a la política sucia, y Draven ocasionalmente la había sorprendido jugando más sucio de lo que le gustaba admitir; pero en el asunto del destructor de planetas, confiaba que ella pondría el pragmatismo por encima de la política arriesgada.

Estaba a medio camino de la oficina de Mothma en los niveles superiores del zigurat cuando lo convocaron de regreso al centro de comunicaciones. Bajó dos tramos de escaleras; su uniforme se aferraba al sudor de su espalda cuando llegó.

—¡General! —el cabo Weems saludó y le hizo un gesto hacia una terminal—. Señal débil de Eadu. Es el U-wing del capitán Andor: voz completa, sin cifrado.

—¿Qué? —*debieron perder todo el conjunto de comunicaciones, en lugar de ser manipulado*. Tomó asiento y se encorvó sobre la consola—. Pongan en alta voz.

Una voz débil y metálica habló. El tono era casi relajado.

—El capitán Andor solicita que retrasen apoyo del escuadrón —*el droide mascota de Andor*. Draven se inclinó más cerca del altavoz de la consola, apretó la mandíbula al escuchar el resto del mensaje—. Fuerzas aliadas en el área. Por favor confirmen.

Draven maldijo por dentro e hizo un gesto rápido a Weems.

—Contacten al líder del escuadrón —dijo—, ¡de *inmediato*!

Weems parecía tan horrorizado como si hubiera sido acusado de deserción.

—Enviaron un mensaje hace tres minutos. Ya están atacando, señor.

Maldito sea todo.

Draven asintió lentamente. Las posibilidades brotaron en su mente. Las opciones desesperadas florecieron. Una por una, las iba desechando.

Si el escuadrón estaba atacando, pedirles a los pilotos que aborten ahora sólo les daría tiempo a los Imperiales para atrincherarse. Los muertos no volverían a la vida. Cualquier sobreviviente del equipo de Cassian quedaría sin apoyo y sería vulnerable a la captura. La misión ciertamente fracasaría.

—Si puede enviar un mensaje —dijo—, deje que el Escuadrón Azul sepa lo que sabemos. —No es que haya algo que el escuadrón pudiera hacer al respecto—. Y en cuanto al equipo de Andor… —Suspiró. *A veces las personas buenas se encuentran con malos fines*—, diles —terminó—, que la Fuerza les acompañe.



BAZE HABÍA PERMITIDO QUE CHIRRUT lo guiara por la cresta. Había tomado la delantera con suficiente frecuencia, empujó a Chirrut a un lado para no pisar un tramo desmoronado de roca estrecha, o se iba a buscar caminos donde la cresta se volviera menos escarpada, pero había sido Chirrut el que insistía en ir «más alto», hasta que estuvieron juntos en la cima, mirando muy por debajo a los caminos retorcidos y la instalación de investigación.

—Dijiste que estábamos siguiendo a *Jyn* —gruñó Baze.

—¿Por qué eres tan literal? —preguntó Chirrut. Su sonrisa era juguetona, casi presumida.

Baze gruñó en respuesta. Era una vieja costumbre, una forma de asegurarle a Chirrut su presencia sin palabras. Dudaba que su compañero lo apreciara en lo más mínimo.

Poco tiempo después, tenía el cañón ajustado y el ojo en la mira. Había una reunión en la pista de aterrizaje de la instalación. Espiaba a los stormtroopers y oficiales, un transbordador descendía. Miró la cara pálida y bien afeitada de un joven capitán imperial, arrogante y sonriente ante algo que su vecino había dicho.

Era la cara de un hombre que tenía el lujo de pensar en algo más que la muerte. Algo más que la ruina de todo lo que había amado.

—Baze —dijo Chirrut.

Baze se preparó para apretar el gatillo de su cañón. Para quemar la plataforma con más rayos láser que gotas de lluvia había en Eadu.

—Siento ira en ti —dijo Chirrut.

Que los imperiales también lo sientan, pensó Baze.

—Esto no es para lo que vinimos —dijo Chirrut. Ahora no había nada de diversión en él—. Esto no resuelve nada.

Baze bajó su arma y se volvió hacia su compañero.

—Destruyeron nuestro *hogar*. Los mataré.

Chirrut no dijo nada. Pero la calma imperturbable del ciego, el viento que tiraba de su ropa y la lluvia que golpeaba su cuero cabelludo, parecían liberar algo de la ira de Baze. Con el tiempo, Baze se dio la vuelta y se alojó entre las rocas, observando lo que sucedía en la plataforma a simple vista. Los imperiales solo eran puntos de esa manera. *Es más difícil odiar a un punto*.

—Entonces, ¿a qué vinimos —preguntó Baze—, si no es por venganza? ¿Somos lacayos de la Rebelión ahora?

Chirrut golpeó el suelo con su bastón, buscando el borde del acantilado antes de agacharse al lado de Baze.

—El capitán Andor es el único lacayo de la Rebelión aquí. E incluso él no puede durar mucho más.

—Entonces, ¿por qué seguir a Jyn?

Había permitido que Chirrut liderara el camino hacia la cima. Había permitido que Chirrut lo guiara en muchas cosas, y hace mucho tiempo aprendió a no exigir respuestas. Pero el dolor había convertido todas sus lecciones en andrajos. Hoy no era un día para las evasiones de un Guardián de los Whills.

Chirrut lo sabía, por supuesto.

Tantos años juntos, ¿cómo podría no hacerlo?

—Porque ella *brilla* —dijo Chirrut, y colocó una mano sobre el hombro de Baze.

Durante unos pocos minutos, hubo serenidad bajo la lluvia en la cima de la montaña.

Entonces el cielo rugió y los cazas estelares abrieron rastros de fuego sobre ellos, silenciando la tormenta.

La alarma comenzó a sonar segundos antes del primer tiro. La puntería de Jyn se deslizó de su objetivo. Luego vio el descenso del X-wing, vio el destello de sus cañones láser. La descarga atravesó la plataforma, prendiendo fuego al metal y enviando olas de chispas patinantes en todas las direcciones. Los stormtroopers y los oficiales golpeados directamente por las explosiones murieron instantáneamente, quemados a carbón. Los que estaban en los bordes de la descarga gritaron, se cubrieron las heridas y corrieron.

Jyn se retiró detrás de las cajas de carga, inspirando una respiración irregular del aire repentinamente humeante. El X-wing se estabilizó de su picado. Oyó que sus cañones seguían latiendo, el sonido se desvaneció rápidamente cuando el caza pasó volando por la plataforma.

No se molestó en preguntarse de dónde había venido el atacante. Sabía, sin embargo, que no habría venido solo. El aullido de la alarma pareció débil después del asalto. Alguien gritaba órdenes de lanzar los cazas, devolver el fuego. Jyn aprovechó la oportunidad para salir de detrás de su cubierta y escanear la plataforma en busca de su padre.

Estaba donde ella lo había dejado, todavía cerca del hombre de blanco que gritaba furiosamente… el fantasma de pie en medio del caos, amenazando con matar a la madre de Jyn nuevamente con el simple hecho de su existencia.

Pero su padre se estaba enderezando, parándose inestable. Estaba *vivo*.

Quería correr hacia él. Olvidó todos los temores que había tenido sobre su reunión. Pero ahora dos X-wings más habían comenzado su pasada de ataque y el cegador carmesí del fuego láser, el calor del agua de lluvia hirviendo contra sus mejillas, abrumaron a Jyn por un segundo, dos, tres. Parpadeó las manchas de sus ojos y cenizas de sus pestañas y

corrió, con la cabeza baja y el rifle acunado en ambos brazos. Hizo a un lado a un jadeante oficial y saltó sobre el cuerpo en llamas de un stormtrooper.

—¡Papá! —gritó.

Galen volteó. Él la vio. Por primera vez en casi quince años, el padre de Jyn la estaba mirando.

Ella siguió corriendo, luchando por encontrar tracción en el metal mojado. Vio que el hombre de blanco dejaba de gritar órdenes y giraba hacia ella, sacando su arma. Ella no rompió el paso; levantó su rifle, lista para matar al fantasma para alcanzar a su padre.

Si el hombre de blanco alguna vez disparó, Jyn no lo sabía. Su cuerpo se adormeció cuando una onda de choque la golpeó, mientras el trueno y el metal destrozándose asaltaron sus oídos. Sintió que sus pies abandonaban el suelo y su cráneo golpeó el acero. Todo lo que vio del torpedo de protones que golpeó la plataforma fue una incandescencia cegadora.

Se preguntó si su padre la había reconocido.

La plataforma estaba ardiendo. Cassian no veía nada más que humo aceitoso, llamas bajas y siluetas arrastrándose por el pandemonio. No tenía objetivo, ni medios para intervenir.

—Jyn —susurró—. No.

Ni siquiera sabía si ella estaba con vida.

Con el rifle colgado sobre un hombro, corrió. Se deslizó a medias por la cresta fangosa, clavando el talón delantero en la ladera para evitar caer rodando. Cuando tuvo suficiente terreno para maniobrar, se dirigió hacia las instalaciones de investigación y la plataforma, esperando que su camino estuviera despejado en la oscuridad.

Sabía que estaba corriendo hacia la catástrofe. Las posibilidades de que él llegara a Jyn —*si es que* había sobrevivido—, eran escasas. Los imperiales le dispararían al verlo, y no había tiempo para el sigilo. El escuadrón rebelde continuaría atacando hasta que fuera extraído o hasta que la instalación fuera enterrada en escombros. Pero ahora estaba libre de su misión, y si no podía salvar a Jyn…

Tenía que salvarla.

El cielo estaba en llamas con energía verde y roja. Los TIE fighters se habían unido a la batalla, lanzándose en picado para interceptar X-wings rebeldes y bombarderos más lentos. Las ráfagas de fuego de las torreta sdesde puntos alrededor de la instalación de investigación y a lo largo del borde del cañón brillaban y zumbaban. Cassian vio un X-wing atrapado en el fuego cruzado; giró y se lanzó hacia las rocas. No podía ver dónde golpeó, pero el rugido de su muerte hizo eco en todo el valle.

Cayó tanto como corrió, cayendo por el aire libre y aterrizando sobre sus talones o rodando antes de levantarse y reanudar su paso. Un pensamiento surgió en su cerebro: si

encontraba a Jyn, ¿a dónde irían? Todavía estaban atrapados en Eadu. Pero no importaba; eso no cambiaba la inmediatez de sus necesidades.

Un gran rayo brillante cruzó por encima como un meteorito. El rayo golpeó a uno de los TIE fighters, enviándolo en espiral a través de la lluvia hasta que chocó con una torreta. La flor blanca que siguió iluminó a Eadu hasta donde Cassian podía ver. Cuando miró hacia atrás, al rastrear la imagen secundaria del camino del rayo hacia su fuente, vio dos siluetas humanoides de pie muy por encima de él en la cresta.

Una de las siluetas llevaba un bastón.

El U-wing estaba en llamas, estrellado —intencionalmente o no, Bodhi no estaba seguro—, durante la maniobra errática de un TIE fighter sobre el cañón. El escuadrón de X-wings de la Alianza Rebelde, al igual que los rebeldes de Saw en Jedha, no parecía tener ningún interés particular en si Bodhi vivía o moría. Y de los compañeros con los que se había juntado —los compañeros que casi habían comenzado a tolerarlo—, el único que quedaba era el droide que, según sospechaba Bodhi, quería que lo encerraran.

—¿Te gustaría que te cargue? —preguntó K-2SO mientras se alejaban apresuradamente del casco en llamas del U-wing. Los pasos del droide eran marcadamente más lentos que los de Bodhi, pero sus largas extremidades cruzaban el doble de distancia con cada paso.

—¡No! —dijo Bodhi. Era más aliento del que tenía de sobra.

—Podría llevarte de todos modos —dijo el droide—. De esa manera no tendrías que elegir.

Bodhi se detuvo tambaleándose y se palmeó las rodillas, bajó la cabeza jadeando por lo que sabía que era demasiado tiempo.

—No —logró por fin—. No, escucha. Necesito que confíes en mí, ¿de acuerdo? Debes seguir mi ejemplo y no decir *nada* a menos que alguien te lo pida.

La lluvia rebotó en la placa del pecho del droide. K-2SO miró a Bodhi estudiándolo.

—La *confianza* es una cuestión de grado —dijo—. Realmente no te conozco, Bodhi Rook.

Bodhi se encogió y sacudió la cabeza *¡No hay tiempo!* Los otros estaban esperando. Galen Erso estaba esperando. Quería gritar. En cambio, habló.

—Sí me conoces —dijo—. Mira… tú, yo —golpeó con el dedo el emblema imperial en el brazo del droide, luego el símbolo idéntico en su traje de vuelo—. Los dos lo tenemos, y los dos estamos aquí de todos modos. Los dos queremos detener a la Estrella de la Muerte, ¿verdad? ¿Ambos queremos ayudar a la Rebelión?

El droide no respondió. Bodhi hablaba demasiado rápido ahora, pero si alguien pudiera entenderlo, sería una máquina.

—Cassian te reprogramó, ¿verdad? ¿Tal vez? Eres leal a él, lo entiendo. Galen Erso *me* reprogramó. Todavía podemos hacer bien esta misión, y queremos lo mismo, pero tienes que dejarme liderar el camino…

Algo explotó en la cresta del cañón. La luz hacía que K-2SO pareciera fantasmal… una sombra demacrada con ojos mortalmente brillantes.

—Muy bien, entonces —dijo K-2SO.

Bodhi asintió enérgicamente, irregularmente, y se volvió para mirar hacia el puerto de transbordadores. Nunca tuvo la intención de volver a Eadu. Nunca tuvo la intención de volver a pisar una guarnición imperial después de desertar. Galen lo había hecho sonar *simple*, como si pudiera entregar el mensaje a Saw Gerrera y escabullirse a algún lugar fuera del Imperio, en algún lugar donde la Rebelión lo escondería y le pagarían un buen dinero por todo el bien que había hecho.

Sospechaba que ese plan nunca había estado realmente en las cartas. Pero nunca había sido un buen jugador, y no podía culpar al crupier por eso.

—Si comienza una pelea —dijo Bodhi—, trata de no lastimar a nadie innecesariamente.

—Siempre lo intento —respondió el droide.

Bodhi se dirigió hacia las brillantes luces del puerto de transbordadores y rezó para poder encontrar un camino fuera del mundo.

Jyn se despertó con algo ardiendo en sus pulmones y el olor a muerte en sus fosas nasales. Cuando tosió, la sacudida le envió agujas de dolor desde el cuello hasta la parte baja de la espalda. Rodó sobre su pecho, se puso de rodillas y se alzó con su mano derecha para estabilizarse en la plataforma, sólo para encontrar sus dedos trazando los bordes calientes y carbonizados de un agujero que abarcaba gran parte de la plataforma de aterrizaje. A su izquierda había un cadáver demasiado negro y ensangrentado para identificarlo.

Concluyó que estaba viva.

¿Dónde estaba su padre?

—¡Director! —alguien llamó—. ¡Tenemos que evacuar ya!

Miró hacia el ruido. A través del humo espeso, vio a dos de los stormtroopers negros que sostenían al hombre de blanco, guiándolo más allá de los fuegos en la rampa de embarque del transbordador. Cuando la rampa comenzó a cerrarse, el hombre de blanco echó una última mirada hacia un cuerpo al otro lado del agujero de Jyn.

El cuerpo de Galen.

Jyn se obligó a ponerse de pie y sintió que la agonía le retorcía la columna. Trató de correr y dio zancadas incómodas y pesadas. Si alguien hubiera intentado dispararle, habría muerto al instante, pero nadie se molestó. Oyó pasos y gritos. No vio a nadie más a través del humo.

Las gotas de lluvia la rociaban y una fuerte ráfaga de aire cálido la hizo caer de rodillas nuevamente. Cuando el transbordador se levantó de la plataforma, el empuje de su motor aumentó hasta que Jyn se deslizó hacia el borde de la plataforma. Se postró, arañó el resbaladizo metal con la punta de los dedos, y sólo la ascensión final del transbordador la salvó del destino del stormtrooper que había matado antes. Mientras se arrastraba del precipicio y se tambaleaba, vio que tenía las uñas agrietadas y cubiertas de hollín.

Temblando, volvió sobre su camino. Pronto ella estuvo más estable. Entonces corría al lado de su padre. Se arrodilló en cenizas, envolviendo sus brazos alrededor de Galen y atrayéndolo contra su pecho.

Era muy *ligero*. Una hoja arrugada de un hombre.

Pero estaba caliente. Estaba respirando.

—Papá —susurró—. Papá, ya vine. Soy Jyn.

Su cabeza cayó y miró las nubes antes de finalmente girar hacia ella. Había dolor en su rostro, desconcierto y una alegría en la que parecía no confiar por completo.

—¿Jyn? —dijo él, y ella asintió. Sus ojos ardían por el humo y lágrimas.

Mi padre está vivo.

Mi padre está muriendo.

—Mi Estrella —dijo, moviendo los labios con cuidado excesivo—, como si quisiera que ella reconociera la palabra incluso si le fallaba el aliento.

Ella acarició su cabello mojado y sucio. Como Saw, él era una sombra del hombre que ella recordaba. Donde ella había crecido, él se había marchitado. Incluso el hombre en el holograma había sido más sólido que el hombre que sostenía ahora.

Se sorprendió al darse cuenta de que no sentía odio en absoluto. No había nada que odiar. Sólo un hombre moribundo que la amaba y que había agotado todo lo demás que era.

Sus confesiones también la abandonaron. Este no era un hombre que necesitaba escuchar lo que había hecho la Estrella de la Muerte, o la fe en él que había perdido, o los hechos que Liana, Tanith y Kestrel habían cometido cuando él se había estado diciendo a sí mismo: *si eres feliz, Jyn, entonces eso es más que suficiente.*

Estaba hablando de nuevo, observando con triste intensidad.

—Deben destruirla. Alguien debe destruirla.

—Sí, lo sé. Lo haremos —dijo, serena, tranquilizadora, temblando mientras se inclinaba lo más cerca que podía—. Papá, escuché tu mensaje. El holograma, lo vi.

No estaba segura de que la escuchara.

Galen se humedeció los labios.

—Mírate… tengo mucho que contarte.

Dolorosamente lento, levantó un brazo. Su muñeca se retorcía casi imperceptiblemente cuando sus músculos se tensaron. Tres dedos suaves se arrastraron por la mejilla de Jyn y luego cayeron.

—Papá… —sentía la garganta espesa—. No. No…

Ella apartó el pelo de su frente. Estaba cálido, pero su pecho ya no subía ni bajaba… ni siquiera con las pequeñas respiraciones de un animal herido que luchaba por sobrevivir.

—Papá… ¡Papá! Despierta.

Miró hacia adentro, hacia la cueva en su mente, pero el holograma había desaparecido y sus palabras ya no hacían eco. Ahora sólo había oscuridad y vacío. No quedaba nada para protegerla, protegerla o guiarla.

No soltó a Galen, a su padre, cuando un cuerpo en armadura blanca salió del humo y apuntó. Buscó su rifle y no encontró nada; no podía recordar cuándo se le cayó. Apretó el cuerpo con más fuerza y se preparó para una última descarga de dolor.

Escuchó el disparo. Vio caer al stormtrooper. Cassian salió del humo detrás de él y estuvo a su lado en un instante, con las manos en los brazos y tratando de enderezarla, alejarla de Galen.

—Jyn, hay que irnos. Ya.

Ella no entendía de dónde venía él, de la misma manera que no comprendía el ataque de los X-wings. La comprensión no haría ninguna diferencia.

—No lo dejaré —dijo.

—Escúchame —firme, pero no áspero, él desenrolló sus dedos del cuerpo de su padre. El calor de Galen se desvaneció, reemplazado por el frío de la lluvia—. Se ha ido. No hay nada que hacer. Levántate.

Su padre cayó al metal.

—No puedo dejarlo —dijo Jyn, y se sorprendió al escuchar la fuerza en su voz.

—Rápido —presionó Cassian. Levantó a Jyn a sus pies. El dolor recorrió su cuerpo y pareció activar sus nervios. El humo le dolía al respirar. Unos pasos corrían hacia ellos. La plataforma misma estaba gimiendo.

Tenía que irse o morir con su padre.

—¡Vámonos! —la instó Cassian.

Ella tomó su mano y dejó que le mostrara el camino de salida.

Cassian había visto a Jyn rota y atrapada dentro de sí misma en el monasterio de Jedha. Lo que vio ahora era diferente: estaba alerta, muy consciente de su entorno y de sus decisiones. Sólo necesitaba asegurarse de que ella decidiera seguir con vida.

Ya le había fallado a su padre.

Mantuvo una mano en el brazo de Jyn y la otra en su rifle mientras se abría camino alrededor de los incendios y abría agujeros en la plataforma. Sabía que su tiempo era corto. Había visto al escuadrón rebelde salir del cielo poco antes de encontrar a Jyn; ahora los imperiales estaban luchando mientras el infierno desatado por las bombas se extendía por las instalaciones. La mitad de la guarnición estaba buscando intrusos mientras que el resto corría para evacuar.

Cassian había encontrado un turboascensor de carga, sin vigilancia en el caos, para llevarlo a la plataforma. Había llevado a Jyn media docena de metros hasta la puerta cuando un escuadrón de stormtroopers emergió de una de las estructuras vecinas. Cassian levantó su rifle —eran demasiados para acabarlos, pero podía cubrir a Jyn—, y observó una rápida descarga de saetas de partículas que derribaban a los troopers como muñecas de juguete.

Los rayos habían venido de la dirección de la cresta. Sólo había visto a un francotirador eliminar a un escuadrón tan rápido una vez antes.

Gracias, Baze, pensó, y corrió hacia el turboascensor.

—Vamos —llamó a Jyn—. ¡Rápido!

Disparó tres tiros cuando más stormtroopers se vertieron en la pista de aterrizaje. No vio si atinó a sus objetivos; en su lugar, miró a Jyn. Ella estaba mirando hacia su padre.

Cuando volteó hacia Cassian, había hielo en sus ojos. Pero corrió con él.

Pronto estuvieron en el suelo del cañón, chapoteando a través de charcos y pateando piedras detrás de sus talones. Interminables bombardeos de rayos carmesí cayeron desde la plataforma de aterrizaje. Cuando Cassian y Jyn rodearon la base de un pilar rocoso, más explosiones de partículas sonaron detrás de ellos. Cassian intentó contactar a K-2 por su comunicador y falló. Pronunció los nombres de Baze y Chirrut en el comunicador antes de recordar que no tenían comunicadores.

Vio a los stormtroopers en el cañón desplegándose, tomando una formación de caza. En un terreno familiar, Cassian podría eludirlos. Pero apenas podía ver un tiro de piedra por delante y brillaría como un faro para cualquier sensor de calor. Sin un respiro, él y Jyn estarían muertos lo suficientemente pronto.

—Los cazas estelares —dijo Jyn, con grava en su voz—. ¿Puedes llamarlos de vuelta?

Ella tenía el pelo pegado a la cara. Unas rayas de ceniza le cubrían las mejillas y barbilla. Parecía que había salido de su propia cremación para vengarse del mundo que le había hecho mal.

—No puedo —dijo Cassian—. Se fueron.

—¿Pero son de la Alianza? —parecía una acusación más que una pregunta—. Son *tuyos*.

—No están a mis órdenes —aclaró Cassian—, y no tengo forma de contactarlos. *No pueden salvarnos*. —No podía decir lo que estaba pensando, no podía adivinar en qué podría concentrarse después en su angustia—. Estamos solos, Jyn.

Una ráfaga de rayos láser se disparó contra la roca cercana. Jyn miró impasible más allá de Cassian a las tropas fantasmales con armadura blanca.

Un rugido repentino y una ráfaga de viento casi golpearon a Cassian contra la piedra. Elevándose sobre la cresta de una montaña, descendiendo hacia Cassian y Jyn llegó un transbordador imperial… no el que Cassian había visto en la plataforma, sino un crucero de clase Zeta desgastado y maltratado construido para transportar carga. Montaba los vientos de tormenta como un bote flotando en un remolino, pero se estabilizó a medida

que se acercaba al suelo. Los cañones láser se movieron sobre su tren de aterrizaje, adquiriendo objetivos, y escupieron hacia los soldados en la niebla. Los stormtroopers gritaron y cayeron en montones ardientes.

Cassian quería reír. *Gritar*.

La rampa de embarque del transbordador chirrió al descender de la nave flotante, las láminas de metal cantaban al viento. Una voz vino desde adentro:

—¡Rápido, suban ya! —silueteado contra la luz interior estaba Bodhi, saludando frenéticamente.

Cassian y Jyn corrieron juntos y treparon por la rampa. Bodhi sonreía ampliamente, pero cuando vio a Jyn —sombría e implacable—, se le cayó la cara. Cassian sintió que la nave se elevaba debajo de él y se dio la vuelta, casi tropezando por la puerta y mirando a través del manto de lluvia. Vio lo que estaba buscando y gritó hacia la cabina.

—¡Espera, *espera*, Key!

Chirrut estaba bajando por una ladera de roca, golpeando el suelo con su bastón en una mano y llevando su arco ligero adornado en la otra. Baze lo siguió, girando su torso y nunca bajando su cañón mientras observaba la persecución. Ambos hombres irrumpieron por la rampa y entraron en la bahía del transbordador de carga.

Cassian miró el arco de Chirrut con un nuevo agradecimiento.

—¿Destruiste un TIE fighter con esa cosa?

—No lo elogies —gruñó Baze, con el pecho agitado por el aliento—. Tienes suerte de que no te haya dado.

Bodhi presionó un interruptor y la rampa comenzó a cerrarse. Mientras corría hacia la escalera de la cabina, gritó:

—¡Bien, Key-Tu, todos a bordo! ¡Sácanos!

—Entendido —la voz del droide respondió débilmente—. Lanzando y partiendo.

La cabina se sacudió cuando la lanzadera salió del cañón, rodeó un afloramiento y comenzó un rápido ascenso hacia el cielo. Siguió una serie de explosiones distantes y estruendosas… algunas recortadas y agrupadas, otras prolongadas. *El laboratorio*, pensó Cassian. Los incendios habían encontrado los cristales Kyber, o algún otro material volátil en el sitio.

Eso limitaba la probabilidad de persecución, al menos.

Cuando los sonidos de la tormenta y la destrucción se desvanecieron, el transbordador se estabilizó. Estaban dejando la atmósfera. Cassian se dejó caer contra la red de carga para recuperar el aliento y sintió que la exuberancia del escape se reemplazaba por la fatiga. Miró a Baze y Chirrut y vio que ambos tenían expresiones sombrías.

Esperaban a Galen Erso.

Bodhi casi seguramente también lo hacía.

Cassian no miró a Jyn en absoluto.

Krennic se despertó con el sabor del polvo y el humo, tosiendo de inmediato y expulsando un montón de flema negra.

Estaba a bordo de su lanzadera, sujeto a un asiento. Pterro, su ayudante, se arrodillaba a su lado. Krennic rechazó una pregunta sobre su salud y trató de descifrar cómo había llegado. Recordó la explosión del torpedo. Había llegado al transbordador antes de desmayarse.

—Los rebeldes —gruñó—. ¿Un intento de asesinato?

—Sí, señor —respondió Pterro—. Reconocimiento en tierra y un escuadrón de X-wings, por lo que parece.

Algo le preocupaba a Krennic sobre ese resumen —sintió la ausencia de algún elemento como un diente perdido, captó un destello de cabello oscuro y sintió un nudo olvidado en su hombro—, pero era un problema para más tarde. Continuó revisando el revoltijo de imágenes en su mente.

—¿Galen Erso? —preguntó.

—No sobrevivió el ataque, señor.

La mandíbula de Krennic se tensó. Por un instante, el olor a cenizas fue abrumador, inundando su cerebro hasta que las náuseas y el vértigo lo asaltaron.

Jamás van a ganar.

Pero él había ganado, o lo suficientemente cerca. Galen había admitido su traición… aunque, por supuesto, había necesitado que Krennic desempeñara el papel de opresor. Como lo había hecho en Lah'mu, Galen había organizado un escenario en el que se alejarían héroe y villano; en el que Galen pudiera envolverse en una indignación justa cuando comenzara de nuevo el trabajo.

Sólo que Galen realmente no se había alejado esta vez.

Los pilotos de los X-wing habían dado a Krennic una venganza sin reconciliación. Puede que todavía hubiera usado a Galen de alguna manera, aunque bajo una vigilancia estrecha. Ahora recordaría al hombre no como un científico brillante sino como un potencial desperdiciado; como poco más que la marioneta de Wilhuff Tarkin.

Krennic tosió cuando el polvo y la bilis se elevaron nuevamente en su garganta. Rechazó la ayuda de Pterro, se pasó los dedos enguantados por la cara y se calmó. *Tal vez la muerte de Galen fue lo mejor*, pensó. Había grados de traición, y algunos nunca podían ser perdonados.

—¿Señor?

Pterro estaba parado sobre él, la esquina de su boca temblando.

—Escúpelo, hombre —gruñó Krennic. *Ya había perdido suficiente tiempo sin conocimiento en un día muy ocupado*.

—Recibimos nuevas órdenes mientras estaba ocupado —dijo Pterro. De nuevo, dudó—. Se le ordenó ir a Mustafar. Lord Vader quiere hablar con usted.

¿Darth Vader?

La mano derecha y el verdugo del Emperador. Aliado de Wilhuff Tarkin. Una convocatoria de Vader era un mal augurio, pero la reunión también podría ser la oportunidad que Krennic necesitaba.

—Establezcan el curso —Krennic se encogió de hombros—. No queremos hacer esperar a su señoría.

Se miró a sí mismo y se alisó el uniforme con un tirón. Notó manchas negras de humo y metal carbonizado, una mancha roja donde alguien —probablemente él—, había sangrado. Se preguntó si tendría tiempo de limpiarse antes de llegar.

O tal vez Lord Vader respetaría a un hombre que había visto el combate.

DATOS COMPLEMENTARIOS: NOTAS DE INGENIERÍA DE LA ESTACIÓN DE COMBATE

[Documento #YM3884L («Soluciones de Distribución de Radiación Residual»), con fecha y hora aproximadamente 18 meses antes de la Operación Fractura, enviado por el Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran a Galen Erso.]

Erso:

Hice que los droides generaran un nuevo Reporte de Seguridad y Compatibilidad de Sistemas que incorpora los ajustes propuestos por su equipo al núcleo del reactor. Los nuevos planes activaron una docena de advertencias del subsistema y escupieron una mancha roja brillante en la línea etiquetada como «Unidad de Aniquilador Hipermateria». No me molesté en preguntarle a mi astromecánico *qué tan malo* podría ser… una línea roja en un sistema crítico habla por sí misma.

¿Por qué estamos haciendo modificaciones en el reactor tan tarde en el juego?

Haga que sus ingenieros verifiquen mejor su trabajo la próxima vez. Basta decir que *no se aprueban los cambios*.

[Documento #YM3884M («Respuesta a las Soluciones de Distribución de Radiación Residual»), enviado por Galen Erso al Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran.]

Vodran:

Mis más sinceras disculpas. Estoy totalmente de acuerdo en que esto es inaceptable. Las modificaciones están destinadas a reducir los tiempos de recarga de armas primarias a niveles satisfactorios (estoy seguro de que vio la directiva de Tarkin), pero el trabajo descuidado es un trabajo descuidado.

¿Supongo que también alertó al director Krennic sobre el informe? Más en cuanto hable con mi equipo.

[Documento #YM3884N («Respuesta a las Soluciones de Distribución de Radiación Residual»), enviado por el Gerente de Operaciones de Ingeniería Shaith Vodran a Galen Erso.]

El director Krennic recibe copias de todos los SSCR, pero si quiere supervisar estas modificaciones particulares, es su responsabilidad informarle de sus problemas.

[Documento #YM3884O («Respuesta a las Soluciones de Distribución de Radiación Residual»), enviado por Galen Erso al Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran.]

Vodran:

Alerté personalmente al director, como sugirió.

También hablé con mi equipo e identificamos el problema. Las modificaciones del núcleo del reactor están dando como resultado una acumulación de radiación, que a su vez tiene el potencial de interferir con el Aniquilador de Hipermateria.

La acumulación es causada por el escudo interno que refleja activamente el exceso de partículas y metafóricamente «cocina» el núcleo del reactor. Si la investigación del equipo de blindaje no hubiera sido tan compartimentada, esto podría haberse evitado.

No obstante:

Las modificaciones del núcleo del reactor deben permanecer tal cual. Por lo tanto, nos quedan tres formas posibles de evitar la acumulación de radiación.

Opción uno: construcción de un embudo de partículas y un reciclador. Esta es una tecnología conocida y probada. Estoy seguro de que funcionará. Los requisitos físicos significan que el reciclador necesitaría reemplazar los mecanismos no críticos existentes en el sector de comando del norte, pero calculo que el desmontaje necesario tomaría menos de dos semanas.

Opción dos: mayor refinamiento de nuestra tecnología de reactores para reducir las partículas de desechos. Tengo varios miembros del equipo interesados en esta posibilidad. Están entusiasmados con el potencial de un avance tecnológico.

Opción tres: construcción de pozos de ventilación manual y puertos de escape térmico. Esto debería reducir la acumulación de partículas dentro de la tolerancia, pero no en un grado que yo personalmente considere aceptable. Además, agregar pozos de ventilación corre el riesgo de incompatibilidades adicionales con sistemas no críticos.

Por favor, avíseme si tiene dudas.

[Documento #YM3884P («Respuesta a las Soluciones de Distribución de Radiación Residual»), enviado por el Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran a Galen Erso.]

Yo mismo supervisé la construcción del sector de comando del norte. Tarkin ya ha recorrido las instalaciones. Si el embudo de partículas y el reciclador no pueden ir a otro lado, quédese con las opciones dos y tres.

Es posible que desee darle a Krennic la decisión final. Le preocupa el cronograma.

[Documento #YM3884Q («Acumulación de Partículas»), enviado por Galen Erso al director de Armas Avanzadas, Orson Krennic.]

Director:

Como ya comentamos, se adjuntan informes preliminares sobre dos métodos para reducir la acumulación de partículas. Dejé en claro mis preferencias en persona, pero difiero a su juicio.

[Documento #YM3884R («Respuesta a Acumulación de Partículas»), enviado por el director de Armas Avanzadas, Orson Krennic a Galen Erso.]

Galen:

La nueva investigación y desarrollo tecnológico están fuera de discusión en este momento. Elabore una propuesta completa para la solución del puerto de escape y envíe los planes a Vodran para SSCR.

[Documento #YM3884S («Pozos de Ventilación»), enviado por el Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran a Galen Erso.]

Erso:

¿Qué es esta basura? El informe de seguridad y compatibilidad de sistemas deja de correr después de doscientas líneas rojas. Sólo revisé la primera docena, pero ¿parece que está inundando la mitad de la estación con radiación?

Pensé que se suponía que estos pozos de ventilación resolverían el problema.

No se aprueban cambios.

[Documento #YM3884T («Respuesta a los Pozos de Ventilación»), enviado por Galen Erso al Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran.]

Me repito, pero: me disculpo.

Como sabe, un ingeniero puede tener un único propósito en su enfoque en una tarea en particular. Yo, junto con mi equipo, he sido víctima del pecado de la arrogancia.

Por supuesto, debí haberle advertido que sus droides podrían registrar peligros. Los pozos de ventilación están diseñados para expulsar la mayor parte del calor y la acumulación de partículas, pero es inevitable alguna fuga de radiación. Estimamos que los miembros humanos de la tripulación estacionados en cualquiera de las quince secciones —en el caso de que la estación de

combate dispare el arma principal tres veces en una hora—, estarían en mayor riesgo de una amplia variedad de problemas de salud a largo plazo. El SSCR, por supuesto, detectó esto en esas «doscientas líneas rojas».

Estoy instruyendo a mi equipo para que busque todas las opciones. Para acelerar los asuntos, debo solicitar el uso de sus droides para ejecutar varios escenarios alternativos.

Esto será un inconveniente, me doy cuenta, pero la seguridad de la tripulación de la estación de combate es primordial.

[Documento #YM3884U («Respuesta a los Pozos de Ventilación»), enviado por el Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran a Galen Erso.]

¿Están los sectores de comando o cuartos de oficiales en las zonas afectadas por la radiación?

[Documento #YM3884V («Respuesta a los Pozos de Ventilación»), enviado por Galen Erso al Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran.]

No.

[Documento #YM3884W («Respuesta a los Pozos de Ventilación»), enviado por el Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran a Galen Erso.]

Envíeme sus planes finales. Declararé que los droides se equivocan y anularé el próximo SSCR.

No voy a enterrar a Krennic en los informes de línea roja mientras descubre cómo evitar que un puñado de stormtroopers desarrolle tos.

[Documento #YM3884X («Respuesta a los Pozos de Ventilación»), enviado por Galen Erso al Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran.]

Eso no es necesario. Estoy seguro de que podemos resolver esto. Incluso si falla una solución técnica, podemos modificar los horarios de rotación de la tripulación para mitigar los riesgos para la salud.

[Documento #YM3884Y («Respuesta a los Pozos de Ventilación»), enviado por el Gerente de Operaciones de Ingeniería, Shaith Vodran a Galen Erso.]

Puede que sea demasiado obtuso para darse cuenta, Erso, pero Le estoy haciendo un favor. Este proyecto tendría que haberse completado hace semanas.

Envíeme los planos finales del pozo de ventilación y del puerto de escape. Omitiré SSCR y los enviaré para producción, fabricación e instalación.

Los cambios han sido aprobados.



CAPÍTULO 13

JYN SINTIÓ AGUDAMENTE EL FRÍO de su ropa empapada. Sentía todo agudamente, como si la oscuridad de la cueva que la había tragado también intensificara sus sentidos. Bodhi estaba dando instrucciones a K-2SO mientras bajaba a la cabina. Baze y Chirrut permanecieron inmóviles, goteando y sombríos, con su atención en ella. Cassian se estaba quitando el equipo mojado, dejando caer la chaqueta, los quadnocs y el rifle en una pila.

Cassian, que la había traicionado.

¿Cuándo lo había descubierto? ¿Durante la carrera desde la plataforma de aterrizaje? ¿Cuando los primeros X-wings cruzaron el cielo?

No importaba. A lo largo de los años, había desarrollado un sentido de la traición. Se había vuelto en su mayor parte insensible a él, lo aceptaba como el precio de vivir libre entre asesinos y ladrones.

¿Por qué había esperado más de la Rebelión?

—Todo era mentira —le dijo a Cassian.

Se estremeció como un hombre golpeado por un porrazo que sabía que vendría.

—Estás en shock —dijo. Se encontró con su mirada, la sostuvo mientras se giraba para mirarla directamente. Tratando de controlarla.

—Subiste ahí a matar a mi padre.

Su respuesta llegó al instante.

—No sabes de lo que estás hablando.

—*Niégalo* —espetó ella. Y luego, de nuevo, más lentamente—. Subiste ahí a matar a mi padre.

Su padre, que al final no había sido ni un héroe ni un traidor. Solo un hombre frágil al que no había tenido la oportunidad de conocer. Reconoció el dolor que brotaba ante el pensamiento y lo hizo duro y agudo como un arma; era una reconfiguración antigua y practicada.

Bodhi miraba a Cassian como si estuviera herido… pero al igual que Cassian, no parecía sorprendido por la acusación. Jyn estaba confirmando algo que había decidido no creer. Baze miró a Cassian con todo el asco que le había mostrado a los stormtroopers muertos en Jedha.

La cabeza de Chirrut estaba baja. Jyn pensó que podría haber estado rezando.

—Estás en shock —repitió Cassian—, y estás buscando culpables. Lo he visto muchas veces…

Jyn sonrió asquerosamente, se levantó de su asiento mientras escupía las palabras:

—Apuesto a que sí —levantó un pulgar hacia un lado, hacia los demás—. *Ellos* lo saben. Mentiste sobre por qué vinimos aquí y luego sobre tu razón para subir solo. Los cazas estelares de la Alianza no vinieron a Eadu por *coincidencia*. —No le importaba si Cassian confesaba, no realmente. No si ella podía conducir las acusaciones a través de él como púas, verlo retorcerse y rizarse en lugar de enfrentar la verdad—. Tal vez has estado mintiendo desde la base rebelde. Mi padre siempre fue sólo un objetivo para ti.

Podía escuchar el agua goteando de la ropa hacia la cubierta en el silencio que siguió. Cuando Cassian volvió a hablar, lo hizo lentamente, enunciando sus palabras y temblando todo el camino.

—Tenía a tu padre en la mira. Tuve la oportunidad de apretar el gatillo, ¿pero lo hice?

Se giró hacia Chirrut y Baze, y lanzó una mirada de furia a Bodhi.

—¿*Lo hice*?

Nadie habló, Jyn no esperaba que lo hicieran.

Apuñaló a Cassian nuevamente, dejando que el resentimiento la reforzara mientras sus dientes castañeteaban.

—Como si lo hubieras hecho. Mi padre era prueba viviente y tú lo pusiste en riesgo. ¡Lo mataron las bombas de la Alianza Rebelde!

Tenía *razón*. Ella trató de encontrar el placer de tener razón. No hubo ninguno; no en la cueva en la oscuridad.

—¡Tenía órdenes! ¡Órdenes que *yo* desobedecí! —no había nada tranquilo en el hombre que estaba delante de Jyn. La cara del espía había sido arrancada, dejando algo vicioso y en carne viva—. Pero tú no lo entenderías.

—¿Órdenes? ¿Aunque sea un *error*? —el recuerdo de una Jyn de catorce años y su misión en solitario de Saw pasaron por su mente; desterró la sombra dolorosa, buscó una espiga para atravesar el corazón de Cassian—. No eres diferente a un stormtrooper.

Sin embargo, Cassian no retrocedió, ya no retrocedió. Marchó hacia ella, deteniéndose a la distancia de una mano y casi gritando:

—¿Tú qué sabes de eso? No todos nos podemos dar el lujo de que de repente algo nos empiece a importar —igualó la anterior burla de ella—. ¿Ahora resulta que la Rebelión es real para ti? Ahora que tienes algo en juego, y… *¿y* ahora que no tienes otra vida a la que volver?

Levantó una mano apretada. Jyn se preparó para una pelea, pero volvió a bajar el brazo con la misma rapidez.

—Algunos *vivimos* en ella —dijo—. Soy parte de esta pelea desde que tenía seis años. No eres la única que ha perdido todo. —Su respiración era rápida, pero sus palabras fueron deliberadas—. La diferencia es que… otros decidimos hacer algo al respecto.

Jyn miró a la cara a su traidor.

Me mentiste, quiso decir de nuevo. *Fuiste ahí para matar a mi padre*. Pero el frío ahora era profundo en sus huesos, mordiendo la médula.

—No hay excusa que valga, Cassian —dijo.

—No me importa —gruñó Cassian.

Ella no miró hacia otro lado. Tampoco Cassian. Permanecieron enfrentados hasta que, por fin, el frío y la oscuridad se volvieron demasiado para Jyn; hasta que no tuvo palabras para lanzar, no le quedó ningún arma con la que apuñalar, y todo lo que le quedaba era que ella empujara un puño contra sus costillas, clavara su rodilla en su pecho y lo viera caer.

Pero eso no lo haría pedirle perdón por matar a su padre. No la haría sentir menos *mezquina*.

Se dio la vuelta.

—¡A Yavin Cuatro! —gritó Cassian hacia la cabina—. Informa que llegaremos en una nave robada —por el rabillo del ojo, lo vio girar, fulminar a Bodhi, Chirrut y Baze con una mirada—. ¿Alguien más?

Nadie habló. ¿Qué más había para decir?

—Debió haberme dicho —dijo Mon Mothma. Pero no había veneno en ello.

Estaba parada en la ventana de su oficina: una amplia abertura en el templo con vistas a la selva interminable, su antigüedad refutada por la lona de plástico colgada que Mothma usaba para cerrar durante las tormentas. El general Draven la miraba desde el asiento en su escritorio, mirando periódicamente el reloj de su consola.

—Nada de eso habría hecho una diferencia —dijo. Su voz era amarga, pero la amargura no estaba dirigida a Mothma—, no escuchamos sobre Jedha hasta demasiado tarde. En cuanto a Galen Erso, una vez que perdimos al capitán Andor… una vez que *pensamos* que habíamos perdido al capitán Andor, tuve que dar la orden en el acto. Asesinato en lugar de rescate.

Eso era mentira, pero Mothma no necesitaba saber que el asesinato había sido el plan todo el tiempo. Draven no tenía miedo de defender sus elecciones, sin embargo, había problemas más importantes en juego, y era mejor no enturbiar las aguas.

—No sabe qué habría marcado la diferencia —Mothma giró, ceño arrugado por la consternación—. No tiene idea de lo que he estado haciendo estos últimos días, general. Desde que escuchamos por primera vez los rumores sobre el destructor de planetas, me he esforzado por organizar a nuestros aliados en el Senado para que puedan impulsar una votación: una declaración de intenciones para la desmilitarización del Imperio y una reconciliación con la Alianza Rebelde.

Draven no lo sabía, aunque esa votación siempre había sido parte del plan a largo plazo de Mothma. *Debió* haberlo sabido, sin duda. Era un recordatorio humilde y no deseado de los puntos ciegos de Inteligencia de la Alianza.

Mothma no había terminado.

—Podría arreglármelas con la incertidumbre. La posibilidad, los *rumores* de un destructor de planetas meses o años después de su finalización pudieron impulsar los votos en nuestro camino. El testimonio de Galen sobre su poder y propósito pudieron ser

aún mejor. Pero esto… —suspiró y se sentó en el alféizar de la ventana, alisando los pliegues de su túnica blanca—. ¿Un destructor de planetas en pleno funcionamiento, listo para desplegar, y la Alianza no tiene casi nada? Si revelara *eso,* la mitad de los senadores no nos creerían, y los demás entrarían en pánico. No puedo controlar el pánico.

Draven digirió las declaraciones, archivó partes para su posterior investigación e hizo todo lo posible para separar lo que estaba dirigido a *él* de lo que era simplemente un grito de frustración.

—¿Eso significa —preguntó, con cuidado de no juzgar—, que está renunciando a una solución política?

—Nunca —dijo Mothma en voz baja—. Pero la paz puede diferirse un poco más.

Draven soltó una carcajada e inmediatamente se arrepintió. Después de un momento, Mothma dio una de sus raras sonrisas autocríticas.

—Tendremos que reunir el consejo de la Alianza, por supuesto —dijo ella—, tan pronto como sea posible. Informe a todos y determine nuestra estrategia frente a una crisis.

Draven lo había anticipado. Una reunión de líderes de la Alianza era una mala idea —un traidor con un detonador térmico o una transmisión descuidada pondría fin a la Rebelión—, pero no tenía una mejor opción. Los comandantes militares estaban acostumbrados a viajar encubiertos, a pesar del peligro; los miembros del consejo civil, los dispersos agentes de la Alianza en el Senado Imperial y en otros lugares, serían más difíciles de convocar discretamente a la Base Uno.

—Lo manejaré —dijo. Sería como mover una montaña a corto plazo, pero lo *manejaría*—. Hay una buena posibilidad de que tengamos al capitán Andor y la hija de Erso a tiempo para el encuentro.

—Bien. El testimonio del capitán Andor podría ayudar a calmar y persuadir a los consejeros más escépticos —no parecía que lo creyera.

—Andor puede no tener mucho que decir. Resulta que ¿el mensaje que dio inicio a todo esto? ¿El de Galen Erso? —Mothma asintió y ladeó la cabeza. Draven suspiró—. La hija de Erso es la única viva que lo vio. También vio a Erso antes de que muriera. La interrogaremos, pero no sé cuán *calmada* estará frente a una multitud.

Mothma se alisó la túnica nuevamente y la examinó durante medio minuto o más. Entonces se puso de pie.

—Quiero a Jyn Erso en esa conferencia —dijo—. Asegúrese de ello.

Más que nada de lo que había dicho, *eso* sorprendió a Draven *¿Jyn Erso?*

—La chica es una ladrona y una mentirosa —dijo Draven—, estaba en prisión por una razón. Prácticamente mordió las cabezas de mi equipo de extracción —Mothma había presionado para sacar a Jyn de Wobani desde el principio; cualquier otra persona, Draven habría asumido que no quería admitir una mala orden—. ¿Realmente ve algo en ella?

—Fuego —dijo Mothma, como si eso explicara algo.

—Por supuesto —Draven dudó, pensó en terminar la conversación mientras estaba en terreno relativamente firme y en cambio decidió correr otro riesgo—. Lo que decida el consejo, tendremos que avanzar rápido. Veré si puedo recordar a algunos especialistas, tropas aéreas y terrestres; estarán en reserva por si los necesitamos.

—Gracias, general —dijo Mothma.

—Cuando digo lo que *decida* el consejo… —se levantó de su escritorio, soltó un suspiro lento—, no puedo prometer estar de su lado una vez que comience la reunión.

—Lo sé —dijo Mothma—. Me imagino que ambos intentaremos compensar nuestros errores.

Draven no tenía respuesta para eso, así que asintió bruscamente y salió de la habitación. Tenía suficiente para mantenerlo ocupado sin recurrir a la autorreflexión.

Mustafar ardía como una brasa en la oscuridad, hirviendo con océanos de lava y manchado con continentes de roca negra. Krennic lo miró y pensó en la Estrella de la Muerte, se preguntó si el poder de su arma templado de la forma justa podría reducir un mundo a tal estado; romper su piel y sangrarlo hasta que muera por el fuego de su propio corazón.

El poder de los planetas no podría rivalizar con la creación de Krennic. Pero la Estrella de la Muerte no estaba con él hoy.

Su lanzadera se sacudió y rodó cuando entró en la atmósfera, recorriendo ríos de nubes negras sacudidas por vientos aulladores. Los estabilizadores y las unidades de gravedad del transbordador mantuvieron un equilibrio interior, pero Krennic encontró la experiencia no menos inquietante por la relativa falta de incomodidad. Agarró la silla con fuerza, mantuvo la barbilla levantada y revisó por sexta vez todo lo que sabía sobre Darth Vader, repasó cada una de las docenas de tácticas que podría usar en conferencia con el hombre que había hecho de Mustafar su base de operaciones.

El transbordador se sumergió bajo las nubes. Las unidades de soporte vital hicieron clic suavemente mientras cambiaban del calentamiento al enfriamiento del aire. A través de la ventana, Krennic vislumbró un géiser de roca fundida bailando a una docena de metros de la nave.

¿Vader estaba loco? ¿Era este su *mundo natal*? Quizás no era humano debajo de su armadura; tal vez ese traje negro prohibitivo hacía más que reemplazar los pulmones y las extremidades dañadas en la batalla, y en su lugar permitía que una criatura nacida en el magma sobreviviera al frío del espacio.

O tal vez vivía en Mustafar porque le gustaba quemar a sus víctimas con vida.

¿Qué decía eso sobre el Emperador Palpatine que eligió a un hombre así como su ejecutor?

No. Krennic sacudió la cabeza, negándose a alimentar *ese* pensamiento. El Emperador era vengativo, pero no loco. Era un hombre de juegos, un ser de amplia visión y

ambiciones más amplias que había comenzado su vida como político ordinario y aprovechó las oportunidades extraordinarias a medida que surgían; usó cada una para sacar ventaja. Palpatine había *domesticado* a Vader, pero no había creado al místico y señor del muerto culto sith.

Eso le dio esperanza a Krennic. Si un senador de Naboo podía atar a Vader, entonces seguramente Krennic también podría. Ya sea que estuviera aquí por elogios o castigo, podría arrastrarse al círculo íntimo de Vader y romper la alianza entre Vader y Tarkin. Tenía los medios: la semilla plantada en su mente en Jedha había germinado en Eadu, y había encontrado la debilidad de Tarkin. Sólo necesitaba una oportunidad para explotarla.

El transbordador se dirigió hacia una montaña negra y dura contra el mar abrasador: un monolito de obsidiana atado en metal, que se elevaba sobre el olvido ardiente. Cuando aterrizó el transbordador, Krennic desembarcó en el calor y fue saludado con un gesto por un ayudante de capa negra. Mientras el ayudante lo guiaba a través del monolito, Krennic se preguntó cuántos visitantes había llevado el hombre a la ejecución. *No es de extrañar que no sea conversador.*

Pero tales pensamientos eran autocomplacientes. Krennic se reprochó a sí mismo su morbilidad y sospechó que Galen era el culpable: la desaparición de un hombre que Krennic había conocido durante décadas lo hacía consciente de su propia mortalidad en el peor momento posible. Se alisó el uniforme, tiró del dobladillo de su camisa y se aseguró de que estuviera presentable. En una rotonda en lo profundo del monolito, se le pidió que esperara mientras el ayudante atravesaba el iris de una puerta.

El olor llegó primero a Krennic… químico, medicinal, como ungüento en un droide lavado. Luego vino el sonido del fluido que drenaba de un vasto recinto y el zumbido mecánico de cien manipuladores relucientes. El iris se derramó en vapor, y cuando los ojos de Krennic se ajustaron, escuchó un nuevo sonido: un raspado metálico y hueco que resonó en la cámara; la desesperada y hambrienta respiración de una criatura que no debería estar viva.

El guía de Krennic reapareció y desapareció en el pasillo. Krennic apenas notó su partida, tratando de reunir los destellos de sombra ante él en una imagen que pudiera reconocer.

—Director Krennic —las palabras de la cosa que respiraba en la oscuridad, profunda y chisporroteante como la voz de un abismo. Krennic sintió vibrar sus dientes y se obligó a inclinarse.

—Lord Vader —su voz no tembló y estuvo agradecido.

El vapor se estaba disipando. Las sombras se unieron en una silueta y dio un paso adelante. Ante Krennic se alzaba una figura de capa negra con armadura de ébano, las luces brillaban en una placa pectoral grabada con controles y lecturas. El casco era un horror esquelético, pulido hasta brillar e incoloro, excepto por lentes carmesí en el lugar de los ojos.

—Lo percibo molesto —Vader no tenía cara que leer. Krennic trató de evaluarlo por su postura, por la cadencia de ese aliento agonizante, y fracasó en ambos aspectos.

Pero habla como cualquier otro hombre, se dijo Krennic. *Este será un juego de palabras*. Y el lord sith no le pareció a Krennic un hombre propenso a perder el tiempo antes de una ejecución; ya había revelado más de lo que pretendía.

—No —dijo Krennic—, sólo… presionado de tiempo. Aún hay muchas cosas que atender.

—Me disculpo —Vader dio un paso adelante. Los ojos rojos miraban desde el vapor y la oscuridad—. Ciertamente tiene muchas cosas que explicar.

¿Cómo?, pudo haber preguntado, pero era mejor presentar sus victorias por adelantado.

—Entregué el arma que solicitó el Emperador —dijo Krennic—. La prueba en Jedha ha demostrado su poder. Sin embargo, me temo que el gobernador Tarkin, como un relativo extraño ante el proyecto, puede no haber comunicado al Emperador la esencia de nuestro éxito.

Vader es un guerrero de corazón. Respetará la audacia.

Krennic finalizó:

—Merezco una audiencia donde me asegure que él entienda su impresionante… potencial.

La terrible máscara miró a Krennic. La voz habló.

—Su poder para crear problemas fue indudablemente confirmado. Una ciudad destruida. Ataque directo a una instalación imperial —dio un rápido paso adelante y al lado de Krennic, como un cazador que rodea a su presa.

Un ataque directo a una instalación imperial. Vader culpaba a Krennic por el ataque a Eadu. ¿Era esta, entonces, la oportunidad que Krennic había buscado? ¿La posibilidad de revelar el error de Tarkin tan pronto?

—El gobernador Tarkin sugirió ese ensayo —comenzó.

Pero la voz volvió a hablar, resonando en el cráneo de Krennic:

—No lo he convocado aquí para oír sus quejas, director Krennic.

Krennic maldijo por dentro. Había sido demasiado transparente.

—No, no…

—No hay una Estrella de la Muerte —dijo la voz—. Se le ha informado al Senado que Jedha fue destruida en un accidente de minería.

—Seguramente el Senado…

—… no está exento de usos, siempre que permanezca pacificado. El Emperador se ocupará de él según *su* agenda.

—Sí, mi lord —dijo Krennic. Enderezó la espalda, tomó la reprimenda con dignidad.

Vader había completado su circuito. No se dignó a mirar a Krennic mientras caminaba hacia la puerta.

—Le aconsejo que no descanse hasta que pueda asegurar al Emperador que Galen Erso no ha comprometido el arma en *absoluto*.

¿Eso era todo? ¿Un rápido interrogatorio y una advertencia?

—Así que estoy… —comenzó Krennic. Las palabras sonaron débiles y se encontró repentinamente reseco, con la garganta en carne viva—. ¿Todavía estoy al mando? Le comentará al Emperador que fue…

Vader hizo un gesto, todavía de espaldas a Krennic. Krennic trató de tragar y descubrió que el acto era difícil, como si una mano invisible lo hubiera agarrado del cuello y, en control absoluto de la presión que ejercía, comenzó a apretarlo.

Mientras tosía y luego dejaba de toser, luchando desesperadamente por respirar, Krennic pensó en las historias que había escuchado sobre Vader, el momento en una conferencia militar cuando vio a Vader estrangular a un oficial. Se había dicho a sí mismo en los días posteriores que Vader había envuelto el cuello del hombre con las manos hasta que se rompió, pero Krennic se había mentido.

Los jedi estaban muertos, pero su poder persistía. Cultista loco o no, la brujería del lord sith era real.

La mano invisible apretó la garganta de Krennic por un momento final —el tiempo suficiente para que creyera que, de alguna manera, la muerte lo había encontrado después de todo—, luego lo soltó. Krennic cayó de rodillas, detuvo su caída con las manos, sintió el frío suelo a través de sus guantes.

—Cuide que sus aspiraciones no lo ahoguen, director —dijo la voz del abismo.

Entonces Vader se fue y Krennic estaba jadeando mientras retrocedía, ni siquiera completamente erguido cuando salió de la rotonda. El ayudante encapuchado estaba esperando. Con la punta de la cabeza, el hombre le indicó a Krennic que lo siguiera, volviendo sobre los caminos que habían recorrido antes.

Krennic sonrió con una mueca vertiginosa y desagradable mientras se alejaba cojeando.

Vader lo había dejado vivir. Vader lo había juzgado demasiado valioso para matarlo… y, por extensión, el Emperador también reconocía su valor. El motín de Tarkin, su toma de la Estrella de la Muerte, se había evitado. Y Krennic aún no había revelado el mayor error de Tarkin: al destruir Ciudad Jedha, Tarkin no había bloqueado la luna, no había podido asegurarse contra los sobrevivientes. ¿De qué otra forma podrían los rebeldes infiltrarse en Eadu? El piloto traidor había huido *desde* Eadu hacia Jedha; su mensaje se había escapado.

Sólo Tarkin podría ser considerado responsable de eso.

Sin embargo, Krennic podía esperar para desplegar esa arma contra Tarkin. Vader tenía razón en que el alcance de la traición de Galen seguía sin estar claro.

¿Podría Galen —no Krennic o la instalación—, haber sido el verdadero objetivo de los rebeldes en Eadu? ¿Habían temido los rebeldes que Galen se sometiera a un interrogatorio imperial y revelara traiciones y sabotajes aún mayores?

Krennic necesitaba saberlo. Necesitaba estar seguro.

El asistente encapuchado habló por primera vez, sacudiendo a Krennic de sus pensamientos.

—Pocas personas tienen el honor de ver a Lord Vader en su santuario —habían llegado a la puerta de la plataforma de aterrizaje—. Le sugiero que guarde todo lo que presenció para usted mismo.

Krennic se incorporó, estudió al ayudante y lo encontró tan ilegible como la máscara de Vader. No dijo nada mientras retrocedía hacia el calor.

Estaba listo para abandonar el manicomio que era Mustafar, pero de repente no estaba seguro de poder escapar de la sombra de Vader.

A bordo de su lanzadera, ordenó establecer un curso hacia Scarif.

Jyn se acurrucó en el apretado compartimento del motor del transbordador de carga Imperial y esperó a que el calor de los mecanismos la calentara. Estaba empezando a creer que nunca lo haría.

Había ido allí después de la discusión con Cassian. Había necesitado un lugar para estar sola, lejos de *él* y lejos de la pena de los demás. Mientras el transbordador vibraba, el motor latía constantemente mientras impulsaba la nave a través del hiperespacio, dejó que su mente divagara en su infinita oscuridad personal.

Por un tiempo, fantaseó con la venganza.

Podía esperar hasta Yavin. Encontrar una manera de derrumbar todo el templo sobre Cassian, el general Draven, Mon Mothma y todos los que habían sido cómplices en el asesinato de su padre. Le había dicho a Saw que todo lo que la Rebelión le había traído era dolor; desde que había vuelto a su vida, la había robado de la prisión de Wobani, eso era más cierto que nunca. Parecía justo devolver el favor.

Se deleitó en pensamientos de retribución por un tiempo. Luego se detuvo. Independientemente de lo que fuera, de lo que fuera que hizo en su corta y brutal vida, no era una asesina. Había matado, sí; para salvar su vida, para salvar a otros y en la guerra. Pero ella no era *Cassian*, y no quería serlo. Incluso la fantasía de lastimar a las personas detrás de la muerte de su padre no podía sostenerla; después del apuro inicial, la idea la dejó exhausta y vacía.

Pensó en la grabación de su padre: *«Si encuentras un lugar en la galaxia que no ha sido afectado por la guerra, una vida tranquila, tal vez con una familia… si eres feliz, Jyn, entonces eso es más que suficiente».*

¿Era así? No sabía si ya lo recordaba. Las palabras habían dejado de reproducirse cuando había visto morir a su padre, y no podía traerlas de vuelta.

Entonces, si su elección no era la venganza, ¿era mejor alejarse? ¿Robar algunos créditos y protegerse de la línea de fuego? Podía subsistir como antes, mientras el Imperio daba vueltas volando planeta tras planeta, acabando con la Rebelión.

«Deben destruirla. Alguien tiene que destruirla».

Las últimas palabras de su padre. No fueron una declaración de amor, ni un *té extrañé*. Cuando se estaba muriendo y viendo a su hija por primera vez en años, todo en

lo que podía pensar era en la máquina que se había apoderado de su vida. La máquina que había pasado décadas construyendo y luego saboteando; la máquina que había llevado a la Alianza Rebelde a matarlo.

Jyn debería estar enojada con él por eso. Enojada porque había ido a Eadu por nada, por menos de lo que su mensaje le había dado. En lugar de recordar al hombre abrumado por la emoción, el hombre que luchaba por decir que *«mi amor por ella no disminuye»*, la imagen en la mente de Jyn de su padre era el montón de un cuerpo en sus brazos; un viejo confundido que era tan mortal como cualquiera.

No estaba enojada con él. Estaba enojada con la Rebelión y Cassian. E incluso esa ira, al parecer, no tenía sentido; sólo la devolvía al principio, a la venganza que no quería.

No tenía respuestas. Finalmente, el zumbido del motor la hizo dormir.

Mientras dormía, Jyn soñó.

Soñó con Saw Gerrera, el hombre que la había criado por el mismo tiempo que su padre y apenas sonrió durante todo ese tiempo. Soñó con ser una niña asustada de ocho años al cuidado de un soldado que no aceptaba el miedo como excusa para nada; un soldado cuyo rugido dejaba a los gamorreanos que doblaban su tamaño temblando y que nunca se había encontrado con una pelea que no supiera cómo ganar. Soñó con el momento en que había vuelto a casa con Saw con la cara ensangrentada y una pierna rota; de las docenas de cicatrices que había ganado durante su tiempo con su cuadrilla. Todavía llevaba esas cicatrices hoy.

Saw le había dado fuego. Saw le había dado *dientes*. Y ella nunca se lo había agradecido antes de su muerte.

Jyn también soñó con Galen. Soñó con su apartamento en Coruscant y la granja, y que su padre le regalaba *juguetes*, tantos juguetes, todos los cuales ella nombraría y cuyos nombres recordaría de alguna manera: Beeny, Stormy, Lucky Hazz Obluebitt y más, otros que sólo eran sombras en su mente. Tantas noches que él había entrado en su habitación —donde sea que estuviera, no importaba el planeta—, y había puesto un juguete en sus brazos. Su amor nunca había sido extravagante. Siempre simple. Siempre inconfundible. Lo había odiado por tantos años.

Soñó con la muerte de Galen, ejecutado en Lah'mu por stormtroopers vestidos de negro y quemándose en una lluvia de bombas de TIE fighters. Soñó con la luz de la Estrella de la Muerte, *su* Estrella de la Muerte, incinerando edificios, toldos y personas en la Ciudad Sagrada de Jedha. Corrió hacia adelante en una plaza, alcanzando para recoger a una niña pequeña, y no llegó a tiempo. Cuando sus brazos rodearon a la niña, todo lo que sostenía eran huesos. Entonces los huesos se convirtieron en polvo. Soñó con más stormtroopers… stormtroopers que arrastraban a la gente fuera de las puertas, stormtroopers patrullando bloques de celdas, stormtroopers disparando a ciegos, filas y filas de stormtroopers marchando sin cesar, disparando contra *ella* ahora y quemando mil agujeros a través de su pecho.

Soñó con el hombre de blanco inspeccionando el trabajo de los stormtroopers, la ejecución de Jyn y hablando palabras que Jyn no podía escuchar. Parecía complacido. Él

nunca le echó un vistazo. Tenía cosas más importantes que hacer. Los stormtroopers, ahora vestidos de negro otra vez, continuaron disparándole.

Y cuando Jyn sintió que ya no podía soportar la pesadilla, sentía que tenía que despertarse, soñó con su madre.

Jyn yacía de espaldas, muerta, en su departamento de Coruscant mientras Lyra empacaba diligentemente el equipo para una misión de inspección planetaria de una sola mujer. Lyra casi pisó a Jyn mientras tomaba un escáner portátil de la mesa de postres.

—Oh, por… —Lyra sacudió la cabeza, se agachó y ayudó a Jyn a ponerse de pie.

¿Era esto un recuerdo? Jyn ya no lo sabía. Su mano temblaba en la de su madre.

—¿Mamá? —dijo ella.

Lyra se rio y empujó a Jyn en la frente con un dedo.

—*No* debes acostarte en el medio del piso. Voy a tropezar, caer y aterrizar sobre ti, y tu padre *me* va a culpar cuando te lastimes.

Ella continuó empacando. Jyn la miró.

—Mamá —susurró Jyn de nuevo—, no sé qué hacer.

Lyra levantó una mano para pedir silencio. Revisó el contenido de su bolso, asintió con satisfacción y luego caminó lentamente al lado de Jyn. Sonrió gentilmente, tristemente.

—Lo sé, cariño —dijo—. Pero eres una chica grande. Tienes que decidir por ti misma.

Ya no estaban en el departamento. Estaban en la oscuridad infinita que una vez había sido la cueva.

—No sé cómo —susurró Jyn, aunque estaba avergonzada de decirlo en voz alta.

Lyra miró por encima de su hombro, luego volvió a mirar a Jyn.

—Te daré una pista, ¿de acuerdo?

Jyn asintió incómoda.

Lyra se inclinó hasta que su nariz rozó la de Jyn.

—Eres la hija de tu padre —dijo—. Pero no eres *sólo* eso.

—Está bien. Todos confiamos en ti.

Jyn se sintió pequeña. Tenía cuatro años otra vez, y su madre era mucho más grande que ella.

Lyra le susurró al oído, tan suave que Jyn tuvo que esforzarse para escucharla:

—*«Las estrellas fuertes tienen corazón de Kyber»*.

El collar de Lyra parecía arder alrededor del cuello de Jyn.

Entonces el sueño terminó, y Jyn estaba despierta en el compartimiento del motor de un transbordador de carga imperial, llorando más fuerte de lo que lo había hecho desde que era una niña… llorando hasta que su cara estuvo roja y su nariz tapada; llorando hasta que la oscuridad que había sido la cueva parecía volverse más brillante; llorando hasta que las lágrimas limpiaron la lluvia de Eadu y se sintió limpia por fin.



JYN SE SENTÍA LISTA COMO no lo había hecho desde que podía recordar. Corría hacia Yavin 4 con un propósito; y no simplemente un propósito, sino un *plan*, endeble y delicado cual pétalo. Salió del compartimento del motor de la lanzadera con una sola respuesta, y había descubierto que era suficiente.

Su ira y resentimiento hacia la Rebelión permanecían. Pero al dejar de avivarlos, disminuían. Eran tan reales e irrelevantes como su antigua ira hacia Saw Gerrera y su gente.

Además, necesitaba la Rebelión para lo que vendría después.

Ella les diría toda la verdad. *Deben destruirla. Alguien debe destruirla.*

Cuando bajó del transbordador, Jyn fue golpeada nuevamente por el opresivo perfume de moho y vegetación podrida de Yavin 4. Estaba cerca de la parte trasera del grupo de sus compañeros, cerca de Bodhi y detrás de los Guardianes de los Whills; Cassian había tomado la delantera, apresurándose a consultar con un grupo de oficiales de inteligencia que esperaban dentro del hangar. K-2SO los observó a todos desde atrás, como si esperara que todos —menos su amo—, intentaran escapar.

Durante su aterrizaje, habían visto otras naves espaciales penetrando a través de la atmósfera hacia el templo.

—Llamaron a todos a una reunión del consejo de la Alianza —les advirtió Cassian, (bruscamente) con los ojos desviados. Bodhi, Chirrut y Baze debían ser interrogados por Inteligencia de la Alianza mientras Cassian y Jyn hablaban directamente con el consejo. Baze había mostrado inconformidad, pero Chirrut había dicho algo sobre mostrar cortesía como *invitados* en la casa de los rebeldes.

Ahora, los soldados rebeldes armados guiaban a los aristócratas vestidos con ornamentos de la pista de aterrizaje hacia el interior del templo. Bodhi parecía abrumado, estirando el cuello para ver a cada nave llegar a tierra.

—Ese es un cúter estelar Firefeather —murmuró, señalando un punto negro en el cielo azul grisáceo—, se caracteriza por el silbido. Son realmente raros… alguien importante debe estar a bordo.

—No se entra al consejo sin dinero, armas o influencia —respondió Jyn.

Bodhi rio nerviosamente. Después de un momento, raspó la suela de su bota contra la piedra y se volvió hacia Jyn.

—Lamento lo de Galen —dijo.

Eso tomó a Jyn por sorpresa, aunque no podía decir por qué.

—Gracias —contestó. Bodhi se encogió de hombros.

—Me agradaba bastante. No es que lo conociera muy bien, pero me agradaba…

—Probablemente lo conociste mejor que yo.

La sonrisa de Bodhi era más pequeña ahora, pero no había nerviosismo.

—No lo creo.

Jyn estaba empezando a sudar por el calor. Se movió incómoda y observó a un droide astromecánico que se desplazaba de una nave a la siguiente sin aparente propósito. Bodhi parecía tratar de guardar silencio… para su beneficio, probablemente, dado su hábito de balbucear.

Jyn se compadeció de él y señaló su traje de vuelo imperial.

—Apuesto a que te alegrará quitarte eso. Tiene que haber un cambio de ropa en alguna parte.

—¿Qué? —Bodhi se miró los brazos y vio los emblemas imperiales sobre sus hombros—. No. No, creo que me lo quedaré. Como recuerdo.

—¿Un recuerdo de qué? —preguntó ella.

Bodhi se inclinó, como avergonzado de ser escuchado.

—De que me ofrecí *voluntariamente* para todo esto, ¿ya sabes?

Jyn se salvó de responder por un grito del grupo de oficiales de Inteligencia. Los rebeldes se organizaron rápidamente alrededor de Baze, Chirrut y Bodhi.

—Te veo luego —llamó Jyn cuando un teniente se llevó suavemente a Bodhi.

Cassian le indicó a Jyn que lo siguiera, y se unieron a la corriente de personas que fluía en el interior del templo.

—Vamos —dijo Cassian—. Están a punto de comenzar.

La sala de reuniones era tan tosca como el resto de la base rebelde. Los muros de piedra derramaban humedad sobre las tuberías atornilladas y el cableado que conducía entre las consolas y un holoproyector central. Las sillas dispuestas en el interior eran demasiado pocas para la multitud: los almirantes y generales con uniformes audazmente estampados estaban hombro con hombro con guerrilleros con armadura fragmentaria; nobles y burócratas civiles (vestidos con ropas *simples* hechas con telas más caras de las que Jyn nunca había tenido) se acurrucaban en camarillas compactas. Jyn escuchó murmullos que sugerían que algunos de los consejeros presentes eran senadores imperiales; si se hubiera molestado en seguir la política, podría reconocerlos.

Dejó que la comitiva de un comandante de la milicia ithoriana la acorralara en un rincón y perdió de vista a Cassian. Poco tiempo después, Mon Mothma —la mujer seria con túnica que Jyn había conocido hace pocos días y toda una vida—, se acercó al holoproyector y llamó la atención de la turba.

—Quiero agradecerles a todos —dijo Mothma—, por venir con poca antelación. Muchos de ustedes emprendieron viajes cuyos peligros no puedo imaginar. Se arriesgaron a exponerse, cruzando las líneas imperiales porque creen en nuestra Alianza. Porque creyeron lo que les dijeron cuando les informamos de una *crisis sin precedentes*. Me gustaría poder decir que la crisis no es real. Desearía poder decir que han venido hasta aquí por nada.

Mothma les ofreció una sonrisa fantasma. Alguien en la audiencia se rio bruscamente y trató de ocultarlo al toser.

—Pero la evidencia que presentaremos no es especulativa. Es *secreta*, sí… y al mostrarlo aquí, debemos revelar ciertas fuentes y métodos utilizados por Inteligencia de la Alianza; fuentes y métodos que no podemos llevar al público o al Senado. Escucharán testimonios de agentes rebeldes de confianza y aliados recién descubiertos. Si dudan de su palabra, recuerden que el Imperio los quiere muertos a todos —hubo murmullos en la multitud, pies arrastrados y caras escépticas—. Les pediría a todos que se abstengan de especular hasta el final de la sesión informativa. En ese momento, podemos discutir lo que todos hemos visto y determinar el futuro de nuestra organización y nuestra galaxia juntos.

Mothma vaciló. Jyn vio al general Draven abriéndose camino hacia el centro, pero se quedó quieto cuando Mothma volvió a hablar.

—Lo que enfrentamos —dijo—, es la culminación natural de todos los males del Emperador.

Jyn reconoció las palabras, enmendadas desde su primer encuentro con Mothma. *Has estado trabajando en este discurso por un tiempo*, pensó.

—Es un arma diseñada para destruir planetas —continuó Mothma—. Convertir en polvo mundos prósperos y poblaciones de miles de millones de personas. Verán hoy que *no* está destinado a usarse únicamente contra puestos militares avanzados, sino como un arma de destrucción y miedo absolutos.

—Creemos que el Imperio la ha llamado en clave Estrella de la Muerte.

Ahora Mothma se hizo a un lado. Draven tomó su lugar y comenzó la sesión informativa propiamente dicha. Jyn desconectó su voz, la serie de informes sobre la minería de cristales Kyber y los rastros de crédito de investigación imperial, y en su lugar observó a los consejeros. Con pocas excepciones, los oficiales militares quedaron atónitos… tenían *fe* en Draven, por alguna razón, y tomaban sus palabras como verdaderas. Los políticos mantuvieron, en general, un aire de neutralidad, como si se hubieran pasado la vida aprendiendo a parecer de mente abierta.

Mon Mothma estaba hablando en voz baja con los consejeros en sus inmediaciones. La mujer se mantenía ocupada.

Pronto Draven entregó la información a una serie de oficiales de Inteligencia de la Alianza. Bodhi fue llevado para hacer preguntas breves sobre Galen Erso y la construcción que había presenciado personalmente. Cassian fue el siguiente, muy profesional, informando la historia de la «Operación Fractura». Era una historia cuyos

trazos generales —un intento de contactar a Saw Gerrera con respecto a un desertor imperial, un ataque a la Ciudad Sagrada por la Estrella de la Muerte—, se parecían a la verdad que Jyn conocía. El holoproyector mostró el cráter y la tormenta de polvo que dejó en Jedha.

—El Imperio dice que fue un accidente de minería —murmuró un hombre, dos filas por delante de Jyn—. Tampoco están listos para hacerlo público.

Luego Cassian estaba mintiendo sobre Eadu, llamándolo un intento fallido de rescatar a Galen. Los concejales comenzaron a interrumpir, pidiendo detalles sobre los planes del Imperio que Cassian no pudo proporcionar. Jyn miró hacia otro lado con disgusto y casi saltó cuando vio que Mon Mothma se había deslizado a su lado. En la multitud abarrotada, se sentía íntimamente cerca.

—¿Soy la siguiente? —preguntó Jyn. Se rio satíricamente al adivinar por qué Mothma se había acercado—. ¿Estás aquí para darme instrucciones?

Tenía que haber versiones de la historia de Jyn que Mon Mothma, jefa de estado de la Alianza Rebelde, quería contar… y otras que quería silenciar.

Pero Mothma sacudió la cabeza.

—No. Quería decir… —su mirada se posó en la cara de Jyn mientras buscaba palabras. Jyn pensó en todas las declaraciones triviales y sin sentido que la mujer podría hacer: *Lamento tu pérdida. La Rebelión está orgullosa de ti. Buena suerte con la multitud.*

—No olvidaré lo que te hicimos —dijo Mothma.

Jyn miró y trató de comprender la tristeza en su voz.

Podría haber hecho una pregunta, pero luego Jyn escuchó su nombre y una mano enguantada la acompañó al frente. Cuadró los hombros y se preparó. Sabía lo que había venido a decir.

Jyn contó su historia de manera tan concisa, tan contundente, tan honestamente como pudo. Recitó todo lo que podía recordar del mensaje de Galen, aunque las palabras habían seguido desapareciendo de su mente una por una. Sufrió el interrogatorio de un senador de camisa roja (alguien lo llamó el Ministro Rebelde de Finanzas Jebel, que a ella le pareció un título con muchas burlas potenciales), que se centró en su extracción de Wobani; le preguntó si fue sobornada con la libertad para servir como testigo, y ella respondió «Sí», antes de ver a Bodhi haciendo muecas en la multitud y enmendando su respuesta. El almirante Raddus —un mon calamari con la piel moteada como nubes de tormenta y ojos de color ámbar sin parpadear—, le preguntó severamente acerca de su separación inicial de Saw Gerrera; ella inventó una mentira sobre su incomodidad con los métodos de Saw que pareció satisfacerlo.

Ella habló en voz muy baja un momento y demasiado fuerte al siguiente, sin saber qué tan bien su voz se oía en la sala de reuniones. Sus ojos recorrieron la multitud, sin

aterrizar en ningún lado por mucho tiempo. En el transcurso de una hora, luego dos, luego tres, vio que los concejales se inquietaban. Cassian y Bodhi se deslizaron hacia las profundidades del cuarto. Jyn terminó contando lo que había sucedido en Eadu y repitiendo las últimas palabras de su padre.

—*Deben destruirla* —dijo—. Fue lo último que dijo. Era lo más importante en su vida.

Sintió un ronquido en la garganta y se alejó del proyector antes de que alguien pudiera gritar otra pregunta. Una vaga decepción se apoderó de ella; una sensación de que sus palabras debieron tener más peso, o que debió sentir la misma prisa por el testimonio que por disparar un bláster.

Nadie se adelantó para tomar su lugar. La sesión informativa había terminado.

—Senadora Tynnra Pamlo de Taris —una mujer con una capucha de marfil y un medallón ceremonial se anunció y se apoderó del lugar, a pesar de que seguía habiendo murmullos suaves dentro de una docena de subgrupos que continuaban con sus propios debates—. Parece claro que la descripción de la senadora Mothma de esta situación como una *crisis* no fue una exageración. El general Draven y su gente dejan un asunto convincente: esta Estrella de la Muerte es una amenaza existencial no sólo para nuestra Alianza sino para toda la vida tal y como la conocemos.

Nuevas voces se alzaron en afirmación y disputa. Pamlo no se desanimó.

—Digo esto con sincero arrepentimiento y certeza moral: no podemos, en buena conciencia, arriesgar mundos enteros por nuestra causa. La existencia de la Estrella de la Muerte es un ultimátum que no podemos rechazar. Hasta que sepamos que el Imperio no lo usará en un planeta poblado, tenemos que disolver la flota y dispersar nuestras unidades militares. No hay otro recurso más que rendirnos…

La pretensión de civilidad de la reunión se evaporó como gotas de agua en un bloque de motor. Las discusiones y los murmullos estallaron en un alboroto. De inmediato, comenzaron veinte grandes discursos y voces rabiosas que competían para ser escuchadas. Los generales soltaron voleas retóricas que habían estado preparando desde que comenzó la sesión informativa.

Jyn se quedó boquiabierta, sin comprender. Se encontró esperando el final del discurso de Pamlo, como si pudiera girar y convertirse en un grito de guerra.

Captó fragmentos de inquisitivas y proclamas fervientes:

—¿Realmente estamos hablando de disolver algo que creamos con tanto esfuerzo?

—No podemos rendirnos…

Uno de los civiles y el almirante Raddus, su furia inmediatamente igualada y contrarrestada por un hombre altivo con una capa azul pesada:

—¡Nos unimos a una Alianza, no a un pacto suicida!

Jyn maldijo —en voz alta o en silencio, no estaba segura—, y giró lo suficientemente fuerte como para empujar a su vecino más cercano mientras buscaba ver y absorber la voluntad de la turba. De todos los resultados que había anticipado, todas las formas en que había esperado que la Rebelión fuera inútil, *la rendición* no había sido una de ellas.

—Apenas logramos organizar nuestras fuerzas —decía el aliado civil de Raddus (un hombre de mediana edad completamente de color marrón, que parecía llamar la atención desproporcionadamente por su simple atuendo)—. Si por fin nos coordinamos…

El ministro de Finanzas, Jebel, interrumpió y no hizo ningún intento por ocultar su burla.

—¿Nuestras fuerzas? ¡El general Draven ya hizo estallar una base imperial! Pensé que la Alianza estaba rechazando las tácticas de Gerrera…

—Es una decisión que debía tomar —gruñó Draven desde el otro lado de la habitación—. Sabe cómo funciona esto, ¡para cuando terminemos de hablar hoy, no habrá nada más que defender!

Las respiraciones de Jyn se convirtieron en rápidos silbidos con los dientes apretados. La sala de reuniones era demasiado pequeña. La turba sudorosa la estaba aplastando. La oscuridad que había sido la cueva se arrastraba por los bordes de su visión, comprimiéndola, comprimiendo todo.

Pamlo volvió a integrarse en la refriega.

—La sangre de todo Taris no estará en mis manos. ¡Si es guerra lo que quieres, combatirás solo!

—Si al final será así, ¿para qué tener una Alianza? —preguntó el arrogante hombre de azul.

—Si ella dice la verdad, ¡tenemos que actuar ahora!

Si.

Y eso del almirante Raddus, uno de los concejales que Jyn había pensado que estaba *escuchando*.

¿Qué había hecho mal? ¿Qué había *dicho* mal?

—¡Consejeros, por favor! —Mon Mothma estaba tratando de recuperar el control—. *Todos* estamos preocupados por nuestra situación, pero les ruego que se abran a las soluciones de sus colegas en lugar de…

El esfuerzo de Mothma no sirvió de nada. Más gritos, más argumentos:

—Esto es simple —declaró un general con traje de vuelo—. El Imperio tiene un arma de destrucción masiva. Y la Rebelión no la tiene.

—Una Estrella de la Muerte —se burló Jebel—. *¡Tonterías!*

Si ella dice la verdad.

Jyn estaba gritando antes de darse cuenta, empujando su camino de regreso hacia el proyector.

—¿Por qué razón mi padre les mentiría? ¿Qué beneficio le aportaría? —imitaba la cadencia, el lenguaje de los senadores. Sonaba incómoda para sí misma, pero vio a Mon Mothma, la mujer que había estado practicando su discurso durante una semana, asentir subrepticiamente en su dirección.

—Tu padre —dijo Draven, firme y duro—, puede haber sido un imperial o un tonto hasta el final. Todo lo que dijo pudo ser un cebo, a sabiendas o no, para atraer a nuestras fuerzas a una batalla final y destruirnos de una vez por todas.

Jyn buscó a tientas una respuesta.

—Eso es una locura —espetó ella. Ya había perdido su aplomo senatorial—. Sabe que la Estrella de la Muerte exist…

Pero Draven estaba listo.

—Sabemos que existe una estación de batalla peligrosa, capaz de destruir una ciudad. No tenemos confirmación de todas sus capacidades o debilidades. Así es como el Emperador *siempre* ha operado, desde la época de la República… el arma es menos amenazante que la mentira.

El hombre de azul ignoró a Jyn por completo, acechando hacia el almirante Raddus.

—¿Arriesgar todo, basándonos en qué? ¿El testimonio de una criminal? ¿Las últimas palabras de su padre, un científico del Imperio?

Jebel se rio con rabia y frustración.

—Pero no olvidemos al piloto imperial.

Jyn buscó a Bodhi y lo encontró, de nuevo en la habitación y triste contra la pared. No habló, no se defendió. Jyn podría haberle gritado si hubiera estado más cerca. Si la oscuridad no se hubiera acercado tan rápido.

Cerró los ojos con fuerza y pensó en la niña en sus brazos del Barrio Sagrado. Pensó en el templo destruido, los Guardianes de los Whills y los susurros de su madre.

Ella había entregado el mensaje de su padre, y no fue suficiente.

—Mi padre —dijo Jyn—, dio su vida para darnos la oportunidad de acabar con esto.

—Es lo que dices —respondió una voz profunda y firme. Vio al general de pelo blanco que había conocido por primera vez en Yavin; el hombre que no había dicho nada.

Parecía estar incitándola.

Ella no era *sólo* la hija de Galen. Esta misión no era sólo de *él*.

—Si el Imperio tiene esta clase de poder —dijo la senadora Pamlo—, ¿qué oportunidad tenemos?

—«¿Qué oportunidad tenemos?» —Jyn hizo eco. Quería gritar, *¿a quién demonios le importa?* Pero ella necesitaba una mejor respuesta—. La pregunta es ¿qué elección? ¿Correr? ¿Ocultarse? ¿Pedir clemencia? ¿Deshacerse de sus fuerzas? —su respiración era demasiado rápida y fuerte. Su piel se sentía caliente. Los concejales se callaban uno por uno. Mon Mothma la miró con los labios abiertos como si pudiera darle a Jyn las palabras correctas.

Escuchó a Saw Gerrera en su lugar. *«¿Soportarías que la bandera imperial ondeara en toda la galaxia?»*.

No dejó de hablar, se envolvió en su propio ímpetu y encontró el lenguaje de los senadores nuevamente, lo respaldó con ferocidad.

—Si ceden ante un enemigo tan siniestro con este *vasto* poder condenan a la galaxia a una eternidad de sumisión. Al Imperio no le importa si se rinden. Al Imperio no le importa si no tienen esperanza. Me he rendido antes, y no sirvió de nada. No se *detiene*. He visto a personas perder todo porque estaban en el camino. *Es* el momento de que

luchen, mientras aún estemos vivos para intentarlo. Cada momento sin actuar nos acerca más a las cenizas de Jedha.

Se escucharon nuevas voces en la sala. No vio a ninguno de los oradores, no reconoció a nadie:

—¿Qué está proponiendo?

—¡Dejen que hable!

Entonces Jyn habló.

—Envíen a sus mejores tropas a Scarif —la multitud era una mancha indiferenciada detrás de un velo de sudor o lágrimas—. Envíen a la flota rebelde si hace falta. Tienen que obtener los planos del arma si quieren una oportunidad de destruirla.

Se esforzó por respirar de nuevo. Mientras lo hacía, una figura de marfil manchada separó a la multitud y se acercó. A través del desenfoque, Jyn reconoció que su voz pertenecía a la senadora Pamlo.

Pamlo estaba casi suplicando.

—¿Quieres invadir una base del Imperio con nada más que sencillas esperanzas?

Jyn se encogió de hombros, incapaz de fingir la dicción de un senador por más tiempo.

—Las rebeliones empiezan con esperanza.

—Ya no hay ninguna esperanza —dijo el hombre de azul, cual predicador pronunciando un presagio.

Con eso, la discusión comenzó de nuevo. Las llamadas a luchar y las llamadas a rendirse llenaron la cámara. El movimiento de docenas de cuerpos luchando por un lugar cerca del proyector empujó a Jyn hacia atrás y lo permitió sin fuerzas. El impulso se había ido y su fuerza con él. Esperó a que volviera la oscuridad.

Lo había intentado.

—Lo lamento, Jyn —Mon Mothma le tocó la parte superior del brazo y giró suavemente—. Sin el apoyo de todo el consejo… es un gran riesgo.

No olvidaré lo que te hicimos.

Jyn no dijo nada y salió de la sala de reuniones.

Jyn vio a Bodhi apresurándose tras ella en el húmedo laberinto de pasillos más allá de la sala de reuniones. Ella trataba de volver sobre sus pasos y salir del templo… no muy segura de su destino final, pero decidió poner distancia entre ella y el consejo. Tal vez seguiría caminando hacia la jungla; si Bodhi quisiera seguirla, no discutiría. Había tenido una peor compañía.

Pensó en disculparse con él. Lo había culpado por no hablar durante el caos, lo que al reflexionar no parecía muy justo. No hubiera cambiado nada.

Entraron en la bahía del hangar antes de que ella pudiera decidir si decir algo. Jyn se protegió la cara de una lluvia de chispas cuando un técnico y su astromecánico soldaban

una plancha de blindaje en un X-wing cercano. Cuando bajó el brazo vio a Chirrut y Baze parados frente a ella.

—¿No los encerraron? —preguntó ella—. ¿El interrogatorio realmente fue sólo un interrogatorio? —trató de forzar la ligereza en su voz. Salió amarga.

—No estás feliz —dijo Baze.

Jyn se encogió de hombros.

—Ellos prefieren rendirse —no era cierto, no para todos los consejeros, pero estaba lo suficientemente cerca.

—¿Y tú? —Baze estaba tan sombrío como siempre.

Chirrut hizo un gesto hacia Jyn con su bastón.

—Ella quiere pelear.

Es todo lo que he hecho, pensó. *Es la única respuesta que tengo*.

Sólo que esta vez, ella creía que era lo correcto.

—Igual que yo —dijo Bodhi, dando un paso a su lado—. Igual que todos.

—La Fuerza es intensa —dijo Chirrut, y sonaba como una promesa.

Miró al ciego, al asesino y al cobarde frente a ella con asombro y confusión.

No los *conocía*… no realmente, no cuando apenas habían hablado sin gritos a bordo del U-wing. Casi había esperado no volver a verlos después de la sesión informativa.

Pero frente a los concejales, ella había luchado con las palabras para transmitir los horrores de los últimos días. Intentó expresar todo lo que había sucedido, todo lo que el Imperio había tomado… sin exponer sus heridas a los ojos de los rebeldes, sin revelar la vergüenza de sus momentos más lamentables y despreciables, cuando había sido sacudida por la pérdida y atrapada en sus propios miedos.

Bodhi y los Guardianes ya conocían los horrores y su vergüenza. Pelearon y casi murieron juntos. Habían visto a Jyn caer y arañar su camino de regreso. Y aún seguían *con ella*.

Parecían dispuestos a enfrentarse a la galaxia, sin importar que no tuvieran oportunidad. Ella no pudo evitar sonreír, pequeña, triste y sincera.

—Sí pero no sé si baste con cuatro de nosotros —dijo.

Baze gruñó despectivamente y miró a Bodhi.

—¿Cuántos más necesitas?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jyn.

Baze extendió un dedo, señalando detrás de Jyn. Cuando se dio la vuelta, vio a más de una docena de soldados rebeldes marchando por el pasillo, saliendo al hangar y bloqueando la entrada al templo. Reconoció a Melshi, el rebelde que había golpeado con una pala en Wobani; los otros eran extraños, hombres jóvenes y viejos vestidos con trajes de combate de arena, demasiado remendados para ser llamados uniformes. Sus armas brillaban con mucho cuidado. Un drabatan anfibio con la piel gastada y gris como el cuero al horno mostró una boca llena de dientes torcidos y amarillos; un hombre calvo con ojos brillantes y peligrosos asintió. Elevándose en la parte de atrás estaba K-2SO; emergiendo en primer plano vino Cassian, con la barbilla alta y la espalda recta.

Parecía que estaba listo para arrestarla.

—Nunca iban a creerte, Jyn —dijo Cassian—. No el consejo. Hoy no.

—Aprecio todo el apoyo —dijo. Su voz era gélida. Sus manos se apretaron en puños. Se sorprendió de lo poco que quería esta pelea.

Se colocó entre Bodhi y Cassian. Después de lo que el piloto y los Guardianes habían dicho, ella estaba lista para hacer lo que fuera necesario para salvarlos de los matones de la Alianza.

—Pero yo sí —dijo Cassian—. Yo te creo.

Sus ojos pasaron de Cassian a los soldados. Estaban armados, pero sus posturas eran relajadas. Sus armas estaban bajas. Algunos incluso parecían *divertidos.*

—Queremos ofrecernos —dijo Cassian.

No confiaba en él. No confiaba en nada que la galaxia pudiera arrojarle.

—¿Por qué?

La sonrisa surgió y murió en el rostro de él.

—Algunos… —dudó, esperó hasta que la mirada de Jyn se encontró con la suya—, la mayoría de nosotros, hicimos cosas terribles en nombre de la Rebelión. —Habló de manera casual, como si fuera la verdad más obvia del mundo—. Espías. Saboteadores. Asesinos.

Jyn echó otro vistazo a los soldados. La estaban mirando, todos y cada uno, como si esperaran un juicio.

¿Era esto una confesión?

—Todo lo que hice —dijo Cassian—, lo hice por la Rebelión. Y cada vez que veía algo terrible que quería olvidar, me repetía que era por una causa en la que yo creía. Una causa que valía la pena. —Estaba casi tropezando con sus oraciones, obligando a cada una a salir antes de perder el valor. Como un hombre acomodando una extremidad dislocada en su lugar, de un tirón agonizante a la vez.

Continuó:

—Sin eso estamos perdidos. Todo lo que hicimos habría sido en vano. Nunca podría enfrentarme a mí mismo si me rindiera ahora. Nadie lo haría.

No hagas esto, Jyn quería decir. *No puedo darte la absolución.*

En cambio, miró a la banda que él había reunido y susurró con una especie de asombro:

—¿Cómo los encontraste?

—Ha sido un día ajetreado —contestó, demasiado seco para no tener humor—. No necesitaba ver todo el informe para saber a dónde iba.

—No puedo… —empezó a decir. *No puedo darte una causa,* pero ella retrocedió insegura y vio la ferocidad, la *necesidad* en los ojos de Cassian reflejada en cada uno de los soldados. Fuera lo que fuera de lo que se habían apoderado, ya no era suyo para dárselo. No podía rechazarlos más de lo que Cassian podría haberla rechazado después de Jedha.

Ella asintió brevemente. Alguien del grupo se rio.

—No será cómodo —estaba diciendo Bodhi detrás de ella, mirando entre los soldados y el asfalto donde se encontraba el transbordador de carga—. Un poco apretados, pero sí cabremos bien. Entonces adelante.

—Está bien —dijo Cassian. La emoción había desaparecido de su voz, la confesión estaba hecha. Volteó hacia los soldados—. Listos. Carguen todo lo que puedan… no sabemos qué encontraremos en Scarif y no tenemos mucho tiempo para prepararnos. Vamos. ¡Vamos!

Los soldados se dispersaron, moviéndose con propósito y seguridad. Bodhi y los Guardianes se unieron a ellos. Sólo quedaban Cassian y K-2. El droide la miró.

—Jyn —dijo—. Yo también voy a ir. Cassian dijo que lo hiciera.

Contuvo una risa y miró a Cassian. El hombre que la había traicionado. El hombre que admitió su culpa y decidió luchar por ella. La vio y la miró con curiosidad.

No era así como se suponía que iban las traiciones.

Y recordó que mientras Cassian —y Bodhi y los Guardianes—, la habían visto en su peor momento, ella también los había visto destrozados. Bodhi, que había sido torturado; los Guardianes, que habían perdido su hogar; y Cassian, que se había traicionado a sí mismo tan fácilmente como lo había hecho con Jyn. Todos tenían su vergüenza.

Uno con el otro, al menos, no les quedaban vulnerabilidades.

Pensó en Wobani nuevamente, cuando había estado sola entre otros mil prisioneros.

—Jamás he visto a alguien que se quede cuando las cosas salen mal —comentó, a modo de explicación.

No sabía si Cassian realmente lo entendió, pero él dijo:

—Bienvenida a casa —y ella supo que sí.

Veinte minutos después, cargados con armas y bolsas de lona llenas de equipo robado, Jyn y Cassian salieron de la brillante luz del sol de Yavin y entraron en la cabina del transbordador de carga. *Había*, pensó Jyn, *incluso más rostros que antes*, soldados más marcados, sudorosos y decididos que los que había visto en el hangar. Con una punzada de dolor, se dio cuenta de que probablemente no tendría tiempo de aprender sus nombres antes de llegar a Scarif… que pronto todos estarían luchando por sus vidas juntos en una misión que probablemente fracasaría.

Jyn vio a Baze y Chirrut entre los rebeldes. La cabeza de Chirrut se volvió hacia ella, y levantó su bastón como un saludo o un brindis. Recordó un dicho de sus días con Saw Gerrera y habló lo suficientemente alto como para ser escuchada sobre el murmullo de la unidad.

—Que la Fuerza nos acompañe.

—Navío de carga, por favor responda. ¿Qué está pasando ahí? No tienen acceso a esa nave. Nadie puede abordar hasta nuevo aviso.

Bodhi hizo una mueca ante el comunicador y miró la pista por la ventana. Los droides de vuelo ya habían sacado el transbordador del hangar del templo; eso le daba espacio para iniciar un despegue vertical sin preocuparse por encender un tanque de combustible colocado de manera inconveniente.

—Sí, *nosotros* sí —dijo—. Afirmativo. Solicitando una nueva verificación.

Era un mal plan. Todo había sido un mal plan, por supuesto, comenzando con el mensaje de Galen y terminando con esta incursión no autorizada en Scarif. Ahora estaba, ¿qué?… ¿Desertando de su deserción? Si sobrevivía, sería un traidor imperial y un amotinado rebelde. Tendría suerte de ver el interior de una celda de prisión de Yavin.

Se preguntó si también habría un Bor Gullet en Yavin. Lo dudaba. Podía consolarse con eso.

—No veo esa solicitud aquí —dijo la comunicación.

Pensó en sus pasajeros. Al igual que él, se estaban volviendo deshonestos, cortejando a la traición al desafiar al consejo de la Alianza. Ya habían robado suficientes armas y equipo de la Alianza para abastecer a un ejército; y Bodhi había visto suficiente de la operación en Yavin como para saber que el equipo era escaso.

No estaba seguro de si eso hacía que el personal en la base fuera más o menos probable que derribara el transbordador. Querrían recuperar el equipo robado, al menos…

—¿Está seguro de que todo ha sido procesado? —Bodhi lo intentó—. Alguien ya debió autorizarlo.

Hizo girar una serie de palancas y buscó luces de advertencia. La relación masa-volumen confundía a la computadora —un pod de carga lleno normalmente significaba cuarenta toneladas de mineral, no una nave llena de soldados—, pero no causaría ningún daño.

Pensó en todas las malas apuestas que había hecho en su vida: las veces que había jugado todo a una posibilidad remota para recuperar lo que había perdido, sólo para terminar sin nada. ¿Era eso todo lo que estaba haciendo ahora con Jyn y los demás? ¿Doblar una mala apuesta?

No se *sentía* así. No había nada de la embriagadora incertidumbre, la mezcla de esperanza y desesperación. Cuando pensó en lo que estaba haciendo, estaba casi tranquilo.

—¿Es una nave imperial confiscada? ¿Cuál es su distintiva, piloto? —la voz en el comunicador preguntó.

—Sí, lo tenemos… —*¡Sólo despega!*—. Es, ah…

Piensa, Bodhi. Diles algo. Dales cualquier cosa.

Si les das algo, es posible que no disparen.

—Rogue… Rogue One.

Transfirió el poder a los propulsores, sintió el tambaleo familiar de un transbordador de carga despegando bajo su control. El oficial al otro lado del comunicador le chillaba. Bodhi lo ignoró.

—¿Rogue One? —declaró—. ¡Despegando!

A la edad de quince años, durante el invierno, cuando descubrió el smashball, el romance y las profundas imperfecciones de sus padres, Mon Mothma había decidido dedicar su vida a estudiar historia; decidió darle la espalda a la dinastía política de su familia y pasar sus días en un estudio estrecho leyendo diarios, cartas y manifiestos de carga milenarios hasta que le ardieran los ojos. Sería detective, forense y filósofa a la vez, examinando los medios, el motivo y la causa de la muerte de civilizaciones enteras.

Ella no se había convertido en historiadora, por supuesto. Para el verano siguiente, el momento de rebeldía de Mon había sido olvidado. La inercia y las presiones familiares y un amor genuino por el gobierno la habían devuelto al camino de la política. Se había convertido en senadora (*demasiado joven*, pensó ahora), luchó por los votos, y sonrió y mantuvo la cabeza fuera del agua hasta que aprendió a jugar el juego de verdad.

Había hecho campaña por el fin de una guerra y ahora —con hipocresía imparcial—, había construido un ejército mientras intentaba evitar otra. Había huido de su hogar y de una vida para convertirse en la mujer más buscada del Imperio y líder de una revolución. Y no pudo evitar preguntarse qué habría dicho su yo de quince años sobre la Alianza Rebelde, mirando hacia atrás desde un futuro lejano:

A pesar de su prepotencia, los líderes rebeldes carecen del valor para transformar su red de células paramilitares y políticos simpatizantes en algo más que una curiosidad. Su incapacidad para comprometerse con un curso de acción asegura el crecimiento del Imperio y la deslegitimación de cualquier movimiento de protesta futuro…

Mon estaba acostumbrada al fracaso y al juicio propio. Pero la idea aún le dolía.

La sala de reuniones estaba casi vacía ahora. Las voces gastadas por los gritos se habían silenciado, y los hombres y mujeres que habían viajado a través de la galaxia para llegar a Yavin se habían retirado a sus naves o a más consultas privadas. No hubo consenso ni votación formal, y Mon estaba agradecida por eso. Dado el tenor de las discusiones, una decisión rápida sólo podría terminar mal.

Mon no dormiría esta noche. Planeaba pasar las horas hasta que el consejo se volviera a reunir para discutir con sus compañeros y llegar a aliados que pudieran salvar *algo* de la situación. Y aunque todavía no estaba segura de lo *que* había que salvar, sabía con quién comenzar.

Bail Organa, el ex senador de Alderaan, parecía estar esperándola cerca de la puerta de la sala de reuniones.

—Hablaste bien —dijo mientras ella se acercaba, con gravedad fúnebre.

Sonrió vagamente y se preguntó si parecía tan exhausta como él. Había considerado a Bail un compañero desde el día en que discutieron por primera vez la oposición al ascenso al poder de Palpatine. En todos los años transcurridos desde entonces —a lo largo de todos los argumentos sobre las *intervenciones caritativas* de Bail y sus tratos encubiertos—, no podía recordar que las líneas en su rostro hubieran parecido tan profundas.

—A pesar de lo que digan los otros, la guerra es inevitable —reflexionó con un suspiro—. La senadora Pamlo tiene nobles instintos, pero está equivocada: si el Imperio usó el arma en Jedha, la usará nuevamente. No podríamos prevenir estos genocidios, sino sólo resistirlos.

Bail asintió, el movimiento era tan pequeño que parecía todo lo que podía reunir.

—Sí, estoy de acuerdo. Debo regresar a Alderaan e informar a mi pueblo que no habrá ninguna paz —Mon escuchó su dolor ante esa admisión y se preguntó cuánto le costaría—. Toda ventaja será bienvenida —agregó sombríamente.

Mon tardó un momento en comprender. Luego miró a los otros concejales más cercanos y bajó la voz.

—Tu amigo —dijo—. El jedi.

Bail asintió nuevamente.

—Sirvió fielmente durante la Guerra de los Clones y vive exiliado desde la purga del Emperador —parecía esperar el veredicto de Mon, pero ella no tenía nada que ofrecer. Finalmente terminó—. Sí, lo mandaré a llamar.

Un jedi, volviendo a luchar contra el Imperio. Parecía un pensamiento imposible, por lo que Mon se centró en lo que no era.

—La nave del capitán Antilles está atracada en el *Profundity* para reparaciones, pero está casi lista para partir. La extracción debe ser simple; si no es así, sus habilidades serán un activo.

—Mi evaluación también —comentó Bail.

—Quien se ponga en contacto con los jedi tendrá una terrible responsabilidad —Mon sabía a quién tenía en mente Bail (estaba claro en las líneas cansadas de su rostro; en el miedo de un hombre que nunca antes había temido la venganza más oscura del Emperador). Era reacia a dudar de sus decisiones, pero necesitaba estar segura—. Necesitas a una persona de fiar.

—A ella le confiaría mi vida —dijo.

Necesitarás confiarle más que eso, pensó Mon, pero ya estaba saliendo por la puerta. Y a pesar de todas sus reservas sobre la agente de Bail (la niña era tan *joven*, sin importar nada más), no podía pensar en nadie mejor.

El asunto estaba resuelto, entonces.

Mon Mothma exprimió el cansancio de sus ojos y consideró con quién hablar a continuación.



JYN TODAVÍA VIVÍA EN LA cueva en su mente. Pero ahora era más grande, tan grande que parecía que podía contener mundos y ejércitos, y tan llena de luz desde arriba que no se sentía atrapada en absoluto.

Sólo podía esperar que no volviera a cerrarse sobre ella. No antes de que terminara la misión. No antes de que ella acabara con Scarif.

Jyn estaba subiendo a la cabina cuando el transbordador salió a toda velocidad. Las nieblas azules del túnel hiperespacial colapsaron más allá de la ventana y las estrellas se hicieron visibles, fijadas en su lugar por la materia real y la gravedad real. En el centro de la vista estelar había un planeta envuelto en océanos de color azul profundo, moteado de nubes y archipiélagos rocosos. Si no fuera por la enorme estación orbital en forma de anillo sobre el hemisferio norte, Scarif se habría visto casi prístino.

—Okay —dijo Bodhi—. Estamos cerca. —Se sentó junto a K-2SO en la consola, agitando a Jyn entre ellos con apenas una mirada hacia atrás. *Era extraño*, pensó Jyn, *verlo tan confiado, tan cómodo.*

—¿Qué estamos viendo? —preguntó, entrecerrando los ojos hacia el anillo. Distinguió las briznas de naves espaciales que descendían por su centro, pero luego un brillo fuera del borde del anillo le llamó la atención—, el brillo sutilmente distorsionador de un campo de energía.

—Hay un escudo rodeando el planeta con una sola puerta de entrada —dijo Bodhi—. En teoría la nave debe traer un código de acceso que nos deje entrar.

—Suponiendo —agregó K-2— que el Imperio no ha registrado su retraso.

—O como robado —agregó Bodhi.

—Si lo hicieran, ¿qué pasa? —preguntó Jyn.

—Se cierra la entrada —respondió Bodhi—, y nos aniquilan en el oscuro y helado vacío del espacio.

Jyn dejó escapar un resoplido de media risa. A ella le estaba empezando a gustar el confiado, cómodo —y *cínico*—, Bodhi.

—A mí no —dijo K-2—. Yo sobrevivo en el espacio.

Jyn hundió los dedos en el respaldo de los asientos de la cabina e intentó no inclinarse. La lanzadera giró suavemente en dirección a la entrada, y las briznas crecieron rápidamente. Las grandes masas en forma de cuña de Destructores Estelares gemelos se alzaban como monstruosas estatuas sobre el portal de la estación orbital, empequeñeciendo los enjambres de transbordadores de carga, transportes y TIE fighters.

Jyn trató de recordar la última vez que había visto tanta actividad imperial en un lugar y falló.

—Okay, estoy listo —dijo Bodhi. Levantó la vista hacia los Destructores Estelares y luego volvió a sus escáneres—. Normalmente no está tan ocupado. Creo que esto es bueno. Somos sólo una nave más, nada que valga la pena notar —Jyn escuchó su confianza romperse y luego reafirmarse—. Bueno. Aquí va…

Los propulsores del transbordador retumbaron y el revestimiento de la cubierta tembló cuando, fijando el curso, la nave aceleró a través de la vasta distancia que la separaba de la entrada. Bodhi manipuló el comunicador con una mano y dijo sin problemas:

—Aquí navío de carga SW-0608, solicito aterrizaje.

Jyn se enderezó de las sillas de la cabina y retrocedió con cuidado. *Confiado, cómodo e imperial*. Podría haberse preguntado cómo era Bodhi —cómo habían sido sus compañeros antes de la Estrella de la Muerte—, si no hubiera tenido la intención de no hacer ningún ruido.

—Navío de carga SW-0608, no se encuentra en la lista de llegadas —dijo la voz en el comunicador. El operador sonaba vagamente perplejo. Bodhi tenía una respuesta lista.

—Confirmado, control de entrada. Nos desviaron de la estación de vuelo de Eadu. Envío código de autorización.

Jyn se estremeció al escuchar un sonido desde la escalera hacia la cabina. Miró para ver a Cassian, que parecía sentir el estado de ánimo y se detuvo en su ascenso.

Sabía lo suficiente sobre cómo había sido el espía antes de la Estrella de la Muerte. No estaba segura de si lo había perdonado por eso, o simplemente había decidido abandonarlo como un cartucho de bláster gastado.

—Transmitiendo —dijo K-2. La consola zumbó suavemente y quedó en silencio cuando terminó el despacho. Cassian completó su ascenso, rápido y silencioso. Jyn encontró su mano enredada en la cuerda de su collar, atrayendo el cristal Kyber a la luz de las estrellas.

Cassian había dicho *hicimos cosas terribles*. Si esto salía mal ahora —si fallaban antes de aterrizar—, Jyn estaba segura de que la única opción imperdonable sería la suya.

Envolvió los dedos alrededor del cristal. Se imaginó rezando como había visto rezar a Chirrut. Casi se echó a reír, peligrosamente fuerte, y reprimió el sonido.

—¿Navío de carga SW-0608? —la voz en el comunicador había regresado—. Tiene permiso para entrar.

Jyn dejó caer el cristal y apretó la mano en un puño, casi gritando triunfante. Se giró y se sorprendió al ver a Cassian de pie cerca de ella. Por instinto, cabalgando la alegría del momento, ella lo agarró del brazo y lo apretó.

Él la miró con una sonrisa irónica y curiosa. Ella dejó caer la mano y pasó rozándolo.

—Le… les diré a los otros —dijo ella.

La cueva se hacía más brillante todo el tiempo.

Jyn estaba cambiando. Era evidente en sus movimientos fluidos y su mirada lúcida. Ya no encorvaba los hombros, ya no mantenía la postura compacta de una mujer lista para absorber un golpe antes de devolver el golpe. No había perdido nada de su intensidad, pero venía con lo que Cassian sólo podía interpretar como una confianza que rayaba en la invencibilidad.

Ella siempre le había parecido una persona sin miedo a morir. Ahora parecía alguien que no podía.

Debería estar aterrorizado de seguirla a la batalla. Ya no la entendía, ya no podía localizar su antigua necesidad de respuestas, su desesperada búsqueda de significados. Sin embargo, él enfrentó su odio durante el regreso de Eadu, caminó en un fino hilo antes de la sesión informativa sobre Yavin, sin saber qué pasaría después.

Había contado la historia de su misión ante el consejo. Jyn les había contado su historia. Y Cassian se había dado cuenta de que dejar a un lado su rifle de francotirador le había provocado hambre. Había tratado de imaginarse ejecutando otra misión fría y elegante para Draven y encontrando alimento en las rancias, momentáneas emociones de peligro y triunfo.

Ya no podía sobrevivir de esa manera.

Después de darse cuenta de eso, reclutar al resto del equipo había sido fácil.

Jyn estaba cambiando. Y a través de ella, Cassian haría lo que le pidiera. Todos lo harían.

Cuidado. Empiezas a sonar tan entusiasta como Chirrut.

El descenso a través de la atmósfera de Scarif fue tan suave que casi no se notó, salvo por el lento desvanecimiento de las estrellas y la palidez del cielo de negro a azul. El océano debajo, una vez que Cassian pudo verlo, parecía completamente quieto; sólo las ondas reveladoras de la luz sugerían olas.

El transbordador se precipitó sobre las pizcas de las islas volcánicas plagadas de junglas y finalmente disminuyó la velocidad al acercarse a una rueda de masas de tierra conectadas por tómbolos arenosos y tubos de tránsito. Otros transbordadores y cazas estelares rodearon los islotes, descendiendo en espiral o elevándose de las dos docenas de plataformas de aterrizaje que sostenían las instalaciones imperiales en expansión de la rueda. El diseño era, hasta donde Cassian podía ver, más o menos como Bodhi había esbozado durante el viaje hiperespacial.

Una voz llegó a través del comunicador, aburrida y profesional.

—SW-0608, diríjase hacia la pista nueve. Confirme, por favor.

—SW-0608, me dirijo a la pista nueve como indicaron —dijo Bodhi.

El transbordador se inclinó, sumergiéndose debajo de la cima de una fortaleza imperial monolítica que se elevaba desde el islote más central.

—El edificio de ahí —dijo Cassian—. ¿Qué es?

—Ese es nuestro objetivo —contestó Bodhi—. Es la Torre de la Ciudadela. Mando y control para toda esta instalación.

Cassian estuvo tentado de pedirle a Bodhi que hiciera un segundo sobrevuelo, pero no valía la pena correr el riesgo de generar sospechas.

—¿Se puede acceder a la entrada del escudo desde el interior?

—No lo creo. Pero ahí conservan los archivos estructurales del Imperio. Los planos tienen que estar ahí.

Será mejor que estén. Construyeron toda su estrategia para encontrar la bóveda de datos de la Ciudadela. Si por casualidad Galen Erso se había equivocado, si Bodhi estaba equivocado ahora, si el Imperio había movido la única cinta de datos que necesitaban a otra ubicación…

El movimiento llamó su atención sobre la torre: el sutil reajuste de un conjunto de señales masivas.

—¿La antena hasta arriba? ¿Para qué es?

Bodhi se encogió de hombros.

—Esa es la Torre de Comunicaciones. Cada comunicación dentro y fuera de esta base pasa por esa antena. Las transmisiones normales no pueden penetrar el escudo, y una plataforma normal no tendría el ancho de banda para manejar todo en la base a la vez.

Cassian se imaginó a los soldados en la cabina de abajo, escaneó sus rostros y expedientes. Se detuvo en el cabo Pao… tenía un vago recuerdo de que el comando SpecForce había eliminado una unidad de comunicación similar en un trabajo de demolición en Foerost. Tomó nota para preguntarle al respecto antes de abandonar el transbordador.

—Tren de aterrizaje activado —dijo K-2.

Cassian se alejó de la ventana. No esperaba que nadie lo viera desde el suelo, pero ¿por qué arriesgarse?

—¿La seguridad? —preguntó—. ¿Cómo está ahora?

—No sé —dijo Bodhi—. Hice veinte viajes de carga dentro y fuera del lugar. Nunca me dejaron salir de una plataforma de aterrizaje, así que no tengo mucho con qué compararlo. La seguridad es estricta.

Cassian vio pasar copas de árboles verdes y playas blancas. Por un instante vislumbró el cuerpo cuadrado metálico de un AT-AT… un caminante de cuatro patas cuyos primos militarizados había visto devastar búnkeres. Casi nunca había visto caminantes de gran tamaño fuera de una zona de guerra.

—Bueno —murmuró—. Nos hemos enfrentado a mayores probabilidades.

—No —dijo K-2—, no lo hemos hecho.

Había casi dos docenas de soldados en la cabina principal. Dos docenas de personas esperando para pelear y morir. Y todos miraban a Jyn como las tropas de Saw lo habían mirado a él.

Había escuchado su charla durante el vuelo, atrapó un puñado de nombres. Muchas de las tropas habían luchado juntas antes como exploradores de las Fuerzas Especiales. Algunos habían trabajado directamente con Cassian, mientras que él había buscado a otros en función de su reputación; unos pocos se habían enterado de la operación Scarif y se ofrecieron como voluntarios para venir en lugar de entregarlos a todos. Los rebeldes que no se conocían intercambiaron rápidamente historias de guerra o chistes o bromas, uniéndose como lo hacían los soldados. O se sentaban solos, mirando contemplativamente sus manos.

El soldado Calfor era un granadero medio sordo que una vez fue dueño de una perrera de sabuesos en Mykapo. Eskro Casich era un fanfarrón y un sabueso de la gloria, y Jyn lo identificó instantáneamente como un hombre aterrorizado de ser el único sobreviviente de la misión. Un hombre de mediana edad sin pretensiones con un acento espeso se había encargado de inspeccionar cada bláster a bordo, pulir la acumulación de carbono e intercambiar paquetes de energía. Una mujer pálida había comenzado a gritarle a uno de sus compañeros de equipo sobre cómo la Alianza había muerto, cómo todos eran traidores ahora, y luego volvió a sentarse murmurando disculpas tras disculpas. El cabo Tonc había pasado la mitad del vuelo al lado de Bodhi, cuestionando escépticamente al piloto sobre su idoneidad para la operación —si Bodhi era competente con un bláster, si había visto una batalla antes—, antes de declarar a regañadientes que él sería el que vigilaría la espalda de Bodhi.

Casi nadie habló con Jyn a menos que ella hablara primero. Saw siempre había estado por encima de su pueblo, un símbolo de la causa; ahora Jyn había sido empujada a ese papel. Con una punzada, se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos la camaradería de la guardia de Saw… no la gente, ni su amargura y fanatismo, sino el tácito conocimiento de que estaban unidos bajo el liderazgo de un hombre.

Se sentó junto a Baze y Chirrut mientras el navío descendía. Los tenía a ellos ahora, pero no era lo mismo.

Dio un salto cuando una mano le tocó el hombro y se volvió para ver a un francotirador que se cernía sobre ella. Ella trató de recordar su nombre. *Sefla*.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Pequeño problema con las tropas —dijo Sefla.

Jyn esperó.

—Les agrada, señora, pero si quiere dar un discurso, tendrán problemas para *respetarla*. Usted no es militar. Ni siquiera es de la Alianza.

—No es realmente mi problema, ¿verdad? —dijo Jyn, más desconcertada que irritada.

—Esa no es la actitud correcta, señora —Sefla arqueó la frente—. La moral es un problema de todos. Entonces, si el capitán Andor no lo hace, me corresponde a mí, como teniente de la SpecForce de la Alianza, concederle el rango de sargento. Felicidades.

Sefla nunca sonrió, pero Chirrut se reía en silencio.

—Eres un cretino —dijo Jyn.

—Sí, sargento —respondió Sefla, y caminó hacia un grupo de exploradores.

Supongo que ahora también daré un discurso, pensó Jyn. Se levantó de su asiento y comenzó a pasearse. *Déjalos mirar.*

Poco tiempo después, Cassian bajó por la escalera de la cabina.

—Es hora —le murmuró, y luego llamó al grupo—. ¡Nos acercamos!

Una docena de conversaciones suaves llegó a su fin inmediato. Los soldados se levantaron, apretaron las correas de sus rifles y aseguraron su equipo para el descenso final. Después de que el chasquido del metal y el susurro del cuero se detuvieron —demasiado rápido para los gustos de Jyn—, los ojos se volvieron hacia ella.

Ella no había logrado reunir al consejo de la Alianza. No era muy oradora. Pelear era todo lo que sabía hacer.

Tal vez esta era su audiencia perfecta.

Ella comenzó, alzando la voz por encima del traqueteo de la cubierta.

—Saw Gerrera solía decir que: *«Un combatiente con una vara y nada que perder tenía el día ganado»*.

Nadie la interrumpió. Nadie hizo preguntas. Unos pocos oficiales de SpecForce asintieron.

—No esperan que lleguemos. No tienen por qué esperarnos. Si logramos aterrizar, correremos el siguiente riesgo. Y el siguiente. Uno tras otro hasta que ganemos o los riesgos se acaben. Tienen esos planos en algún lado. Cassian, Key-Tu y yo los hallaremos. *Hallaremos* el modo de hallarlos.

Tampoco hubo aplausos, pero los soldados parecían orgullosos y listos.

Ella pudo prometerles sus vidas. Ella pudo prometer una gran victoria para la Alianza. Pero esto era todo lo que podía ofrecer, y esperaba que fuera suficiente.

Cassian dio un paso adelante antes de que la atención de alguien pudiera derivar.

—Melshi, Pao, Baze, Chirrut: con el escuadrón principal, vayan al este, lejos de la nave. Busquen una posición entre ésta área y la Torre. Cuando encuentren el mejor punto, háganlo arder. Que diez hombres parezcan cientos. Y alejen a los troopers lo más que puedan.

—¿Y yo qué hago? —la llamada vino de Bodhi, bajando de la cabina, dejando atrás a K-2.

—No apagues el motor —dijo Cassian—. Tú eres nuestra única salida.

Suponiendo que volvamos, pensó Jyn. Ella pudo haberlo dicho en voz alta, pero estaba segura de que todos lo estaban pensando de todos modos.



LA INSPECCIÓN DE LA CARGA FUE tan bien como Jyn podría haber esperado.

El transbordador no había sido construido para transportar a dos docenas de rebeldes armados cargados de equipo, y mucho menos ocultarlos de un curioso equipo de seguridad imperial. Pero la inspección, Bodhi les había asegurado, era inevitable. Todo lo que podían hacer era tratar de aprovecharlo.

Así que Jyn se había escondido en la cabina, apretada entre el hombro de Cassian (oliendo a aceite de bláster y tierra de Eadu) y la consola principal. Escuchó el descenso de la rampa de embarque, escuchó los pies pateados contra la cubierta de metal y a Bodhi haciendo presentaciones rápidas e incómodas en la cabina principal. Escuchó los murmullos del equipo de inspección. Escuchó el sonido de dos docenas de hombres y mujeres hacinados en tiendas de carga y gateando en espacios como refugiados.

—¿Qué tal? Supongo que buscan el manifiesto… —dijo Bodhi, sonando menos convincente a cada minuto.

—Sí, me sería útil —otra voz, cortante y oficiosa.

—Lo tengo aquí abajo.

Jyn envolvió sus dedos alrededor del agarre de su bláster. Podría saltar de la cabina de un salto si tuviera que hacerlo. Tal vez incluso aterrizar en la base de la escalera sin romperse las piernas.

Oyó el crujido de una escotilla de carga abriéndose. Hubo un breve grito ahogado y luego el sonido de múltiples impactos contra la cubierta. No hubo disparos. Se adelantó, bajó la escalera a tiempo para ver a Baze saliendo del compartimento de carga con una sonrisa aterradora.

Bodhi estaba con los ojos muy abiertos entre los cuerpos del equipo de inspección.

—Buen comienzo —dijo Jyn, mientras el resto de los rebeldes emergían.

Tres minutos más tarde, había logrado colocar un uniforme de seguridad imperial demasiado grande sobre su ropa. La placa negra del pecho parecía demasiado grande para ella, y las mangas se sentían demasiado largas sobre sus guantes, pero tendría que ser suficiente. Casi hizo una mueca cuando miró a Cassian, vestido con un traje y gorra de oficial como si estuvieran perfectamente confeccionados. Incluso el cilindro de código en su bolsillo estaba en un ángulo de regulación.

—Ya has hecho esto antes —murmuró, y él la ignoró. El resto de los soldados guardaban los cuerpos y pasaban las armas y comunicadores despojados.

Revisó su bláster una última vez, se ajustó el casco y miró hacia la rampa de embarque. Melshi hizo lo que ella interpretó como la señal de *listo* hacia un grupo de

soldados. Ella comenzó a moverse hacia Cassian y la salida antes de sentir una gran sombra a su lado. Baze, con un toque tan ligero como una hoja arrastrada por el viento, le tocó el hombro.

—Buena suerte, hermanita —dijo. Habló con calidez y gravedad, como si las palabras fueran una costumbre de Jedha o un honor de los Guardianes de los Whills.

Jyn no lo sabía. No tenía que saberlo. Ella le sonrió, buscó palabras y no encontró ninguna. Esperaba que él entendiera su gratitud.

Cassian la esperaba en la rampa. Juntos, vestidos con el atuendo del enemigo, salieron a Scarif.

Scarif era brillante como un desierto, brillante como su cueva ahora. Jyn podía saborear el agua salada en el aire. El calor del sol pudo ser insoportable bajo su uniforme negro si la brisa no estuviera en constante movimiento, hinchándose y menguando como si estuviera celosa de las mareas. Trató de no mirar los transbordadores que tronaban por encima, para mantener la barbilla en alto y los ojos hacia adelante como un guardia adecuado. No estaba segura de qué tan bien manejó el acto; dos veces tuvo que frenar su ritmo para permitir que Cassian, su «oficial superior», tomara la delantera. K-2SO los seguía a ambos, los servos zumbaban con cada paso.

Bajaron de la plataforma de transporte repleta de consolas, cajas de carga y centrales eléctricas. Desde allí, siguieron un camino corto hasta un búnker elevado conectado al sistema ferroviario repulsor que conduciría a la Ciudadela. Jyn apartó la luz del sol y una somnolencia repentina y distante.

—¡Señor! —cuando llegaron a la terminal, un guardia tocó un botón y las puertas de un vagón se abrieron, admitiendo a Cassian, Jyn y K-2.

Mantente enfocada, Jyn.

—Nuestras probabilidades de fracaso han aumentado —dijo K-2—. Tengo un mal presentimiento…

—¡Key! —siseó Cassian.

—Cállate —agregó Jyn susurrando.

Las puertas se cerraron a tiempo para negar la entrada a un par de stormtroopers. Jyn negó con la cabeza enérgicamente y cambió su peso mientras el vagón zumbaba en movimiento.

—¿Qué? —preguntó K-2.

Ni ella ni Cassian respondieron. *Concéntrate*, se dijo Jyn de nuevo, incluso mientras cambiaba su peso de un lado a otro, no encontraba salida ni para su energía nerviosa, ni para la tensión que se acumulaba en su mente. Pensó en la sonrisa de Baze, en su *ascenso* por parte del teniente Sefla, en lo que sus camaradas se preparaban para hacer afuera.

—¿Qué sucede? —preguntó Cassian. Su voz era baja, y el sol y las sombras bailaban sobre sus rasgos mientras el auto corría sobre el agua. Jyn agitó una mano despectivamente, pero sólo volvió a preguntar con más severidad—. ¿Qué sucede?

Ella se retorció y miró por la ventana. La Torre de la Ciudadela se estaba haciendo más grande, oscura contra el cielo brillante.

—Sólo… lo que les dije a todos allá atrás. ¿Sobre lo que dijo Saw Gerrera?

—¿Qué con eso? —preguntó Cassian.

Tiró torpemente de los dedos de un guante.

—Nunca peleamos así con él. *Nunca* lo hice. Con Saw, las misiones generalmente consistían en golpear al Imperio con fuerza… devolver el golpe en busca de venganza, desangrarlos lentamente.

—Y lo que estamos haciendo ahora es diferente —Cassian estaba siendo cuidadoso, sin mostrar nada de sus pensamientos.

—*Sí* —dijo Jyn—. Si no ganamos esto, la gente allá afuera… —indicó a las estrellas invisibles—, sólo no lo ignores. Tenemos que conseguir esos planos. No estoy segura de saber cómo luchar para *lograr* algo.

Todo era verdad. Nada de eso era lo que más le preocupaba a Jyn. Nada de eso era lo que quería esconder de sí misma, ahora que había visto la verdad.

—Vas a hacerlo bien —dijo Cassian. Y lo estaba intentando, hablando con gentileza y compasión de la que Jyn apenas había visto ecos, pero no era la respuesta que necesitaba.

Lucharía por hallar los planos. Confiaría en que Cassian, Chirrut, Baze, Bodhi, Melshi y todos los demás la empujarían por el sendero que tenía que seguir. Pero si la misión comenzaba a salir mal, ¿entonces qué? Si los perdía en el caos …

Había luchado toda su vida. Pero incluso en la cuadrilla de Saw, ella había luchado —más que nada, más que por venganza o ferocidad—, por su propia supervivencia.

Si ella recurría a viejos instintos, ¿entonces qué? Podría arriesgarse por una persona. Luchar por una niña inocente en el fuego cruzado. Pero si se encontraba sola, no sabía si podía arriesgarse por la causa.

—Estamos disminuyendo la velocidad —dijo Cassian.

Sólo concéntrate, Jyn.

El zumbido del vagón cambió de tono y las sombras danzantes relajaron su frenesí.

—Hay que hallar un mapa —continuó Cassian—. Este lugar es demasiado grande y somos demasiado vulnerables para pasear en busca de la bóveda.

K-2 giró la cabeza, pero no miró hacia Cassian.

—De seguro habrá uno por aquí abandonado.

—Ya sabes qué tienes que hacer —respondió Cassian.

Jyn frunció el ceño. Antes de que ella pudiera preguntar a qué se refería Cassian, las puertas del vagón se abrieron. Salieron a la Ciudadela de Scarif donde desapareció la luz que había penetrado en el exterior… reemplazada por hileras de tiras de iluminación incrustadas en paredes de metal oscuro. Los pasillos se bifurcaban desde la estación de

ferrocarril y los oficiales, los guardias y los ocasionales stormtroopers se movían a paso lento por la línea.

Cassian tenía razón. Sin un mapa, estaban indefensos. Jyn tiró de su uniforme, que se sentía más mal que nunca.

Un droide de seguridad idéntico a K-2SO pasó junto a él. Cassian asintió con la cabeza hacia K-2 y comenzaron una búsqueda pausada. Jyn se obligó a no alcanzar su arma, se recordó a sí misma que debía mantener la calma. Si hubieran sido detectados, se habría activado una alarma. Si los demás hubieran sido detectados, todo el complejo habría estado en un frenesí.

Siguieron al droide por un largo corredor. Cuando se metió en una hornacina terminal llena de maquinaria, Cassian se estacionó contra la pared a un lado. Jyn tomó el otro lado y vio a K-2 seguir a su gemelo.

Con un sólo movimiento, K-2 extendió la mano con un puño, expulsó un pico de datos retráctil de la articulación de su muñeca y lo hundió en la parte posterior de la cabeza de metal de su gemelo. El segundo droide dejó escapar un grito confuso y electrónico que no duró más de medio segundo; luego cayó de rodillas cuando K-2 se paró sobre él, manteniendo la conexión.

—Hazlo rápido —instó Cassian. Se paró frente a la hornacina, sin dejar de mirar por el pasillo, como si su cuerpo pudiera bloquear la vista de los dos droides. Jyn se unió a él, mirando entre su extremo del corredor y K-2.

La cabeza del droide se balanceaba sobre su cuello, de un lado a otro como una veleta.

—¿Él está bien? —preguntó Jyn.

—Los droides de la serie KX son resistentes contra la intrusión —dijo Cassian bruscamente—. Pasar a través de su programación es un desafío.

Después de casi un minuto, él preguntó:

—¿Key?

K-2SO levantó la cabeza y extrajo su pico de datos de su gemelo.

—La ruta más óptima a la bóveda pone a sólo ochenta y nueve stormtroopers en el camino —dijo—. No iremos más allá del treinta por ciento del camino antes de morir.

El segundo droide cayó sin fuerzas al suelo.

—Está bien —dijo Jyn—. Esperemos que todos estén en posición.

Baze Malbus no conocía ni confiaba en los soldados rebeldes a su alrededor. No respetaba sus lealtades. No podía confiar en sus habilidades. Pelearía junto a ellos porque Jyn Erso los había aceptado en su propia revolución… no la revolución de la Alianza, sino una que había surgido de las cenizas de la Ciudad Sagrada para traer retribución donde la resurrección era imposible.

Confiaba en la furia de Jyn y su fuego. Sobre todo —aunque era reacio a admitirlo—, confiaba en Jyn por Chirrut Îmwe. Aquellos en quienes Chirrut confiaba, Baze también podría encontrar una razón para confiar.

La vida era más conveniente de esa manera. Incluso Baze encontraba la cautela eterna agotadora.

—¡Ahora! —gritó Bodhi desde la cabina del transbordador de carga—. ¡Salgan! ¡No hay nadie!

Juntos, los soldados se vertieron en la plataforma de aterrizaje. Baze mantuvo su cañón en alto y caminó a la sombra de Chirrut, dejando que el ciego eligiera su ritmo y barriera el suelo con su bastón. Siguieron a los rebeldes fuera de la plataforma y entre los árboles de hojas anchas de la selva, lejos de los ojos de las patrullas de stormtroopers y los cazas estelares.

Cinco soldados se habían quedado a bordo del transbordador para proteger el punto de extracción y Bodhi Rook. En otra vida, Baze podría haber rezado por el piloto; en esta vida, Baze sabía que Bodhi viviría o moriría de acuerdo con la habilidad y el azar. Es más probable lo último que lo primero.

Uno de los rebeldes, un observador bien afeitado, cayó al lado de Baze.

—¿Puede él mantener el ritmo? —preguntó suavemente, señalando a Chirrut.

Baze resopló y no se molestó en voltear hacia el observador.

—Oculta mejor tu rastro. Así él podrá seguir el ritmo —movió un dedo hacia la arena blanca y los pies de Chirrut. Cuando Chirrut golpeó el suelo con su bastón, arrojó la arena a un lado y cubrió a medias las huellas de los soldados. Donde las faldas de su túnica se arrastraban, ocultaban las marcas que quedaban.

—*Él* puede oírte —espetó Chirrut.

El observador asintió enérgicamente. Disgustado, le ofreció a Chirrut un fresco:

—Lo siento, señor —y se arrastró hacia el frente. Baze notó que esta vez, el rebelde se ocupó de ocultar sus huellas.

—Al menos no preguntó si eras un jedi —murmuró Baze, pero Chirrut había comenzado a cantar. *Que la Fuerza de otros te acompañe.*

Se abrieron paso más profundamente en la jungla, el dosel verde intenso nunca fue lo suficientemente grueso como para oscurecer el sol. Cuando la arena comenzó a dar paso a un suelo más rico, Baze se arrodilló y, a medio paso, barrió algunos granos pálidos entre el pulgar y el índice. Se llevó la pizca de arena a la nariz; olía a sal marina y marga. Se llevó los granos a la lengua y los escupió.

Incluso la mugre sabe diferente, pensó. La mugre era todo lo que quedaba de Jedha, pero no creía que alguna vez volvería allí. Scarif —con sus árboles la esmeralda llamativa de las luces de cantina, con sus tibios océanos y arena como huesos aplastados—, era tanto su hogar ahora como cualquier otro lugar.

La ciudad se fue, viejo. NiJedha se ha ido.

Llegó a un brazo detrás de él, cerró la ventilación de escape en su generador portátil. En el calor de Scarif, tendría que preocuparse por cómo forzaba su cañón. No sería bueno dejar de disparar en el momento equivocado.

Los soldados se detuvieron cerca de una colina baja. El sargento Melshi, que comandaba el equipo, miró por encima de la cresta con un conjunto de quadnocs. Baze entrecerró los ojos y vio una estructura imperial rechoncha y dos escuadrones de stormtroopers en el camino.

—Cuartel —murmuró, y Chirrut asintió en reconocimiento.

Melshi se apresuró a la base de la colina y señaló a uno de sus subordinados. El segundo hombre caminó entre los rebeldes, entregando enérgicamente pero deliberadamente, detonadores magnetizados.

—Esto es lo más lejos que podemos llegar —dijo Melshi—. Aventúrense. Uno por vista. Ven un objetivo mejor, tómenlo, pero no hay reabastecimiento, elijan bien.

El rebelde que llevaba los detonadores extendió uno para Baze y Chirrut. Baze sacudió la cabeza y el chico siguió adelante. Melshi seguía hablando.

—Queremos atraerlos, así que sigamos moviéndonos una vez que empecemos y no dejen que se retiren a los bunkers. Yo haré el conteo —echó un vistazo al grupo y asintió bruscamente—. ¡Corran!

Los rebeldes se dispersaron en unos, dos y tres. Melshi miró a Baze y Chirrut.

—¿Son demasiado buenos para el trabajo de demolición? —su tono era alegre pero desconcertado.

—Alguien debe mantener vivos a sus soldados —dijo Baze. Él sonrió, mostrando los dientes.

Melshi no parecía divertirse.

—¿Y bien? —preguntó Baze, agitando una mano hacia Chirrut.

Los labios de Chirrut se movían. Cuando terminó su canto (*Yo soy uno con la Fuerza, la Fuerza me acompaña…*), el Guardián avanzó tras una manada de rebeldes.

—No tardaremos mucho —dijo Chirrut, y miró hacia atrás para echar una mirada ciega a Melshi.

Cuando Chirrut siguió a los soldados rebeldes, Baze siguió a Chirrut. Juntos, cazaron.

Entre los stormtroopers que deambulaban por los caminos de tierra y las plataformas de aterrizaje y bunkers, muchos estaban vestidos con armaduras especializadas del color de los dientes podridos. El uniforme era evidentemente liviano y flexible, apropiado para el calor y para caminar por las playas. Vulnerable, pensó Baze, ante golpes duros y rápidos que rompen piernas y cuellos.

Chirrut derribó a los primeros dos stormtroopers del día, arrastrándolos antes de que pudieran completar su patrulla alrededor de una plataforma de aterrizaje y echar un vistazo al observador rebelde plantando su detonador. Baze reclamó a otro trooper poco después, saliendo de la vegetación para envolver sus manos alrededor de un cuello envuelto en un traje negro; metió los dedos debajo del borde del casco del stormtrooper que luchaba mientras arrastraba al hombre hacia atrás entre los árboles y le negó el aire

hasta que el casco se cayó y Baze pudo golpear su cara contra una roca. El stormtrooper no se movió de nuevo.

Cazaron sincronizados, Chirrut siempre rondando cerca de los rebeldes y Baze siempre rondando cerca de Chirrut. Baze no limitó sus objetivos a aquellos que pudieran ver al ciego, pero mantuvo a Chirrut bajo observación; donde la Fuerza le fallaría a Chirrut, Baze no lo haría.

Sus manos y brazos rápidamente le empezaron a doler. Baze era fuerte, pero estaba envejeciendo y no podía darse el lujo de usar su cañón. Se secó la frente con una manga y tomó un trago de su cantimplora cuando los rebeldes se reagruparon cerca de Melshi, ahora más cerca de los barracones que nunca. Chirrut se agachó entre los árboles a una docena de metros de distancia.

Los soldados parecían ansiosos. Parecían confiados. Observaron los barracones y sus alrededores, con sus rifles listos mientras yacían en la arena o se apretaban contra los árboles para camuflarse.

Tal vez, pensó Baze, *podía confiar en ellos después de todo.*

Escuchó la voz de Melshi por su comunicador.

—Listos, listos. Ya en espera.

Escuchó el silbido de la espuma del mar derramándose sobre la arena y el lejano aullido de los transbordadores.

Finalmente, la respuesta de Cassian llegó a través de la comunicación:

—Que arda en llamas.

—Director Krennic, estamos cruzando el escudo de Scarif. El general Ramda ya fue informado de su llegada.

Orson Krennic gruñó en reconocimiento y se tocó el dedo índice en la garganta, preocupándose por el dolor y los moretones. El ultraje de Darth Vader tardaría un día o más en sanar; mientras tanto, un dolor persistente le trajo a Krennic un recordatorio de la precariedad de su posición.

Estaba al borde de un acantilado metafórico, golpeando su pie en un esfuerzo por causar una avalancha. Con la traición de Galen Erso deshecha, ganaría la lealtad de Vader. Con el respaldo de Vader, expondría la incompetencia de Tarkin… la revelación de los sobrevivientes rebeldes de Jedha. Con Tarkin humillado, el mando de Krennic de la Estrella de la Muerte no se disputaría, y él consultaría con el Emperador sobre cómo podría usarse mejor.

Krennic sería, en todos los sentidos, el hombre más poderoso y condecorado del Imperio.

O se caería del acantilado y golpearía su cráneo contra las rocas. Y su Estrella de la Muerte caería en las manos torpes de Wilhuff Tarkin.

Tarkin, Erso, Vader… ¿cómo habían conspirado tantos hombres contra él durante tanto tiempo?

—Comenzando el descenso final ahora —llamó la voz del piloto.

Enfurrúñate como un niño otro día. Resuelve tu problema de Erso primero.

Desembarcó con su escolta de death troopers, saludó bruscamente al teniente que había venido a guiarlo fuera de la plataforma de aterrizaje ejecutiva de la Ciudadela e ignoró la caricia seductora del cálido aire de Scarif. Galen había tenido acceso casi sin restricciones a la Ciudadela; bajo la supervisión de los cuidadores imperiales, sí, pero los supervisores de Scarif carecían de rigor, ganándose sus tareas en el mundo tropical en gran medida a través del amiguismo. Confiaban en la guarnición de stormtroopers, el escudo planetario y los Destructores Estelares en órbita; confiaban demasiado en las medidas de seguridad automatizadas de la Ciudadela. El daño que Galen pudo haber hecho fue considerable.

Krennic adelantó a su guía cuando desembarcó el turboascensor y se dirigió al centro de mando de la Ciudadela. El general Ramda y su gente esperaban con atención mientras Krennic descendía al pozo de control.

—Director —declaró Ramda—, ¿qué lo trae a Scarif?

Krennic se erizó ante la voz, al tono de un hombre que había preparado un recorrido por las instalaciones y una cena oficial en lugar de prever la crisis en cuestión. Ramda era otro oficial cuya incompetencia excedía su visión.

—Galen Erso —espetó Krennic—. Ubiquen todo envío, toda transmisión que alguna vez hiciera para poder inspeccionarlos.

—Pondré a tres hombres inmediatamente —Ramda ocultó mal su confusión cuando Krennic pasó junto a él y se dirigió a una consola—. ¿Qué están buscando?

Krennic se detuvo, giró y miró al general con asco cuajado.

—Los voy a inspeccionar yo mismo. Es por eso que estoy aquí.

—¿Todos ellos?

—Sí. *Todos* ellos. Los quiero ya.

Tal vez, pensó Krennic, *había logrado sobreestimar la competencia de Ramda*. Tal vez él mismo había aceptado demasiada responsabilidad por la traición de Galen —no es que cambiar la culpa, sin importar la justificación—, calmaría a Vader.

Tenía un plan para la tarea por delante. Comenzaría comprobando las transmisiones de gran tamaño. Con toda probabilidad, Galen no se habría atrevido a transmitir archivos completos desde la bóveda de datos —incluso la seguridad laxa de Scarif debería detectarlo—, pero era mejor estar seguro. Después de eso, Krennic podría buscar los nombres de cualquier persona dentro del Imperio con quien Galen pudo haber provocado una conspiración; Galen sabía que Krennic carecía del carisma para ganar aliados y las agallas para intentar chantajear, pero Galen sabía que Krennic, en primer lugar, no abandonaría el trabajo de su vida.

Tomó asiento en una estación de servicio cerca de las ventanas mientras los oficiales se arrastraban nerviosamente detrás de él. Una vez que terminara con las posibilidades

obvias, tendría que comenzar a seleccionar mensajes a mano. Tendría que buscar palabras clave, cualquier cosa fuera de lugar.

Galen sabía demasiado, había *visto* demasiado. Si hubiera enviado a los rebeldes inteligencia sobre las defensas imperiales, en las rutas hiperespaciales, podría dejar a más de un planeta vulnerable a un ataque bien coordinado. Si hubiera autorizado envíos de equipo o armamento, podría haber suministrado a sus aliados de alguna manera. Pero si había enviado información sobre la Estrella de la Muerte solo un poco a la vez, «olvidando» cifrar adecuadamente los datos para que la Rebelión pudiera escuchar a escondidas…

… ¿y qué? ¿Qué podría hacer la Alianza Rebelde? No hay defensa contra la estación de batalla.

Jamás van a ganar.

El breve estruendo de abajo que interrumpió los pensamientos de Krennic le pareció irritante: otro fracaso por parte de Ramda y sus hombres para proporcionarle lo que necesitaba. Pero luego siguió otro ruido, y otros rápidamente en secuencia. Krennic se detuvo bruscamente y contempló el paisaje de Scarif mientras el humo y el fuego se elevaban desde una docena de puntos fuera del verde.

Los oficiales gritaban detrás de él. No oyó palabras, pero reconoció un tono compartido de sorpresa y confusión. ¿Eran realmente tan ajenos?

—¡¿Qué no ven?! —gritó, girando para enfrentar el centro de comando e ignorando la aspereza en su garganta—. ¡Los rebeldes están aquí!

Tenía la atención de la sala. La atención no era lo que él requería.

—¡Envíen a un escuadrón! —ordenó—. ¡Pronto!

Y se movieron, por fin, Ramda ladraba órdenes y sus subordinados hacían aparecer mapas aéreos y hologramas. Ramda ignoraba, por supuesto, el verdadero objetivo del enemigo, pero Krennic sabía que este era el trabajo de Galen. Una consecuencia más de su sabotaje, de sus mensajes secretos. Krennic maldijo al hombre antes de buscar poner las noticias en contexto.

Los rebeldes (casi seguramente rebeldes) intentaban llegar a la bóveda de datos. Intentaban robar los planos de la estación de combate.

¿Para qué? ¿Para construir la suya propia?

Para buscar una debilidad.

No *había* debilidad.

Incluso la posibilidad era inaceptable.

Y otro pensamiento se arrastró por la parte posterior del cerebro de Krennic, un pensamiento que no debió asustarlo, uno que no significaba *nada* en este momento, no tenía implicaciones para la realidad en tierra, pero que hizo temblar su puño cerrado.

Los sobrevivientes de Jedha habían atacado a Eadu… y él había visto a uno de ellos, allí en la plataforma cuando cayeron las bombas, aunque no podía recordar la cara de su enemigo. Desde Eadu, lo habían seguido hasta Scarif.

Prometió no dejarlos escapar por tercera vez.



YAVIN 4 ERA UN MUNDO prisión. Parecía descortés decirlo en voz alta; la Base Uno le había dado a Mon Mothma un hogar, un refugio de un Imperio que la habría perseguido ansiosamente en la selva de la galaxia para tener la más mínima posibilidad de ejecutarla. Pero dejar a Yavin era casi imposible por esas mismas razones. Los viajes de Mon fuera del mundo fueron raros y de corta duración, y siempre terminaban en su celda dentro del templo.

Era jefa de estado de la Alianza Rebelde y su poder se extendía hasta la línea de árboles de la selva. Luchó contra una feroz envidia cuando los consejeros que había convocado se apilaron en sus naves espaciales, se elevaron uno por uno hacia el cielo azul brillante. Fueron a sus mundos de origen, a sus campos de batalla y a sus cuarteles generales móviles, listos para emprender la guerra o huir o rendirse, pues el estancamiento de la Alianza permaneció intacto, y los discursos de Mon no los habían influido.

Observó el transporte sin marcar de la senadora Pamlo partir hacia Coruscant, donde Pamlo denunciaría públicamente la estación de combate de la Estrella de la Muerte antes de renunciar a su oficina e instar a la Rebelión a disolverse. Mon había extraído esa *concesión* durante sus ochenta y tres minutos de debate con Pamlo esa mañana. Quizás algún día Mon miraría hacia atrás y admiraría los principios de Tynnra Pamlo. Pero no hoy.

Se volvió hacia el hangar, cruzó el asfalto y salió a las sombras del templo. Un goteo constante de concejales continuó a sus naves, aparentemente supervisados por Davits Draven y Antoc Merrick.

Merrick era, a todas luces, un excelente piloto y un digno comandante del Escuadrón Azul. Al verlo con Draven, Mon tuvo que resistir el impulso de preguntar: *¿A quién vamos a asesinar ahora?* En cambio, dijo:

—¿Son seguras las salidas?

No tenía sentido preocuparse por las heridas incluso antes de que se cubrieran.

—El Escuadrón Azul está listo para despegar si alguien pide ayuda —dijo Merrick.

Draven gruñó.

—Todo está despejado hasta ahora. Al menos los imperiales no siguieron a nadie aquí —miró de lado a lado, asintió con la cabeza a un ayudante ajeno a la senadora y bajó la voz—. Aun así, me gustaría comenzar a explorar nuevas oficinas centrales. Demasiadas personas saben sobre la Base Uno, y no podemos estar seguros de cuántas de ellas estarán de nuestro lado mañana.

Así, pensó Mon, *nos estamos preparando para la ruptura de la Alianza.*

—Hazlo —dijo ella.

Merrick comenzó a hablar, pero fue interrumpido por un grito desde la parte trasera del hangar.

—¡Senadora! ¡Senadora Mothma! —uno de los soldados de la base estaba abriéndose paso entre un grupo de técnicos y un astromecánico de la serie C1, corriendo hacia ella. Merrick salió de su círculo para interceptarlo, agarrándole el hombro con brusquedad como si estuviera listo para tirar al hombre al suelo.

Como si, Mon se dio cuenta, Merrick la estuviera protegiendo de un posible asesino. No estaba segura de si sentirse agradecida o preocupada.

—Deténgase ahí, cabo —dijo Merrick, baja y severa.

El hombre estaba rígido, prácticamente temblando de energía nerviosa.

—Déjalo hablar —dijo Mon.

—Una transmisión imperial que interceptamos, señora —respondió el soldado—. Rebeldes en Scarif.

¿Scarif? ¿Cómo era posible?

Pero la respuesta fue obvia. También lo vio en la cara de Draven y en la de Merrick.

Mientras Mon había pasado la noche agarrándose como una avara a cualquier parte de la Alianza que pudiera preservar, Jyn Erso había ido a arriesgar todo lo que tenía.

Arregló lo personal con una mirada sobria.

—Tengo que hablar con el almirante Raddus —dijo.

—Regresó a su nave —el hombre casi tartamudeaba—, está en órbita a bordo del *Profundity*. Se fue a combatir.

—Ya veo —dijo, y lentamente sonrió. La expresión de Merrick era expectante.

Quizás había perdido la esperanza demasiado rápido.

Menos de diez minutos después, las sirenas anunciaban la partida de los escuadrones rojo, azul, verde y dorado junto con los transportes U-wings. Raddus ya había contactado a todas las naves capitales dentro del alcance de Yavin o Scarif. Draven había advertido bruscamente a Mon que no pensara unirse a la misión, sin importar cuán *inspirador* pensara que podría ser; pero la advertencia no había sido necesaria. Mon entendía sus límites demasiado bien para interponerse en el camino.

En cambio, recordó su orgullo por los soldados de la Alianza y observó a los pilotos, el personal de infantería y los técnicos trepar a sus naves. Cualquiera que fuera capaz de contribuir encontraría bienvenidas sus habilidades en la próxima batalla.

Cuando los últimos transportes comenzaron a llenarse, se volvió hacia los pasillos del templo y se dirigió al centro de comunicaciones. Tuvo que hacerse a un lado para dejar pasar a un droide de protocolo laminado en oro y una unidad R2 que se apresuraba hacia el asfalto, y escuchó débilmente que el primero declaraba indignado:

—¿Scarif? ¿Iremos a *Scarif*? ¿Por qué nunca nadie me dice nada, Artoo…?

El Gran Moff Wilhuff Tarkin se propuso no detenerse en las extravagantes ambiciones de Orson Krennic. En el transcurso de más de una década, el director pasó de ser una molestia a una amenaza genuina y viceversa, todo el tiempo exigiendo mucha más atención de la que Tarkin estaba dispuesto a otorgarle. Krennic era demasiado útil para deshacerse de él y demasiado motivado para confiar en él, pero una mezcla de negligencia y raros recordatorios contundentes de la autoridad de Tarkin lo habían mantenido en gran parte en las afueras de la galaxia personal de Tarkin.

Sin embargo, cuando Tarkin se paró en el puente de la Estrella de la Muerte y miró las estrellas en la pantalla, se tomó un momento para reconocer las contribuciones del director. Un proyecto de tal escala necesitaba ser manejado con un ojo en los detalles y un énfasis en la implementación; y Krennic, a pesar de sus defectos y obsesiones, había hecho que la Estrella de la Muerte *funcionara*.

Tarkin casi había esperado que todos los sistemas no esenciales en la estación de batalla fallaran después de la prueba en Jedha. Sin embargo, la Estrella de la Muerte permaneció intacta, invulnerable… toda su furia aún por desatarse. Tarkin pensó que sería notable ver si realmente podía demoler un planeta…

Se rio por dentro de su propio entusiasmo infantil. No había prisa. La Estrella de la Muerte era una herramienta como cualquier otra, para aplicarse a la hora adecuada.

—¿Señor? —el general Romodi se había acercado. Tarkin indicó su atención con un movimiento de la cabeza—. La base de Scarif: reporta una incursión rebelde. Tiroteos alrededor de la Ciudadela.

Bueno, eso era una sorpresa. Scarif era un objetivo endurecido, uno que Saw Gerrera pudo haber atacado mientras se sentía particularmente ambicioso. Si la Rebelión atacaba Scarif tan pronto después de la muerte de Gerrera, era por una *razón*.

Las posibilidades pasaron por la mente de Tarkin. Ninguna de ellas lo alarmó. Muy poco alarmaba realmente a Tarkin.

—Una incursión terrestre —dijo—. ¿Pero no hay apoyo orbital?

—No, que la gente de Ramda haya mencionado.

Lo que sugería un esfuerzo de último suspiro o un plan aún no implementado completamente.

—Quiero hablar con el director Krennic —dijo Tarkin.

—Está *ahí*, señor —respondió Romodi—. En Scarif.

El día estaba lleno de sorpresas.

Tarkin habló con indiferencia, tanto para sí mismo como para Romodi.

—Los planos originales de la estación se conservan ahí, ¿correcto?

—Así es.

Junto con otros planos técnicos para proyectos cubiertos por la Iniciativa Tarkin. *Sería una especial lástima*, pensó Tarkin, *ver a War-Mantle y Stellarsphere retroceder*. Pero era apenas un gran golpe para el calendario galáctico, particularmente con la Estrella de la Muerte finalmente en línea.

Lo mejor es sufrir una pérdida menor para evitar una mayor. Lo que los rebeldes podían hacer con los planos técnicos era limitado, por supuesto, pero Tarkin siempre había sido un hombre que prefería eludir el espectro del riesgo.

—Preparen el salto al hiperespacio —dijo—, e informen a Lord Vader.

Romodi se apresuró, y el suave zumbido del reactor se elevó suavemente mientras los motores de velocidad de la luz agotaban la energía. Tarkin cruzó las manos y observó a un par de TIE fighters en la pantalla de visualización navegar hacia una de las bahías del hangar de la estación.

Tenía curiosidad por ver a los rebeldes en acción. También tenía curiosidad por saber qué oportunidades podrían presentarse. ¿Cuántas victorias se pueden anotar en una batalla?

Pero Tarkin era un hombre paciente. Esperaría y vería lo que Scarif le proporcionaba.

DATOS SUPLEMENTARIOS: LA FLOTA REBELDE

[Documento #MH2215 («Notas breves sobre la historia de la Armada de la Alianza Rebelde»), de los archivos personales de Mon Mothma.]

La Guerra de los Clones redefinió el conflicto interestelar, obligándonos a lidiar con realidades que bendecidamente olvidamos después de generaciones de paz. Este fue, quizás, el peor de los crímenes de las guerras… marcaron el comienzo de una era en que el derramamiento de sangre en masa ya no era impensable, sino más bien una característica esencial de la acción militar.

He argumentado que nuestro movimiento rebelde no es una respuesta a la pregunta política de la Guerra de los Clones, y sigo creyendo esto; sin embargo, nadie puede afirmar que nuestra doctrina militar no está definida en gran medida por el deseo y la necesidad de *hacer las cosas de manera diferente*. Lo que funcionó en la Guerra de los clones no puede volver a funcionar: la asociación de los Caballeros Jedi y los ejércitos clon kaminoanos constituyó un arma incomparable que ya no existe.

Considere una brigada de clone troopers dirigidos por un comandante jedi: una unidad de este tipo podía penetrar las defensas orbitales de un mundo y tomar el control de todo el planeta mientras recibe (¡e inflige!) bajas mínimas. No pretendo subestimar el papel de la guerra naval durante el último conflicto, ni denigrar los sacrificios de los pilotos de naves espaciales y la tripulación que se perdieron, ¿pero qué bloqueo podría ser lo suficientemente completo como para evitar un puñado de cazas estelares determinados y una sola nave de desembarco de clones? (Sí, tales bloqueos existieron, y en mayor número hacia el final del conflicto, pero su costo ayudó a fracturar y llevar a la bancarrota al naciente gobierno separatista).

Con el fin de la Guerra de los Clones, la destrucción de la Orden Jedi y el desmantelamiento de las instalaciones de clonación kaminoana, el autoproclamado Emperador y sus asesores militares determinaron que el futuro de la guerra estaba en el armamento naval a gran escala… en una flota de acorazados y estaciones de batalla que podrían atomizar a cualquier enemigo, ya sea en la superficie de un planeta o entre las estrellas. Reconstruyeron un ejército no para ataques de precisión sino para golpes de martillo; un ejército que podría contrarrestar el movimiento interestelar de cualquier infantería móvil que pudiera surgir en un levantamiento.

Este fue el genio vil del plan del Emperador Palpatine. Sabía que una rebelión como la nuestra no tendría dificultades para reunir un vasto ejército de tropas terrestres de miles de mundos oprimidos. Pero sus stormtroopers podían

reducir el crecimiento de un levantamiento local en cualquier mundo, y sus flotas podrían diezmar a las tropas espaciales durante cualquier intento de aterrizaje. Ninguna rebelión potencial podría atreverse a evitar la infantería por completo, pero —sin el apoyo de la élite jedi o clones—, el costo en vidas sería abominable (vean, por ejemplo, el asunto de la 61ra infantería móvil en Ferrok Pax).

Por lo tanto, la importancia de la armada rebelde.

Mientras el Imperio construía sus gigantescos Destructores Estelares y sus enjambres de TIE fighters, otra flota se estaba formando de manera menos mecanicista. En los primeros años de lo que se convertiría en nuestra Rebelión, había poca coordinación entre las células insurgentes… sin embargo, cada una de ellas entendía la necesidad de obtener naves espaciales para ataques militares y transporte. Un carguero reestructurado aquí, aumentado con armas ilegales rescatadas de restos de separatistas; una corbeta pirata ahí, donada por un simpático contacto de los mundos bajos; un puñado de cazas estelares, robados en una incursión atrevida a una base imperial.

A medida que las facciones insurgentes en diferentes sectores comenzaron a coordinar y compartir recursos, surgieron nuevos desafíos. Un TIE fighter es poco diferente de otro… sus mecanismos y sus pilotos se pueden reemplazar con facilidad cuando las reparaciones o las lesiones lo ameritan. No es así con la variedad de naves que vuelan por la causa rebelde. La dotación de personal y el mantenimiento de una flota de retazos es una tarea que bajo un liderazgo menos experto (¡no me incluyo!) habría sido imposible.

Los capitanes rebeldes propusieron una solución triple para nuestro desafío. Primero, se establecería una tubería subterránea a través de la cual tanto los contrabandistas como los comerciantes legítimos obtendrían y distribuirían las piezas de las naves espaciales que tanto necesitaban. Esta red de distribución necesitaría competir con las de algunas de las corporaciones más grandes de la República para operar de manera efectiva. La asistencia de ex asesores separatistas en última instancia sería invaluable.

En segundo lugar, se alentaría a los pilotos a coordinarse, aprender unos de otros y entrenar en tantos tipos de naves y simuladores como sea posible. Esto no solo permitiría colocar a pilotos expertos en nuevas embarcaciones en caso de que se destruyera su nave espacial personal, sino que también resultaría vital para los enfrentamientos con varias naves. Como dice el almirante Raddus: *«Nadie quiere volar en formación con un extraño»*.

Tercero, el liderazgo rebelde gastaría los recursos necesarios para obtener escuadrones de cazas estelares adicionales. Estos esfuerzos costarían créditos y vidas, y los detalles deben permanecer confidenciales por ahora. No obstante, nuestro acceso a los X-wing en particular es testimonio de nuestro éxito.

A medida que nuestra Rebelión ganó visibilidad, también surgieron nuevas oportunidades. La llegada de las naves-ciudad de Mon Calamari fue una

bendición impactante (y tal vez, dada nuestra efectividad limitada contra la ocupación de Mon Cala, inmerecida), enfatizando la importancia de ganar los corazones de los civiles de la galaxia por encima de todo.

Con el tiempo, líderes como Raddus y el general Merrick realizaron una hazaña sorprendente, transformando lo que podría haber sido una armada pirata en una verdadera fuerza de combate. Hace mucho tiempo que sabemos que nuestros pilotos, tripulaciones y comandantes pueden igualar fácilmente la habilidad y la valentía de sus contrapartes imperiales; lo que queda por probar es si nuestros cruceros pueden participar en una batalla de flota a gran escala y triunfar contra un oponente tecnológicamente superior.

Mi esperanza es que tal prueba nunca sea necesaria. Pero si llega el día, creo que saldremos victoriosos.



BODHI ROOK DEBERÍA SENTIRSE culpable. Desde el interior de la cabina del transbordador SW-0608, observó cómo el humo negro se elevaba desde media docena de plataformas de aterrizaje… el tipo de humo que se derramaba como la sangre de un navío de carga estrellado o un speeder en llamas. Había visto a los rebeldes de Saw Gerrera volar instalaciones antes. Se reconoció a sí mismo en las figuras vestidas de negro que corrían para extinguir incendios o que se refugiaban detrás de stormtroopers patrulleros.

Bodhi nunca se había considerado un soldado o un asesino. Debería sentirse culpable. Pero había elegido un lado cuando Galen Erso le había contado sobre los crímenes que estaba permitiendo. Había sentido que sus últimas dudas se quemaban en el fuego que había consumido Ciudad Jedha.

—¡Troopers! —era la voz del cabo Tonc, desde la escalera de la cabina y fuera de la nave—. ¡Troopers a la izquierda!

Bodhi oyó sonar las botas contra la cubierta mientras los cinco combatientes rebeldes que se habían quedado con el transbordador se apresuraron a entrar. A través de la ventanilla vio a un escuadrón de stormtroopers corriendo por la plataforma de aterrizaje, corriendo a toda velocidad por las cajas de carga y las consolas de control. Ninguno de ellos le dio al transbordador más que una mirada.

Por el momento, al menos, Bodhi podría seguir escondiéndose.

Tonc trepó ruidosamente por la escalera de la cabina, el cañón de su rifle de hombro golpeó cada peldaño mientras avanzaba. Bodhi trató de parecer confiado, *duro* ante la presencia del hombre… Tonc había pasado la mayor parte del vuelo a Scarif interrogando a Bodhi antes de ofrecerse como voluntario para proteger el transbordador. Bodhi todavía no estaba seguro de lo que el cabo pensaba de él.

Tonc golpeó a Bodhi con la palma de la mano, justo entre los hombros.

—¿Cómo va allá arriba? —gruñó él.

Bodhi hizo una mueca ante la fuerza del golpe.

—Parece que han aterrizado embarcaciones sin tropas, pero en general están ignorando los transbordadores. Realmente no puedo decir lo que está pasando… —hizo un gesto vago hacia la ventana y el humo. De vez en cuando distinguía el destello carmesí de un rayo láser, pero los árboles le impedían ver las plataformas, los bunkers y los barracones más cercanos a la Ciudadela.

—Lo que está pasando es la *lucha* —dijo Tonc—. Esos son los exploradores, a tu servicio.

Bodhi estaba ajustando sus instrumentos, cabeza abajo sobre su consola. Pero la admiración en la voz de Tonc llamó su atención.

—¿No eras tú un explorador? —preguntó.

Tonc se echó a reír.

—No puedo hacer la mitad de lo que hacen esos tipos de la SpecForce. Pero escuché que el capitán Andor necesitaba voluntarios, así que me ofrecí —su voz adquirió una cualidad áspera cuando agregó—. Todavía disparo mejor que *tú*.

Bodhi no lo dudaba.

El comunicador crujió y llegó una voz, urgente y enojada.

—¡Pista doce! ¡Soliciten ayuda!

Bodhi golpeó sus muslos, triunfante.

—He encontrado el canal principal de seguridad. Podemos rastrear sus movimientos desde aquí.

Tonc frunció los labios y asintió con aprobación. La conversación era rápida y superpuesta: la Ciudadela exigía informes de estado y evaluaciones del número de tropas rebeldes mientras los stormtroopers pedían refuerzos de emergencia.

—¡Hay rebeldes por todas partes! —una voz llamó, y Bodhi no pudo evitar sonreír.

—¿Sólo nos sentaremos aquí y nos regocijaremos? ¿O vas a ayudar? —preguntó Tonc.

Bodhi se erizó, aunque las palabras fueron más amigables que desafiantes. Alcanzó los controles de comunicación nuevamente y se mordió el labio.

Baze y Chirrut estaban allí afuera, probablemente tirando y disparando junto con todos los soldados rebeldes. Cassian, Jyn y K-2 ya estaban dentro de la Ciudadela. Si todo salía bien, incluso si todo saliera a la *perfección*, no todos volverían vivos.

No eran sus amigos. No habían ido a beber con Bodhi después de que, aún en su enamoramiento, Bamayar lo había rechazado, o lo habían ayudado a volver a montar su astromecánico después de haber desarmado estúpidamente el droide en un desafío. Pero lo habían salvado de Saw Gerrera, le *creyeron* cuando Saw y su gente no. Nunca lo esposaron. Lo habían necesitado en Eadu y nunca fingieron que no lo habían hecho.

Querían detener la Estrella de la Muerte.

No merecían ser lastimados.

Bodhi debió sentirse culpable.

No tienes que sentirte culpable.

Apretó un botón, levantó el enlace y gritó en la comunicación abierta:

—¡Aquí pista dos! ¡Pista dos! ¡Veo cuarenta rebeldes al oeste en la pista dos!

Luego silenció la comunicación y ajustó la configuración con una mano temblorosa. Sintió una oleada de energía, aterradora y vigorizante, al pasar el enlace a Tonc.

—Toma, di que nos rodean rebeldes en la pista cinco —dijo.

Tonc sonrió ampliamente y tomó el enlace.

—¿Quién necesita a la SpecForce? —preguntó—. Podemos hacer todo esto por nosotros mismos.

Por un instante Bodhi se sintió seguro de que eso era cierto. Pero estaba contento de no estar luchando solo.

Los temores de Jyn habían comenzado a multiplicarse. En la cruda luz reveladora de la cueva en su mente, parecía encontrar otro con cada momento que pasaba. Temor por sus compañeros, y el peligro en el que estaban; miedo por cómo ella podría fallar o abandonarlos; miedo a lo que haría la Estrella de la Muerte si no era detenida; miedo a no entregar la redención que buscaba su padre.

Fue el miedo lo que guió su mano hacia su bláster mientras caminaba con Cassian y K-2 por un subcorredor de la Ciudadela y vio a treinta stormtroopers correr hacia ella en formación. Era el miedo lo que la ponía *ansiosa* por pelear, ansiosa por canalizar su temor a golpes despiadados y el dolor de las costillas magulladas.

Eadu y Jedha le habían dado un adormecedor entumecimiento en forma de marchas interminables y tormentas, y la luz del sol se había enfriado. Las comodidades de Scarif le permitieron *pensar* demasiado. Y cuando el pelotón de stormtroopers pasó sin mirar, a pasos sincronizados mientras se dirigían a la entrada principal de la Ciudadela, no pudo evitar sentirse decepcionada.

—Supongo que nuestra distracción está funcionando —murmuró Cassian.

Jyn se obligó a mirar con aprobación.

—Fue un buen plan.

No habían tenido noticias de Melshi ni de los demás desde que los detonadores se habían disparado. Se suponía que los rebeldes debían señalar si tenían algo que Jyn o Cassian necesitaran saber.

A menos, por supuesto, que todos murieran.

Mantente enfocada, Jyn.

Intentó recordar cómo había mantenido la radio en silencio durante las carreras para Saw; cómo había logrado esperar en la base a que camaradas como Maia y Staven regresaran. Pero los vagos recuerdos incipientes la hacían sentir enferma. E incluso entonces no había necesitado a esas personas como necesitaba a Bodhi, a los Guardianes y a Cassian: para mantenerla concentrada, para evitar que solo *sobreviviera*.

Mantente enfocada y haz tu maldito trabajo.

—Este camino da a la bóveda de datos —dijo K-2.

Se movieron tan rápido como pudieron sin llamar la atención. Los corredores se vaciaron mientras viajaban, los oficiales se retiraron a sus estaciones y los troopers corrieron hacia el perímetro. Por fin llegaron a una pesada puerta blindada.

—Adentro —dijo K-2. La puerta se abrió sin código.

La antecámara de la bóveda estaba amoblada tan severamente como el resto de la instalación. Un teniente de baja estatura estaba sentado detrás de una consola,

protegiendo la entrada a un tubo brillantemente iluminado, rodeado de dispositivos que Jyn no reconoció.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó el teniente.

—Nada en este momento —respondió K-2, y dejó caer un puño de metal al cráneo del hombre. El teniente se desplomó sobre la consola mientras el droide maniobraba a su alrededor, empujando el cuerpo inconsciente a un lado y enchufándose a un puerto de datos.

Cassian se apresuró a arrastrar al hombre fuera de la vista de la puerta. Jyn estaba de pie en el marco circular del tubo, parpadeando a la luz y mirando la enorme puerta de la bóveda en el otro extremo. Un recuerdo olvidado de una mala noche en el espacio subterráneo de un tesoro imperial brilló en su mente; todavía podía sentir las chispas ardiendo en sus mejillas, los callos de cuatro horas trabajando con un cortador de plasma. Tallar a través del metal, decidió, no era una opción.

—¿Cómo se abre? —llamó ella.

—Por identificación biométrica. El teniente Putna debería hacerlo —K-2 hizo un gesto distraído hacia el cuerpo en los brazos de Cassian—. Debo quedarme aquí.

—¿Para qué? —preguntó Cassian. Jyn se reposicionó para ayudar a lidiar con el teniente inconsciente, levantando las piernas cuando Cassian lo levantó por debajo de los hombros.

—No se puede quitar la cinta de datos de la bóveda sin autorización y asistencia de esta consola —dijo K-2—. De esta manera, a cualquier posible ladrón se le niega el éxito. En el caso de una violación de seguridad, el túnel de detección también se puede energizar para borrar todo el almacenamiento de datos. Prefiero mantener mi memoria intacta.

Jyn estiró el cuello mientras Cassian bajaba por el tubo. Los anillos de equipo no parecían menos amenazantes, incluso sabiendo que estaban diseñados para eliminar la electrónica en lugar de las personas.

Cassian le gruñó a Jyn. Ella dejó caer las piernas del teniente y Cassian rodó al hombre, colocando su mano en el escáner en la puerta de la bóveda. Durante varios segundos, no pasó nada; luego, un zumbido corto y bajo indicó el rechazo de la exploración.

Jyn maldijo para sí misma y sintió que su piel se erizaba de calor.

—Esto no funciona, Key —llamó Cassian.

La voz de K-2 resonó por el túnel:

—Mano *derecha*.

—Eres un espía terrible —siseó Jyn. Estaba sorprendida por su propia intensidad, la burla fácil mezclada con frustración.

Cassian la ignoró y reacomodó el cuerpo. La puerta de la bóveda sonó rápidamente esta vez. Las cerraduras de metal se desengancharon y una corriente de vibración corrió por el piso.

Lentamente —insoportablemente lenta—, la puerta se abrió.

Durante la mayor parte de cinco minutos, los rebeldes tuvieron la ventaja. Los stormtroopers que sobrevivieron a las detonaciones iniciales quedaron atónitos, sordos, cegados y heridos por las explosiones, los truenos y la metralla. No entraron en pánico —corrieron obedientemente a sus puestos y agruparon sus disparos en sacudidas oportunas—, pero estaban luchando para compensar las bajas antes de haber visto al enemigo. Eran fáciles de matar y fáciles de reunir.

Baze se complació con los gritos de alarma y el movimiento de los cuerpos cuando sus compañeros atraparon a los escuadrones imperiales en bombardeos de partículas; no se sentía menos satisfecho cada vez que Chirrut salía de las sombras para despachar a un stormtrooper, o cuando sus disparos de cañón meticulosos estallaban en una armadura después de la siguiente.

Baze había escuchado alguna vez… no podía recordar de quién, que los jedi consideraban la ira como una abominación; un camino hacia lo que llamaban el *lado oscuro* de la Fuerza. Pero los Guardianes de los Whills no eran jedi; y la ira de Baze era justa, capaz de guiar sus disparos donde la Fuerza no lo haría.

¿Y si la ira fuera suficiente para salvar la Ciudad Sagrada? Entonces Baze necesitaría ser dos veces más feroz con Scarif para darle a Jyn Erso la *distracción* que necesitaba.

Baze, Chirrut y los rebeldes se apiñaron y se reagruparon, separaron los escuadrones de sus enemigos y eliminaron los refuerzos que llegaron uno por uno. Pero pronto los stormtroopers recuperaron su fuerza y sus refuerzos llegaron por decenas y veintenas.

Fue entonces cuando los rebeldes comenzaron a morir.

Baze no sabía sus nombres. No oyó sus lamentos sobre las interminables reverberaciones de los disparos láser y el menor golpeteo de su cañón. Dejó atrás los cuerpos humeantes mientras caía hacia atrás. Los caídos no recibirían los ritos de muerte adecuados, pero Baze decidió que, si alguien vivía el día, honraría a los muertos con sus compañeros sobrevivientes.

El aire olía a cenizas. Era mejor que el sabor de la sal marina.

Escuadrones de stormtroopers se alejaron del cuartel, formando una punta de lanza dirigida hacia la colina donde los rebeldes intentaban mantenerse firmes. Baze vio la oportunidad cuando Melshi lo hizo —una breve oportunidad para derrotar al enemigo—, y cuando Melshi gritó:

—¡Avancen!

Baze cubrió a los rebeldes para destrozar la punta de lanza. Un cohete aliado arrojó cuerpos blindados por el aire; entonces el momento se fue, y como uno de los rebeldes corrió hacia la cubierta de la jungla, permitiendo a los stormtroopers perseguirlos.

A la sombra relativa de los árboles, los ojos de Baze estaban manchados de rayas de color cuando pasaban volando los rayos. Le había empezado a doler la espalda por el peso de su generador, y el sudor hacía que la barba se le pegara a la barbilla. No dejó de

moverse hasta que se dio cuenta, con un sobresalto, de que no había visto a Chirrut en algunos momentos.

Escupió una maldición, giró y disparó contra un stormtrooper sobre la cabeza de un rebelde que medio se arrastraba por la maleza. Si ahora gritaba por el ciego, una docena de armas apuntaría hacia él. Pero si hubiera *perdido* a Chirrut …

El humo estaba en todas partes. Los árboles ardían mientras sus troncos absorbían saeta tras saeta. Baze retrocedió por donde había venido, concentrando su enfoque, reduciendo su cono de visión como si la intensidad le permitiera penetrar en la bruma.

—¡Baze! *¡Baze!*

Escuchó a Chirrut antes de verlo. Las túnicas del ciego estaban manchadas de hollín y tierra, y su expresión era salvaje con alarma, pero parecía ileso. Baze sintió una oleada de furia y una oleada de alivio por igual.

—¿Qué? —espetó—. ¿Qué pasa?

—Corre —dijo Chirrut—. ¡Corre!

Con esas palabras, cuando Chirrut agarró a Baze por el brazo y tiró de él hacia la costa, los sentidos de Baze se expandieron nuevamente. Escuchó el fuerte chasquido de la madera… no madera *quemada*, no madera devastada por una granada, sino los árboles de hojas anchas de la selva comprimidos bajo un peso insondable hasta que se rompieron y estallaron.

Volteó y vio las imponentes formas metálicas de los caminantes imperiales en la marcha. Sus piernas empequeñecían los árboles, y los cañones láser unidos a sus cabinas de bombeo reventaban a los dispersos soldados rebeldes. Los stormtroopers habían ralentizado su persecución, manteniéndose fuera del fuego cruzado mientras intentaban cortar las rutas de los rebeldes para escapar.

Los rebeldes ya habían comenzado a morir. Pero la muerte no era un fracaso.

El fracaso yacía a la sombra de las bestias de metal.

Ve, hermanita, pensó Baze *¡Vamos!*

Docenas de naves aparecieron contra la cubierta del espacio, llenando el vacío como si una deidad mitológica hubiera volcado una botella de estrellas frescas sobre los cielos. El almirante Raddus —Raddus de Mon Cala, Raddus de los témpanos, Raddus del Incidente de Zadasurr y la Lanza de Tryphar—, conocía muchas de las naves por sus siluetas: cazas estelares X-wings y Y-wings, transportes U-wings y Gallofree, cañoneras dorneanas y corbetas Hammerhead. Todos habían servido bien a la Rebelión.

Era una vista tremenda, única en la historia de la Rebelión. Si la flota tenía una vulnerabilidad, era esa misma singularidad: *Luchamos como hermanos que nunca han conocido un hogar compartido*, pensó Raddus, *contra un Imperio que no conoce nada más que una disciplina tiránica.*

Raddus no desvió la mirada de la pantalla principal mientras señalaba a su oficial de comunicaciones.

—¿Están presentes todas las naves capitales?

—Sí, almirante —fue la respuesta con esa voz ronca y humana.

Raddus aún no se había acostumbrado a mantener a los extraterrestres a bordo de su puente, por muy habilidoso que fuera; el *Profundity* había sido construido por mon calamari y recientemente readaptado para la guerra por la Rebelión. Con el reacondicionamiento había llegado una diversidad inesperada.

—Aquí el almirante Raddus de la Alianza Rebelde. Líderes deescuadrón, repórtense.

El orgulloso grito del general llegó a través de la comunicación con un estallido de estática.

—Listo para pelear, almirante… enviando posibles ataques ahora —hubo una breve pausa antes de que la voz continuara—. Aquí Líder Azul. En espera.

Raddus pasó de la ventana a las holopantallas tácticas, escaneando el campo de batalla mientras los líderes de escuadrón respondían.

—Líder azul, aquí Líder Dorado, en espera.

—Aquí Líder Rojo, en espera.

—Aquí Líder Verde, en espera.

El *Profundity* había detectado —y su tripulación o sus aliados habían confirmado visualmente—, dos Destructores Estelares, al menos nueve escuadrones de cazas estelares TIE distintos e innumerables embarcaciones medianas que iban desde transbordadores a patrulleros, todos ubicados entre los rebeldes y Scarif. Otras naves enemigas, aún sin ser detectadas, podrían estar ocultas detrás de planetas y lunas o manteniéndose oscurecidas solo con poder auxiliar. Por sí sola, la flota imperial representaría un desafío formidable —pero no desalentador.

No obstante, las defensas planetarias de Scarif eran considerables. Los espías de Draven habían informado de un escudo de energía construido para resistir bombardeos masivos, y la estación de la entrada orbital parecía estar adornada con torretas y hangares de cazas estelares. Combinada con la flota imperial, la batalla sería —como mínimo—, memorable.

A pesar de eso, la aniquilación de la armada de la Alianza era la menor de las preocupaciones de Raddus.

En Yavin 4, Jyn Erso había descrito una estación de combate capaz de destruir mundos enteros. Raddus nunca había sabido que el Imperio estuviera restringido en el uso de armas, y de todos los planetas que tenía a su alcance podía pensar que pocos eran tan desafiantes como su propio planeta.

Mon Cala se había resistido. Mon Cala había sido castigado. Mon Cala había ofrecido, una y otra vez, sus guerreros y recursos a la Rebelión.

Si la Rebelión no podía detener a la Estrella de la Muerte, Mon Cala sería destruido. Por esta razón —y por otras cien—. Raddus pelearía mientras el *Profundity* perdurara.

El general Ramda era un tonto, y Krennic ya había decidido que lo juzgaran y lo encarcelaran por incompetencia grave. Aún así, no había nadie en Scarif en quien Krennic confiara para reemplazarlo, y el propio Krennic sabía muy poco de las vulnerabilidades de la Ciudadela. Así que permitió que el general corriera por el centro de comando mientras Krennic se enfurecía, escuchando gritos e informes de los troopers en el campo. Krennic no era, en el fondo, un militar; él creía que, si había que librar una batalla, algo ya había salido mal.

Los números del enemigo al principio parecían imposiblemente fuertes… seguramente un producto de la confusión y el desorden, pero no menos ofuscantes por eso. Sin embargo, a medida que avanzaban los combates, no se informaron brechas en las defensas de la base y el conflicto se mantuvo a cierta distancia de la Torre de la Ciudadela. Pronto un teniente gritó triunfante y declaró que los caminantes habían derrotado a los rebeldes y los habían empujado a la orilla.

Krennic no tenía palabras de elogio para los oficiales de Scarif, pero esto era suficiente para calmar su ira. La bóveda de datos estaba impecable. La Ciudadela estaba a salvo. Los sobrevivientes de Jedha serían tamizados como cenizas de la arena.

De nuevo, trató de recordar la cara de su atacante en Eadu. ¿Había sido una mujer? ¿La reconocería si los troopers catalogaran a los muertos? Daría la orden de ordenar los cuerpos una vez que terminara la batalla. Y él mismo interrogaría a los cautivos… si fueran la venganza de Galen, sabría la verdad.

Uno de los ayudantes de Ramda señaló al general.

—Transmisión del almirante Gorin —llamó. Krennic vio a Ramda apresurarse hacia una consola y tocar frenéticamente la pantalla. Cuando Ramda se acercó a Krennic, su mandíbula estaba lista para desafiar un nuevo terror.

—Director —dijo Ramda—, la flota rebelde ha llegado del hiperespacio y se reúne afuera del escudo. Sin embargo, el almirante cree que no son una amenaza para el planeta…

—No están tratando de *tomar el planeta* —espetó Krennic. Habría golpeado al hombre si no necesitara tanto a Ramda—. Sellen la base. ¡Séllenla! —estaba gritando a todo pulmón en la cara del general.

Ramda se puso de pie, su respiración era agitada, pero por lo demás no se vio afectada.

—¿Cerramos el escudo? —preguntó.

—¡Háganlo! —rugió Krennic, y Ramda y sus hombres se apresuraron a actuar. Cuando se dieron las órdenes, Krennic bajó la voz, pero aún se oía temblar de furia—. ¿Hay alguna manera —preguntó—, de que la flota rebelde pueda atravesar el escudo? *Piensa* antes de responder.

—La entrada del escudo en sí misma —dijo Ramda con cuidado deliberado—, es el único punto débil. Con enormes cantidades de potencia de fuego, un enemigo podría

atravesar el campo contenido por el anillo. Pero el almirante Gorin está posicionando sus naves para evitar incluso ese hecho improbable.

Krennic asintió enérgicamente y se despidió de Ramda. Luchó contra su furia cegadora y actualizó su reconstrucción del ataque: un equipo de rebeldes se había infiltrado en el planeta de alguna manera en un intento de penetrar en la Ciudadela y robar los planos de la Estrella de la Muerte. Cuando el ataque había ido mal, los rebeldes habían traído su flota —si no en su totalidad, al menos con fuerza insustituible—, libraban una batalla que posiblemente no podrían ganar.

¿Era un acto de verdadera desesperación? ¿Algún comandante rebelde había decidido que valía la pena perderlo todo por la posibilidad de extraer al equipo que buscaba los planos?

Había lógica en ello, dadas ciertas premisas. La Estrella de la Muerte era una amenaza existencial para la Alianza. Si los rebeldes creían —si Galen les había *hecho* creer—, que había una debilidad en la estación, entonces estaban tomando el único camino concebible para evitar la perdición.

A Krennic no se le había ocurrido que los rebeldes podrían sacrificar tantas vidas por una ganancia tan improbable. Él sabía que eran suicidas individualmente; un deseo de muerte en masa era algo nuevo.

Golpeó con el puño la consola más cercana e ignoró las miradas asustadas de los oficiales.

Debiste contar toda una historia, Galen.

—Este es el almirante Raddus. Escuadrones Rojo y Dorado, formación de ataque; defiendan a la flota. Escuadrón Azul, ¡vayan a la superficie antes de que se cierre la entrada!

La respuesta de Merrick crujió por la comunicación en el puente del *Profundity*.

—Entendido, almirante.

Raddus presionó sus palmas juntas y dejó que su boca se abriera, permitiendo que el aire espeso y artificialmente húmedo se condensara dentro de su boca y garganta. Luego se humedeció los labios y ladró nuevas órdenes a su tripulación.

—Quiero un tercio de la flota, cada uno de los cuales apoyará a los escuadrones Rojo y Dorado. Eso debería obligar a esos Destructores a participar. El resto protegerá nuestro flanco; cuando el Imperio traiga refuerzos, no quiero que se corte nuestra ruta de escape —era un plan casi simplista, improvisado por las escaramuzas en Nexator y Carsanza, pero no había tiempo para componer algo más elaborado; este era un gambito de apertura, no una estrategia para ganar el día.

Y la improvisación siempre había sido uno de los talentos de Raddus.

—¿Qué pasará con el *Profundity*, almirante? —llamó el oficial táctico.

—Cubrimos al Escuadrón Azul —contestó Raddus, y señaló con el dedo la ventana—. Nos dirigimos a la entrada del escudo.

Se unieron a la batalla y se produjo el caos.

Raddus movió su atención con calma, seguramente, entre las holopantallas tácticas y la ventana. Las primeras revelaban el estado del campo de batalla; la última revelaba su timbre. Vio los puntos de luz que significaban que el Escuadrón Azul se dirigía hacia la entrada del escudo; y vio las primeras descargas de esmeraldas salvajes desatadas por los Destructores Estelares, salpicando y ondeando contra los deflectores de las Hammerhead rebeldes. No dijo nada durante los primeros momentos de violencia: confiaba en que sus artilleros y sus capitanes nadarían como exigía la marea.

Apenas consciente de sus propios movimientos, se levantó de su asiento y se arrastró hacia la ventanilla cuando la entrada del escudo apareció a la vista. El parpadeo iridiscente de energía fuera del anillo había comenzado a disminuir a medida que —como el agua en la esclusa de un río—, la entrada regulaba el flujo de energía y permitía cerrar la brecha en el escudo. Pasarían solo unos minutos antes de que el escudo se cerrara por completo.

Una ola de cazas del Escuadrón Azul y transportes U-wing se precipitaron hacia la entrada de cierre, cruzando antes de entrar en la atmósfera de Scarif. Una segunda ola continuó hacia adelante, y Raddus escuchó un grito de pánico a través de la estación de comunicación:

—¡Rápido! ¡Suban!

Un sólo caza estelar se desvaneció en una explosión de chispas y metal, golpeándose al olvido contra el escudo de energía. La primera pérdida de la batalla para la Alianza.

Raddus volvió a las pantallas tácticas.

Jyn Erso y sus colegas —*Rogue One*— tenían su apoyo en tierra.

Pero entregar el Escuadrón Azul había sido la parte simple. Ahora las cosas se volverían más difíciles.

Los caminantes acechaban a los rebeldes como perros de caza, implacables y sin miedo. Sus explosiones astillaron árboles y bañaron a Baze con tierra ardiente y arena. Le hicieron mucho peor a los soldados golpeados con precisión. *Una muerte rápida*, pensó Baze, *no era una buena muerte.*

Salió con Chirrut y la docena de supervivientes rebeldes a la playa, corriendo a lo largo de la orilla mientras el rechinar mecánico de las piernas del caminante ahogaba los jadeos irregulares de su respiración, el ritmo de sus botas en la arena. Una larga trinchera corría cerca del agua —construida por los stormtroopers, supuso, para ayudar a repeler una invasión por mar—, y una después de la siguiente los rebeldes saltaron o entraron. Como si un montículo de arena detuviera a los caminantes por una fracción de instante.

Pero claro, si una fracción de un instante era todo lo que le quedaba a Baze para darle a Jyn Erso, era mejor que ningún regalo.

Además, no tenía otro lugar a donde correr.

Se metió en la trinchera cerca de Chirrut y no se detuvo a mirar a los caminantes antes de soltar su cañón y agarrar un lanzacohetes de un rebelde que rápidamente le pasó el arma. Si apuntaba bien, podría destrozar la cabina de un caminante… matar o exponer al piloto, dañar sus controles, inutilizar el vehículo.

No tendría tiempo ni municiones para un segundo disparo. Pero podría ganarles a los rebeldes unos instantes más antes de que el otro caminante los enterrara a todos.

Se levantó de la trinchera, se volvió para mirar al caminante más destacado… tal vez a cincuenta metros de distancia ahora, al borde de la línea de árboles. Puso el lanza-cohetes sobre su hombro, alineó un disparo mientras los rebeldes a su lado disparaban los blásters inútilmente. Su cuerpo se sacudió cuando el cohete saltó hacia adelante, volando hacia la terrible máquina.

La explosión casi lo ensordeció. El fuego y el humo fluían desde un lado de la cabina del caminante, y la máquina giró la cabeza como si sintiera dolor. Uno de sus cañones montados en la sien era un desastre. Pero Baze no había dado en su objetivo. El caminante no estaba deshabilitado. Volteó hacia los soldados.

La muerte había perseguido a Baze durante mucho tiempo. Le mostró los dientes, desafiante.

El caminante en llamas apuntó a la trinchera. Antes de que pudiera disparar, el cielo sobre Baze gimió y una sombra cruzó el mar. Pulsos de luz más cálidos y rápidos que el cohete impactaron en la cabina del caminante y una segunda ráfaga de fuego desgarró la cabeza mecánica, enviando láminas de metal humeante cayendo por el aire y hacia la playa. Cuando el cuerpo del caminante comenzó a caer, su atacante aceleró sobre él y sobre el verde de la jungla: un caza estelar X-wing.

La Alianza había venido a luchar después de todo.

Los camaradas de Baze estaban vitoreando, levantando puños en el aire y gritando triunfantemente. Para su sorpresa, se escuchó reír con ellos.



LA BÓVEDA DE DATOS FUE DESBLOQUEADA. Jyn no quería nada más que precipitarse adentro, arrebatar la cinta que contenía los planos de la Estrella de la Muerte y volver corriendo a Bodhi y al transbordador. Cada momento que demoraban era otra oportunidad para que los Imperiales los atraparan dentro de la Ciudadela; y en las playas y en las selvas, la gente seguramente ya se estaba muriendo.

¿Cuántos rebeldes quedaban? ¿Cuántos stormtroopers podrían aguantar?

¿Alguien le diría si Baze y Chirrut hubieran muerto?

En cambio, Jyn estaba ayudando a Cassian a arrastrar al teniente inconsciente fuera del túnel de detección y de regreso a la antecámara.

—En caso de que haya otra cerradura biométrica en la consola —Cassian había murmurado—, no quiero que Key-Tu tenga que desconectarse.

Estaba sudando bajo su gorra de oficial, y ella lo había visto alcanzar reflexivamente su comunicador más de una vez. Él quería saber lo que sucedía afuera tanto como ella.

Dejaron caer el cuerpo aproximadamente cerca de K-2, aún conectado al puerto de la consola.

—He accedido a las comunicaciones internas de la Ciudadela —dijo el droide—. Llegó la flota rebelde.

—¿Qué? —Jyn sacudió la cabeza confundida.

—El almirante Gorin los está enfrentando —el droide continuó, como si leyera de una lista—. Pelean en la playa, sellaron la base, cerraron el escudo, han alertado…

—Espera… ¿eso qué significa? —Jyn lo interrumpió, tratando de comprender las implicaciones, para separar lo positivo de lo negativo *¿Han cerrado la entrada del escudo?*—. ¿Nos atraparon?

Ella miró a Cassian. Su expresión era sombría, su boca apretada. Fue una respuesta suficiente para ella.

Maldijo en voz baja, un desfile de cada obscenidad que había escuchado alguna vez. Vio las paredes de la cueva cerrándose, la oscuridad arrastrándose a los bordes de la brillante esperanza que la había llevado tan lejos. Se revolvió el cerebro para buscar un plan, y no encontró nada… atrapados o no, podrían encontrar una salida de la Ciudadela, pero si no tenían forma de salir de Scarif…

—Tenemos que decirles que estamos aquí abajo —escupió—. ¡Estamos cerca!

—No estarían aquí —dijo Cassian—, si no lo supieran.

Jyn se inclinó lo suficientemente cerca como para oler los productos químicos de limpieza en su uniforme imperial.

—La última vez que vimos a esas personas, no querían estar aquí en absoluto. No voy a darles una excusa para que se vayan, y si tienen una manera de sacarnos, me gustaría saberlo.

Cassian se mantuvo firme, mirándola hasta que sus labios finalmente se torcieron en algo como una sonrisa. Sus ojos permanecieron duros y preocupados. Jyn no estaba segura de si él había empeorado al ocultar cosas o si simplemente ella lo estaba conociendo demasiado bien.

Estaba lista para llamarlo, para preguntarle qué sabía él que ella no, hasta que K-2 interrumpió.

—Podemos transmitir los planos a la flota rebelde. Tenemos que enviar una señal para que sepan qué haremos. El tamaño de los archivos de datos es el problema. Así no podrán pasar. Alguien tiene que apagar ese escudo.

Cassian levantó su comunicador.

—Bodhi. Bodhi, respóndeme —el momento de reflexión, de confusión había terminado (era toda una tensa acción de nuevo)—. Dime que estás ahí, ¡Bodhi!

Estén vivos, pensó Jyn. *Todos ustedes, estén vivos.*

—¡Aquí estoy! —la voz de Bodhi llegó, rápida y sin aliento—. Estamos esperando. Ya empezó el combate… ¡la base fue sellada!

—Lo sé —dijo Cassian—. ¡Escúchame! La flota rebelde está aquí. Tienes que enviar un mensaje. —Cerró los ojos con fuerza, pronunció algo para sí mismo y luego volvió a hablar en voz alta—. Diles que hagan un agujero en el escudo para transmitir los planos…

—Espera, *no puedo hacerlo* —Bodhi sonaba horrorizado—. No me puedo conectar a la Torre de Comunicación. No *tengo* señal…

—Es la única forma de sacarnos de aquí, ¡busca el modo! —Cassian cortó su enlace y se lo guardó en el bolsillo—. ¿Suficientemente bueno? —le preguntó a Jyn.

—Suficientemente bueno —estuvo de acuerdo. Tal vez lo fue y tal vez no lo fue; pero ella trató de fingir que la llegada de la flota era una buena noticia. Su plan de escape no había sido exactamente infalible antes, y si la Alianza no podía atravesar el escudo de Scarif, ¿qué esperanza tenía contra una Estrella de la Muerte?

Por lo menos, alguien finalmente estaba de su lado.

Cassian miró entre la puerta de la antecámara y K-2.

—Cúbrenos la espalda —le dijo al droide, y se dirigió hacia el túnel de detección.

Jyn se imaginó a los stormtroopers corriendo y descubriendo el cuerpo del teniente inconsciente. Por instinto más que por razón, sacó el arma que le había quitado al teniente de su cinturón, verificó sus lecturas —completamente cargada, sin aturdimiento, difícil de que funcionara mal—, y se la ofreció a K-2.

—Lo necesitas —dijo—. Querías uno, ¿cierto?

K-2 agarró el bláster con un ansia desconcertante. Su otra mano permaneció conectada a la consola mientras giraba el arma y colocaba un dedo en el gatillo. Mantuvo el cañón apuntando al techo.

—Tu comportamiento, Jyn Erso, es continuamente… inesperado.

No podría pedir un mejor cumplido, quería decir. Pero decidió que podía prescindir de la corrección inevitable.

—Jyn —Cassian estaba enmarcado en la entrada del túnel de detección—. Rápido.

Le dirigió una sonrisa cruel al droide y fue a robar lo que había venido a buscar.

Bodhi no había vitoreado cuando llegó la Alianza. Había esbozado una pequeña sonrisa enfermiza por el bien de Tonc, pero supo de inmediato cómo respondería el Imperio. Para cuando los X-wings ardían sobre la jungla y los U-wings entregaban tropas SpecForce a la playa, la entrada del escudo ya se había sellado.

No había forma de salir de Scarif.

No culpó a la Rebelión, pero eso le daba a Bodhi poco consuelo. Tal vez fue su culpa por no sugerir una infiltración en la estación de la puerta orbital. Tal vez había explicado mal las defensas del planeta a Jyn, a Cassian y a los soldados, apresurándose por la emoción del vuelo a Scarif. Tal vez debía estar ahí arriba en lugar de *aquí abajo*.

O tal vez Cassian tenía razón, y tenían que decirles a sus nuevos aliados exactamente lo que necesitaban. De algún modo.

Los detalles técnicos nadaron por la mente de Bodhi mientras bajaba la escalera de la cabina. Eran una distracción, una distracción *bienvenida*, de lo que estaba a punto de hacer… aunque los sonidos de explosiones distantes, llamas de fuego desde el exterior y los gritos furiosos de las tropas imperiales por el comunicador eran igualmente molestos y mucho menos receptivos. Tonc y los demás se extendieron alrededor de la cabina con sus armas apuntando a la rampa de embarque, pero miraron hacia él mientras se apresuraba hacia la bodega de equipo.

—Síp —dijo Bodhi—, alístense. —*Respira hondo y entona como un instructor de vuelo*—. Tenemos que salir.

No temía que los rebeldes se negaran. Tenía miedo de que no le creyeran. Y miedo a morir, por supuesto. Se arrodilló junto a la bodega y comenzó a clasificar el equipo, esperando lo mejor. Necesitaba un cable KS-12, o cualquier cosa de la serie L con un adaptador de conexión. Un amplificador de señal, si encontrara uno. Una herramienta múltiple para la conexión…

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tonc.

Bodhi sacó un carrete de cable e hizo una mueca ante el peso. Lo dejó a un lado y se obligó a mirar a Tonc.

—Cerraron el escudo —dijo—, no hay salida. —Tonc ya lo sabía, pero significaba que Bodhi podría retrasar el resto un poco más—. Pero… la flota rebelde está afuera. Necesitamos una señal con la potencia para comunicarnos y advertirles que estamos atrapados aquí.

—Bien —dijo Tonc—. No me quejaré de planear un rescate. Pero, ¿por qué necesitas salir *tú*?

Bodhi no dejó de percatarse del énfasis; simplemente decidió ignorarlo.

—Para eso —dijo él—, es la Torre de Comunicaciones; de *eso* se trata, dejar que la Ciudadela siga hablando con el resto del Imperio sin abrir las defensas. —Una respiración profunda—. Claro que desde aquí puedo acoplarnos, desde la pista… —*Si no soy perforado en el fuego cruzado, o aplastado por un caza estelar que cae*— pero tienen que activar la radio, alguien de afuera tiene que buscar un interruptor maestro.

Tonc lo estaba mirando, evidentemente dividido entre el deber y el desconcierto. Abrió la boca y Bodhi habló sobre él, respondiendo la pregunta que Tonc era menos probable que hiciera.

—No se construye una torre de comunicaciones a la que cualquiera pueda acceder. Hay conexiones físicas y mecánicas controladas por los conmutadores, y los conmutadores son como la bóveda de datos, totalmente fuera de la red informática. Sólo sé todo esto porque… —pero se dio cuenta de que la última vez que había pensado en esos días estaba en la guarida de Bor Gullet, y se apresuró—. Hagan que uno de los soldados, Baze o Chirrut, *alguien*, active la conexión entre nosotros y la Torre de Comunicaciones. De lo contrario, no iremos a ninguna parte y esa cinta de datos permanecerá en Scarif, ¿okay?

Tonc se puso rígido, de pronto seguro de sí mismo. Miró a los otros rebeldes en la cabina, quienes ofrecieron breves guiños de reconocimiento.

—¡Corran ya! —exclamó Bodhi—. ¡Llámenlos!

Antes de que alguien pudiera contestar, estaba guardando las herramientas y levantando el carrete sobre sus hombros, donde se podía colgar como una mochila. Cambiando el peso torpemente, Bodhi se apresuró a la rampa de embarque y miró por la puerta hacia la plataforma de aterrizaje. Podía escuchar a Tonc detrás de él, hablando a través de su comunicador:

—¡Melshi, responde! Ustedes tienen que abrir una línea para la Torre…

No podía ver el fuego de bláster. Pero claro, no podía ver muy lejos en absoluto. La plataforma de aterrizaje estaba abarrotada de cajas de carga y subestaciones, y el tren de aterrizaje del transbordador bloqueaba gran parte de su vista. Podía oler mucho humo, como si toda la jungla estuviera ardiendo.

La consola de red que necesitas está a sólo diez metros. Tal vez veinte. Corres, conectas el cable, regresas. Piensa en ello como una carrera. Solías apostar mucho en las carreras…

Quería pedirle a Tonc que lo hiciera, pero Tonc no podría ajustar el conector si algo salía mal, no sabría cómo ejecutar un diagnóstico. Y Tonc no estaba vestido como un piloto imperial; eso podría comprar a Bodhi uno o dos minutos más.

Tenía que ir. Había arriesgado su vida antes. Simplemente nunca así.

La Rebelión lo necesitaba. Jyn lo necesitaba. *Galen*, que lo había puesto en este camino, lo necesitaba. Preparó las piernas y se preparó para correr.

—¿Qué apariencia tiene? —llamó Tonc, y la determinación urgente de Bodhi se hizo añicos. Se enderezó y miró a Tonc confundido.

Tonc estaba sosteniendo su comunicador.

—¡El interruptor! —dijo—. ¿Cómo se ve? ¿Dónde está?

Bodhi intentó no ahogarse con una carcajada y volvió a entrar, tirando de las correas del carrete del cable.

—Déjame hablar con Melshi —dijo.

Aparentemente, tendría unos momentos más para temer su misión.

Un piloto de X-wing, lanzado contra la puerta del escudo, fue uno de los primeros en morir por encima de Scarif. Pero las muertes aumentaron rápidamente después de eso, primero un caza estelar a la vez y luego por docenas. Raddus observó, frío como las aguas de su tierra natal, cómo un cañón rebelde se redujo por el fuego del turboláser a un glóbulo de metal fundido que se extendía.

Raddus creía que un gran comandante *sentía* cada pérdida entre su gente, pero no actuaba en consecuencia. Mon Mothma podría estar en desacuerdo, pero ella no era un soldado. El general Merrick también podría estar en desacuerdo, pero había conducido al Escuadrón Azul a través de la puerta de Scarif, y ahora el comando de los cazas estelares también recaía en Raddus.

—¿Qué está sucediendo ahí, teniente? —llamó Raddus.

—Lo ignoro, señor —fue la respuesta—. No podemos comunicarnos. Bloquearon todas las frecuencias rebeldes.

Raddus maldijo para sí mismo. La victoria en la órbita de Scarif no significaba nada si Rogue One fallaba.

—Tenemos que comprar a Erso y su equipo algo de tiempo —dijo—. Sigan intentando. Ataquen a esos Destructores empiecen a analizar ese escudo.

Si la Alianza tenía suerte, Erso ya tenía una ruta de exfiltración planeada. Si no, la carga recaía en Raddus.

—¡Sí señor! —escuchó, y mantuvo sus ojos en su rotación constante entre el visor y las pantallas tácticas.

Un ala de cazas del Escuadrón Rojo atacó la estación de la puerta orbital, maniobrando entre grupos de torres de sensores y torretas láser. El ataque causó poco daño, pero infligir daño no había sido el objetivo: los cazas reclamaron la atención de los artilleros de la estación, dejaron algunas plataformas de turboláser en ruinas, y le dieron a los Y-wings del Escuadrón Dorado la oportunidad de una carrera de bombardeo. Los impactos de los torpedos de protones de los Y-wings barrieron la ventana incluso mientras los escáneres revelaron enjambres de TIE fighters saliendo de los hangares de la estación.

A las naves de mando les iba mejor contra los Destructores Estelares. Cualquier nave en la flota rebelde se comparaba pobremente con los poderosos cruceros de guerra del Imperio, pero Raddus —hablando sólo una palabra aquí y allá—, mantuvo a los Destructores encerrados, incapaces de convertir toda su potencia de fuego en un objetivo sin exponer un flanco a tiros concentrados. Fue, en cierto sentido, una táctica dilatoria, pero retrasó la derrota el tiempo suficiente, y un triunfo eventualmente podría encontrar su camino a casa.

—¡Señor! —el teniente de nuevo—. ¡Se acercan más cazas enemigos!

Los Escuadrones Rojo y Dorado estaban ocupados contra la entrada o los Destructores. Retirarlos para defender el *Profundity* no era una opción que valiera la pena considerar.

—Retírense a cincuenta mil kilómetros de la entrada del escudo —dijo Raddus—. Manténganse en el rango de los TIE fighters, para obligarlos a estirar su línea. Si no piensan reagruparse, los artilleros de defensa pueden manejar la mayor parte de ellos.

Mientras hablaba, los escudos del *Profundity* brillaron con energía cuando el fuego de los cañones dio en el blanco. La nave retumbó y sus generadores se tensaron. Pero podría aguantar.

Otro X-wing desapareció de la pantalla táctica, después otro. Un carguero rebelde, evadiendo desesperadamente el fuego TIE, rozó el escudo de Scarif hasta que su casco se arrugó y sus componentes en llamas rodaron y rebotaron en el campo de energía. Uno de los Hammerhead, atrapado entre los dos Destructores Estelares, perdió momentáneamente sus deflectores sobrecargados y pidió ayuda cuando los turboláser salieron ennegrecidos, quemando agujeros en sus costados. Raddus observó pacientemente la carnicería y esperó la oportunidad de cambiar el curso de la batalla; esperó una idea que pudiera aplicar con la precisión de un cuchillo.

Volvió a pensar en los muertos y en cómo reaccionarían Mothma y Merrick. Quizás los humanos sentían una pérdida más aguda. Engendraban tan raramente y tan pocos. Sus propios nietos se contaban por docenas, y aunque los amaba, sabía que algunos nunca llegarían a la mayoría de edad.

La muerte de individuos no era una tragedia en la batalla. Era la muerte de cientos lo que lo perseguiría.

Escuchó gritos de desesperación en la frecuencia de los cazas estelares y un grito de angustia cuando Rojo Cinco fue destrozado. Los escudos del *Profundity* brillaban constantemente ahora. La charla entre los miembros de la tripulación del puente era cada vez más fuerte y frenética.

—No estamos teniendo ningún efecto en la puerta del escudo —dijo el teniente—, y estamos sufriendo grandes pérdidas, almirante.

—Lo sé —dijo Raddus. Y lo hacía, pero el estado de la batalla no había cambiado. Tenía que asumir que Erso todavía estaba en tierra, aún trabajando para obtener los planos de la Estrella de la Muerte que revelarían la debilidad que había prometido.

No podía retirarse. No podía esperar refuerzos aliados. Su flota estaba tripulada por los mejores oficiales que la Rebelión podía proporcionar.

Esperó la oportunidad. Una idea. Un error.

Luego lo vio y gritó órdenes tan rápido que pareció aturdir a la tripulación.

—¡Todas las naves cercanas, acérquense para apoyar al *Heartbound* y al *Deviant*! ¡Combinen las trayectorias actuales! ¡Exijan la atención de ese Destructor!

Uno de los Destructores Estelares se había dejado flanquear por dos lados mientras dejaba vacío su arco de disparo delantero. Sus armas se habían desviado casi por completo a babor y estribor. Raddus estaba listo para gritar otra orden, pero el Escuadrón Dorado reconoció la apertura y escuchó una voz en el comunicador:

—¡Y-wings, conmigo! ¡El camino está despejado!

El ala de bombarderos, apenas terminado su último ataque contra la puerta del escudo, cambió de rumbo y se dirigió directamente hacia el frente expuesto del Destructor. Los TIE fighters perseguían, más rápido que los bombarderos, pero no estaban preparados para alejarse de su defensa de la puerta. El Destructor mismo reconoció el peligro, intentó alejarse y al mismo tiempo llevar sus armas, pero demasiado tarde. Los Y-wings convergieron y volaron tan cerca de la nave imperial que las pantallas tácticas no pudieron diferenciarlas de la masa del Destructor.

—Disparen a esa apertura —declaró el líder de los cazas. Raddus invocó una imagen visual y observó cómo los Y-wings salían del ataque, iluminados por brillantes estallidos eléctricos que se arrastraban por la superficie del Destructor. Un rayo devastó silenciosamente los platos deflectores imperiales y los emplazamientos de armas. El resplandor de los poderosos motores de iones se oscureció.

—¡Están abajo, señor! —llamó el teniente—. ¡Ese destructor está deshabilitado!

—Presionen el ataque —dijo Raddus, tranquilo como siempre—. Mantengan el fuego contra el Destructor restante, pero desvíen las naves disponibles a la estación orbital. Veamos cuánto puede soportar la puerta blindada.

Ahora el estado de la batalla había cambiado. Pero el tiempo seguía trabajando contra ellos. Tarde o temprano, vendrían refuerzos imperiales. Los rebeldes continuarían muriendo.

¿Qué están haciendo, Rogue One?

Tonc había insistido en dispersar a sus tropas alrededor de la plataforma de aterrizaje.

—Si te atrapan allí, no haremos ningún bien vigilando el transbordador. ¿Dices que necesitas hablar con la flota para sacar la cinta de datos del mundo? Bien. Eso significa que te protegemos como lo haríamos con la cinta.

Bodhi había tratado de discutir, pero sólo había murmurado unas pocas palabras antes de que la gente de Tonc se apresurara a salir.

—Espera nuestra señal —había dicho Tonc, agarrando a Bodhi por el hombro—. Cuando el camino esté despejado, corre tan rápido como puedas. —Entonces él también se había ido.

Ahora Bodhi ajustó las correas del carrete del cable, mirando desde la rampa de embarque y escuchando el trueno de los cazas estelares en lo alto. Una fantasía momentánea lo puso en un mundo en el que había puntuado más alto, *mucho* más alto en la academia de vuelo Imperial; un mundo donde había sido asignado al servicio de un TIE, y donde él era el que disparaba al invadir los X-wing en Scarif.

Su boca estaba seca y su corazón latía con fuerza. Él no era un soldado.

Uno de los rebeldes hizo una señal con la mano desde la pista de aterrizaje. Bodhi corrió.

El calor lo golpeó como una pared… no sólo el calor del sol, sino las manchas calientes arrastradas por el humo de la batalla. El transbordador había filtrado lo peor antes; ahora Bodhi sintió que el sudor humedecía su traje de vuelo, tenía que respirar con la boca abierta para aspirar suficiente aire apestoso. Cada impacto de sus botas en el metal empujaba el carrete sobre su espalda, hacía que las correas se deslizaran un poco más hasta que estaba tratando de corregirlas mientras se movía. Tenía la intención de mantener la cabeza baja para evitar ser visto, pero no podía mantenerse bajo y manejar el carrete al mismo tiempo. Sólo podía esperar que nadie más que Tonc y los rebeldes estuvieran mirando.

Dobló una esquina alrededor de una pila de cajas de carga y se agachó junto a la consola de red. No se tomó el tiempo de mirar a su alrededor; tiró del extremo del cable con una mano, lo colocó en su lugar y permaneció en su posición solo mientras la consola tardaba en registrarse y aceptar la conexión. Después de eso, se dio la vuelta y cargó de regreso por donde había venido.

Sus piernas ya estaban adoloridas, pero cada paso se hizo más fácil a medida que el cable se desenrollaba detrás de él. Estaba casi en la lanzadera cuando repentinamente fue tirado hacia atrás; estuvo a punto de perder el equilibrio, tropezó y vio que se había acabado el carrete.

No. *No, no, no*. Había verificado la longitud de antemano. Había sido *cuidadoso*. Lo que significaba que el cable se había enganchado en alguna parte, probablemente en una de las cajas de carga. Casi se rio. Ahorró la energía para la carrera.

Con el cable retorciéndose detrás de él, aún sujeto a su espalda, volvió sobre sus pasos hasta que encontró el problema, como esperaba, debajo de la esquina de una caja. Se arrodilló para sacar el cable, con la intención de pasarlo por la caja para darle la longitud extra que necesitaba.

No tuvo la oportunidad.

—¡Oye, tú! —llamó una voz electrónica. Bodhi apretó el cable con fuerza en sus manos—. ¡Identifícate!

Soltó las manos y dejó caer el cable. Se puso de pie lentamente y se enfrentó al stormtrooper más cercano a él mientras otros cercanos lo observaban.

—Ya te lo expl… —comenzó, pero nunca tuvo la oportunidad de terminar. Los rayos bláster rojos centellearon a su alrededor y los stormtroopers se tambalearon y cayeron.

Sin embargo, la corriente de rayos no se detuvo. Bodhi se arrodilló y vio a más troopers corriendo hacia la plataforma de aterrizaje, disparando en dirección a Tonc y sus hombres. Volvió a levantar el cable y miró hacia la lanzadera. Parecía tan lejos como la Ciudadela o las estrellas.

El amplio recinto de la bóveda de datos se alzaba media docena de pisos dentro de la Ciudadela. En el centro del recinto se alzaban múltiples torres de bancos de datos apilados, cada banco brillaba con tenues luces rojas que indicaban el estado de almacenamiento de diez mil cartuchos. Cada cartucho, a su vez, contenía suficientes datos para una lectura de por vida —tratados científicos, memorandos burocráticos y planos detallados a nivel microscópico. Jyn no sabía qué imaginar cuando su padre y Bodhi habían hablado sobre la bóveda de datos, pero no había sido *esto*— ni una biblioteca demasiado grande para comprender, ni un monumento a las atrocidades imperiales más grandiosas que cualquier otra cosa que hubiera encontrado.

Cada libro que el padre de Jyn le había leído, cada historia de cada planeta que había visitado, podría haber quedado en una de esas cintas. Y cada una de ellas guardaba un oscuro secreto del Imperio.

El recinto de la bóveda propiamente dicho estaba dividido de una sala de control por una amplia ventana de vidrio. Cassian reprimió su asombro y su vértigo más rápido que Jyn, y se dirigió directamente a la consola principal. Jyn se estremeció ante el aire helado, como una unidad de refrigeración o una morgue. Siguió a Cassian y trató de pensar en peores lugares para morir.

—Banco de planos —anunció la voz de K-2 a través de la consola—. Torre delta dos.

—¿Cómo lo *encuentro*? —preguntó Cassian.

—Buscando —respondió K-2—. Puedo ubicar la cinta, pero debes usar las palancas para extraerla.

¿Palancas? Jyn escaneó la consola y vio un desconcertante conjunto de garras mecánicas.

Cassian parecía igualmente desconcertado.

—¿Qué se supone que haga con esto?

Jyn se inclinó sobre la consola, apoyándose con una rodilla y mirando a través de la ventana hacia los límites superiores de la bóveda. Cassian se quitó su gorra de oficial y los guantes antes de hurgar con las garras; una vez que comenzó, Jyn vio un brazo mecánico que se elevaba rápidamente a través de la torre, girando hacia un banco de cintas después del siguiente.

—Averígualo rápido —murmuró, y se deslizó hacia el piso de la sala de control—, hay toda una flota esperándonos.

—Banco de planos —murmuró Cassian—. Torre delta dos.

Los servos sonaron y el metal rugió. Jyn se volvió a tiempo para ver la puerta de la bóveda cerrarse. El aire parecía más frío que antes. La voz de K-2 llegó a través del comunicador sólo débilmente, como si estuviera hablando a distancia:

—¡Los rebeldes! Se fueron… por ahí.

Jyn recordó el incómodo y poco convincente disimulo en el Barrio Sagrado de Jedha. *Maldición* ¿Los habían encontrado los imperiales? Si estuvieran atrapados ahora, todo lo que ocurría afuera sería en vano…

—¿Key? —Cassian hizo una mueca, mirando desde los controles del manipulador hasta la comunicación—. ¿Qué pasa allá afuera?

El comunicador gruñó con estática indescifrable. Jyn vio algo nuevo destellar en la expresión de Cassian. Tenía miedo, no miedo objetivo, no tenía miedo de fallar en la misión, sino miedo por K-2.

Miedo por su amigo.

—Sigue moviendo el brazo —murmuró, y buscó en la consola una lectura. Tocó una tecla y la encontró: un registro de cartuchos en cada banco—. Tú vuelas, yo navegaré.

El agarre de Cassian se tensó visiblemente al escuchar un par de ruidos muy parecidos a disparos de bláster.

¿Era esta *esperanza*? ¿Enfrentarse a miedo tras miedo, por uno mismo, por los amigos y por la galaxia, todo por alguna desesperada necesidad de lograr lo imposible?

Tal vez, pensó Jyn, *hubiera estado mejor sin ella. Si estuvieras vivo, papá, te culparía mucho.*

—Rastreo del hiperespacio —leyó en la pantalla mientras el brazo giraba alrededor de la torre—, sistemas de navegación, cartografía de núcleo profundo… —La bóveda estaba ordenada por tema, claramente; más allá de eso, no tenía idea de cómo buscar. Tal vez había un índice en alguna parte, pero el entrenamiento de Saw Gerrera no la había preparado para servir como bibliotecaria de datos.

—Dos pantallas abajo —anunció la voz de K-2, como si nunca hubiera dejado de hablar. Cassian separó los labios y Jyn levantó una mano, lo silenció y lo instó a volver a los controles. El catálogo se desplazó rápidamente en su pantalla mientras el brazo seguía moviéndose.

—Ingeniería estructural —dijo el droide—. ¡Abre ese!

—¡Key-Tu! —Cassian espetó. El brazo se estacionó en un banco de cartuchos—. ¡Dime qué está pasando!

La pantalla de Jyn cambió a una lista de cintas, una vez más organizada de ninguna manera que ella pudiera discernir. Tal vez tenían etiquetas de identificación que ella no estaba viendo. O tal vez era otra capa de seguridad; es difícil robar la bóveda si no podías encontrar lo que estabas buscando.

—Mis protocolos de control de disturbios ahora están activos —dijo K-2—. ¿Pero la situación está bien manejada?

Jyn hizo una mueca ante la mentira autoconsciente de una pregunta. No había nada que pudiera hacer desde la sala de control.

Ella habló con severidad, exigiendo la atención de Cassian mientras leía desde la pantalla.

—Nombres clave de proyectos: Estratósfera, Mark Omega, Pax Aurora… —¿eran todas ellas armas como la Estrella de la Muerte, diseñadas para el terror y el genocidio? ¿Su padre sabía de las demás? No podía darse el lujo de pensar en eso (había demasiados horrores en ese camino)—. Manto de guerra. Cúmulo-Prisma. Sable negro.

Y se detuvo.

El siguiente nombre destacaba con una intensidad ardiente, tan obvio que podría haberlo encontrado al tocarlo.

—¿Qué? —preguntó Cassian.

—Estrella —dijo Jyn—. Es este.

—¿Cómo estás tan segura? —la curiosidad y la urgencia se mezclaron en su voz, como si quisiera decir: *asegúrate*.

Jyn estaba segura.

—Lo sé porque se refiere a mí.

Cassian la miró con asombro. Luego volteó hacia la consola y agarró los controles con fiereza.

—¡Key, hay que buscar un archivo llamado «Estrella»!

El comunicador estaba lleno de ruido, incipiente y entremezclado, como una zona de guerra filtrada a través de un aguacero. Ningún sonido llegó a través de la sólida puerta de la bóveda. El brazo, ya estacionado en su banco de datos adecuado, maniobró entre los cartuchos y extendió la garra con necesidad.

—Estrella —dijo K-2, y Jyn escuchó *tensión* en la voz del droide.

Cassian todavía agarraba las manijas. Jyn no pudo decir si Cassian o K-2SO estaban realizando la maniobra final.

—Eso es —dijo ella—. Casi lo tienes…

Los manipuladores del brazo se cerraron alrededor del cartucho y tiraron.

Luego, las luces de la sala de control se apagaron, dejando a la consola, Cassian y Jyn iluminadas solo por el siniestro resplandor rojo del pozo de la bóveda a través de la ventana. El aire refrigerado pinchaba la piel de Jyn, despertando piel de gallina por sus brazos y columna. El comunicador no detuvo su chillido estático… hasta un momento y una eternidad más tarde, lo hizo.

—¡Key! —Cassian gritó en el silencio, encorvado sobre la consola.

Jyn miró el brazo rígido que se aferraba a su cartucho de datos en lo alto. En la medianoche artificial de la sala de control, el pozo de la torre se parecía mucho a una cueva.

La reprogramación de K-2SO por Cassian Andor había despojado al droide de ciertas cualidades inefables. Recordaba, como a gran distancia, una especie de *convicción* que había surgido al servir al Imperio Galáctico. También recordó el orgullo y la confianza que conllevaba cumplir exactamente los deberes para los que fue diseñado… sabiendo que cada servomotor y cada ciclo de procesamiento contribuían a hacer cumplir los edictos de sus amos imperiales. Cassian le había negado ese exquisito sentido de *propósito* y lo había reemplazado con individualidad. Con la individualidad llegaron la duda y el cinismo: una conciencia no sólo de las probabilidades de éxito o fracaso, sino también de las repercusiones de esos resultados.

Cassian había matado a K-2SO (cuya verdadera designación era mucho más larga y más grandiosa, rica en significado e historia que describía su fábrica de origen, la fecha y hora de su inicialización, y más) y lo trajo de vuelta tanto más pequeño como más grande de lo que había sido. K-2SO no lloraba por su antiguo yo, pero hubo momentos en que se ponía melancólico por lo que había sido.

Cuando los primeros stormtroopers entraron en la antecámara de la bóveda de datos, K-2SO suprimió su instinto de obediencia codificado, se obligó a intentar el engaño (con poco efecto, a pesar de haber visto a Cassian mentir magistralmente una y otra vez), y finalmente recurrió a activar sus protocolos de ejecución. Había cortado su conexión con la consola mientras dejaba el comunicador abierto y —después de eliminar a sus oponentes por la fuerza y un rayo láser deslumbrante—, pasó veintisiete milisegundos considerando si volver a la consola. K-2SO no era un piloto de datos. No era una unidad astromecánica. La alegre alegría de utilizar habilidades descuidadas durante mucho tiempo fue, a su manera, intoxicante.

Podría abandonar a Cassian y Jyn para continuar con la aplicación de la violencia. Eligió no hacerlo.

Durante esta escaramuza inicial, K-2SO también sufrió daños en la carcasa compuesta de carboplasto de su sección media. El disparo bláster en sí mismo no dañó nada vital, pero el calor de la carcasa quemada derritió una parte del cableado interior. Reorientó sus funciones y continuó.

Había intentado consolar a Cassian cuando su amo le pidió una actualización. Esta discrepancia particular fue, en la reflexión, un mal uso de los recursos; desvió la atención de K-2SO de una situación de combate cada vez más variable, así como su intento de localizar los planos técnicos de la Estrella de la Muerte. Cuando otros stormtroopers entraron en la antecámara, K-2SO había desactivado sus advertencias de autoconservación, mantuvo su conexión con la consola y saboreó los placeres de empuñar un arma de energía personal.

En ese momento, también recibió varios impactos de bláster adicionales en secciones no vitales de su chasis. Cambiar la ruta de sus funciones se estaba volviendo más difícil.

Después de esto, dos complicaciones igualmente inevitables surgieron casi simultáneamente:

Primero, un stormtrooper (K-2SO la identificó como TK-4012 pero resistió el impulso de descargar su archivo personal de la Ciudadela) disparó un rayo láser que impactó a poco más de cuatro centímetros de la puerta de acceso al puerto de programación de K-2SO… un área normalmente no vital a través de la cual K-2SO había redirigido múltiples funciones vitales. No dejó de apreciar la ironía. Estimó que ahora tenía más de doce segundos antes de que una falla en cascada resultara en su desactivación permanente.

En segundo lugar, otro stormtrooper (no identificado) disparó una ráfaga mal dirigida que entregó múltiples saetas de partículas a la consola de control. A pesar de los sistemas inusualmente redundantes de la Ciudadela, K-2SO se encontró incapaz de acceder a varios mecanismos de la bóveda.

Con aproximadamente doce segundos hasta el apagado total, K-2SO consideró sus opciones mientras Cassian gritaba su nombre.

Proyectó vagamente ochenta y nueve maneras de prolongar su propia existencia (por períodos que iban desde punto ocho milisegundos hasta los cuarenta y tres días). Sospechando que todos implicarían la captura o ejecución de Cassian Andor y Jyn Erso, los rechazó sin un estudio detallado.

Reexaminó los parámetros de su misión y proyectó sólo dos formas en que Cassian y Jyn podrían recuperar su cartucho de datos deseado y escapar de Scarif. Tras el refinamiento, ambos parecían infinitamente improbables. K-2SO reexaminó sus parámetros por segunda vez (a un costo de varios milisegundos) y despriorizó la supervivencia de Cassian Andor y Jyn Erso.

Se negó activamente a sí mismo cualquier oportunidad de llorar o reflexionar. Eligió evitar más proyecciones y estimaciones sueltas en favor de simulaciones detalladas e hipotéticas.

Comenzó con esta premisa: Cassian y Jyn ahora tenían la oportunidad de recuperar manualmente el cartucho de datos.

Con aproximadamente nueve segundos hasta el apagado total, K-2SO activó su conjunto vocabulador y habló por el comunicador:

—*¡Escalen!*

Recuperar el cartucho no era suficiente para el éxito de la misión; los planos técnicos de la Estrella de la Muerte debían transmitirse a los agentes rebeldes de Scarif.

Esto sería difícil mientras Cassian y Jyn estuvieran atrapados. K-2SO no tenía forma de liberarlos.

Hizo consultas internas. ¿Podrían transmitirse los datos directamente a la Rebelión? La cantidad de datos almacenados en los cartuchos era enorme; la transmisión segura a Yavin 4 estaba fuera de discusión incluso en circunstancias ideales. Estas circunstancias no eran ideales, pero había un sistema de comunicaciones disponible.

—¡Suban! —dijo K-2SO. No tomó nota consciente de los rayos láser que ardían a su alrededor—. *¡Aún pueden enviar los planos a la flota!*

Ni siquiera la Torre de Comunicaciones de la Ciudadela podría transmitir un cartucho de datos completo con la entrada blindada en su lugar. Pero Cassian ya había tomado medidas, a través de Bodhi Rook, para abrir la entrada.

¿Cassian había previsto este escenario?

—Si abren el escudo… —los sistemas de protocolo de K-2SO dotaron a sus palabras de un énfasis extremo—, *¡podrán transmitir desde la torre!*

Con aproximadamente tres segundos hasta el apagado total, K-2SO escuchó la voz de Cassian gritar su nombre por última vez. Luego, sin arrepentimiento, el droide golpeó con ambas manos el tablero de la consola.

—Sellando puerta de la bóveda… Adiós.

La comunicación se cortó. Con los controles ahora reducidos a un compuesto fundido de metal plastoideo, los stormtroopers tendrían dificultades considerables para entrar a la bóveda.

Con un segundo restante hasta el apagado total, K-2SO eligió simular mentalmente un escenario imposible en el que Cassian Andor escapaba con vida.

La simulación lo complació.

DATOS SUPLEMENTARIOS: ORACIÓN DE LA PUESTA DEL SOL

[Documento #JP0103 («Oración al atardecer de los Guardianes de los Whills»), recuperado de las afueras de NiJedha; procedencia incierta.]

En la oscuridad, frío.
En la luz, frío.
El viejo sol no trae calor.
Pero hay calor en el aliento y en la vida.
En la vida, está la Fuerza.
En la Fuerza, hay vida.
Y la Fuerza es eterna.



KRENNIC INTENTÓ ENFOCARSE en el archivo de comunicaciones de Galen Erso. Se desplazó a través de memorandos y despachos interminables mientras los hombres del general Ramda gritaban actualizaciones y órdenes a través del centro de comando. No había nada que Krennic pudiera hacer por los stormtroopers en la playa o por la flota del almirante Gorin; nada más que excavar la verdad sobre la traición de Galen entre las solicitudes de transferencia de personal de ingeniería y las quejas sobre los puertos de escape térmico.

Galen había puesto esto en movimiento. Si se había acercado a los aliados en la Rebelión, había enviado al piloto traidor a contactar a esos aliados en Jedha, convocó a dichos aliados a Eadu, arregló para que acosaran a Krennic incluso después de que Galen se pudriera en el pozo de lodo de una fosa común…

Krennic se detuvo en seco. Recordaba ahora, en la plataforma de Eadu, un destello de cabello oscuro y una cara cubierta de cenizas. Recordó la voz que decía: *Jamás vas a ganar*. Pero era Lyra quien habló, no Galen.

—… acceso no autorizado en la bóveda.

Su atención abandonó su consola, enfocándose en uno de los lugartenientes de Ramda.

—*¿Qué?*

—Acaba de llegar —la cabeza del teniente se movió hacia un lado, como si buscara apoyo. Nadie acudió en su ayuda—. Ya fue un equipo de seguridad, pero no hay detalles sobre los intrusos. Estamos esperando más información…

Krennic excluyó el parloteo del hombre. Los rebeldes estaban dentro de la Ciudadela. Estaban *dentro de la bóveda*. Estaban decididos a robar los planos, a encontrar una debilidad imaginaria, sin importar cuántas vidas perdieran. Estaban decididos a perseguirlo en nombre de Galen.

Y Ramda no estaba a la altura de la tarea. La entrada del escudo estaba sellada y escapar era seguramente imposible; sin embargo, demasiadas imposibilidades ya habían ocurrido por un día.

Arrojó sus palabras detrás de él mientras marchaba hacia las escaleras.

—Envíen a mi escuadrón a la batalla. ¡Dos hombres conmigo! ¡Ahora! —había alguien en su camino; empujó bruscamente el cuerpo hacia un lado, sin molestarse en identificar el rostro del hombre—. ¡Quiero esa playa bajo control!

No esperó el reconocimiento. Cuando salió del centro de mando, dos death troopers caminaron detrás de él y pensó en otro día mucho antes: otra caída del planeta; otro

escuadrón de troopers; y otro peligro para su vida engendrado por Galen. Ese día en Lah'mu también terminó en victoria.

Orson Krennic iba a la guerra.

Tonc estaba muerto. Bodhi no lo había visto suceder; se había agachado para arrastrarse medio paso hacia adelante a lo largo de su pared protectora de cajas de carga, y cuando miró hacia arriba y al otro lado de la plataforma de aterrizaje, vio al soldado inmóvil en el suelo. Luchó contra el impulso de correr al lado de Tonc, y gritar pidiendo ayuda a los rebeldes que aún sobrevivían; no había nada que él pudiera hacer. La gente moría por todas partes. Y los stormtroopers seguían llegando.

Un rayo láser crujió sobre la cabeza de Bodhi, lo suficientemente cerca como para sentir el calor y oler el ozono de la atmósfera vaporizada. Alisó el cable en el suelo con una mano y miró impotente hacia el transbordador.

—¿Bodhi, sigues ahí? —Bodhi sacó el comunicador de su bolsillo. La voz de Cassian sonaba ronca—. ¿Llamaste a la flota?

—¡Estoy aquí! —dijo Bodhi—. Estoy aquí. Estoy inmovilizado. ¡No alcanzo a la nave, no tenemos conexión! —No quiso sonar desesperado, pero ¿para qué mentir? La situación era mala. No era su *culpa*, pero era mala.

—¡Tienes que…! —Bodhi había escuchado a Cassian enojarse, lo escuchó determinado, pero esto era algo nuevo (casi dolorido)—. Hazlo, Bodhi.

—¿Están bien? —un pensamiento demasiado horrible para detenerse cruzó la mente de Bodhi—. ¿Jyn está bien?

—Estamos bien —espetó Cassian. Por un momento, Bodhi sólo escuchó respiraciones largas y desiguales. Entonces Cassian pareció estabilizarse—. Estamos cambiando de táctica. No estamos seguros… es posible que no volvamos para la extracción, pero podemos intentar transmitir los planos desde la Torre de Comunicaciones.

Bodhi quería discutir… ¿qué quería decir *exactamente* lo de *que no volvamos para la extracción*? Pero Cassian siguió hablando.

—Esa es mucha información —dijo Cassian—, e incluso la Torre no podrá empujarlo a través del escudo sin perder datos. ¡Dime que tengo razón sobre esto, Bodhi!

Bodhi se obligó a concentrarse. El audio era una cosa, pero enviar un cartucho de datos a través del escudo sería como tratar de transmitirlo a través de la galaxia. Demasiados datos, demasiada interferencia.

—Tienes razón —dijo—. Tienes razón.

—Por lo tanto, debes informar a la flota —dijo Cassian—. Necesitan ponerse en posición para recibir, porque dudo que tengamos dos intentos. ¡Tienen que darle a ese escudo! ¡Si la entrada se abre, enviaremos los planos!

—¿Qué pasará con…? —*¿contigo? ¿Qué pasará con Jyn?* Pero Cassian parecía listo para romperse bajo la tensión, y Bodhi no pudo obligarse a mantener al hombre en la línea—. Está bien —resolló—. Encontraré una manera.

Rápidamente se guardó el comunicador y miró hacia la lanzadera de nuevo. El aluvión de fuego de bláster no se detenía, ni siquiera *disminuía*. Los soldados de Tonc no estaban ganando. *Tal vez*, pensó Bodhi, *Baze y Chirrut estaban regresando a la pista de aterrizaje…* pero no. Ya los había enviado al interruptor maestro.

¿Cuánto tiempo tenía antes de que la pista fuera invadida?

No te convenzas de no hacerlo.

¡Sólo ve!

Su primer paso casi lo hizo caer cuando pasó de agacharse a correr. Se contuvo y continuó, escuchó el siseo del cable y se retorció detrás de él mientras se arrastraba desde el carrete en su espalda, vio destello tras destello de color carmesí quemar el aire entre él y el transbordador. Un rayo golpeó el tren de aterrizaje de la embarcación cuando se acercaba, dejó caer una chispa ardiente entre su frente y sus gafas de trabajo; ignoró la distracción y el dolor y subió la rampa, cruzó corriendo la cabina hacia una terminal. Rebuscó el carrete con las manos sudorosas, arrebató el cable y lo enchufó.

La terminal registró la conexión. Bodhi gritó triunfante, ignorando la luz de advertencia que indicaba que la computadora de la nave no podía encontrar la Torre de Comunicaciones. El equipo de Baze, Chirrut y Melshi llegaría al interruptor maestro *pronto*. Bodhi le diría a la flota sobre su nueva estrategia.

¿Y cuando Cassian y Jyn estuvieran en la cima de la Torre, transmitiendo la cinta? Se precipitaría y los encontraría como lo había hecho en Eadu, y todos irían juntos a la entrada abierta del escudo.

Ese era el plan. Ese era *su* plan. Esperaba que Tonc lo aprobara.

Esperaba que sus camaradas pudieran trabajar rápido.

¿Cuánto tiempo quedaba ahora, antes de que la pista fuese invadida?

Las manos de Cassian temblaban, pero sus ojos estaban firmes mientras bajaba su comunicador.

—Bodhi está trabajando en lo de la flota. Lo logrará.

La sala de control de la bóveda permanecía oscura, excepto por el resplandor rojo del recinto. El aire refrigerado se calentaba rápidamente y se llenaba con un fuerte olor metálico; Jyn podía escuchar el siseo amortiguado de los silbidos de plasma al otro lado de la puerta sellada de la bóveda.

Es posible que no volvamos. Había escuchado a Cassian decir las palabras a Bodhi, pero no a ella.

Estiró el cuello y miró hacia el pozo, hacia el centro de la Torre de la Ciudadela. La cinta de datos de su padre estaba allí. En algún lugar, más allá del resplandor rojo, también había una salida.

—Atrás —le indicó a Cassian que se alejara de la ventana.

Sacó su pistola, apuntó firmemente con ambas manos y disparó contra el cristal. Fragmentos dentados, derritiéndose y ennegrecidos, explotaron sobre la consola y cayeron al pozo de la bóveda. Sonaron como campanillas de viento. Jyn dio un paso adelante para estudiar el cristal roto, luego comenzó a quitarse el casco, el peto voluminoso y la ropa pesada de su uniforme de seguridad. Ya había pasado el punto de los disfraces y no necesitaba peso extra durante una escalada. Cassian siguió su ejemplo, quitándose su chaqueta de oficial.

Cuando se hubo desvestido a solo el chaleco y los pantalones, Jyn examinó el pozo en busca de agarres. Las asas de extracción de cartuchos de datos sobresalían a intervalos regulares, y los bancos de datos apilados sobresalían con delgadas bridas de metal. No sería una subida fácil, pero decidió no quitarse las botas para obtener una tracción adicional… recordó una noche muy larga después de salir con Saw que había terminado con suelas ensangrentadas, uñas de los pies rotas y una valiosa lección sobre el calzado adecuado.

—Vamos —dijo. *Antes de que todo se cierre*, ella casi agregó. Pero Cassian no veía las paredes de la cueva.

Ella montó la consola, dobló las rodillas y saltó a través de la brecha hacia la torre de datos más cercana. Tomó un juego de mangos de cartuchos y se apresuró a buscar puntos de apoyo para sus pies. Después de un instante, sintió que los cartuchos se sacudían bajo sus manos y temió que pudiera soltarlos; pero fue sólo la vibración de los propios bancos de datos, que vibraron con los mecanismos que enfriaron y catalogaron las cintas.

Subió un metro, probando la fuerza que podía aplicar a las cintas y sintiendo la distancia entre ellas. Miró hacia la abertura a tiempo para ver a Cassian saltar de la sala de control. Él también se agarró.

Jyn miró hacia arriba, fijó el brazo de recuperación en su mira y comenzó a ascender fervorosamente.

Oyó que Cassian luchaba detrás de ella por sobre el ruido del aire recirculado. Sabía que debió decirle algo más: *lo siento por Key-Tu, o salimos de Scarif, o vamos a terminar esto*. Pero nunca había sido muy buena con la compasión o el aliento, y había gastado tantas palabras —en los concejales de la Alianza, en los soldados rebeldes—, en los últimos días. No tenía fuerza de sobra para él; sólo el impulso de subir una fila de cartuchos a la vez, arrastrarse lejos de la oscuridad hacia la esperanza de la luz.

Contó quince filas hasta el brazo de recuperación, luego diez. Vislumbró una puerta en la pared del recinto —*acceso seguro de mantenimiento*, imaginó—, pero la descartó como un medio de escape. El imperio tenía que estar observando. Cinco filas más. Comenzaron a dolerle los hombros y sintió que le dolían las muñecas al tratar de agarrar

los cartuchos sin liberarlos. Los sonidos de la escalada de Cassian retrocedían más abajo, pero no podía esperarlo.

Una fila. Entonces estuvo al lado del brazo de recuperación. Agarró el cartucho Estrella como un avaro muerto.

El cartucho no estaba etiquetado, no era diferente de ningún otro. No era diferente de los miles que le rodeaban, excepto que su padre había dado su vida para revelarlo.

Afirmó una bota contra la pila para tirar, puso una mano libre en el mango de Mark Omega, o Pax Aurora, o Heartchopper o cualquier cosa horrible que los científicos del Imperio hubieran pensado, y tiró de Estrella en la mano de la máquina. El brazo helado se aferró con fuerza; luego apartó la cinta y el brazo se balanceó libremente en el aire.

—¡Lo tengo! —gritó, y lo hacía: lo tenía, lo *tenía*, lo apretó y lo acercó lo suficiente como para oler el metal sobre el aire frío y seco. No importaba dónde más había fallado, no importaba cuántas muertes (Saw, su padre, la niña de Jedha, el *droide* que se había sacrificado) fueran culpa suya, había llegado hasta aquí. Estaba lista para gritarle obscenidades al universo, imprecaciones desafiantes contra el destino, la Fuerza y el Imperio.

Luego su bota se resbaló y tuvo que hacer un movimiento desesperado, con una mano, para recuperar su agarre.

—¡Cuidado! —gritó Cassian desde abajo, y estaba sonriendo ferozmente mientras jadeaba—. ¿Estás bien?

Ella no respondió. Ya estaba subiendo de nuevo, con el cartucho enganchado con seguridad en su cinturón. La oleada de energía triunfante y exultante se desvaneció tan rápidamente como había llegado, dejando a Jyn con la urgente necesidad de escapar de la oscuridad. Sus brazos comenzaron a temblar con la tensión del ascenso, sus músculos recordaban la agonizante subida por la plataforma de aterrizaje en Eadu. A través de la penumbra distinguió una luz cálida y parpadeante en lo alto… una escotilla en la parte superior de la torre, que se abría y se cerraba, apenas lo suficientemente amplia como para proyectar sombras.

Cerca. Tan cerca.

Entonces oyó otro grito debajo de ella. Furia mezclada con alarma en la voz de Cassian mientras gritaba su nombre.

Jyn dejó caer una mano y giró justo a tiempo para que un destello carmesí oscureciera su visión: chispeó contra la pila de bancos de datos y dejó una masa de polímero derretido donde había estado su cartucho. De pie en la entrada de mantenimiento había tres figuras de una pesadilla familiar: el hombre de blanco y sus stormtroopers de negro.

Le habían parecido imposibles en Eadu, tanto que casi los había olvidado después de eso… los describió como una exageración, un truco de una mente exhausta que envolvía una historia de su pasado en torno a una astilla de realidad. Ahora habían regresado para enviarla a la locura.

El hombre de blanco levantó la vista. Ella quería gritar; en cambio, se tragó el sonido, como lo había hecho cuando su madre murió. Quería congelarse, esconderse dentro de sí misma y alejarse de los bancos de datos.

¿Y si lo hacía?

Estrella, el cartucho contra su cadera, sería enterrado en su cueva junto con sus propios restos.

Apartó la mirada del hombre de blanco y volvió a mirar hacia el pozo. Cautivada por la lógica de los sueños, sabiendo que no era cierto, pensó: *Si llego a la luz, puedo escapar para siempre.*

¡Escala!

Un brillo carmesí irrumpió alrededor de Jyn cuando giró sobre los cartuchos, tratando de rotar al otro lado de la pila de datos y encontrar cobertura de sus atacantes. Vislumbró a Cassian intentando hacer lo mismo; pero era más lento y había sacado su propia pistola, disparando salvajemente a la puerta. Un disparo acertó milagrosamente, enviando una figura vestida de negro sobre el borde y hacia las profundidades. La caída la arrastró aún más a la realidad… fueran lo que fueran, fueran quienes fueran los hombres de blanco y negro, eran personas y no sueños. Podrían morir, y ella también.

Los imperiales sólo atacaban a Cassian ahora. Él se movía desesperadamente hacia la cubierta mientras el metal derramaba chispas a su alrededor. Jyn comenzó a llamarlo, pero él gritó más fuerte:

—¡No pares! ¡No pares!

Alcanzó una mano temblorosa hacia su pistola. Ella podría morir. Ellos también.

Sabía que tenía que escalar.

La decisión le fue arrebatada. El segundo stormtrooper recibió un golpe cuando un rayo se dirigió hacia Cassian. Trooper y espía cayeron juntos; Jyn no podía decir si Cassian había sido perforado o si simplemente había perdido el control, pero se perdió de vista sin un grito o una palabra. Casi soltó los dedos, casi lo siguió al abismo, pero una oleada de vértigo la sacó de su horror y la impulsó a aferrarse más fuerte a la pila.

Cassian estaba muerto, como tantos otros. Tantos tomados por el hombre de blanco.

Ella tenía que escapar.

¡Escala!

Scarif estaba ardiendo. Los cazas estelares en duelo enviaron fuego de cañones y lluvia de metal desgarrado a las playas. Los cadáveres montañosos de los caminantes imperiales desangraban humo que cubría franjas enteras de jungla. Los refuerzos entregados por los U-wings rebeldes habían reemplazado a los caídos con nuevos soldados; y estos fueron reducidos a su vez por stormtroopers de negro recién llegados, hombres y mujeres que se movían con la sobria calma de los verdugos, eliminando a sus enemigos uno por uno.

Baze Malbus atravesó el infierno en silencio, sin ser tocado por el miedo, la pena o los rayos de partículas. Siguió a Melshi y Chirrut, confiando en que se ocuparían de la misión, y protegió vidas donde pudo. Disparó tiros rápidos y precisos, derribando a demasiados stormtroopers para contarlos.

No sentía responsabilidad por los aliados que no podía salvar. No había hecho juramentos, no había prometido seguridad a nadie. No pudo evitar que un stormtrooper emboscara a una mujer de cabello oscuro y la dejara muriendo en la marea poco profunda; no logró arrastrar a un francotirador de su misma edad fuera de la vista de un TIE fighter. Había derramado más sangre en un día de lo que creía posible, y aunque su generador zumbaba de advertencia y sus músculos se sentían rígidos como el cuero seco, estaba listo para seguir luchando. Soportaría toda la noche si fuera necesario, si eso era lo que Jyn Erso requería.

¿Y si la misión fallaba? Si había redención a través de la muerte, seguramente ya la había encontrado. Pero él seguiría luchando de todos modos.

El pelotón andrajoso de Melshi estaba corriendo hacia la Ciudadela en su búsqueda del «interruptor maestro» de Bodhi. Justo dentro del perímetro exterior, prometió Melshi, había un complejo de búnkeres que contenía lo que buscaban. Baze no sabía *por qué* el interruptor era importante —algo acerca de la flota rebelde—, pero cuando corrió junto a sus camaradas en la playa, se maravilló sombríamente de que el destino de los planetas pudiera verse alterado por algo tan trivial.

Un U-wing estaba cayendo del cielo. Golpeó la arena a tiro de piedra delante de los rebeldes, enviando una onda expansiva por el suelo y arando una zanja profunda. El barro y el fuego salpicaron cuando el metal se rompió y gimió. Cuando los rebeldes se acercaron, una salva de rayos láser atravesó los restos y las llamas; a través de los huecos en el metal en llamas, Baze vio a más stormtroopers vestidos de negro que se acercaban. Soltó un aluvión de fuego de cañón que no sirvió de nada… los stormtroopers se arrastraban al suelo, eliminando sus objetivos lentamente y sin dudar mientras Melshi llamaba a su gente, frenéticamente hacia el complejo del búnker.

Los soldados corrieron lejos del agua y los restos, expuestos y vulnerables. Un rebelde cayó, luego otro. Chirrut saltó entre los rayos de los troopers como si su paso lo empujara a un lado, pero su fortuna no era la fortuna de otros. Baze saltó sobre más de un cadáver, volteó para lanzar cañonazos a los troopers y luego corrió hacia la sombra de la Torre de la Ciudadela. Vio que Melshi intentaba llevar a un aliado a un lugar seguro y recibir un tiro en el costado por el esfuerzo; apestando mal a tela derretida y carne quemada, Melshi cojeó con Baze al refugio relativo del búnker achaparrado.

Sólo quedaban cuatro guerreros. Chirrut estaba parado cerca del frente del búnker con Baze, jadeando y apoyándose ligeramente en su bastón. Un francotirador robusto —alguien lo había llamado Sefla—, disparaba a los troopers a través de las estrechas troneras del búnker mientras el enemigo formaba un perímetro. Melshi luchó por mantenerse en pie en la esquina más alejada.

Podría haber otros sobrevivientes dispersos por el campo de batalla. O Baze, Chirrut, Sefla y Melshi podrían ser los últimos.

Una voz urgente emitida por el comunicador de Melshi:

—¡Melshi, respóndeme, por favor! ¡Alguien por ahí! ¡Rogue One! ¡Rogue One! ¡Cualquiera!

Chirrut levantó su adornado arco de luz, disparando a los stormtroopers mientras obligaban a Sefla a ponerse a cubierto. Los stormtroopers apuntaron y atacaron a Chirrut; Baze cubrió a Chirrut, como Chirrut había cubierto a Sefla, quien ahora se preparó para cubrir a Baze. *Juntos*, pensó Baze, *podrían contener a los imperiales durante varios minutos*. Probablemente ya no.

—Ellos tienen los planos —el comunicador habló con la voz de Bodhi, mezclando triunfo y terror—. Ya estoy conectado, pero no puedo aguantar para siempre. Perdimos a Tonc…

Los troopers habían establecido un amplio círculo alrededor del búnker y el equipo contiguo —consolas, estaciones de carga y relés de señal. Baze gruñó de satisfacción —*¡ella tiene los planos!*— cuando disparó un tiro que hizo que un hombre se levantara, luego echó la cabeza hacia atrás cuando sus enemigos le devolvieron una descarga.

—¡Rogue One! ¿Alguien puede escucharme por ahí? Ya estoy conectado, sólo necesito que abran la línea…

—¡Un segundo! —jadeó Melshi y arrojó su comunicador al suelo antes de llamar a Baze. Apestaba a muerte. Baze cruzó a su lado y dejó que Chirrut y Sefla emprendieran el trabajo de matar.

—Sé rápido —dijo Baze.

Melshi asintió con los ojos muy abiertos y brillantes.

—Ya vi el interruptor —dijo—, está en esa consola. —Levantó un dedo tembloroso y señaló la zona de muerte.

El tablero de trabajo estaba a diez metros de distancia. Mucho más allá del alcance.

Antes de que alguien pudiera reaccionar, Sefla salió del búnker, corriendo hacia la consola, bombeando brazos y piernas mientras el sudor le caía por la espalda. Se movía con certeza rápida y valiente. Murió en un instante, perforado por una docena de rayos de partículas, sin lograr nada.

Baze volvió a mirar a Melshi. Se había desplomado en el suelo junto a su comunicador.

Tal vez hubiera sido mejor, pensó Baze, *ser asesinado por los caminantes*. Morir encogido ante una victoria inalcanzable era una humillación.

Quizás la muerte siempre lo era.

Baze levantó su cañón. Quizás había otros sobrevivientes. Quizás si derribara suficientes troopers, los refuerzos podrían alcanzar el interruptor maestro de Bodhi. Una matanza final era todo lo que podía ofrecerle a Jyn Erso y los muertos de Jedha; todo lo que podía ofrecer para atormentar al Imperio por última vez.

Pero antes de que Baze pudiera disparar, Chirrut se levantó del búnker y salió a la luz del sol.

Chirrut Îmwe sintió el calor de una estrella alienígena en su piel y una brisa marina arañando su túnica. La punta de su bastón se hundió en la arena compacta. Debajo de los olores de la conflagración y la muerte estaba el perfume de las flores de la jungla y el dulce olor de los escarabajos de tierra. Más allá del chasquido eléctrico de los rayos láser, escuchó un chirrido agudo… el ruido de una bestia que nunca había encontrado. A esta cacofonía, agregó su voz:

—Soy uno con la Fuerza, la Fuerza me acompaña.

En lo que sea que Chirrut se haya convertido en su vida —y sin el templo, no podría ser verdaderamente un Guardián de los Whills; sin alegría y frivolidad no podría ser un payaso y bromista entre compañeros sobrios; sin la Ciudad Sagrada no podría ser un protector de su amado mundo—, fuera lo que *fuese*, no era un guerrero de corazón, y los acontecimientos del día habían erosionado su espíritu. Mientras Baze, su hermano y pupilo, había abrazado su papel con una resolución viciosa, Chirrut había luchado, huido y asesinado porque era necesario luchar, huir y asesinar.

Ahora ya no eran necesarios, y él se alegró.

—Soy uno con la Fuerza —dijo de nuevo—, la Fuerza me acompaña. —Las palabras resonaron dentro de él. *Soy uno con la Fuerza, la Fuerza me acompaña.*

Baze gritó su nombre desde el búnker. Chirrut no se detuvo.

Sintió cómo le pasaban rayos calientes, escuchó guantes de cuero apretar gatillos metálicos y giró su cuerpo como si se abriera paso entre una multitud. Golpeó la punta de su bastón y se dirigió hacia la consola por los rastros de cables enterrados. Escuchó los ecos reveladores, donde el ruido de la batalla resonaba en las terminales y el equipo.

Hizo todo esto sin pensar. El arte del zama-shiwo, el ojo interno de la mano externa, sintonizó su respiración y los latidos de su canto. Fue su canto lo que guió sus movimientos, controló su ritmo mientras avanzaba. *Soy uno con la Fuerza, la Fuerza me acompaña.*

—*¡Chirrut!* —gritó Baze—. ¡Vuelve!

Baze estaba aterrorizado. Chirrut no lo estaba. En el instante antes de salir del búnker, cuestionó su propia sabiduría: ¿cómo podría separar la voluntad de la Fuerza de su propia voluntad, *su* ego, exigiendo acción donde la acción era innecesaria? Pero no había duda en su corazón ahora. La Fuerza se expresó a través de la simplicidad, y todo lo que le pidió fue caminar.

Soy uno con la Fuerza, la Fuerza me acompaña.

Su bastón golpeó el metal. El lado de una consola. El canto lo guió a su frente y deslizó sus dedos por los botones y las lecturas. Tocó una manija ancha y con bisagras empotrada en la consola: un *interruptor maestro*, si alguna vez hubo uno. Un rayo de

partículas reverberó a centímetros de la oreja izquierda de Chirrut mientras empujaba el interruptor hacia adelante y sentía que encajaba en su lugar.

Soy uno con la Fuerza, la Fuerza me acompaña.

Sonrió suavemente y pensó en Bodhi, el extraño piloto que olía a Jedha debajo de su traje imperial.

El canto de Chirrut estaba vacilando ahora. Con el interruptor activado, su camino se había oscurecido. Oyó la tormenta de fuego de bláster y escuchó nuevamente la voz de Baze:

—¡Chirrut, rápido! ¡Ven conmigo! —entonces se volvió hacia Baze y el búnker y comenzó a volver sobre sus pasos. El ritmo de su aliento estaba apagado, y los mil ruidos, olores y sensaciones que lo rodeaban no lograron fusionarse; cada uno tiraba de él e insistía en su atención exclusiva.

Entonces sólo hubo un ruido: un trueno terrible como el mundo que se abre. Fue impulsado hacia adelante cuando el dolor atravesó sus viejos huesos y cada lesión que había sufrido se encendió. De alguna manera, cuando Chirrut impactó la tierra y rodó hacia un lado, se dio cuenta de que Baze gritaba su nombre nuevamente.

No podía sentir a su compañero. No podía sentir su *mano*, excepto por un terrible latido y su peso entumecido al final de su brazo. Pero el arte del zama-shiwo tenía mucho que decir sobre el control del dolor, y Chirrut permitió que su sangre se derramara sin experimentar sufrimiento. La violencia infligida sobre su cuerpo lo inquietaba menos que la violencia que había infligido a los demás.

Estaba muriendo, por supuesto.

Sintió que la pisada pesada y familiar de Baze golpeaba el suelo, olió el sudor de su hermano mientras se acercaba. Quería decir *¡Baze! Mis ojos… ¡no puedo ver!*, pero Baze Malbus siempre había necesitado consuelo más que humor.

—Chirrut —murmuró Baze—. No te vayas. Aquí estoy. Aquí estoy…

Se preguntó por un momento cómo Baze había cruzado el campo de batalla para alcanzarlo. Pero, por supuesto, la Fuerza los había reunido antes del final.

Los callosos dedos de Baze frotaron vida en el dorso de la mano de Chirrut.

—Tranquilo —murmuró Chirrut—. Tranquilo. Sólo busca la Fuerza, ahí siempre podrás hallarme.

Intentó sonreír, pero ya no estaba seguro de poder hacerlo.

Las palabras del canto hicieron eco en el corazón de Chirrut Îmwe una vez más antes de morir:

Soy uno con la Fuerza, la Fuerza me acompaña.

Los stormtroopers se estaban cerrando alrededor del transbordador de carga. Bodhi se dio cuenta porque, no con poca frecuencia, un rayo de partículas incendiaría la rampa de abordaje e impactaría en el mamparo interior, lloviendo chispas en el piso. Bodhi no

sabía cuántas personas de Tonc seguían vivas, luchando desesperadamente por contener a sus enemigos; tampoco sabía si, en algún momento, alguien podría cortar el cable que subía por la rampa hacia la consola de comunicaciones.

Estaba casi sin tiempo, y todo lo que podía pensar era: *lo siento, a todos. Perdón por prometer lo que no pude cumplir. Perdón por no encontrar un mejor plan.*

Lo había intentado. Eso contaba para algo, ¿no?

Cuando las lecturas de la consola se actualizaron para indicar una conexión entre la nave y la Torre de Comunicaciones de Scarif, quiso llorar de alegría.

En cambio, se inclinó sobre la unidad, ajustó sus frecuencias y rezó para que alguien lo escuchara.

—Está bien, está bien —comenzó—. ¡Este es Rogue One llamando a la flota rebelde!

Sólo escuchó el suave silbido de la estática en respuesta.

Ni siquiera sabían que estaba tratando de contactarlos. Peleaban por sus vidas, y él transmitía sin rumbo, como si algún oficial del puente se diera cuenta y se levantara a mitad de la batalla.

—¡Aquí Rogue One, a toda nave rebelde que pueda oírme! —luchó contra el temblor en su voz—. ¿Hay alguien ahí? ¡Aquí Rogue One! ¡Respondan, cambio!

Hice mi parte, se dijo. *Recibí una señal. Lo siento si nadie está escuchando…*

Pensó en Jyn, en Cassian, en Baze, Chirrut y Tonc. Se preguntó si alguno de ellos sería capaz de perdonar sus fracasos.

Galen lo había perdonado, al menos. Galen había entendido la necesidad del perdón mejor que nadie.

—¡Aquí Rogue One! —gotas de saliva salpicaban la consola. Las limpió con una manga—. ¡Adelante! ¡Cambio!

—¡Aquí el almirante Raddus, a bordo del *Profundity* —el comunicador cobró vida con un rugido—, Rogue One, te escuchamos!

Bodhi lanzó una risa que podría haberse confundido con un sollozo.

—¡Tenemos los planos! —dijo (y tal vez eso era una mentira, no podía estar *seguro*, pero estaba demasiado desesperado para preocuparse)—. Obtuvieron los planos y van a transmitirlos desde la Torre de Comunicaciones.

Escuchó voces en el fondo: oficiales de puente, tal vez, debatiendo cómo responder. Bodhi lo ignoró.

—Tienen que ponerse en posición, prepararse para recibirlos. Y tienen que destruir el escudo. ¡Sólo así podrán enviarlos!

Durante un tiempo dolorosamente largo, no hubo respuesta.

—Aguarda, Rogue One —dijo finalmente la voz—, nos encargaremos. —Luego, dirigiéndose no a Bodhi sino a alguien más en el puente—. Traigan una corbeta Hammerhead. Tengo una idea.

La señal se apagó. No le importó a Bodhi; él había dicho lo que necesitaba decir.

El fuego de bláster afuera se había detenido. El silencio era casi pacífico. Con las manos temblorosas, Bodhi se enderezó detrás de la consola y miró desde la rampa de

abordaje hasta la escalera de la cabina. Pensó en su plan para despegar y volar a través de la tormenta de TIEs para rescatar a Jyn y Cassian de la Torre de Comunicaciones. Pensó en la tensión que había escuchado en la voz de Cassian y en su última señal a Melshi… de la que no había recibido respuesta.

Si no tuviera la oportunidad… ya había hecho lo suficiente. Estuvo bien.

—Esto es por ti, Galen —dijo, y se dirigió hacia la escalera.

Bodhi Rook escuchó el tañido del metal una vez, dos veces, en la cabina, y luego el suave ruido de algo rodando por la cubierta. Se giró a tiempo para vislumbrar el detonador. No oyó nada mientras la cabina brillaba imposiblemente radiante.

Como debería hacerlo un piloto, murió con su nave.

Baze Malbus acunó al último verdadero Guardián de los Whills en sus brazos y respondió las últimas palabras de Chirrut.

—La Fuerza me acompaña —dijo Baze—, y soy uno con la Fuerza.

Una llamarada se elevó en la distancia. Algo ardía en la pista de aterrizaje nueve. Con toda probabilidad, Bodhi Rook también se había ido.

¿Se fue antes de haber enviado su mensaje? ¿Se fue y el sacrificio de Chirrut no tenía ya sentido?

Una vez más, el Imperio le había robado el significado a Baze. Podría haber gritado si no fuera por el hombre que sostenía.

—La Fuerza me acompaña —repitió—, y soy uno con la Fuerza.

¿Creía él en las palabras? ¿Importaba? ¿Había importado alguna *vez*?

El perímetro de los stormtroopers estaba intacto. Se retiraron momentáneamente después de asesinar a Chirrut, lejos del humo de la explosión; ahora se estaban cerrando de nuevo, apuntando sus rifles hacia Baze. Sus acciones parecían interminablemente lentas… como si el tiempo se hubiera convertido en el tormento de Baze, para que pudiera sufrir la angustia de toda una vida en un segundo.

Pronunció las palabras, y en ellas no encontró consuelo sino convicción… o el recuerdo de la convicción, como si las palabras fueran la clave de la fe olvidada de su juventud. El recuerdo desbloqueado lo estranguló, estremecedor e intenso. Sabía nuevamente el significado de la Fuerza en cada respiración y acción, sabía todo lo que había abandonado en años pasados; vio la gran brecha entre el Guardián que había sido y el hombre que era ahora, y lloró en su corazón por ambos. Suavemente dejó el cuerpo y levantó su cañón, identificó a un trooper que se estaba tensando para disparar; envió un tiro de energía a través del pecho del trooper y lo envió tambaleándose hacia la arena y la tierra. Cuando el resto del escuadrón devolvió una descarga, Baze apretó el gatillo, lo sostuvo y dejó que su generador aullara, y su arma se retorciera y se sacudiera. Alternó ráfagas rápidas y corrientes furiosas sin rumbo con asesinatos de precisión. Avanzó hacia

los hombres y mujeres que se habían llevado su pasado, su hogar, su amigo, su esperanza, su fe; pero no se alejó mucho de Chirrut.

No tenía a dónde ir. No dejaría a Chirrut ahora.

Reconoció un dolor que había sentido antes… la agonía caliente y medio entumecida de un rayo láser, sus nervios aniquilados en el epicentro de la herida y gritando alrededor de la corona. Cayó de rodillas y se obligó a levantarse nuevamente. Su cuerpo estaba cubierto de cenizas y sudor, y apestaba a pelo quemado; abrazó la pesadilla, furioso con un disparo tras otro hasta que seguramente había matado a cien o mil stormtroopers.

No fue suficiente. Nunca podría ser suficiente para restaurar a Chirrut o los años que había perdido.

Baze vio a un trooper moribundo buscar una granada y lanzarla en su dirección. La granada no llegaría hasta su objetivo; pero Baze apenas podía tropezar hacia adelante, y mucho menos correr para ponerse a cubierto. Se retorció, estiró el cuello para ver a Chirrut por última vez.

Cuando la muerte vino hacia él a la sombra del caminante, la enfrentó con desafío. Ahora había pena.

No había miedo.

Baze Malbus murió con dolor, pero no duró mucho.

Rogue One estaba vivo. Jyn Erso tenía los planos de la Estrella de la Muerte, y en esos planos estaba la oportunidad de salvar la Alianza. Una oportunidad para salvar a Mon Cala. No había precio que el almirante Raddus se negara a pagar para ver esa oportunidad realizada.

Con la desactivación de un Destructor Estelar, la ola de batalla sobre Scarif había cambiado. Por otra parte, aunque la ventaja pertenecía a la flota de la Alianza, el bombardeo de la estación de la entrada orbital no reveló ninguna debilidad ni en el campo ni en la estación misma. Un asedio prolongado podría resultar en la victoria, pero Raddus no dudaba de que los refuerzos enemigos estaban en camino; el poder de fuego masivo podría abrir la entrada, pero los cruceros de guerra más feroces de la Alianza carecían del poder catastrófico del Imperio.

Al articular silenciosamente el dilema, la solución se había hecho evidente para Raddus. Había presentado su plan a sus oficiales y no lo habían interrogado. Pero incluso para los gustos de Raddus, el precio era alto.

Había elegido el Hammerhead *Lightmaker* y su capitán, Kado Oquoné, para implementar su visión. La nave de Oquoné sufrió graves daños tras ser flanqueada por los Destructores gemelos, y desde entonces se retiró del campo de fuego para proteger la línea de retirada. Por estas razones, serviría al propósito de Raddus.

—¿Está preparado, capitán? —habló con Oquoné desde el puente del *Profundity*, con los ojos fijos en su pantalla táctica.

—El personal no esencial ha evacuado —respondió Oquoné—. Sólo soy yo, la tripulación mínima, y un puñado de droides. El curso está bloqueado. —Su voz no tembló. Raddus le dio crédito por eso; cuando le explicó su intención, Oquoné reaccionó con enojo (aunque sólo por un instante. Desde ese momento, el capitán no había estado más que dispuesto).

—Entonces comienza —dijo Raddus. La comunicación se quedó en silencio. Los motores del *Lightmaker* pulsaron cuando la gran embarcación giró, primero alejándose de la batalla, luego de regreso en un amplio arco, ajustando su trayectoria por fracciones de metro a medida que avanzaba. Raddus no había exigido que Oquoné y sus pocos elegidos permanecieran a bordo, pero un trabajo tan preciso era mejor confiárselo a los orgánicos en lugar de droides. Oquoné lo sabía tan bien como Raddus.

El enjambre de cazas estelares de la Alianza en torno al Destructor Estelar sobreviviente formó un grosero cordón, bloqueando la nave en su lugar a medida que las naves rebeldes más grandes se desconectaban. Estas acciones dejarían a los cazas y los cruceros de comando vulnerables a los contraataques de TIE, pero Raddus también consideró que ese precio era aceptable.

El *Lightmaker* aceleró al acercarse a la refriega, arrastrado por la gravedad de Scarif mientras empujaba con sus motores hacia el Destructor discapacitado. El segundo Destructor Estelar pareció darse cuenta de lo que estaba sucediendo, pero demasiado tarde; enjaulado por los cazas del Escuadrón Rojo y Dorado, no podría llegar a ninguna parte a tiempo para escapar de su destino.

Raddus observó al *Lightmaker* descender como una lanza a la masa del gigante discapacitado. El metal se rompió y se arrugó, y Raddus temió por un momento que la velocidad de Oquoné hubiera sido demasiado grande… que el *Lightmaker* se destrozara al estrellarse y que la parte más delicada del plan, aún por venir, hubiera fallado. No obstante, el Destructor absorbió el impacto y comenzó a caer, su estructura estaba dañada pero intacta.

Vio las figuras de las cápsulas de escape contra las estrellas. No se atrevió a esperar que vinieran del *Lightmaker*.

El Destructor Estelar discapacitado se dirigió hacia su gemelo enjaulado. El rumbo de Oquoné se había establecido con precisión. Cuando los cazas estelares de la Alianza se separaron, los dos Destructores chocaron. Ambas naves estallaron con poder destructivo, y ambas cayeron más rápidamente cuando la gravedad de Scarif las capturó. Encerrados por la devastación cataclísmica, sus restos entrelazados cayeron en picado hacia el anillo interior de la estación de la entrada orbital.

Donde los Destructores Estelares golpearon el campo de energía, el escudo brilló e irradió y finalmente se rompió, disipándose como espuma en la cresta de una ola.

—¡Llévennos a la órbita geoestacionaria sobre la Ciudadela, ahora! —ordenó Raddus—. Todos los cazas, muévanse para defender al *Profundity* ¡Debemos estar en posición de recibir esa transmisión!

Los TIE fighters se concentrarían en su crucero insignia una vez que el Imperio reconociera su intención. Pero en verdad, no necesitaba aguantar mucho. La entrada del escudo se regeneraría lo suficientemente rápido; la ventana de oportunidad de Rogue One para transmitir sería estrecha, y si se cerraba no habría otra.

En silencio, Raddus se comprometió a nombrar a sus bisnietos en honor a Oquoné y la tripulación del *Lightmaker*. Luego juntó las manos para esperar la transmisión de Jyn Erso.



CASSIAN ESTABA MUERTO, JUNTO CON CUÁNTOS OTROS, Jyn no lo sabía. El hombre de blanco que había estado allí durante los peores momentos de su vida estaba presente de nuevo. La oscuridad la envolvió, rota por los mil ojos rojos de los cartuchos de datos. Sus brazos temblaban violentamente cada vez que subía, como si estuvieran listos para soltarse de sus articulaciones.

Pero podía ver la luz sobre ella.

¡Escala!

Sus guantes estaban empapados en sudor, enfriados por la refrigeración de la bóveda de datos. Encajar sus botas en estrechas bases una y otra vez había dejado los dedos de sus pies entumecidos por la compresión. El cartucho en su cinturón se sentía lo suficientemente pesado como para arrastrarla debajo de la corteza de Scarif.

Podía ver claramente la abertura pulsante en el techo ahora. Una serie de respiraderos se abrían y cerraban en secuencia, aspirando el aire más cálido de la torre. Parecía levantarla mientras flotaba libremente.

¡Escala!

Captó destellos de cielo azul. Estaba en la parte superior de la pila de datos, lo suficientemente cerca del primer respiradero para pasar el brazo. Se imaginó a sí misma haciendo el intento y siendo aplastada, ensangrentada y partida por la puerta pulsante. Por un sólo momento de desesperación, no pudo soportar la idea de otra escalada. Luego pasó el momento y contó *uno, dos, tres*, para cronometrar los movimientos de los respiraderos.

Liana Hallik, Tanith y Kestrel —viejos nombres, viejas vidas—, habían hecho cosas más valientes y audaces que esto. Jyn Erso también podría.

Trepó por un respiradero, saltó al siguiente; subió y esperó. Descansar era tan agonizante como el movimiento. Mientras se detenía entre las aberturas, contando segundos, sus músculos rogaban por el impulso o la quietud eterna, no un tortuoso detente-y-ve, *¡Uno, dos, tres, vamos! Espera, dos, tres…* Apenas notó que el aire cambiaba de frío a cálido, la humedad templada humedecía sus labios y garganta *¡Uno, dos, tres, vamos!* Luego ya no había ningún lugar para que ella trepara y estaba tendida sobre un revestimiento de metal, la superficie era incómodamente *caliente* a la luz del sol mientras se arrastraba hacia adelante.

Estaba fuera de la bóveda de datos. Fuera de la oscuridad.

Le faltaba la fuerza para sentirse triunfante. Se obligó a ponerse de pie, hurgó en busca de su bláster mientras buscaba stormtroopers, asesinos vestidos de negro o el hombre de blanco. Pero estaba sola en lo alto de la torre, en una amplia plataforma a la

sombra de una antena parabólica enorme. Sus rodillas golpearon mientras contemplaba el cielo brillante, denso con nubes blancas que se encontraban con el mar en el horizonte.

La serenidad se veía empañada por el rugido de los cazas estelares, los cañones ardiendo en rojo fuego y verde enfermizo mientras los rebeldes perseguían a los imperiales e imperiales perseguían a rebeldes. El olor a cenizas surgía de algún lugar muy por debajo.

Sin embargo, estaba sola.

No tienes mucho tiempo, se dijo, e hizo que su cuerpo se moviera.

Vio un panel de control integrado en la barandilla exterior frente a un turboascensor y cojeó hacia él, tratando de devolver la vida a sus piernas. No reconoció el diseño… parecía una terminal de comunicaciones, pero no había entrada de audio y una docena de conmutadores que no reconocía. Sin embargo, encontró una ranura para un cartucho de datos; medio incrédula, lo probó con los dedos antes de cargar la cinta Estrella.

La pantalla parpadeó con opciones y jerga técnica. Una voz electrónica autorizada repitió severamente:

—Reiniciar alineación de antena.

Ella maldijo y golpeó el puño contra el panel. Quería patear a K-2SO por enviarla aquí, patearlo hasta que el droide se hiciera pedazos; e inmediatamente, se sintió enferma de culpa ante la imagen. De nuevo dolorida, se inclinó para examinar la pantalla.

Ni siquiera estaba segura de lo que estaba buscando. ¿K-2SO había configurado el plato para enviar a la flota? ¿Bodhi sí había contactado? ¿Bajaron el escudo, por lo que la antena tuvo que reiniciarse en respuesta? Ella no lo sabía, y el panel no se lo decía. Pero las imágenes aparecieron en la pantalla indicando que otra unidad de control salía de la plataforma de la torre.

Bien. Restableceremos la alineación de la antena.

No iba a ser la mujer que condenó a la Alianza porque no pudo entender un maldito panel de comunicaciones.

Agarrando con fuerza su bláster, se dirigió a la pasarela y vio la unidad de control cilíndrica que se elevaba en el extremo más alejado. El viento la hizo tambalearse cuando pisó la viga, y las barandillas parecían demasiado bajas para servir de nada. Corrió hacia la unidad, encontró un dial y lo giró torpemente entre sus dedos, para un lado y para el otro, hasta que la voz anunció nuevamente:

—Alineando antena.

Oyó los servos rechinar y volteó para ver el gran plato de la antena en movimiento. Se levantó y se ajustó hasta apuntar directamente hacia arriba.

—Antena alineada —dijo la voz—. Lista para transmitir.

Por favor ten la razón.

Comenzó de nuevo a caminar a lo largo de la pasarela. El chillido de un TIE fighter se elevó en el viento, pero al principio lo ignoró. Luego, la nave misma apareció a la vista, descendiendo hacia la plataforma con el gran ojo de su cabina fijo en ella. Se

congeló, sin saber si correr o echarse al piso de la pasarela con la esperanza de esconderse.

Corrió, y los cañones del caza pulsaron.

La luz esmeralda y el fuego mancharon su visión. La pasarela onduló como una bandera en el viento, luego se alejó por completo. El sonido del metal desgarrado llenó sus oídos cuando la metralla rasgó sus piernas y mangas. Sentía que su rostro estaba en llamas. Extendió la mano desesperadamente, sintió que sus dedos se cerraban alrededor de algo —los restos de una barandilla o la parte inferior de la pasarela retorcida y colgante—, y dio un grito silencioso y sin aliento cuando los músculos de sus hombros sobrecargados parecieron desgarrarse.

La pasarela rota se balanceaba vacilante en el viento. Jyn se aferró lo más fuerte que pudo e intentó deslizarse hacia arriba cuando su vista comenzó a regresar. A través de un filtro manchado y humeante, distinguió el borde ennegrecido de la plataforma, apenas a un brazo de distancia.

¡Escala!

Esta vez no hubo identificadores de cartuchos de datos. No había puntos de apoyo convenientes. El metal quemado y bronceado se sentía abrasador contra el cuerpo de Jyn. Se arrastró hacia arriba un centímetro, un milímetro a la vez, mientras el viento intentaba liberar sus dedos. Estaba lo suficientemente cerca para tocar el borde de la plataforma cuando sintió una sombra pasar sobre ella. Levantó los ojos de la pasarela y vio una mancha contra el cielo azul que trató de borrar parpadeando.

Sus ojos picaron cuando las cenizas se mezclaron con las lágrimas, pero la mancha solo se hizo más clara. Una esfera gris perfecta colgaba muy por encima del planeta, su superficie estaba grabada con líneas como circuitos.

No la había visto en Jedha. No en realidad, no en el estado en que había estado. Pero ella la reconoció de todos modos, la conocía con su mente subconsciente y no se sorprendió.

La Estrella de la Muerte había llegado a Scarif.

La cubierta se estremeció tiernamente cuando la estación de combate salió de la velocidad de la luz. Docenas de objetos aparecieron en las pantallas tácticas del puente —naves imperiales y rebeldes en conflicto en todo el sistema— y Wilhuff Tarkin hizo su evaluación después de unos segundos de examen.

El Imperio estaba perdiendo en Scarif, pero eso estaba a punto de cambiar.

Los oficiales de servicio hicieron aparecer informes de estado para sus secciones asignadas de la Estrella de la Muerte. El viaje hiperespacial había ido sin problemas y la estación estaba lista para la guerra. Sus artilleros y pilotos de combate estaban en alerta máxima; más naves imperiales estaban en camino.

—Señor, ¿envío un ataque hacia su flota?

Había un orgullo entusiasta en la voz del general Romodi. Tarkin miró al viejo caballo de guerra y luego sacudió la cabeza. Podría ser divertido —incluso esclarecedor— probar las capacidades de la estación contra una armada rebelde, pero ahora no era el día para jugar con el enemigo. El director Krennic, el general Ramda y el almirante Gorin no habían logrado resolver el problema en cuestión, otorgando a los rebeldes oportunidad tras oportunidad de apoderarse de los planos en la Ciudadela.

En el último informe, la bóveda de datos en sí misma había sido violada. Era una muestra de incompetencia tan grande que Tarkin sintió curiosidad por saber cómo Krennic podría explicarlo.

Casi curiosidad.

No. Era mejor empezar de nuevo… eliminar la amenaza de los rebeldes, por leve que fuera, y limpiar la madera muerta de los militares imperiales.

—Lord Vader detendrá la flota —dijo Tarkin—. No se debe permitir que los planos salgan de Scarif, a cualquier costo.

Romodi entendió.

—Sí, señor —respondió, y comenzó a dar órdenes a sus ayudantes.

Tarkin miró a la pantalla y a Scarif: una esfera de islas bañadas por el océano, ricas en metales raros, útiles como puesto avanzado de construcción e incubadora de investigación lejos de las miradas curiosas del Senado. Pero Tarkin no lo echaría de menos. Con los años, demasiados oficiales lo habían tratado como un lugar para la jubilación no oficial; un paraíso tropical donde podrían descuidar su deber con comodidad. La pérdida de la Ciudadela y el escudo planetario serían una pena… pero no más que eso.

—Apunten a la base de Scarif —dijo Tarkin—. Ignición de un sólo reactor.

Orson Krennic giró la pistola en su mano izquierda, trazando las crestas de la empuñadura a través de su guante. Rara vez desenfundaba el arma, su DT-29 personalizado, mantenido con exquisito cuidado a lo largo de los años, pero lo había elegido por la fuerza brutal que entregaba en un sólo disparo. Era una herramienta de matar, destinada a acabar con un enemigo a corta distancia.

Las circunstancias en la bóveda habían negado su efectividad. Ni siquiera sus death troopers habían podido derribar a la mujer. Su cómplice no le preocupaba —el hombre era un extraño y murió por eso—, pero la mujer…

Ella lo había *mirado*.

Desde su posición privilegiada entre los cartuchos de datos, con los ojos muy abiertos llenos de burla y odio, había *mirado* a Krennic. La misma mujer que había venido a buscarlo en Eadu; quien, sin duda, recibió el mensaje de Galen Erso sobre Jedha y escapó de la destrucción de la Ciudad Sagrada. Lo había reconocido, y ahora sentía con certeza

desgarradora que la había visto mucho antes de su infiltración en el centro de investigación.

No podía decir cuándo ni dónde. Pero lo sabía.

Quienquiera que fuera, Galen la había elegido para ser su venganza más allá de la tumba… la había convertido en su arma. Krennic quería gritarle a Erso, enfurecerse ante la injusticia de un hombre muerto que colocaba nuevos obstáculos en su camino. *Eras un hipócrita y un cobarde en vida. ¡No hay forma de cambiar eso ahora!*

Pero exorcizar a Galen requeriría más que palabras. Así que Krennic subió al turboascensor de mantenimiento hasta la cima de la torre de comunicaciones, donde podría poner fin al último acto de sabotaje del hombre.

A medida que se acercaba a la cima, el ascensor se estremeció violentamente y sus luces se apagaron. Krennic estuvo a punto de dejar caer su pistola mientras colocaba una palma contra la pared para mantener el equilibrio. El vagón se había detenido. Una vez que se estabilizó, levantó el puño para golpear la puerta antes de pensar mejor en la elección. No sabía cuán precaria era su situación.

Activó el enlace del panel de control y ajustó su configuración.

—¡General! —espetó—. ¿Qué está pasando en la cima de la Torre?

Escuchó murmullos de múltiples voces en rápida consulta antes de que uno de los lugartenientes de Ramda finalmente respondiera.

—Daño menor de la batalla aérea, director. ¿Necesita ayuda…?

—Ya he avisado a mi equipo de seguridad —gruñó Krennic. Lamentó haber enviado gran parte de sus tropas al campo de batalla, pero lo hecho ya estaba hecho; y había elegido no esperarlos fuera de la bóveda de datos.

—Tráeme toda la potencia al ascensor de inmediato.

Incluso si su enemigo hubiera recuperado los planos técnicos de la EM-1, seguramente no podría llevarlos a una nave en órbita. No había *nada* que ella pudiera hacer. Sin embargo, Krennic encontró poco consuelo en ese pensamiento.

—De inmediato, señor. Además, no hemos recibido una actualización del almirante Gorin… —Krennic gruñó y se preparó para cerrar el enlace; antes de que pudiera, Ramda interrumpió—. ¡Confirmación visual! La Estrella de la Muerte ha entrado en órbita, ¡la flota rebelde está condenada!

El calor subió por el rostro de Krennic ¿*Su* Estrella de la Muerte había sido incautada? Pero si vino para ayudar contra los rebeldes, Ramda tenía razón… nada de lo que la Alianza pudiera traer podría oponerse a la estación de batalla.

Si vino para ayudar. Una alternativa que no deseaba contemplar cruzó el cerebro de Krennic. Cuando las luces parpadearon, cortó el enlace y reactivó el ascensor. El vagón zumbó y luego se detuvo rápidamente.

Agarró su pistola y cuadró los hombros. La presencia de la Estrella de la Muerte era una razón más para detener la interferencia de Galen.

Salió a la plataforma para matar al último de los sobrevivientes de Jedha, y silenció las burlas inexplicables de Lyra dentro de su cabeza:

Jamás vas a ganar.

Aferrada a la pasarela en ruinas, Jyn miró al destructor de planetas alojado en el cielo brillante.

Cassian estaba muerto. K-2SO se había ido. Bodhi, Chirrut y Baze podrían haber estado vivos, pero era difícil imaginar que alguien sobreviviera a la zona de guerra que veía debajo de la torre. Nadie la había llamado por el comunicador durante mucho tiempo. Si ella no era la última de los hombres y mujeres que habían venido de Yavin 4, sospechaba que estaba cerca.

Lo había hecho mejor que la mayoría; al Imperio le llevaría toda una estación de batalla acabar con ella.

Con respiraciones entrecortadas y gimoteantes, subió el último tramo de la pasarela. Envolvió sus piernas con fuerza alrededor del metal para estabilizarse, luego levantó una mano enguantada y golpeó el borde de la plataforma, trabajando con los dedos doloridos y medio entumecidos hasta que encontró un agarre. Reflejó el movimiento con su otro brazo y forzó a los músculos desgarrados a levantar su peso, hacia arriba y hacia el borde, hasta que estuvo de rodillas sobre terreno firme y temblando por el esfuerzo.

Cuando volvió a mirar al cielo, la Estrella de la Muerte seguía allí.

Mátame, bastarda, pensó, *porque no hay nada que pueda hacer para detenerte.*

Tal vez su misión a Scarif había estado condenada desde el principio; tal vez ella lo había sabido; pero la Estrella de la Muerte hacía imposible fingir.

Había tenido miedo de perder el rumbo. Miedo de que temer por sus aliados la distrajera. Miedo de que perder a sus aliados la devolviera a la superviviente que había sido toda la vida, dispuesta a abandonar todo por lo que había venido a Scarif. Ahora *sobrevivir* no era una opción y no quedaba nadie como distracción. Sus temores habían sido ridículamente ingenuos. Con náuseas y atormentada por el dolor, tomó tragos de aire codiciosos y esperó a ver lo que vendría.

Cuando sintió que podía moverse de nuevo, la Estrella de la Muerte todavía no la había matado.

Se dio cuenta de que nada había cambiado. *Nada.*

Lo que la había traído a Scarif —ni su padre, ni sus compañeros, ni algún impulso enterrado debajo de la cueva, sino la monstruosidad que mataba, mataba y mataba hasta que todas las niñas, peregrinos y madres de la galaxia murieran—, la estaba mirando, tan real como siempre.

Su misión era la misma. Sólo que tenía menos tiempo para terminarla.

Se apoyó en una pierna y se levantó. La plataforma chisporroteó con llamas donde los cañones del TIE habían golpeado, y las cenizas flotaban en densas nubes entre Jyn y el panel de control. Dio un paso tambaleante y se detuvo cuando apareció una silueta en el humo.

Un hombre con capa. El hombre de blanco.

Ahora no. ¡Ahora no!

La Estrella de la Muerte era, a pesar de todo su poder apocalíptico, una amenaza comprensible… una máquina construida por su padre para matar planetas. El hombre de blanco era una pesadilla, una criatura imposible que la había seguido durante toda su vida.

Buscó su bláster, pero había dejado caer el arma en la pasarela. Estaba en algún lugar en pedazos en la base de la torre.

El hombre de blanco estaba solo. Sostenía una pistola con una mano enguantada de negro y apuntaba constantemente al pecho de Jyn. Los ojos del mismo color que las cenizas que flotaban a su alrededor se fijaron en ella con una extraña mezcla de ira y desconcierto. Jyn separó los labios, incapaz de hablar, apenas capaz de evitar temblar de terror, furia o ambas cosas.

—¿Quién *eres*? —preguntó él.

Había arruinado a su padre y había matado a su madre y a Cassian. Le había robado su hogar y la había arrojado a los brazos de Saw Gerrera. La había tallado con un cuchillo cual bloque de carne. Casi gritó: *¿Cómo puedes preguntar eso?*

Pero cuando las palabras penetraron y las implicaciones calentaron su piel, se encontró con esos ojos salvajes. Su respiración era demacrada, y no sólo por el humo.

—*¿Quién eres?* —repitió. Su mano tembló. El cañón bláster se alzó bruscamente para apuntar al cuello de Jyn.

Él tenía *miedo*.

Él no era el *Imperio*… no cada momento de opresión, indignidad y tormento que ella había sufrido. Era un *imperial*, un hombrecillo mezquino, rencoroso y asustado que había olvidado sus propias atrocidades.

Y no la conocía en absoluto.

Ella decidió hacerle recordar.

—Me conoces —dijo, y aunque su cuerpo se sentía quebradizo, su voz era firme—. Soy Jyn Erso. Hija de Galen y Lyra.

No recordaba haber dicho eso antes, y mucho menos con orgullo.

El hombre de blanco la miró fijamente.

—La niña —dijo finalmente.

—La niña —estuvo de acuerdo Jyn. Trató de encogerse de hombros; la agonía en sus hombros le impedía levantarlos.

Él enderezó su brazo tirador. Ella no podía apresurarlo, no podía cerrar la distancia y desarmarlo; no en su condición, no sin demora ni distracción. El pánico y la indignación salvaje se alzaron dentro de sí ante la perspectiva de que *este hombre* —disminuido o no—, provocando su último fracaso, pero ella lo aplastó. Si pudiera controlar su miedo, también podría controlar el de él.

—Perdiste —le dijo.

Si pudiera evitar que disparara, su oportunidad podría llegar. Y si él *iba* a matarla, si ella no podía arañarle la cara, golpearlo en las tripas o ponerle una pistola láser en el cráneo; si él detenía su misión, y desataba a la Estrella de la Muerte en la galaxia, ella al menos haría que no la olvidara nunca más.

—Ah, es lo que piensas, ¿verdad? —preguntó el hombre de blanco, untuoso y cruel. No bajó su arma; tampoco disparó.

—Mi padre se vengó —dijo Jyn. Resistió el impulso de burlarse. Su voz salió orgullosa y desafiante—. Puso una falla en la Estrella de la Muerte. Hay un detonador dentro de tu máquina y acabo de decirle a toda la galaxia cómo encenderlo.

El hombre de blanco frunció el ceño. Su cabeza se movió hacia la gran antena de comunicaciones.

Esta es tu oportunidad. ¡Vamos! ¡Vamos!

Pero sus piernas no se movían. Si ella saltara sobre él ahora, caería sobre la plataforma completamente derrotada.

—El escudo está activado —gruñó el hombre de blanco. Estaba enterrando su miedo, su miedo a *ella*, bajo desdén condescendiente y veneno—. Tu señal jamás llegará a la base rebelde.

Quizás tenía razón. Pero no podía *saberlo*.

—Tu escudo fue…

Él la interrumpió, embelesado por sus propias palabras.

—Todas tus naves en el aire las voy a destruir. Lo único que pierda aquí va a ser tiempo. Tú, por otro lado, caerás con la Rebelión.

Comprobó su puntería. Jyn preparó una estocada desesperada; ella no moriría, se *rehusaba* a morir inmóvil. Si le disparaba a un lado, tal vez podría detenerlo, arrastrarse el resto del camino hasta el panel de control y transmitir con su último aliento…

Ella lo planeó, lo fantaseó. Sin embargo, cuando llegó el disparo, no estaba lista.

Oyó el eco eléctrico del rayo rasgar el aire.

Vio al hombre de blanco caer de rodillas y caer boca abajo, su expresión era asombrada. Un agujero negro se había quemado en la tela de su capa de marfil.

Así, su pesadilla había terminado.

Detrás del hombre de blanco, saliendo del humo, apareció un Cassian Andor ensangrentado y cojeando. Parecía un hombre que había caído doce pisos y había regresado a la cima. Se veía tan hermoso como cualquiera que Jyn hubiera conocido, pero no pudo perder un momento para siquiera gritar su nombre.

En cambio, ella corrió. De alguna manera corrió, pensando en el movimiento de cada pierna y segura de que se resbalaría en la plataforma; segura, también, que volvería a gatear y *seguir* corriendo. Intentó extraer una bocanada de aire y encontró su boca y fosas nasales rastrilladas por cenizas ardientes. Escuchó un estruendo distante, una explosión de una batalla lejana, y siguió adelante. Pronto sus manos estaban en el panel de control, titubeando mientras miraba la pantalla con incomprensión. Se obligó a reducir la velocidad, a concentrarse.

Tiró de la palanca de transmisión.

Vio la pantalla parpadear. No podía leerlo a través de la bruma, pero escuchó la voz:

—Transmitiendo.

Su respiración se hizo entrecortada, sollozos sin lágrimas de alivio y júbilo. Tuvo que agarrarse al panel para no caer cuando se apoderó de ella un vértigo más fuerte de lo que había sufrido en su escalada. Quería gritar, pero le faltaba la fuerza. Quería reírse del cielo, de la flota y de la Estrella de la Muerte, pero también le faltaba la fuerza para eso. En cambio, se volvió hacia Cassian, que todavía esperaba en el humo.

Ella tropezó con él, sonriendo como una niña, y no habló.



—¡ALMIRANTE! ¡RECIBIMOS UNA TRANSMISIÓN DE Scarif!

El *Profundity* tembló bajo el ataque de los TIE fighters. Sus escudos explotaron, volvieron a generarse y explotaron de nuevo cuando las descargas esmeralda golpearon. Tres cubiertas ya habían sido obligadas a evacuar debido a la fuga de radiación. Pero el *Profundity* aguantaba donde otras naves habían sido destrozadas; en órbita geoestacionaria sobre la Ciudadela de Scarif, era el centro de una tormenta de metal fundido y naves rasgadas.

La Estrella de la Muerte no había vuelto sus armas contra la flota rebelde, pero llevaba suficientes escuadrones de cazas para alcanzar rápidamente la supremacía en el campo de batalla. El almirante Raddus no era propenso al temor o al terror, pero no había imaginado la magnitud del horror al que se enfrentaba.

Por lo tanto, supo maravillarse ante las palabras de su oficial de comunicaciones.

—¡Confirmen! —espetó Raddus, y ocultó su necesidad lo mejor que pudo.

—Comprobando los datos —fue la respuesta—. ¡Almirante, tenemos los planos!

—Lo logró —siseó Raddus. La cubierta se tambaleó y él recuperó el equilibrio, apenas se dio cuenta. Observó sus pantallas y comenzó a dar órdenes para reconfigurar la flota.

—Señor —llamó su teniente—, detectamos un objeto enorme emergiendo del hiperespacio.

Raddus interrumpió a su hombre con un gesto. Jyn Erso había dejado claro el poder de la estación en Yavin 4. Detenerla sobre Scarif era una tarea para tontos más nobles que él.

—Rogue One… que la Fuerza los acompañe —dijo. Luego se enderezó e inhaló una bocanada de aire húmedo—. ¡A Todas las naves! —Gritó—, ¡prepárense para saltar al hiperespacio!

Hizo una demostración de confianza para su gente. Pero vio que la pantalla táctica parpadeaba y registraba un nuevo crucero que ingresaba al sistema.

Un tercer Destructor Estelar finalmente había llegado.

En una neblina de humo como tormentas eléctricas, Orson Krennic buscó en sus recuerdos un tiempo antes de conocer a Galen Erso.

Pensó en Eadu, en el chirriar de las botas mojadas sobre el metal y sus intentos de compadecerse del científico en los primeros días después de la muerte de Lyra; sus esfuerzos por calmar a Galen con respecto al destino de su hija y recordarle la magnificencia del trabajo.

Pensó más atrás, en Coruscant, donde se había inspirado para sacar a Galen de la oscuridad para el «Proyecto Poder Celestial». Pensó en los juegos que se había visto obligado a jugar, sabiendo que los intereses provinciales de Lyra distraerían a Galen de su enfoque.

Más atrás aún, al Programa de Futuros, cuando atrajo a Galen a su círculo y reconoció con asombro —no celos, sino *asombro* puro—, el potencial de cambio galáctico del genio del hombre.

¿Y antes de eso?

Podía seguir el hilo de Galen Erso a través de su vida. Podía ver el alcance total de la tragedia, el desperdicio de esfuerzo en un hombre perdido. Pero *¿antes?* Buscó refugio en su infancia, trató de recordar a un Orson cuyas esperanzas aún no se habían ensombrecido…

En cambio, escuchó un trueno, levantó la barbilla, dejó sus recuerdos y vio que el trueno era el rugido del fuego en lo alto de la torre de comunicaciones de Scarif. Su cuerpo estaba lleno de dolor.

Descubrió que podía mover sus extremidades si ignoraba su peso. Se arrastró hacia adelante… ¿con qué propósito?, no estaba del todo seguro. ¿Supervivencia? ¿El trabajo?

¡La niña!

Tosió, jadeando mientras intentaba levantarse, falló, se arrastró unos metros más. Buscó a la niña, a Jyn Erso, pero ella se había ido. Se elevó más, puso los ojos en blanco hasta que le dolió el cráneo y reconoció la penumbra de la Estrella de la Muerte en el cielo.

Fue Wilhuff Tarkin quien se había apoderado de su estación de combate. Sólo Tarkin tendría la arrogancia. Sólo Tarkin tendría el despecho de amenazar a Scarif y amenazar la fuente de todos sus propios triunfos.

El plato de enfoque de la Estrella de la Muerte brilló con una luz esmeralda. La furia de Krennic se acumuló en sincronía con las energías de la estación y buscó un propósito, una salida, un *objetivo*. Pero el cuerpo de Krennic estaba arruinado. Sus enemigos estaban lejos de él. No tenía a nadie a quien mandar ni a quien dominar, nadie a quien influir para compartir su visión del futuro o el Imperio o su engrandecimiento personal.

Mi padre se vengó.

Krennic estaba condenado entonces, aunque le irritaba admitirlo. Sin embargo, aunque podría morir a manos de Tarkin, moriría en los fuegos de su creación. La Estrella de la Muerte aguantaría. Lamió sangre y saliva de sus labios e imaginó mundo tras mundo consumido por el poder de su estación. Ni siquiera el Emperador dejaría tal marca en la galaxia. La Estrella de la Muerte, *su* Estrella de la Muerte, alteraría los sistemas

estelares y las civilizaciones, sería recordada mil generaciones después de que Tarkin hubiera sido borrado de la historia.

¿Y mientras Tarkin *viviera*? Sabría que cada victoria que consiguiera se debía al trabajo de Krennic. Iría a trompicones batalla tras batalla, sin comprender realmente el arma que empuñaba, hasta que su arrogancia lo destruyera.

Puso una falla en la Estrella de la Muerte.

El plato de enfoque brillaba más.

Krennic cerró los ojos con fuerza y utilizó los últimos destellos de su mente para ver la estación tal como estaba destinada a ser vista: pararse en el puente superior de su gigantesca creación; escuchar el rugido ahogado del reactor que se convierte en un chillido; sentir que los temblores en el revestimiento de la cubierta se vuelven violentos cuando el núcleo de Kyber ejerce su fuerza. Jyn Erso había dado su vida para robar los planos de la Estrella de la Muerte, pero esos planos estaban grabados en su corazón.

Jamás van a ganar.

No moriría en Scarif, sino dentro de la Estrella de la Muerte.

Y mientras visualizaba las energías cataclísmicas acumulándose dentro de la vasta estación, lo vio: un detalle que había pasado por alto y olvidado, un ajuste trivial de Galen: un único orificio de escape que conducía desde una trinchera estrecha hacia abajo y más abajo, kilómetros de oscuridad, más allá de conductos, escotillas y placas de radiación, abajo y más abajo…

… y dentro del reactor principal.

El arma principal de la estación de batalla Estrella de la Muerte disparó.

Orson Krennic, director de investigación de armas avanzadas y padre de la Estrella de la Muerte, murió solo en Scarif, gritando con furia a Galen Erso, a Jyn Erso, a Wilhuff Tarkin y a toda la galaxia.

La última vez que Cassian había sentido tanto dolor, K-2SO lo había llevado a una casa segura y en el camino enumeró todas sus lesiones, evaluó a fondo las probabilidades de infección y daño nervioso permanente. Había sido la forma en que el droide mostraba que le importaba… o al menos la forma en que el droide mostraba que estaba comprometido con el destino de su amo.

K-2SO no había estado allí para Cassian en lo alto de la Torre de Comunicaciones de la Ciudadela. Pero Jyn se había vuelto hacia él desde el panel de control como la última sobreviviente de una guerra, y había sonreído de una manera que nunca había visto antes. No era una sonrisa basada en la anticipación o el coraje, o una conmovida por la tristeza o la duda; sólo una sonrisa tan ordinaria que pareció cambiar a Jyn de una heroína mitológica a una mujer que podría haber conocido y comprendido.

Él no la conocía, no la comprendía, por supuesto. No hubo tiempo.

Ella había tropezado a su lado y con cautela lo envolvió con un brazo, lo condujo hacia el turboascensor de mantenimiento. Había tratado de no mostrar la magnitud de su dolor (quedarse quieto era malo; moverse era peor) pero se había rendido después de un momento o dos, apoyándose pesadamente en ella. De alguna manera ella había llevado su peso.

—¿Crees que allá —había preguntado él—, alguien esté escuchando?

No había podido levantar un brazo para apuntar hacia el cielo después de su transmisión, pero ella pareció entender.

—Claro que sí —había contestado ella, suave y (para sus oídos) sincera—. Seguro que hay alguien.

Y lo había llevado al turboascensor y lo había apoyado mientras se apoyaba contra la pared de metal. Él estaba allí ahora, con un brazo alrededor de Jyn, sintiendo su forma imposiblemente frágil y humana.

No sabía si ella tenía razón. No sabía si, de hecho, *había* alguien realmente ahí fuera o si el Imperio se había hecho con la victoria. Mientras daba vueltas a la pregunta en su mente, se sorprendió al darse cuenta de que no estaba preocupado por la respuesta.

Tal vez fueron sus heridas. El dolor y el agotamiento redujeron su realidad y dificultaron la visión de algo fuera de su línea de visión. Cuando pensaba en las personas que le importaban, las personas que tendrían que continuar la lucha contra el Imperio y la Estrella de la Muerte (las que no se habían ofrecido como voluntarias para venir a Scarif), no podía imaginarse a nadie; y eso no podría estar bien, ¿o sí podría?

No obstante, cuanto más pensaba en ello, menos creía que la niebla en su cerebro explicaba su falta de preocupación.

Le había dicho a Jyn: *Hicimos cosas terribles en nombre de la Rebelión*. Algunas las recordaba ahora —Tivik, que había hecho todo esto posible y había sido recompensado con la muerte—, pero la mayoría, para vergüenza de Cassian, no podía recordarlas. Había intercambiado sus ideales y la vida de otros, una por una, para encontrar una victoria que hiciera que todo valiera la pena. Sin embargo, mientras observaba las luces parpadeantes del turboascensor, sintió profundamente que ni la victoria ni la derrota cambiarían las *cosas terribles* de su pasado. Jyn no podía darle lo que había venido a buscar.

Ese era el meollo del asunto, la verdad.

Porque él le había dado lo que ella necesitaba, y había hecho la misión correctamente, y descubrió que eso era suficiente.

Ella creía que había alguien ahí afuera. Tal vez incluso fuera cierto.

Él *quería* que fuera verdad. Con todo su corazón, lo hacía.

Su fe lo llevó con ella.

No dijo nada de eso. No quería perturbar el silencio mientras descansaban uno contra el otro, heridos y relajados, escuchando el zumbido de la maquinaria y el distante estallido de los incendios. Guardó pensamientos de viejas misiones y pensamientos del futuro; decidió centrarse en lo que podía ver, oír y oler los últimos momentos de su vida en Scarif.

Cuando Cassian Andor muriera, estaría listo, y estaría conforme.

La Ciudadela había evacuado. Sus oficiales y tropas entraron en pánico una vez que se dieron cuenta del propósito de la Estrella de la Muerte. Jyn no lo sabía con certeza, pero eso explicaría por qué ella y Cassian no encontraron a nadie al salir de la torre, solo escucharon gritos distantes y el ruido de los transbordadores. Si la puerta del escudo estaba abierta, algunos Imperiales posiblemente podrían salir del mundo antes del final.

Ella probó su comunicador, solo para ver si alguien respondía. Nadie lo hizo, como ella esperaba.

Incluso si quedaran transbordadores, sabía que no llegaría a la plataforma de aterrizaje a tiempo. Cada paso era un esfuerzo, y el agarre de Cassian se estaba debilitando. Sus pasos vacilaron. Ella seguía sosteniéndolo. Pero él estaba cálido y su respiración era regular, y se sentía bien tener la *vida* cerca de sí. No se parecía en nada a acunar a Galen, que parecía a punto de desaparecer bajo la lluvia mientras moría.

Sin un lugar mejor para ir, los condujo hacia la playa.

Había playas en Lah'mu, protegidas por rocas dentadas que —al menos para una niña—, le parecían imponentes acantilados. Había enviado a Stormy a vivir aventuras desgarradoras allí, y se las contaba a su madre por la noche. Las plácidas aguas y las arenas blancas de Scarif parecían una pálida imitación de la grandeza de Lah'mu, pero tendrían que servir.

Pasaron el cuerpo de un soldado rebelde a lo largo de la línea de árboles. Jyn se posicionó en el camino de Cassian para que no tuviera que verlo.

Cuando llegaron a la playa, Cassian tropezó en la arena. Cayó de rodillas y Jyn se agachó a su lado. Habían ido lo suficientemente lejos, decidió; una brisa despejaba el aire de cenizas y humo, y ya no podían escuchar gritos.

Por un instante, Jyn miró hacia arriba, esperando contra toda razón ver el brillo de la flota rebelde entre las estrellas. Pero, por supuesto, no podía ver nada… el cielo era azul y brillante, y la única construcción artificial a la vista era la estación de combate. Con toda probabilidad, los rebeldes ya habían huido, alejándose de Scarif en el momento en que habían recibido su transmisión.

En cambio, miró a Cassian.

—Me alegra que hayas venido —dijo.

Cuando las palabras finalmente lo tocaron, él sonrió suavemente y tomó su mano. Ella entrelazó sus dedos con los de él para que no se cayeran.

La Estrella de la Muerte palpitaba con luz esmeralda. Jyn intentó no tensarse. No tenía miedo de lo que sucedería, pero no quería sufrir. De alguna manera se encontró más cerca de Cassian que antes. Su respiración coincidía con la de él, o la de él con la de ella, profunda y constante.

La Estrella de la Muerte se encendió demasiado brillante para mirarla y un temblor recorrió la playa. Las plácidas olas rodaron más alto, salpicando motas de agua de mar cálida sobre las mejillas de Jyn como lágrimas. Un rugido insondable resonó a diez o mil kilómetros de distancia.

—Tu padre habría estado orgulloso de ti, Jyn —dijo Cassian, tan suave que Jyn apenas lo oyó. Pensó que era verdad, aunque no era por eso que había venido a Scarif (no del todo, no *realmente*).

Era bueno escucharlo en voz alta, de los labios de alguien cercano.

El retumbar abrumó todo otro sonido. Jyn apretó con más fuerza a Cassian y él encontró la fuerza para abrazarla. El mundo se volvió más brillante, esmeralda al principio y luego de un blanco limpio y purificador. En la mente de Jyn, la cueva debajo de la escotilla rota se iluminó con la fuerza de un sol, después las paredes se convirtieron en polvo y ya no había una cueva sino solo su espíritu y corazón y todo lo que había sido: la hija de Galen, Lyra y Saw; la luchadora enojada, la prisionera destrozada, la campeona, y la amiga.

Pronto todas esas cosas también se consumieron, y Jyn Erso, finalmente en paz, se convirtió en una con la Fuerza.

EPÍLOGO

EL DESTRUCTOR ESTELAR IMPERIAL *DEVASTATOR* atravesó un océano de naves y siguió una estela de gases ardientes y partículas crepitantes. La luz de Scarif se reflejó débilmente en el casco de la embarcación mientras giraba hacia el pozo de gravedad del planeta, dirigiéndose hacia el crucero Mon Calamari dañado colocado sobre la Ciudadela.

Darth Vader observó el caos que rodeaba al *Devastator* y lo reordenó detrás del resplandor rojo de su máscara. Reconoció las maniobras de los escuadrones de caza en ambos lados, identificó a los pilotos que se separaron de sus formaciones para mejor o peor efecto. Vio la batalla en el microcosmos y el macrocosmos, fue instintivamente *consciente* de cómo cada disparo podía contribuir a la victoria o derrota final.

Sin embargo, sólo el crucero le preocupaba. Hizo un sólo golpe con la mano cuando el enemigo entró en el campo de tiro.

Los ecos subsiguientes de los turboláseres fueron distorsionados en su casco. Corrientes de energía se vertieron desde el *Devastator* hacia su enemigo, iluminando la oscuridad como un rayo. Los cazas estelares —amigos y enemigos—, atrapados entre las dos enormes naves, sufrieron una destrucción instantánea. Los escudos del crucero brillaron con iridiscencia y luego desaparecieron en un instante. Los fuegos estallaron a lo largo de su costado de babor cuando las placas del casco se rompieron o se derritieron y se quemó el oxígeno de ventilación.

—Inutilizamos la nave insignia rebelde, mi lord —informó el capitán del *Devastator* con firmeza al lado de Vader. Darth Vader no volteó hacia él mientras hablaba—. Pero recibió una transmisión de la superficie.

Vader miró la nave en llamas. Había muerte en juego, sufrimiento y miedo, sí… y algo completamente diferente. Algo que repelió su carne agonizante y marchita.

—Prepare un escuadrón de abordaje —dijo.

—Sí, mi lord.

La destrucción de la Ciudadela —el disparo de Scarif con el superláser de la Estrella de la Muerte, la evaporación de un mar y la desintegración de los archipiélagos—, hizo temblar la lanzadera de Vader mientras éste y su escuadrón se dirigían hacia la nave insignia. Vader también sintió miedo entonces, vasto, poderoso y más puro que el que emanaba del crucero. Cuando su nave llegó a la nave insignia y sus stormtroopers se abrieron paso a través del casco, se dirigió hacia el puente rebelde y luego giró.

Quizás el instinto lo guió. Quizás algo más. No se le ocurrió preguntarse. Envió a sus tropas a continuar en su camino anterior y siguió solo.

Las luces del pasillo parpadearon mientras las alarmas sonaban. Atrapado en la cámara rojo sangre de su casco, Vader no estaba preocupado por ninguna de las dos. Se sintonizó con las emanaciones de pánico y desesperación, y siguió su rastro. Cuando se encontró con los rebeldes que buscaban sus blásters o se apresuraban a sellar las puertas blindadas, sacó su arma y los cortó con golpes sin prisa de su espada carmesí.

La voz de un stormtrooper le habló a través de su comunicador.

—Se grabó una cinta de datos en el puente justo antes de abordar. No hay señales de ella aquí.

Vader no respondió, pero aceleró el paso.

Atravesó el crucero dejando cadáveres detrás de él. Finalmente encontró a su presa en un pasillo lleno de rebeldes respaldados contra una puerta de seguridad. Mientras los rayos de partículas se disparaban hacia él, vio pasar una cinta de datos entre soldados desesperados. Hizo a un lado los disparos con su sable, arrebató un bláster de un enemigo con un poder que desafiaba la naturaleza y la gravedad, y siguió adelante. Dio un golpe mortal tras otro golpe mortal, despierto e implacable.

La puerta de seguridad se abrió solo una simple rendija y manos rebeldes empujaron la cinta. Vader atravesó la vida, la materia y el aire y sólo con voluntad *tiró*. Alimentó su voluntad con rabia, miedo y necesidad. Fue suficiente para arrancar al rebelde de la puerta y dejarlo caer a los pies de Vader.

Pero no fue suficiente para reclamar la cinta.

Agarró al rebelde tendido delante de él por el cuello, lo levantó y lo miró a través de lentes ensangrentados.

—¿A dónde —exigió Vader—, lo están llevando?

La respuesta fue un susurro estrangulado.

—Lejos de aquí —dijo el rebelde—. Lejos de ti.

Vader apretó la mano enguantada hasta que el cuello del hombre se rompió. Luego arrojó el cuerpo a un lado. Activó su comunicador y les gritó a sus stormtroopers:

—*Encuentren su nave de escape*.

La perspectiva del fracaso se deslizó sobre su piel como fuego. No se podía poner en peligro la supremacía de la Estrella de la Muerte. La destrucción total de la rebelión seguía siendo posible; que fuera cuestionada era impensable.

Darth Vader persiguió a su presa, buscando consuelo en el triunfo final del Emperador.

El *Tantive IV* no estaba listo para volar, y mucho menos pelear. Había sido objeto de reparaciones frenéticas durante el viaje a velocidad de la luz desde Yavin a Scarif, asegurado en el hangar del *Profundity* donde había permanecido, tercamente dañada, desde su última misión. Incluso después de que su nave anfitriona había llegado al sistema y se había unido a la batalla contra la armada imperial, el capitán Raymus Antilles, sus ingenieros y droides habían trabajado desesperadamente para hacer que la corbeta pudiera volar por el espacio… sellar la fuga en su hiperimpulsor y limpiar la acumulación en sus puertos de escape. El almirante Raddus había dejado clara la situación: cada nave de la flota tenía un papel que desempeñar.

Raymus amaba su nave. Casi la perdió una vez. Por la Alianza Rebelde, correría el riesgo de perderla nuevamente.

Pero la batalla de Scarif había terminado antes de que el *Tantive IV* pudiera unirse a la lucha. Justo cuando el reactor de la corbeta había cobrado vida, el *Profundity* había rugido con sus pulmones metálicos perforados. El *Tantive IV* se había balanceado en la bahía del hangar y estuvo a punto de soltar las rampas de embarque sujetas a sus esclusas de aire. En lugar de ordenarle que huyera de su anfitrión en llamas, Raymus había pedido a su tripulación que se preparara para el despegue y luego partió en su propia nave. Bajo luces parpadeantes de emergencia, respirando aire cargado de humo y veneno, Raymus había llamado a la tripulación de Raddus a bordo de la corbeta, arrastrando a amigos y extraños a un lugar seguro.

Había reconocido a uno de los jefes técnicos de Raddus, una mujer de mediana edad que se lanzó a sus brazos. Su cara estaba quemada, pero presionó una cinta de datos en la mano de Raymus y se apartó.

—Tenemos lo que vinimos a buscar —dijo la mujer—. Necesitan irse. Órdenes del almirante.

Quería discutir. En cambio, se aseguró de que la mujer quemada abordara el *Tantive IV*. Luego dio la espalda a los valientes rebeldes que permanecieron en el *Profundity* y se dirigieron hacia el puente.

El *Tantive IV* no estaba listo para volar, pero *voló*. Emergió de los restos en llamas del crucero y se alejó rápidamente de Scarif. Durante unos benditos segundos se movió rápida y confiadamente a través del espacio. Luego la nave se balanceó de nuevo y resonó con truenos y chispas. Desde su puesto en el puente, Raymus podía oler los circuitos derritiéndose.

—¡El Destructor Estelar se está acercando! —llamó al oficial en la consola táctica. Raymus no reconoció el rostro (uno de los hombres de Raddus).

Borró el miedo de su propia expresión.

—Llévennos al hiperespacio —dijo—. Aseguren bien la escotilla. Y preparen las naves de escape.

El *Tantive IV* podría salirse del sistema, pero resultó magullado y sería perseguido. Mejor no arriesgarse.

Vio una figura con túnica blanca cerca de la entrada del puente y dio la vuelta a la cinta que tenía en la mano. Se acercó a la mujer y le dijo en tono respetuoso:

—Alteza. La transmisión que recibimos…

La mujer lo miró. Había visto su rostro muchas veces antes, lo conocía bien. Era *joven*, parecía cada vez más joven todos los días, a pesar de que sus responsabilidades crecían y crecían.

Extendió la mano. Unos dedos infantiles tomaron la cinta de datos.

—¿Qué fue lo que nos han enviado? —preguntó él.

La princesa Leia Organa lo miró como si hubiera puesto otra carga sobre sus hombros —otra responsabilidad que agregar a la cuenta de miles—, y estaba orgullosa de soportarlo.

—Esperanza —contestó.

Raymus le creyó.

DATOS SUPLEMENTARIOS: EN MEMORIA

[Documento #MS8619 («Reflexiones inéditas sobre Jyn Erso»), de los archivos personales de Mon Mothma (a través de la Colección Hextrophon).]

Lamento decir que sólo conocí a Jyn dos veces. Decir que la conocía bien sería un insulto para la joven cuyo fervor cautivó a tantos. Por el contrario, hablar sólo de su efecto en nuestro movimiento —contando una vez más la concentración de la Rebelión y nuestra transformación de una coalición cautelosa a una nación unificada—, sería redundante e insultante.

Así que no den importancia a mis palabras. Puedo contarles de esos dos encuentros y lo que vi en ella, o lo que, mirando hacia atrás, recuerdo haber visto en ella, lo cual puede estar muy lejos de la verdad. Puede que encuentren más a una exsenadora cansada que a Jyn Erso en todo esto.

Jyn estaba encadenada cuando nos conocimos antes de la Operación Fractura. Yo había visto su archivo y la había elegido para la misión por razones de las que desearía estar orgullosa. Esperaba encontrarme con una chica con problemas a la que la Alianza le había fallado de cientos de formas diferentes: le falló Saw, le fallamos aquellos de nosotros que *conocíamos* a Saw, le fallamos cuando ella salió por su cuenta y le fallamos por nuestra incapacidad para salvar a su padre o madre. Esperaba que pudiera ser persuadida (con lo que supongo que me refería a *manipularla*) para que nos ayudara, y que al hacerlo nosotros también podríamos ayudarla.

Pero la mujer que conocí en la Base Uno no podía ser manipulada. Hay muy pocas personas cuya voluntad y ferocidad son tan grandes que atraen a otras personas a su paso. He conocido a algunos que cultivaron ese talento como políticos y generales, para bien o para mal. Jyn, creo, nunca supo el efecto que tenía en los demás… nunca se dio cuenta de la intensidad de su propia humanidad o de la presencia que traía a una habitación. Ella era, como era de esperarse, problemática y pendenciera; también era imposible ignorarla u olvidarla.

En su corta vida, había visto dificultades implacables y se había endurecido a sí misma. Pero su fuego brillaba intensamente.

Si nuestro primer encuentro fue breve, el segundo fue aún más breve. Intercambiamos un puñado de palabras privadas cuando informó al Alto Mando de la Alianza sobre la amenaza de la Estrella de la Muerte, y la mujer que conocí en ese momento era muy diferente de la que habíamos encadenado. ¿Estaba en paz? No lo creo. Pero se erguía con una certeza recién descubierta.

Se ha puesto de moda en algunos sectores afirmar que Jyn Erso fue a Scarif con la intención de morir como mártir… que se dio cuenta de que lo había perdido todo y eligió su camino para su inevitable final. Discutiré esta idea hasta mis propios últimos días. Creo que Jyn reconoció plenamente quién era y buscó la manera de canalizar sus mejores y peores impulsos, sus momentos más oscuros y brillantes, hacia una causa digna de su verdadera incandescencia.

En un universo más amable, ella se habría alejado de Scarif. No puedo imaginar en quién se habría convertido, pero creo que habría sido extraordinaria.

Estoy agradecida de haberla conocido, a pesar de que fuera por poco tiempo.

ACERCA DEL AUTOR

ALEXANDER MARSH FREED es el autor de *Star Wars: Battlefront: La Compañía Twilight*, así como de muchas historias cortas, cómics y videojuegos. Nacido cerca de Filadelfia, se esfuerza por llevar el severo encanto de la ciudad con él a su actual hogar de Austin, Texas.

AGRADECIMIENTOS DEL TRADUCTOR

Quisiera agradecer más que nada al grupo STAR WARS GRUPO FANS por darme su apoyo en este pequeño proyecto personal después de mi trabajo en la obra *Star Wars Episodio IX: El ascenso de Skywalker* y a Bodo-Baas por checar mi traducción y subirlo al foro de LSW, cuyo acto me inspiró en seguir con este pequeño hobby dedicado a los fans de nuestra tan amada ópera espacial.